

SANTA TERESA DE JESÚS CEPEDA Y AHUMADA (1515 - 1582)

Escritora y religiosa española, nacida en Ávila el 28 de marzo de 1515, y muerta en Alba de Tormes en 1582.

VIDA

Era hija de Alonso Sánchez de Cepeda, que se había casado en segundas nupcias con Beatriz de Ahumada y Tapia en 1507, con la que tuvo doce hijos, de los cuales Teresa fue la tercera. Su padre era hijo del converso don Juan Sánchez de Toledo, casado con doña Inés de Cepeda, cristiana vieja. Don Juan, que había judaizado, fue penitenciado por la Inquisición de Toledo en junio de 1485, y tuvo que ir en procesión con los reconciliados. A pesar de ello, consiguió en 1500 una ejecutoria que lo emparentaba con un caballero de Alfonso XI. Teresa, por su sexo, se enfrentó a una gran limitación cultural: a las mujeres no se les consentía fácilmente que aprendieran a leer y escribir. Sin embargo, Teresa de Ahumada tuvo una cultura superior al resto de las mujeres de su época y a la gente de su grupo social; en el *Libro de la vida* recuerda que "*era mi padre aficionado a leer buenos libros, y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos éstos*". Por lo tanto, Teresa se educó en su hogar; fueron las lecturas que se hacían voz alta, seguidas de los comentarios de los adultos, las que, en gran parte, conformaron su acervo cultural; ella afirma siempre: "*he oído y leído*". En estas circunstancias es comprensible que no tuviera conocimientos filosóficos o teológicos, y que no aprendiera latín. Cuando tenía dieciséis años fue enviada por su padre al convento de las monjas agustinas, que se encontraba a las afueras de las murallas de Ávila; allí pasó los años 1531 a 1533. Durante estos años no tenía intención de ser monja; se confesaba "*enemiguísima de ser monja*", aunque tampoco mostraba interés por el otro camino que tenían las mujeres en su época, el matrimonio: "*también temía el casarme*".

En el otoño de 1532, por razones de enfermedad, hubo de abandonar el convento, enfermedad que dejaría secuelas que la acompañarían el resto de su vida: fuertes dolores de cabeza e insomnio. Durante su reposo, leyó una gran cantidad de libros; entre ellos, las obras de san Jerónimo, san Agustín y san Gregorio, autores citados en sus obras. Fue en esta época cuando decidió tomar los hábitos; en 1535, y contra la voluntad de su padre, ingresó en el convento de la Encarnación, de la Orden de la Virgen Santa María del Monte Carmelo, donde asumió el nombre de sor Teresa de Jesús, y en noviembre de 1536 recibió el hábito. En 1538 volvió a caer enferma, y su padre decidió sacarla del convento, contra la voluntad de la monja, para que fuera vista por los médicos de la ciudad de Ávila. En 1540 volvió a ingresar en el convento, aunque todavía no estaba recuperada de su enfermedad. A partir de la década de 1550 empezó a sentir sus pexperiencias místicas. Una visión que tuvo de las penas del infierno produjo en ella una crisis que la estimuló a iniciar la tarea de reformación de la orden carmelitana, retornándola a su pureza y severidad primitivas. En 1562 recibió la autorización para fundar un convento y ese mismo año fundó el de San José de Ávila bajo la regla de los Carmelitas Descalzos. Cinco años después fundó un nuevo convento en Medina del Campo; en estos años su actividad fue incansable, creando seis nuevos conventos: Valladolid (1568), Malagón (1569), Toledo (1569), Pastrana (1569), Salamanca (1570), Alba de Tormes (1571) y

Segovia (1572). Pero los carmelitas no aceptaron la reforma y denunciaron a la Inquisición el *Libro de la vida*, consiguiendo que su autora fuera procesada. La persecución se intensificó con el nombramiento de monseñor Segá como nuncio del Papa, que movió los hilos necesarios para que fuera confinada en Toledo. Pero pudo seguir con la ayuda de su director espiritual, Domingo Báñez, y contando también con el apoyo de fray Luis de León, fray Juan de la Cruz y de los jesuitas. El conde de Tendilla intercedió a su favor delante de Felipe II, que consiguió que el Papa permitiera a los carmelitas descalzos convertirse en provincia independiente, lo que supuso el triunfo de la reforma Descalza. Con posterioridad fundó dos conventos más en Beas y en Sevilla (1575) y otro en Villanueva de la Jara (1580). Sin embargo, la oposición no cesó y le fue negado el permiso para fundar una nueva casa en Madrid. Sus últimas fundaciones fueron las de Soria (1581), Granada (1582) y Burgos (1582). Ese mismo año de 1582 murió en Alba de Tormes. Santa Teresa fue beatificada en 1614 y canonizada en 1622.

OBRA

Santa Teresa no fue una escritora vocacional, no existe en ella la necesidad de escribir para pasar a la posteridad. Según Emilio Orozco Díaz, fueron tres los motivos que llevaron a la monja carmelita a escribir: el primero de ellos fue la obediencia a sus confesores, que la animaban a referir el proceso de su vida religiosa y las gracias sobrenaturales que había recibido; el segundo, como respuesta a las necesidades y peticiones de sus monjas, a las que como priora tenía la obligación de enseñar y guiar en las formas de la nueva disciplina del Carmelo reformado y en la concepción de la oración como centro de la actividad conventual; la tercera, es la necesidad de expresar y comunicar *"porque incluso escucha una voz en su interior, la voz del Señor, que se lo estaba pidiendo desde hacía tiempo, e incluso piensa que es Él el que a veces le ha dicho lo que escribe; o porque espontáneamente movida por su instintiva tendencia a la oración, experimenta en su alma una imperiosa necesidad incontenible y desbordante de hablar con Él"*. Estos motivos ya indican cuáles eran los destinatarios a los que la escritora quería llegar: en primer lugar, a sus confesores que la obligaban a escribir; en segundo lugar, a las monjas a las que la Santa quería instruir en las nuevas reglas y en la necesidad de la oración; en tercer lugar, a un grupo reducido de lectores (los religiosos carmelitas o familiares y allegados) que podían tener acceso a estas obras, y, por último, al propio Dios, a quien se dirige directamente.

El estilo de Santa Teresa viene exigido por los principales destinatarios de sus obras y por su interés en expresar y comunicar sus vivencias, sin ninguna intencionalidad literaria. Su lenguaje es coloquial y popular, con fenómenos morfológicos y sintácticos propios de estos niveles: leísmos, arcaísmos, complementos internos, antítesis y alteraciones de vocales ("*melencolía*", "*piadad*", "*regucijo*", "*naide*", "*cativa*") y de consonantes ("*relisión*", "*disbarate*", "*perlado*", "*dotor*", "*dotrina*", "*ilesia*"). También aparecen alteraciones en la conjugación ("*trayo*", "*tray*"). Una característica importante del estilo de la Santa es la profusión de diminutivos con los que perseguía varios fines: quitar énfasis y gravedad a la situación; dar un clima de afectividad a su doctrina y hacer penetrar los consejos por vía de cordialidad. Para conseguir efectos de intensificación recurre a la repetición y acumulación de adjetivos y adverbios; por el mismo motivo

recurre a la repetición de palabras. Santa Teresa escribía con rapidez, sin corregir lo escrito; por ello se dan en sus obras una serie de referencias y concordancias muy laxas. Por esta misma razón el periodo oracional no acaba lógicamente, sino que como afirma Rafael Lapesa: "*la frase se pierde en cambios repentinos de construcción, concordancias mentales y abandono de lo que ha comenzado a decir*". Consecuencia de la rapidez con que escribía es el desorden de los elementos de la oración y la falta de concordancia entre adjetivos y sustantivos. Un recurso retórico muy utilizado por la escritora es la antítesis, de la cual se servía para expresar los estados de ánimo difíciles y complicados de la experiencia mística. Otro recurso muy utilizado es el de las comparaciones extraídas de la observación de la vida cotidiana y de los oficios populares. Quizás el mejor resumen sea el de fray Luis de León en el prólogo a la edición de las obras de la Santa: "*en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale*".

OBRA POÉTICA

Santa Teresa cultivó la poesía y la prosa. Su producción en prosa es bastante más reducida que en prosa; sólo se conservan siete composiciones suyas, alguna de ellas de discutible atribución. El metro utilizado en estas composiciones es el tradicional de la poesía española del siglo XV. Una de sus poesías, "*Caminemos para el cielo / monjas de Carmelo*", tiene la estructura de un himno, en la que la autora avisa a sus monjas para que sigan el camino del cielo. La glosa, con ocho estrofas, es una lección de la actitud que deben seguir los hombres para llegar a Dios: mortificación, humildad, privación de consuelo, obediencia, pobreza. En el poema les dice a sus monjas que respeten los tres votos de pobreza, castidad y obediencia. Compuso también algunos villancicos, en los que demuestra su compenetración con la tradición popular y con la culta, pues se dan reminiscencias de tradiciones trovadorescas, como la de las albas ("*Mi gallejo, mira quién llama*"). Los más importantes poemas son aquellos que reflejan su misticismo. El primero de ellos es "*¡Oh Hermosura que excedéis*", que envió a su hermano Lorenzo. En el poema, la Santa describe el amor místico entre Dios y el hombre, para el cual éste debe desprenderse de los lazos que lo unen a la tierra para llegar a la unión última: "*Juntáis quien no tiene ser / con el ser que no se acaba*". El poema más conocido de Santa Teresa es la glosa al "*Vivo sin vivir en mí / y de tal manera espero / que muero porque no muero*". El poema original, glosado por otros escritores, trata del amor humano, pero en este caso es convertido en la expresión del amor místico: el poema expresa el deseo de morir por parte de la amada para unirse para siempre con el amado. En la segunda estrofa aparece el tópico, tan repetido en la poesía cancioneril, de la prisión de amor; en este caso, Dios es el prisionero del corazón de la Santa. Otro de los poemas místicos es aquel que comienza "*Yo toda me entregué y di*". En este poema, un motivo de la lírica amorosa, las flechas de amor, vuelve a aparecer a lo divino: aquí es un ángel el que lanza las flechas que hieren a la Santa y producen el amor, la unión mística reflejada en los dos versos siguientes: "*y mi alama quedó hecha / una cosa con su Criador*".

OBRA EN PROSA

Las obras más importantes de Santa Teresa fueron escritas en prosa. Según sus contenidos, pueden dividirse en dos grupos: las obras autobiográficas, y las propiamente ascéticas y místicas. La división no es absoluta, pues en las de uno y otro tipo aparecen elementos del otro. Al primer grupo pertenecen: *Libro de la vida*, *Libro de las fundaciones*, *Libro de las relaciones*, y sus cartas; al segundo, *Camino de perfección* y el *Castillo interior o Las moradas*, y algunas otras obras menores.

El *Libro de la Vida*, llamado también por la autora *Libro grande* o *Libro de las misericordias de Dios*, tiene dos redacciones: la primera de ellas fue terminada en 1562; la segunda, y definitiva, con el añadido de sucesos posteriores a la primera fecha fue terminada después del 13 de junio de 1565 con la división en cuarenta capítulos, y enviada para su aprobación al maestro Juan de Ávila. De esta obra conservamos el manuscrito autógrafa, guardado, por deseo de Felipe II, en el monasterio de El Escorial. La princesa de Éboli denunció el libro ante la Inquisición, que lo recogió y entregó al padre Domingo Báñez y al padre Hernando del Castillo para que emitieran su parecer, que en ambos casos fue favorable, aunque el primero de ellos aconsejó que no tuviese libre circulación mientras viviera la autora, "*hasta ver en qué paraba esta mujer*". Sin embargo, antes y después de este dictamen la obra circuló en numerosas copias manuscritas hechas por amigos de la Santa. El libro está escrito dentro del género epistolar dirigido a sus confesores y directores espirituales ("*vuesa merced*", "*vuestas mercedes*"). En el libro se mezclan partes autobiográficas y partes más propias de un tratado doctrinal. La primera parte del libro, que comprende los capítulos 1 al 9, son autobiográficas; en ellos, la autora relata su vida interior desde su niñez hasta los primeros años de su vida religiosa. En estos capítulos, el hecho central es el de su conversión, que divide el "*antes y el después*" de su vida. Esta visión contiene una nueva valoración del pasado desde la perspectiva de la visión mística, que ha transformado la personalidad de la Santa. Los capítulos 11 a 22 contienen un tratado de los grados de oración, articulado con la parte autobiográfica mediante el capítulo 10, que sirve de transición a esta segunda parte. En ella el "*yo*" que ha articulado y protagonizado la primera parte pasa a un segundo plano. En esta segunda parte el lenguaje se vuelve figurativo, y bajo la alegoría presenta una detallada exposición de la oración. La tercera parte comprende los capítulos 23 a 31. En estos capítulos describe su camino místico. Lo importante en esta parte es el análisis al que somete las distintas partes de la unión mística. La propia Santa refleja el cambio de estructura y tono de la obra: "*es otro libro nuevo de aquí adelante, digo otra vida nueva; la que he vivido desde que comencé a declarar estas cosas de oración, es que vivía Dios en mí a lo que parecía*". La cuarta parte comprende los capítulos 32 a 36, añadidos en la segunda redacción. El tema de esta parte es la fundación del convento de san José, episodio que constituye la afirmación de su vida mística; al fin y al cabo la fundación de este monasterio supone "*la instalación de la jornada eremítico-contemplativa carmelitana*". Los últimos capítulos, 37 a 40, renuevan la narración episódica. En esta quinta parte predomina un sentimiento de serenidad y de seguridad interior por el conocimiento de la procedencia de las visiones que en la tercera parte había permanecido en duda. Las diferencias entre la primera parte, autobiográfica, y las demás se refleja en una visión paradójica: la ruindad que ella presenta como característica de su vida (ella se refiere a sí misma como "*ruin*" o "*tan*

ruin") agranda las mercedes recibidas y que se relatan en las otras partes; así lo manifiesta en el capítulo 7: "*He dicho esto para que se entienda mi maldad y la gran bondad de Dios y cuán merecido tenía el infierno por tan grande ingratitud*". El conflicto se dramatiza con el asedio al que la somete el demonio, que constantemente intenta apartarla del camino espiritual que la Santa se ha fijado. Se establece así un triángulo amoroso entre el alma de Santa Teresa, Dios y el diablo. Estos tres personajes son los únicos que aparecen citados con sus nombres, con lo que la atención del lector se centra en el conflicto entre ellos, sin que su atención sea desviada por la presencia de otros individuos. La experiencia mística es presentada con temor, por las sospechas que despertaba en la Inquisición, en sus confesores y en ella misma: "*Comenzó Su Majestad a darme muy de ordinario oración de quietud y muchas veces de unión... Yo, como en estos tiempos habían acaecido grandes ilusiones en mujeres y engaños que las había hecho el demonio, comencé a temer*". El problema, pues, de Santa Teresa es la oposición Dios-demonio; ¿quién de los dos es el que provoca las visiones? Un factor al que la autora está constantemente refiriéndose para establecer la veracidad de sus actos es la experiencia; está convencida "*de la solidez de su experiencia, pero duda del valor de su convicción*"; le falta la cultura teológica de otros escritores religiosos. Y esa duda se manifiesta en el lenguaje como lo demuestran la reiteración de ciertas expresiones: "a mi parecer", "parecíame", "creo", "me parece". La cuarta parte también expresa un conflicto, pero esta vez no es un conflicto interior, sino que afecta a sus actividades exteriores: la fundación del monasterio de San José. La Santa está movida por su convicción de que sigue la voluntad divina. Pero una vez conseguido su objetivo se sume otra vez en la duda acerca de su actuación, o, mejor dicho, de la motivación de su actuación: "Acabado todo, sería como desde a tres u cuatro horas, me resolvió el demonio una batalla espiritual". Pero la última parte del libro significa la resolución de todas las dudas, la convicción del origen de sus visiones.

El *Libro de las fundaciones* se presenta como una continuación del *Libro de la vida*. Fue escrito respondiendo a una petición del padre Ripalda, que le pidió que escribiera todas las noticias posibles sobre su actividad reformadora; en efecto, la obra narra la fundación de los dieciocho conventos y, a la postre, su vida en el periodo de 1567 a 1582. La obra tuvo un largo proceso de escritura, pues debió ser escrita entre 1573 y 1582, pues el último capítulo describe la fundación del monasterio de San José en Burgos, cuya primer misa se celebró en abril de 1582. El estilo de esta obra es más cuidado que en las otras. Tienen especial interés los retratos de los personajes que aparecen en la narración.

El *Libro de las Relaciones* fue escrito en distintos periodos entre 1560 y 1579. Consta de un grupo de cartas dirigidas a San Pedro de Alcántara y a sus confesores, relatándoles los favores que había recibido de Dios. Se conservan más de cuatrocientas cartas escritas por Santa Teresa a los más diversos destinatarios (Domingo Báñez, fray Luis de Granada, Felipe II, el beato Juan de Ávila, su hermano Lorenzo, etc.), aunque desgraciadamente se han perdido muchas, entre ellas las dirigidas a San Juan de la Cruz, que proporcionarían importantes detalles de las luchas entre los calzados y los descalzos. Son los documentos más interesantes porque en ellos se nos muestra la autora en toda su humanidad; son sus momentos de buen humor y sus momentos bajos. Muchas de ellas contienen alusiones obscuras para nosotros, y otras muchas tienen como tema central los asuntos económicos

y políticos de sus diferentes fundaciones. Tienen también el valor de aportar numerosos datos de interés sobre las gentes de su tiempo.

El *Camino de perfección* es una obra ascética. La obra fue comenzada en 1565, aunque fue reescrita cinco años más tarde, atendiendo a los ruegos de fray Domingo Ibáñez para mostrar a sus monjas el camino de perfección de la vida monástica, enseñarles a orar y mover a todos para la salvación de sus almas. En esta obra no aparecen referencias a sus visiones, sino que predomina la preocupación por el ser humano. La preocupación se extiende a la salud de la Iglesia; así, la vemos aconsejar a sus monjas que recen para evitar que Francia caiga en poder de los protestantes. En los primeros dos capítulos hace hincapié en la necesidad de la pobreza en su Orden. En los capítulos que van del cuarto al décimo, Santa Teresa destaca la caridad como centro de la vida conventual. En el capítulo cinco aborda el problema del confesor, que debe ser ante todo un hombre letrado para que pueda entender todos los aspectos de la vida ascético-mística que conlleva el camino de perfección. En el capítulo once trata el tema de la mortificación, otro de los puntos en los que se basa el camino de las monjas. Otro de estos puntos es el de la humildad, que es la prueba del amor a Dios, y la senda segura para la salvación de cualquier ser humano que la ejercite. Este camino a la perfección ha de ser acompañado por la perfección en la oración, una oración que ha de ser contemplativa. Pero la contemplación no es algo que uno pueda lograr tras el análisis de su propia conciencia, la contemplación es un don divino, entendido como un estímulo para alcanzar un amor más alto. Lo importante en este momento es que el ser humano que ha recibido ese regalo esté preparado y ponga su esfuerzo en desarrollarlo. En el capítulo veinte Santa Teresa establece que el método más seguro para llegar al primer nivel de la contemplación es la oración; ésta ha de ser mental y ha de lograr que el orante se evada del mundo. Para ella, el fundamento para que la oración logre su objetivo debe basarse en: humildad, propósito firme, concentración y amor. La última parte del libro está dedicada a la exposición de las siete peticiones del Padrenuestro, cada una de ellas glosada con comentarios. Así la vemos situar el cielo, la morada divina en nuestra propia alma, lejos de las distracciones exteriores, que le permitan la unión con Dios, unión que durará unos instantes tan solo, ya que la unión definitiva, lograda a través de la contemplación, se produce cuando el alma abandona la prisión del cuerpo. Se detiene también en la oración para la Eucaristía, por la cual el hijo de Dios es enviado por este a la tierra para ser consagrado en la Comunión. Otra de las peticiones provoca en Santa Teresa la renuncia al concepto del honor de la época; la contemplación es compatible con ciertas imperfecciones humanas, pero jamás con el orgullo del honor.

Toda la doctrina mística y ascética que se halla dispersa por todas sus obras se concentra en *Las Moradas o Castillo Interior*, escrita en 1571 a petición del padre Gracián. La obra consta de veintisiete capítulos. Santa Teresa concibe la vida espiritual del hombre "*como un castillo todo de diamante y muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas*". Los aposentos están contruidos en una forma concéntrica, en cuyo centro está la mansión divina. El alma tiene que recorrer los siete aposentos en su camino de perfección para alcanzar la unión con Dios. Para llegar a la puerta del castillo, la única senda es la de la oración. A partir de aquí entramos en la mansión, cuyas tres primeras habitaciones pertenecen a la vía purgativa. A la primera morada el alma debe entrar pura y así recibirá la luz divina, si no la habitación quedará en

absoluta obscuridad. En la segunda morada el alma está más alerta que en la primera y se interroga sobre la superioridad de la vida religiosa frente a la vida secular con sus amigos y parientes; aquí el alma escucha el ruido de las armas de los demonios dirigidas contra ella. Pero el recuerdo de Dios hace que se abstraiga de estas molestias y continúe su viaje. Poco a poco el alma se asegura que el señor del castillo la guiará en su paso de una morada a otra; para ello no debe olvidar que la puerta de entrada al castillo es la oración. La tercera morada recompensa la constancia espiritual del alma con una mayor seguridad contra las tentaciones. Los que han logrado traspasar el umbral de esta tercera morada se hallan libres de los enemigos del alma. Aquí el ser humano debe obedecer y aprender de las personas perfectas para hacer que el paso de una a otra sea lo más rápido posible; en este pasaje la Santa presenta el símil de los pajaritos que aprenden de sus padres la forma de volar. La cuarta morada comienza otra de las vías místicas: la iluminativa. El alma experimenta aquí la dulzura de la oración. En esta ocasión lo importante es el amor y la comprensión para acercarnos a Dios. Santa Teresa explica la distinción entre deleite autoinducido y consuelo divino; el primero aparece ligado a la meditación y el segundo a la contemplación pasiva. Ambas tienen su origen en la misma fuente divina: el agua de la meditación tiene que hacer un largo recorrido a través de muchos acueductos y ruidosos artificios; el agua de la contemplación proviene de una poco ruidosa fuente cercana y desborda su recipiente. Este desbordamiento nace en el séptimo aposento del castillo y llega a las otras tres moradas del castillo interior y produce en la cuarta la dulzura y el silencio, sentidos sólo en el interior del alma. Pero el problema que debe resolver la Santa es cómo se unen los sentidos y las facultades para hacer posible la contemplación pasiva; para explicarlo recurre a la comparación con el silbido del pastor que se escucha en lo más profundo del alma. Entonces se produce el encogimiento y el recipiente del agua se agranda; esto significa libertad, que el alma pierde el miedo a un posible daño y siente cada vez más grande el amor de Dios. En la quinta morada el alma ya se ha despojado completamente de su vestidura corporal, y de esta forma puede acercarse a Dios. La autora describe en estos momentos el alma como una persona que parece muerta, porque no mueve ni un solo músculo en su cuerpo. Aquí se establece la comparación con el gusano de seda que construye el capullo en el que se encierra hasta que se convierte en mariposa; para Santa Teresa, la mansión que se construye el gusano resulta ser la morada de Dios. Por tanto, el cuerpo ha de dejar de existir para que se produzca la unión entre el alma y su Creador. Aquí surge por vez primera el tema de la comparación entre la unión mística con Dios y el matrimonio, comparación que la monja considera inexacta aunque se puede aplicar. Continúa la imagen con la idea de que el amor del alma hacia Dios se produce la primera vez que lo ve, y a partir de ese momento la novia está dispuesta a hacer todo lo posible para que el matrimonio se lleve a feliz término. La sexta morada comienza con la idea de que el alma ha sido herida de amor. La novia tiene que soportar las enfermedades y los terribles dolores que le producen los agentes exteriores. Pero Dios aparta todos esos dolores y enfermedades y el alma se siente como un soldado victorioso en una batalla en la que el vencedor ha sido Dios. Aquí el alma se siente herida por una dulce herida producida por el Esposo ausente, cuyo silbido, procedente del séptimo aposento, oye. El alma no puede evitar escuchar el silbido, puesto que es Dios el que lo emite. Aquí el Señor abraza al alma y la aparta de todos sus sentidos, pero la Santa es incapaz de describir este momento, las visiones que se le aparecen. Dios cierra en el momento del éxtasis (arrobamiento) las puertas de todas las moradas, la única que

permanece abierta es la séptima, donde se produce la unión. El alma se embriaga de placer y excitada quiere extender por el mundo la alabanza de Dios. En el momento que antecede a la unión, el alma se da cuenta de que el palacio en el que habita es Dios y que el mínimo pecado le dolerá. En la séptima morada Santa Teresa habla del matrimonio espiritual con la esperanza de que éste se haga extensivo a sus hijas. El matrimonio se consuma en este aposento que es sólo de Dios. Allí la esposa experimenta la compañía del esposo, la presencia constante. El matrimonio espiritual, explica Santa Teresa, es indivisible, es como las gotas de lluvia que caen en un río, que no pueden ser separadas del agua de ese río. El alma aquí permanece calmada, aunque su cuerpo en la tierra sigue sufriendo en estado de guerra. El alma y Dios disfrutan uno del otro en completo silencio y el entendimiento es testigo de esta situación a través de una pequeña abertura; esto quiere decir que durante la unión mística las facultades están aturdidas. Todo este proceso de unión debe producir en el alma la necesidad de desarrollar una labor evangélica; las novias y recién casadas han de ser esclavas de su Esposo. El vino bebido en la bodega del Esposo tiene el poder de fortalecer el cuerpo. Sobre la construcción de la obra, Sáinz Rodríguez escribió: *"Por sus excepcionales cualidades de análisis interno y de exposición exacta y positiva, su obra representa el mejor inventario y estudio de todos los estados y matices de las almas en este gran camino y lucha de su unión con Dios. Toda la mística universal no ha mostrado un fenómeno de esta índole que no esté estudiado, observado y encasillado en la gran obra teresiana"*.

(Enciclopedia Micronet)

VIDA DE LA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

ÍNDICE:

CARTA DEL MAESTRO FRAY LUIS DE LEÓN

CAPÍTULO I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPÍTULO IX
CAPÍTULO X
CAPÍTULO XI
CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII
CAPÍTULO XIV
CAPÍTULO XV
CAPÍTULO XVO
CAPÍTULO XVII
CAPÍTULO XVIII
CAPÍTULO XIX
CAPÍTULO XX
CAPÍTULO XXI
CAPÍTULO XXII
CAPÍTULO XXIII
CAPÍTULO XXIV
CAPÍTULO XXV
CAPÍTULO XXVI
CAPÍTULO XXVII
CAPÍTULO XXVIII
CAPÍTULO XXIX
CAPÍTULO XXX
CAPÍTULO XXXI
CAPÍTULO XXXII
CAPÍTULO XXXIII
CAPÍTULO XXXIV
CAPÍTULO XXXV
CAPÍTULO XXXVI
CAPÍTULO XXXVII
CAPÍTULO XXXVIII
CAPÍTULO XXXIX
CAPÍTULO XL

CARTA DEL MAESTRO FRAY LUIS DE LEÓN

A las madres priora Ana de Jesús, y religiosas descalzas del monasterio de Madrid

Salud en Jesucristo:

Yo no conocí, ni vi a la santa madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra, mas ahora que vive en el cielo la conozco, y veo casi siempre en dos imágenes vivas, que nos dejó de sí, que son sus hijas, y sus libros, que a mi juicio son también testigos fieles, y mejores de toda excepción de la grande virtud; porque las figuras de su rostro, si las viera, mostráranme su cuerpo, y sus palabras, si las oyera, me declararan algo de la virtud de su alma; y lo primero era común, y lo segundo sujeto a engaño, de que carecen estas dos cosas, en que la veo ahora: que como el Sabio dice, el hombre en sus hijos se conoce. Porque los frutos que cada uno deja de sí cuando falta, éstos son el verdadero testigo de su

vida, y por tal le tiene Cristo, cuando en el Evangelio, para diferenciar al malo del bueno, nos remite solamente a sus frutos. De sus frutos, dice los conoceréis. Así que la virtud, y santidad de la santa, madre Teresa, que viéndola a ella me pudiera ser dudosa, e incierta, esta misma ahora no viéndola, y viendo sus libros, y las obras de sus manos, que son sus hijas, tengo por cierta, y muy clara, porque, por la virtud que en todas resplandece, se conoce sin engaño la mucha gracia que puso Dios en la que hizo para Madre de este nuevo milagro, que por tal debe ser tenido, lo que en ellas Dios ahora hace, y por ellas. Que si es milagro lo que viene fuera de lo que por orden natural acontece, hay en este hecho tantas cosas extraordinarias, y nuevas, que llamarle milagro es poco, porque es un ayuntamiento de muchos milagros. Que un milagro es, que una mujer, y sola, haya reducido a perfección una Orden en mujeres, y hombres. Y otro la grande perfección a que los redujo. Y otro, y tercero, el grandísimo crecimiento que ha venido en tan pocos años, y de tan pequeños principios, que cada una por sí son cosas muy dignas de considerar. Porque, no siendo de las mujeres el enseñar, sino el ser enseñadas, como lo escribe san Pablo, luego se ve, que es maravilla nueva una flaca mujer tan animosa, que emprendiese una cosa tan grande, y tan sabia, y eficaz, que saliese con ella, y robase los corazones, que trataba para hacerlos de Dios, y llenase las gentes en pos de sí, a todo lo que aborrece el sentido. En que (a lo que yo puedo juzgar quiso Dios en este tiempo, cuando parece triunfa el demonio en la muchedumbre de los infieles, que le siguen, y en la porfía de tantos pueblos de herejes, que hacen sus partes, y en los muchos vicios de los fieles que son de su bando, para envilecerle, y para hacer burla dél, ponerle delante, no un hombre valiente rodeado de letras, sino una mujer pobre, y sola que le desafiase y levantase bandera contra él, y hiciese públicamente gente que le venza, huelle, y acocee: y quiso sin duda para demostración de lo mucho que, puede en esta edad, a donde tantos millares de hombres, unos con sus errados ingenios, y otros con sus perdidas costumbres aportillan su reino, que una mujer alumbrase los entendimientos, y ordenase las costumbres de muchos, que cada día crecen para reparar estas quiebras. Y en esta vejez de la Iglesia tuvo por bien de mostrarnos, que no se envejece su gracia, ni es ahora menos la virtud de su espíritu, que, fue en los primeros, y felices tiempos della, pues con medios más flacos en linaje, que entonces, hace lo mismo, o casi lo mismo, que entonces. Y no es menos clara, ni menos milagrosa la segunda imagen, que, dije, que son las escrituras, y libros, en los cuales, sin ninguna duda quiso el Espíritu Santo, que, la santa madre Teresa fuese un ejemplo rarísimo; porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza, y calidad con que las trata, excede a muchos ingenios; y en la forma del decir, y en la pureza, y facilidad del estilo, y en la gracia, y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale. Y así siempre que los leo, me admiro de nuevo, y en muchas partes dellos me parece, que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo sino que habla el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que le regía la pluma, y la mano, que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras, y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee. Que dejados aparte otros muchos, y grandes provechos, que hallan los que leen estos libros, dos son a mi parecer los que con más eficacia hacen. Uno facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la virtud. Y otro encenderlos en el amor della, y de Dios. Porque en lo uno es cosa maravillosa, ver cómo ponen a Dios delante, los ojos del alma, y como le muestran tan fácil para ser hallado, y tan dulce tan amigable para los que le hallan; y en los otro no solamente con todas mas

con cada una de sus palabras, pega al alma fuego del cielo, que, le abrasa, y deshace. Y quitándole de los ojos, y del sentido todas las dificultades que hay, no para que no las vea, sino para que no las estime, ni precie, déjanla, no solamente desengañada de lo que la falsa imaginación le ofrecía, sino descargada de su peso y tibieza, y tan alentada, y (si se puede decir así) tan ansiosa del bien, que vuela luego a él con el deseo que hierve. Que el ardor grande que en aquel pecho santo vivía, salió como pegado en sus palabras, de manera, que levantan llama por donde quiera que pasan. Así que tornando al principio, si no la vi mientras estuvo en la tierra, ahora la veo en sus libros, y hijas. O por decirlo mejor, en Vuestras Reverencias solas las veo ahora, que de son sus hijas de las más parecidas a sus costumbres, y son retrato vivo de sus escrituras, y libros. Los libros que salen a luz, y el Consejo Real me cometió que los viese, puedo yo con derecho enderezarlos a ese santo convento, como de hecho lo hago, por el trabajo que he puesto en ellos, que no ha sido pequeño. Porque no solamente he trabajado en verlos, y examinarlos, que es lo que el Consejo mandó, sino también en cotejarlos con los originales mismos que estuvieron en mi poder muchos días, y en reducirlos a su propia pureza en la misma manera, que los dejó escritos de su mano la santa madre, sin mudarlos, ni en palabras, ni en cosas de que se habían apartado mucho los trabajos que andaban, o por descuido de los escribientes, o por atrevimiento, y error. Que hacer mudanza en las cosas, que escribió un pecho en quien Dios vivía, y que se presume le movía a escribirlas, fue atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer enmendar las palabras; porque si entendieran bien castellano, vieran que el de la santa madre es la misma elegancia aunque en algunas partes de lo que escribe antes que acabe la razón que comienza, la mezcla con otras razones, y rompe el hilo, comenzando muchas veces con cosas que ingiere; mas ingiérelas tan diestramente, y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura, y es el lunar del refrán. Así que yo los he restituido a su primera pureza. Mas porque no hay cosa tan buena, en que la mala condición de los hombres no pueda levantar un achaque, será bien aquí (y hablando con Vuestras Reverencias) responder con brevedad a los pensamientos de algunos. Cuéntanse en estos libros revelaciones, y trátanse en ellos cosas interiores, que pasan en la oración, apartadas del sentido ordinario, y habrá por ventura quien diga en las revelaciones, que es caso dudoso, y que así no convenía que saliesen a luz; y en lo que toca al trato interior del alma con Dios, que es negocio muy espiritual, y de pocos, y que ponerlo en público a todos, podrá ser ocasión de peligro. En que verdaderamente se engañan. Porque en lo primero de las revelaciones, así como es cierto, que el demonio se transfigura algunas veces en ángel de luz, y burla, y engaña las almas con apariencias fingidas; así también es cosa sin duda, y de fe, que el Espíritu Santo habla con los suyos, y se les muestra por diferentes maneras, o para su provecho, o para el ajeno. Y como las revelaciones primeras no se han de escribir, ni aprobar, porque son ilusiones; así estas segundas merecen ser sabidas, y escritas. Que como el ángel dijo a Tobías El secreto del rey bueno es esconderlo, mas de las obras de Dios, cosa santa, y debida es manifestarlas, y descubrirlas. ¿Qué santo hay que no haya tenido alguna revelación? ¿O qué visa de santo se escribe, en que no se escriban las revelaciones que tuvo? Las historias de las Órdenes de los santos Domingo, y Francisco, andan en las manos, y en los ojos de todos, y casi no hay hoja en ellas sin revelación, o de los fundadores, o de sus discípulos. Habla Dios con sus amigos sin duda ninguna, y no les habla, para que nadie lo sepa, sino para que tenga a juicio lo que les dice, que como es luz, ámala en todas sus cosas; como busca la salud de

los hombres, nunca hace estas mercedes especiales a uno, sino para aprovechar por medio dél a otros muchos. Mientras se dudó de la virtud de la santa madre Teresa, y mientras hubo gentes que pensaron al revés de lo que era, porque aún no se veía la manera en que Dios aprobaba sus obras, bien fue que estas historias no saliesen a luz, ni anduviesen en público, para excusar la temeridad de los juicios de algunos; mas ahora después de su muerte, cuando las mismas cosas, y el suceso dellas hacen certidumbre que es Dios, y cuando el milagro de la incorrupción de su cuerpo, y otros milagros que cada día hace, nos ponen fuera de toda duda su santidad, encubrir las mercedes que Dios le hizo viviendo, y no querer publicar los medios con que la perfeccionó para bien de tantas gentes, sería en cierta manera hacer injuria al Espíritu Santo, y escurecer sus maravillas, y poner velo a su gloria. Y así ninguno que bien juzgare, tendrá por bueno que estas revelaciones se encubran. Que lo que algunos dicen, ser inconveniente, que la santa madre misma escriba sus revelaciones de sí, para lo que toca a ella, y a su humildad, y modestia, no lo es, porque las escribió mandada, y forzada, para lo que toca a nosotros, y a nuestro crédito, antes es lo más conveniente. Porque de cualquiera otro que las escribiera, se pudiera tener duda, si se engañaba, o si quería engañar, lo que no se puede presumir de la santa madre, que escribía lo que pasaba por ella: y era tan santa, que no trocará la verdad en cosas tan grayes. Lo que yo de algunos temo es, que disgustan de semejantes escritura, no por el engaño, que puede haber en ellas, sino por el que ellos tienen en sí, que no les deja creer, que se humana Dios tanto con nadie, que no lo pensarían, si considerasen eso mismo que creen. Porque si confiesan que Dios se hizo hombre, ¿qué dudan de que hable con el hombre? Y si creen que fue crucificado, y azotado por ellos, ¿qué se espantan que se regale con ellos? ¿Es más aparecer a un siervo o suyo, y hablarle, o hacerse él como siervo nuestro, y padecer muerte? Anímense los hombres a buscar a Dios por el camino que él nos enseña, que es la fe, y la caridad, y la verdadera guarda de su ley, y consejos, que lo menos será hacerles semejantes mercedes. Así que los que no juzgan bien destas revelaciones, si es porque, no creen que las hay, viven en grandísimo error: y si es porque algunas de las que hay son engañosas, obligados están a juzgar bien de las que la conocida santidad de sus autores aprueba por verdaderas, cuales son las que se escriben aquí. Cuya historia, no solo no es peligrosa en esta materia de revelaciones, mas es provechosa, y necesaria para el conocimiento de las huellas en aquellos que la tuvieron. Porque no cuenta desnudamente las que Dios comunicó a la santa madre Teresa, sino dice también las diligencias que ella hizo para examinarlas, muestra las señales que dejan de sí las verdaderas, y el juicio que debemos hacer dellas, y si se ha de apetecer, o rehusar el tenerlas. Porque lo primero, esa escritura nos enseña, que las que son de Dios, producen siempre en el alma muchas virtudes, así para el bien de quien las recibe, como para la salud de otros muchos. Y lo segundo nos avisa, que no tenemos de gobernarnos por ellas, porque la regla de la vida es la doctrina de la Iglesia, y lo que tiene Dios revelado en sus libros, y lo que diría la sana, y verdadera razón. Lo otro nos dice, que no las apetezcamos, ni pensemos que está en ellas la perfección del espíritu, o que son señales ciertas de la gracia, porque el bien de las almas está propiamente en amar a Dios más, y en el padecer más por él, y en la mayor mortificación de los afectos, y mayor desnudez, desasimiento de nosotros mismos, y de todas las cosas. Y lo mismo que nos enseña con las palabras aquella escritura, nos lo demuestra luego con el ejemplo de la misma santa madre, de quien nos cuenta el recelo con que anduvo siempre en todas sus revelaciones, y el examen que dellas hizo, y como siempre se gobernó, no tanto por ellas,

cuanto por lo que le mandaban sus prelados, y confesores, con ser ellas tan notoriamente buenas, cuanto mostraron los efectos de reformation que en ella hicieron, y en toda su Orden. Así que las revelaciones que aquí se cuentan, ni son dudosas, ni abren puerta para las que son, antes descubren luz para conocer las que lo fueren; y son para aqueste conocimiento como la piedra del toque estos libros. Resta ahora decir algo a los que hallan peligro en ellos, por la delicadeza de lo que tratan, que dicen no es para todos, porque como haya tres maneras de gentes, unos que tratan de oración, otros que si quisiesen, podrían tratar de ella, otros que no podrían por la condición de su estado: pregunto yo, ¿cuáles son los que destos peligran? ¿Los espirituales? No, sino es daño saber uno eso mismo que hace, y profesa. ¿Los que tienen disposición para serlo? Mucho menos, porque tienen aquí, no solo quien los guíe cuando lo fueren, sino quien los anime, y encienda a que lo sean, que es un grandísimo bien. Pues los terceros ¿en qué tienen peligro? ¿En saber que es amoroso Dios con los hombres? ¿Que quién se desnuda de todo le halla? ¿Los regalos que hace a las almas? ¿La diferencia de gustos que les da? ¿La manera cómo los apura, y alma? ¿Qué hay aquí, que sabido, no santifique a quien lo leyere? ¿Que no críe en la admiración de Dios, y que no le encienda en su amor? Que, si la consideración destas obras exteriores que hace Dios en la oración, y gobernación de las cosas, es escuela de común provecho para todos los hombres, ¿el conocimiento de sus maravillas secretas, cómo puede ser dañoso a ninguno? Y cuando alguna, por su mala disposición, sacara daño, ¿era justo por eso cerrar la puerta a tanto provecho, y de tantos? No se publique el Evangelio, porque, en quien no lo recibe es ocasión de mayor perdición, como san Pablo decía. ¿Qué escrituras hay, aunque entren las sagradas en ellas, de que un ánimo mal dispuesto no pueda concebir un error? En el juzgar de las cosas, débese entender a si ellas son buenas en sí, y convenientes para sus fines, y no a lo que fiará dellas el mal uso de algunos: que si a esto se mira, ninguna hay tan santa, que no se pueda vedar. ¿Qué más santos que los Sacramentos? ¿Cuántos por el mal uso dellos se hacen peores? El demonio como sagaz, y que vela en dañarnos, muda diferentes colores, y muéstrase en los entendimientos de algunos recatado, y cuidadoso del bien de los prójimos, para por excusar un daño particular, quitar de los ojos de todos lo que es bueno, y provechoso en común. Bien sabe él que perderá más en los que se mejoraren, y hicieren espirituales perfectos, ayudados con la lición destos libros, que ganará en la ignorancia, o malicia de cual, o cual que por su disposición se ofendiere. Y así por no perder aquellos, enrarece, y pone delante los ojos el daño de aquestos, que él por otros mil caminos tiene dañados; aunque como decía, no sé ninguno tan mal dispuesto, que saque daño de saber, que Dios es dulce, con sus amigos, y de saber cuán dulce es, y de conocer por qué caminos se le llegan las almas, a que se endereza toda aquella escritura. Solamente me recelo de unos que quieren guiar por sí a todos, y que aprueban mal lo que no ordenan ellos, y que procuran no tenga autoridad lo que no es su juicio, a los cuales no quiero satisfacer, porque nace su error de su voluntad, y así no querrán ser satisfechos: más quiero rogar a los demás, que no les den crédito, por que no le merecen. Sola una cosa advertiré aquí, que es necesario se advierta, y es: que la santa madre, hablando de la oración que llama de quietud, y de otros grados más altos, y tratando de algunas particulares mercedes que Dios hace a las almas, en muchas partes destos libros acostumbra a decir, que está el alma junto a Dios, y que ambos se entienden, y que están las almas ciertas que Dios les habla, y otras cosas desta manera. En lo cual no ha de entender ninguno que pone certidumbre en la gracia, y justicia de los que se ocupan en

estos ejercicios, ni de otros ningunos, por santos que sean, de manera que ellos estén ciertos de sí, que la tienen, sino son aquellos a quien Dios lo revela. Que la santa madre misma, que gozó de todo lo que en estos libros dice, y de mucho más que no dice, escribe en uno dellos estas palabras de sí. Y lo que no se puede sufrir, Señor, es, no poder saber cierto si os amo, y son aceptos mis deseos delante, de vos. Y en otra parte. Mas ay Dios mío, ¿cómo podré, yo saber que no estoy apartada de vos? ¡Oh vida mía, qué has de vivir con tan poca seguridad de cosa tan importante! ¿Quién te buscara? Pues la ganancia que de ti se puede sacar, o esperar, que es contentar en todo a Dios, está tan incierta, y llena de peligros? Y en el libro de las *Moradas*, hablando de almas que han entrado en la séptima, que son las de mayor, y más perfecto grado, dice desta manera: De los pecados mortales que ellas entiendan estar libres, aunque no seguras, que ternán algunos que lo entienden, que no les será pequeño tormento. Solo quiere decir lo que es la verdad, que las almas en estos ejercicios sienten a Dios presente para los efectos que en ellas entonces hace, que son deleitarlas y alumbrarlas, dándoles avisos, y gustos; que aunque son grandes mercedes de Dios, y que muchas veces, o andan con la gracia que justifica, o encaminan a ella, pero no por eso son aquella misma gracia, ni nacen, ni se juntan siempre con ella. Como en la profecía se ve, que la puede haber en el que está en mal estado, el cual entonces está cierto de que Dios le habla, no se sabe si le justifica; y de hecho no le justifica Dios entonces, aunque le habla, y enseña. Y esto se ha de advertir, cuanto a toda la doctrina común, que en lo que toca particularmente a la santa madre, posible es que después que escribió las palabras que ahora yo refería, tuviese alguna propia revelación, y certificación de su gracia. Lo cual así como no es bien que se afirme por cierto, así no es justo que con pertinacia se niegue; porque fueron muy grandes, los dones que Dios en ella puso, y las mercedes que le hizo en sus años postreros, a que aluden algunas cosas de las que en estos libros escribe. Mas de lo que en ella por ventura pasó por merced singular, nadie, ha de hacer regla común. Hoy con este advertimiento queda libre de tropiezo toda aquella escritura. Que según yo juzgo, y espero será tan provechosa a las almas, cuanto en las de Vuestras Reverencias, que se criaron, y se mantienen con ella, se ve. A quien suplico se acuerden siempre en sus santas oraciones de mí.

En san Felipe de Madrid a 15 de septiembre de 1587.

Fray Luis de León

Quisiera yo, que como me han mandado, y dado larga licencia, para que escriba el modo de Oración, y las mercedes que el Señor me ha hecho, me la dieran, para que muy por menudo, y con claridad dijera mis grandes pecados, y ruin vida. Diérame gran consuelo; mas no han querido, antes atádome mucho en este caso: y por esto pido por amor del Señor, tenga delante de los ojos, quien este discurso de mi vida leyere, que ha sido tan ruin, que, no ha hallado Santo, de los que se tornaron a Dios, con quien me consolar. Porque considero, que después que el Señor los llamaba, no le tornaban a ofender: yo no solo tornaba a ser peor, sino que parece traía el estudio a resistir las mercedes que su Majestad me hacía, como quien se veía obligar a servir más, y entendía de sí, no podía pagar lo menos de lo que debía. Sea bendito por siempre, que tanto me esperó. A quien con todo mi corazón suplico, me dé gracia, para con toda claridad, y verdad yo haga esta

relación, que mis confesores me mandan (y aun el señor, sé yo, lo quiere muchos días ha, sino que yo no me he atrevido) y que sea para gloria, y alabanza suya, y para que aquí conociéndome ellos mejor, ayuden a mi flaqueza, para que pueda servir algo de lo que debo al Señor, a quien siempre alaben todas las cosas. Amén.

CAPÍTULO I

En que trata cómo comenzó el Señor a despertar esta alma en su niñez a cosas virtuosas, y la ayuda, que es para esto, serlo los padres

1. El tener padres virtuosos, y temeroso de Dios, me bastará, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía para ser buena. Era mi padre aficionado a leer buenos libros, y así los tenía de romance, para que leyesen sus hijos. Esto, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar, y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora, y de algunos Santos, comenzó a despertarme de edad (a mi parecer) de seis, o siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres, y piedad con los enfermos, y aun con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad: y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como a sus hijos: decía, que de que no era libre, no lo podía sufrir de piedad. Era de gran verdad; jamás nadie le oyó jurar, ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad; con ser de harta hermosura, jamás se entendió, que diese ocasión a que ella hacía caso de ella; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible, y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió: murió muy Cristianamente. Eramos tres hermanas, y nueve hermanos: todos parecieron a sus padres (por la bondad de Dios) en ser virtuosos, sino fui yo, aunque era la más querida de mi padre; y antes que comenzase a ofender a Dios, parece tenía alguna razón: porque, yo he lástima, cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado, y cuán mal me supo aprovechar dellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios.

2. Tenía uno casi de mi edad, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor, y ellos a mí; juntámonos entrambos a leer vidas de santos: como veía los martirios, que por Dios los santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así; no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes, que leía haber en el cielo. Juntábame con este mi hermano a tratar que medio habría para esto. Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen: y paréceme, que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres, nos parecía el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir en lo que leíamos, que pena, y gloria era para siempre. Acaecíanos estar muchos ratos tratando desto: y gustábamos de decir muchas veces, para siempre, siempre, siempre. En pronunciar esto mucho rato, era el Señor servido, me quedase en esta niñez imprimido e camino de la verdad. De que vi, que era imposible ir a donde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas

pedrecillas, que luego se nos caían, y ansí no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver, como me daba Dios tan presto, lo que yo perdí por mi culpa. Hacía limosna como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y ansí nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

3. Acuérdomme, que cuando murió mi madre, quedé yo de edad de doce años, poco menos: como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuime a una imagen de Nuestra Señora, y supliquela fuese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme, que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana, en cuanto me he encomendado a ella, y en fin me ha tornado a sí. Fatígame ahora ver, y pensar en que estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé. ¡Oh Señor mío!, pues parece tenéis determinado que me salve, plega a vuestra Majestad sea ansí, y de hacerme tantas mercedes como me habéis hecho, ¿no tuviérades por bien, no por mi ganancia, sino por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanto posada, a dónde tan contino habíades de morar? Fatígame, Señor, aún decir esto, porque sé que fue mía toda la culpa; porque no me parece os quedó a vos nada por hacer, para que desde esta edad no fuera toda vuestra. Cuando voy a quejarme de mis padres, tampoco puedo; porque no veía en ellos sino todo bien, y cuidado de mi bien. Pues pasando de esta edad, que comencé a entender las gracias de naturaleza que el Señor me había dado (que según decían eran muchas) cuando por ellas le había de dar gracias, de todas me comencé a ayudar para ofenderlo, como ahora diré.

CAPÍTULO II

Trata cómo fue perdido, y lo que importa en la niñez tratar con personas virtuosas

1. Paréceme que comenzó a hacerme mucho daño lo que ahora diré. Considero algunas veces, cuan mal lo hacen los padres, que no procuran que vean sus hijos siempre, cosas de virtud de todas maneras; porque con serlo tanto mi madre (como he dicho) de lo bueno no tomé tanto en llegando a uso de razón, ni casi liada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada a libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo, como yo le tomé para mí; porque no perdía su labor, sino desenvolvíamos para leer en ellos: y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar sus hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos. Desto le pesaba tanto a mi padre, que se había de tener aviso a que no lo viese. Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta, que en ella vi, me comenzó a enfriar los deseos, y comenzó a enfriar en lo demás; y parecíame, no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento. Comencé a traer galas, y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos, y cabello, y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mí. Durome mucha curiosidad de limpieza demasiada, y cosas que me parecían a mí no eran ningún pecado

muchos años: ahora veo cuán malo debía ser. Tenía primos, hermanos algunos, que en casa de mi padre no tenían otros cabida para entrar, que era muy recatado; y pluguiera a Dios que lo fuera destos también, porque ahora veo el peligro que es tratar en la edad que se han de comenzar a criar virtudes con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan para meterse en él. Eran casi de mi edad, poco mayores que yo: andábamos siempre juntos, teníanme gran amor; y en todas las cosas que les daba contento, les sustentaba plática, y oía sucesos de sus aficiones, y niñerías, no nada buenas; y lo que peor fue, mostrarse el alma a lo que fue causa de todo su mal. Si yo hubiera de aconsejar, dijera a los padres, que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes a lo peor, que a lo mejor.

2. Ansí me acaeció a mí, que tenía una hermana de mucha más edad que yo, de cuya honestidad y bondad, que tenía mucha, desta no tomaba nada, y tomé todo el daño de una parienta, que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la había mucho procurado desviar que tratase en casa (parece que adivinaba el mal que por ella me había de venir) y era tanta la ocasión que había para entrar, que no había podido. A esta que digo, me aficioné a tratar: con ella era mi conversación, y pláticas: porque me ayudaba a todas las cosas de pasatiempo que yo quería, y aun me ponía en ellas, y daba parte de sus conversaciones, y vanidades. Hasta que traté con ella, que fue de edad de catorce años, y creo que más (para tener amistad conmigo, digo, y darme parte de sus cosas) no me parece había dejado a Dios, por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios, aunque le tenía mayor de la honra. Éste tuvo fuerza para no la perder del todo; ni me parece por ninguna cosa del mundo en esto me podía mudar, ni había amor de persona dél, que a esto me hiciese rendir. Ansí tuviera fortaleza en no ir contra la honra de Dios, como me la daba mi natural, para no perder en lo que me parecía a mí está la honra del mundo; y no miraba que la perdía por otras muchas vías. En querer esta vanamente, tenía extremo; los medios que eran menester para guardarla, no ponía ninguno; solo para no perderme del todo, tenía gran miramiento. Mi padre, y hermana sentían mucho esta amistad, reprendíanmela muchas veces; como no podían quitar la ocasión de entrar ella en casa, no les aprovechaban sus diligencias; porque mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha. Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer, en especial en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hace: querría escarmentasen en mí los padres, para mirar mucho en esto. Y es ansí, que de tal manera me mudó esta conversación, que de natural, y alma virtuosos, no me dejó casi ninguno: y me parece me imprimía sus condiciones ella, y otra que tenía la misma manera de pasatiempos. Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía: y tengo por cierto, que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud; porque si en esta edad tuviera quien me enseñara a temer a Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. Después quitado este temor del todo, quedome solo el de la honra, que en todo lo que hacía, me traía atormentada. Con pensar que no se había de saber, me atrevía a muchas cosas bien contra ella, y contra Dios.

3. Al principio dañáronme las cosas dichas, a lo que me parece, y no debía ser suya la culpa, sino mía; porque después mi malicia para el mal bastaba, junto con tener criadas, que para todo mal hallaba en ellas buen aparejo: que si alguna fuera en aconsejarme bien,

por ventura me aprovechara; mas el interés las cegaba, como a mí la afición. Y pues nunca era inclinada a mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino a pasatiempos de buena conversación; mas puesta en la ocasión, estaba en la mano el peligro, y ponía en él a mi padre, y hermanos; de los cuales me libró Dios, de manera que se parece bien procuraba ser tan secreto, que no hubiese harta quiebra de mi honra, y, sospecha en mi padre. Porque no me parece había tres meses que andaba en estas vanidades, cuando me llevaron a un monasterio que había en este lugar, a donde se criaban personas semejantes, aunque no tan ruines en costumbres como yo: y esto con tan gran disimulación, que sola yo, y algún deudo lo supo; porque aguardaron a coyuntura que no pareciese novedad; porque haberse mi hermana casado, y quedar sola sin madre, no era bien. Era tan demasiado el amor que mi padre, me tenía, y la mucha disimulación mía, que no había creer tanto mal de mí, y así no quedó en desgracia conmigo. Como fue breve el tiempo, aunque se entendiese algo, no debía ser dicho con certinidad; porque como yo tenía tanto la honra, todas mis diligencias eran en que fuese secreto, y no miraba que no podía serlo, a quien todo lo ve. ¡Oh Dios mío, qué daño hace en el mundo tener esto en poco, y pensar que ha de haber cosa secreta, que sea contra vos! Tengo por cierto, que se excusarían grandes males, si entendiésemos, que no está el negocio en guardarnos de los hombres, sino en no nos guardar de descontentaros a vos.

4. Los primeros ocho días sentí mucho, y más la sospecha que tuve se había entendido la vanidad mía, que no de estar allí; porque, ya no andaba cansada, y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendía y procuraba confesarme con brevedad: traía un desasosiego, que en ocho días, y aun creo en menos, estaba muy más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento a donde quiera que estuviese, y así era muy querida; y puesto que yo estaba entonces ya enemiguísima de ser monja, holgábame de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad, y religión, y recatamiento. Aun con todo esto no me dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera como me desasosegar con recaudos. Como no había lugar, presto se acabó, y comenzó mi alma a tornarse a acostumbrar en el bien de mi primera edad, y vi la gran merced que hace Dios a quien pone en compañía de buenos. Paréceme andaba su Majestad mirando, y remirando por donde me podía tornar a sí. Bendito seáis vos, Señor, que tanto me habéis sufrido. Amén. Una cosa tenía, que parece me podía ser alguna disculpa, si no tuviera tantas culpas; y es, que era el trato con quien por vía de casamiento me parecía podía acabar en bien, e informada de con quien me confesaba, y de otras personas, en muchas cosas me decían no iba contra Dios. Dormía una monja con las que estábamos seglares, que por medio suyo parece quiso el Señor comenzar a darme luz, como ahora diré.

CAPÍTULO III

En que trata, cómo parte la buena compañía para tornar a despertar sus deseos, y por qué manera comenzó el Señor a darle alguna luz del engaño que había traído

1. Pues comenzando a gustar de la buena, y santa conversación desta monja, holgábame de oírla cuan bien hablaba de Dios, porque era muy discreta, y santa. Esto a mi parecer en ningún tiempo dejé de holgarme de oírlo. Comenzome a contar cómo ella había venido a ser monja, por solo leer lo que dice el Evangelio: muchos son los llamados, y pocos los

escogidos. Decíame el premio que daba el Señor a los que todo lo dejan por él. Comenzó esta buena compañía a desterrar las costumbres que había hecho la mala, y a tornar a poner en mi pensamiento deseos de las cosas eternas, y a quitar algo la gran enemistad que tenía con ser monja, que se me había puesto grandísima: y si veía alguna tener lágrimas cuando rezaba, o otras virtudes, habíala mucha invidia; porque era tan recio mi corazón en este caso, que si leyera toda la Pasión, no llorara una lágrima: esto me causaba pena. Estuve año y medio en este monasterio harto mejorada: comencé a rezar muchas oraciones vocales, y a procurar con todas me encomendasen a Dios, que me diese el estado en que le había de servir; mas todavía deseaba no fuese monja, que éste no fue Dios servido de dármele, aunque también temía el casarme. A cabo deste, tiempo que estuve aquí, ya tenía más amistad de ser monja, aunque no en aquella casa, por las cosas más virtuosas, que después entendí tenían, que me parecían extremos demasiados; y había algunas de las más mozas que me ayudaban en esto, que si todas fueran de un parecer mucho me aprovechara. También tenía yo una grande amiga en otro monasterio, y esto me era parte para no ser monja si lo hubiese de ser, sino a donde ella estaba. Miraba más el gusto de mi sensualidad, y vanidad, que lo bien que me estaba a mi alma. Estos buenos pensamientos de ser monja me venían algunas veces, y luego se quitaban, y no podía persuadirme a serlo.

2. En este tiempo, aunque yo no andaba descuidada de mi remedio, andaba más ganoso el Señor de disponerme para el estado que me estaba mejor. Diome una gran enfermedad, que hube de tornar en casa de mi padre. En estando buena lleváronme en casa de mi hermana, que residía en una aldea, para verla, que era extremo el amor que me tenía, y a su querer no saliera yo de con ella; y su marido también me amaba mucho, al menos mostrábame todo regalo, que aun esto debo más al Señor, que en todas partes siempre le he tenido, y todo se lo servía como la que soy. Estaba en el camino un hermano de mi padre, muy avisado, y de grandes virtudes, viudo, a quien también andaba el Señor disponiendo para sí, que en su mayor edad dejó todo lo que tenía, y fue fraile, y acabó de suerte, que creo goza de Dios: quiso que me estuviese con él unos días. Su ejercicio era buenos libros de romance, y su hablar era lo más ordinario de Dios, y de la vanidad del mundo. Hacíame le leyese, y aunque no era amiga dellos, mostraba que sí; porque en esto de dar contento a otros he tenido extremo, aunque a mí me hiciese pesar, tanto que, en otras fuera virtud y en mí ha sido gran falta, porque iba muchas veces muy sin discreción. ¡Oh váleme Dios, por qué términos me andaba su Majestad disponiendo para el estado en que se quiso servir de mí, que sin quererlo yo me forzó a que me hiciese fuerza! Sea bendito por siempre. Amén. Aunque fueron los días que estuve pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así leídas, como oídas, y la buena compañía, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y, como acababa en breve, y a temer, si me hubiera muerto, cómo me iba al infierno; y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse a ser monja, vi era el mejor y más seguro estado, y así poco a poco me determiné a forzarme para tomarle.

3. En esta batalla estuve tres meses, forzándome a mí mesma con esta razón: que los trabajos, y pena de ser monja, no podía ser mayor que la del purgatorio, y que yo había bien merecido el infierno; que no era mucho estar lo que viviese como en el purgatorio, y que después me iría derecha al cielo, que éste era mi deseo; y en este movimiento de tomar este estado, más me parece me movía un temor servil, que amor. Poníame el

demonio, que no podría sufrir los trabajos de la religión, por ser tan regalada. A esto me defendía con los trabajos que pasó Cristo, por que no era mucho yo pasase algunos por él; que él me ayudaría a llevarlos. Debía pensar (que esto postrero no me acuerdo) pasé hartas tentaciones estos días. Habíanme dado con unas calenturas unos grandes desmayos, que siempre tenía bien poca salud. Diome la vida haber quedado ya amiga de buenos libros: leía en las Epístolas de san Hierónimo, que me animaban de suerte, que me determiné a decirlo a mi padre, que casi era como tomar el hábito; porque era tan honrosa, que me parece, no tornara atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez. Era tanto lo que me quería, que en ninguna manera lo pude acabar con él, ni bastaron ruegos de personas, que procuré le hablasen. Lo que más se pudo acabar con él fue, que después de sus días haría lo que quisiese. Yo ya me temía a mí, y a mi flaqueza no tornase atrás, y ansí no me pareció me convenía esto, y procurelo por otra vía, como ahora diré.

CAPÍTULO IV

Dice cómo la ayudó el Señor para forzarse a sí mesma para tomar hábito, y las muchas enfermedades que su Majestad la comenzó a dar

1. En estos días que andaba con estas determinaciones, había persuadido a un hermano mío a que se metiese fraile, diciéndole la vanidad del mundo; y concertarnos entrambos de irnos un día muy de mañana al monasterio a donde estaba aquella mi amiga, que era a la que yo tenía mucha afición: puesto que ya en esta postrera determinación yo estaba de suerte, que a cualquiera que pensara servir más a Dios, o mi padre quisiera, fuera; que más miraba ya el remedio de mi alma, que del descanso ningún caso hacia dél. Acuérdaseme a todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de en casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera; porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que como no había amor de Dios, que quitase el amor del padre, y parientes, era todo haciéndome, una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastarán mis consideraciones para ir adelante: aquí me dio ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra. En tomando el hábito, luego me dio el Señor a entender, cómo favorece, a los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no entendía de mí, sino grandísima voluntad. A la hora me dio un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy; y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura. Dábanme deleite todas las cosas de la religión; y es verdad, que andaba algunas veces barriendo en horas que yo solía ocupar en mi regalo, y gala: y acordándoseme que estaba libre de aquello, me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba, y no podía entender por donde venía. Cuando desto me acuerdo, no hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase de acometerla. Porque ya tengo experiencia en muchas, que si me ayudo al principio a determinarme, a hacerlo (que siendo solo por Dios, hasta comenzarle quiere, para que más merezcamos, que el alma sienta aquel espanto, y mientras mayor, si sale con ello, mayor premio, y más sabroso se hace después) aun en esta vida lo paga su Majestad por unas vías, que solo quien goza dello lo entiendo. Esto temo por experiencia, como he dicho en muchas cosas harto graves; y ansí jamás aconsejaría, si fuera persona que hubiera de dar parecer, que cuando una buena inspiración acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por

obra; que si va desnudamente por solo Dios, no hay que temer sucederá mal, que poderoso es para todo, sea bendito por siempre. Amén.

2. Bastara, o sumo bien, y descanso mío, las mercedes que me habíades hecho hasta aquí, de traerme por tantos rodeos vuestra piedad, y grandeza a estado tan seguro, y a casa a donde había muchas siervas de Dios, de quien yo pudiera tomar, para ir creciendo en su servicio. No sé cómo he de pasar de aquí, cuando me acuerdo la manera de mi profesión, y la gran determinación, y contento con que la hice, y el desposorio que hice con vos: esto no lo puedo decir sin lágrimas, y habían de ser de sangre, y quebrármese el corazón, y no era mucho sentimiento, para lo que después os ofendí. Paréceme ahora, que tenía razón de no querer tan gran dignidad, pues tan mal había de usar della: mas vos, Señor mío, quisistes casi veinte años que usé mal desta merced, ser el agraviado, porque o fuese mejorada. No parece, Dios mío, sino que prometí no guardar cosa de lo que os había prometido; aunque entonces no era ésa mi intención: mas veo tales mis obras después, que no sé qué intención tenía, para que más se vea quién vos sois, esposo mío, y quién soy yo. Que es verdad cierta, que muchas veces me templa el sentimiento de mis grandes culpas, el contento que me da, que se entienda la muchedumbre de vuestras misericordias. ¿En quién, Señor, puede así resplandecer como en mí, que tanto he escurecido con mis malas obras las grandes mercedes, que me comenzastes a hacer? ¡Ay de mí, Criador mío, que si quiero dar disculpa, ninguna tengo, ni tiene nadie la culpa sino yo! Porque si os pagara algo del amor que me comenzastes a mostrar, no le pudiera yo emplear en nadie sino en vos, y con esto se remediaba todo. Pues no lo merecí, ni tuvo tanta ventura, válgame ahora, Señor, vuestra misericordia. La mudanza de la vida, y de los manjares me hizo daño a la salud, que aunque el contento era mucho, no bastó. Comenzáronme a crecer los desmayos, y diome un mal de corazón tan grandísimo, que ponía espanto a quien lo veía, y otros muchos males juntos; y así pasé el primer año con harta mala salud, aunque no me parece ofendí a Dios en él mucho. Y como era el mal tan grave, que casi me privaba el sentido siempre, y algunas veces del todo quedaba sin él, era grande la diligencia que traía mi padre para buscar remedio; y como no le dieron los médicos de aquí, procuró llevarme a un lugar a donde había mucha fama de que sanaban allí otras enfermedades, y así dijeron haría la mía. Fue conmigo esta amiga, que he dicho, que tenía en casa que, era antigua. En la casa que era monja, no se prometía clausura. Estuve casi un año por allá, y los tres meses dél padeciendo tan grandísimo tormento en las curas que me hicieron tan recias, que yo no sé cómo las pude sufrir; y en fin, aunque las sufrí, no las pudo sufrir mi sujeto, como diré. Había de comenzarse la cura en el principio del verano, y yo fui en el principio del invierno: todo este tiempo estuve en casa de la hermana que he dicho, que estaba en el aldea, esperando el mes de abril, porque estaba cerca, y no andar yendo, y viniendo. Cuando iba me dio aquel tío mío (que tengo dicho, que estaba en el camino) un libro, llámase Tercer Abecedario, que trata de enseñar oración de recogimiento; y puesto que este primer año había leído buenos libros, que no quise más usar de otros, porque ya entendía el daño que me habían hecho, no sabía cómo proceder en oración, ni cómo recogerme, y así holgueme mucho con él, y determineme a seguir aquel camino con todas mis fuerzas: y como ya el Señor me había dado don de lágrimas, y gustaba de leer, comencé a tener ratos de soledad, y a confesarme a menudo, y comenzar aquel camino, teniendo aquel libro por maestro; porque yo no hallé maestro, digo confesor, que me entendiese, aunque le busqué en veinte años después desto que digo, que me hizo harto daño para tornar muchas veces

atrás; y aun para del todo perderme, porque todavía me ayudara a salir de las ocasiones que tuve para ofender a Dios.

3. Comenzome su Majestad a hacer tantas mercedes en estos principios, que al fin deste tiempo que estuve aquí, que eran casi nueve meses en esta soledad (aunque no tan libre de ofender a Dios, como el libro me decía, mas por esto pasaba yo; parecíame casi imposible tanta guarda, tenía la de no hacer pecado mortal, y pluguiera a Dios la tuviera siempre: de los veniales hacía poco caso, y esto fue lo que me destruyó) comenzó el Señor a regalarme tanto por este camino, que me hacía merced de darme oración de quietud, y alguna vez llegaba a unión, aunque yo no entendía qué era lo uno, ni lo otro, y lo mucho que era de preciar, que creo me fuera gran bien entenderlo. Verdad es, que duraba tan poco esto de unión, que no sé si era Ave María; mas quedaba con unos efectos tan grandes, que con no haber en este tiempo veinte años, me parece traía el mundo debajo de los pies, y así me acuerdo, que había lástima a los que le seguían, aunque fuese en cosas lícitas. Procuraba lo más que podía traer a Jesucristo nuestro bien, y Señor dentro de mi presente, y esta era mi manera de oración. Si pensaba en algún paso, le representaba en lo interior, aunque lo más gastaba en leer buenos libros, que era toda mi recreación; porque no me dio Dios talento de discurrir con el entendimiento, ni de aprovecharme con la imaginación, que la tengo tan torpe, que aun para pensar, y representar en mí, como lo procuraba traer la humanidad del Señor, nunca acababa. Y aunque por esta vía de no poder obrar con el entendimiento, llegan más presto a la contemplación, si perseveran, es muy trabajoso, y penoso; porque si falta la ocupación de la voluntad, y el haber en qué se ocupe en cosa presente el amor, queda el alma como sin arrimo y ejercicio, y da gran pena la soledad, y sequedad, y grandísimo combate los pensamientos. A personas que tienen esta disposición, les conviene más pureza de conciencia, que a las que con el entendimiento pueden obrar porque quien discurre en lo que es mundo, y en lo que debe a Dios, en lo mucho que sufrió, y en lo poco que le sirve, y lo que da a quien le ama, saca doctrina para defenderse de los pensamientos, y de las ocasiones, y peligros; pero quien no se puede aprovechar desto, tiénele mayor, y conviéndole ocuparse mucho en lección, pues de su parte no puede sacar ninguna. Es tan penosísima esta manera de proceder, que si el maestro que enseña, aprieta en que sin lección (que ayuda mucho para recoger a quien desta manera procede, y le es necesario, aunque sea poco lo que lea, sino en lugar de la oración mental que no puede tener) digo, que si sin esta ayuda le hacen estar mucho rato en la oración, que será imposible durar mucho en ella, te hará daño a la salud si porfía, porque es muy penosa cosa.

4. Ahora me parece que proveyó el Señor, que yo no hallase quien me enseñase, porque fuera imposible, me parece, perseverar diez y ocho años que pasé este trabajo, y estas grandes sequedades, por no poder, como digo, discurrir. En todos éstos, sino era acabando de comulgar, jamás osaba comenzar a tener oración sin un libro; que tanto temía mi alma estar sin él en oración, como si con mucha gente fuera a pelear. Con este remedio, que era como una compañía, o escudo en que había de recibir los golpes de los muchos pensamientos, andaba consolada; porque la sequedad no era lo ordinario; mas era siempre cuando me faltaba libro, que era luego desbaratada el alma, y los pensamientos perdidos, con esto los comenzaba a recoger, y como por halago llevaba el alma; y muchas veces en abriendo el libro, no era menester más: otras leía poco, otras mucho, conforme a la merced que el Señor me hacía. Parecíame a mí en este principio que digo, que teniendo

yo libros, como tener soledad, que no habría peligro que me sacase de tanto bien creo con el favor de Dios fuera así, si tuviera maestro, o persona que me avisara de huir las ocasiones en los principios, y me hiciera salir dellas, si entrara con brevedad. Y si el demonio me acometiera entonces descubiertamente, parecíame, en ninguna manera tornara gravemente a pecar. Mas fue tan sutil, y yo tan ruin, que todas mis determinaciones me aprovecharon poco, aunque muy mucho los días que serví a Dios, para poder sufrir las terribles enfermedades que tuve, con tan gran paciencia como su Majestad me dio. Muchas veces de pensado espantada de la gran bondad de Dios, y regalándose mi alma de ver su gran magnificencia, y misericordia; sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida, ningún deseo bueno: por ruines, e imperfectas que fuesen mis obras, este Señor mío las iba mejorando, y perfeccionado, y dando valor, y los males, y pecados luego los escondía. Aun en los ojos de quien los ha visto permite su Majestad se cieguen, y los quita de su memoria. Dora las culpas; hace que resplandezca una virtud, que el mismo Señor pone en mí, casi haciéndome fuerza para que la tenga. Quiero tornar a lo que me han mandado. Digo, que si hubiera de decir por menudo de la manera que el Señor se había conmigo en estos principios, que fuera menester otro entendimiento que el mío, para saber encarecer lo que en este caso le debo, y mi gran ingratitud, maldad, pues todo esto olvidé. Sea por siempre bendito, que tanto me ha sufrido. Amén.

CAPÍTULO V

Prosigue en las grandes enfermedades que tuvo, y la paciencia que el Señor le dio en ellas, y cómo saca de los males bienes, según se verá en una cosa que le acaeció en este lugar que se fue a curar

1. Olvideme decir, como el año del noviciado pasé grandes desasosiegos con cosas que en sí tenían poco tonto, mas culpábanme sin tener culpa hartas veces: yo lo llevaba con harta pena, e imperfección, aunque con el gran contento que tenía de ser monja, todo lo pasaba. Como me veían procurar soledad, y me veían llorar por mis pecados algunas veces, pensaban era descontento, así lo decían. Era aficionada a todas las cosas de religión, mas no a sufrir ninguna que pareciese menosprecio. Holgábame de ser estimada: era curiosa en cuanto hacía; todo me parecía virtud: aunque, esto no me será disculpa, porque para todo sabía lo que era procurar mi contento, y así la ignorancia no quita la culpa. Alguna tiene no estar fundado el monasterio en mucha perfección: yo como ruin íbame a lo que veía falto, y dejaba lo bueno. Estaba una monja entonces enferma de grandísima enfermedad, y muy penosa, porque eran unas bocas en el vientre, que se le habían hecho de opilaciones, por donde echaba lo que comía: murió presto dello. Yo veía a todas temer aquel mal: a mi hacía me gran envidia su paciencia. Pedía a Dios, que dándomela así a mí, me diese las enfermedades que fuese servido. Ninguna me parece tenía, porque estaba tan puesta en ganar bienes eternos, que por cualquier medio me determinaba a ganarlos. Y espantome, porque aun no tenía a mi parecer amor de Dios, como después que comencé a tener oración me parecía a mí le he tenido, sino una luz de parecerme todo de poca estima lo que se acaba, y de mucho precio los bienes que se pueden ganar con ello, pues son eternos. También me oyó en esto su Majestad, que antes

de dos años estaba tal, que aunque no el mal de aquella suerte, creo no fue menos penoso, y trabajoso el que tres años tuve, como ahora diré.

2. Venido el tiempo que estaba aguardando en el lugar que digo, que estaba con mi hermana para curarme, lleváronme con harto cuidado de mi regalo, mi padre, y hermana, y aquella monja mi amiga, que había salido conmigo, que era muy mucho lo que me quería. Aquí comenzó el demonio a descomponer mi alma, aunque Dios sacó dello harto bien. Estaba una persona de la Iglesia, que residía en aquel lugar a donde, me fui a curar, de harto buena calidad, y entendimiento: tenía letras, aunque no muchas. Yo comenceme a confesar con él, que siempre fui amiga de letras, aunque gran daño hicieron a mi alma confesores medio letrados; porque no los tenía de tan buenas letras como quisiera. He visto por experiencia, que es mejor siendo virtuosos, de santas costumbres, no tener ningunas, que tener pocas; porque ni ellos se fían de sí, sin preguntar a quien las tenga buenas, ni yo me fiara; y buen letrado nunca me engañó estotros tampoco me debían de querer engañar, sino no sabían más: yo pensaba que sí, y que no era obligada a más de creerlos, como era cosa ancha lo que me decían, y de más libertad, que si fuera apretada, yo soy tan ruin que buscara otros. Lo que era pecado venial, decíanme que no era ninguno. Lo que era gravísimo mortal, que era venial. Esto no hizo tanto daño, que no es mucho lo diga aquí, para aviso de otras de tan gran mal, que para delante de Dios bien veo no me es disculpa, que bastaban ser las cosas de su natural no buenas, fiara que yo me guardara dellas. Creo permitió Dios por mis pecados ellos se engañasen, y me engañasen a mí: yo engañé a otras hartas con decirles lo mesmo que a mí me habían dicho. Duré en esta ceguedad creo más de diez y siete años, hasta que un padre Dominicó, gran letrado, me desengañó en cosas, y los de la Compañía de Jesús del todo me hicieron tanto temer, agravándome tan malos principios, como después diré. Pues comenzándome a confesar con este que digo, él se aficionó en extremo a mí, porque entonces tenía poco que confesar, para lo que después tuve, ni lo había tenido después de monja. No fue la afición deste mala, mas de demasiada afición tenía a no ser buena. Tenía entendido de mí, que no me determinaría a hacer cosa contra Dios que fuese graye por ninguna cosa, y el también me aseguraba lo mesmo, y ansí era mucha la conversación. Mas mis tratos entonces, con el embebecimiento de Dios que traía, lo que más gusto me daba, era tratar cosas dél; y como era tan niña, hacía confusión ver esto, y con la gran voluntad que me tenía, comenzó a declararme su perdición: y no era poca, porque había casi siete años que estaba en muy peligroso estado con afición, y trato con una mujer del mismo lugar, y con esto decía misa. Era cosa tan pública, que tenía perdida la honra, y la fama, y nadie le osaba hablar contra esto. A mí hízoseme gran lástima, porque le quería mucho, que esto tenía yo de gran liviandad, y ceguedad, que me parecía virtud ser agradecida, y tener ley a quien me quería. Maldita sea tal ley, que se extiende hasta ser contra la de Dios. Es un desatino que se usa en el mundo, que me desatina: que debemos todo el bien, que nos hacen a Dios, y tenemos por virtud, aunque sea ir contra él, no quebrantar esta amistad. ¡Oh ceguedad de mundo! Fuérades vos servido, Señor, que yo fuera ingratisima contra todo él, y contra vos no lo fuera mi punto; mas ha sido todo al revés por mis pecados. Procuré saber, e informarme más de personas de su casa; supe más la perdición, y vi que el pobre no tenía tanta culpa; porque la desventurada de la mujer le tenía puestos hechizos en un idolillo de cobre, que le había rogado le trajese por amor della al cuello, y este nadie había sido poderoso de podérsele quitar. Yo no creo es verdad esto de hechizos determinadamente, mas diré esto que yo vi, para aviso de que se

guarden los hombres de mujeres que este trato quieren tener; y crean, que pues pierden la vergüenza a Dios (que ellas más que los hombres son obligadas a tener honestidad) que ninguna cosa dellas pueden confiar; y que a trueco de llevar adelante su voluntad, y aquella afición que el demonio las pone, no miran nada. Aunque yo he sido tan ruin, en ninguna desta suerte o no caí, ni jamás pretendí hacer mal, ni aunque pudiera, quisiera forzar la voluntad para que me la tuvieran, porque me guardó el Señor desto; mas si me dejara, hiciera el mal que hacia en lo demás, que de mí ninguna cosa hay que fiar. Pues como supe esto, comencé a mostrarle más amor: mi intención buera era, la obra mala; pues por hacer bien, por grande que sea, no había de hacer mi pequeño mal. Tratábale muy ordinario de Dios: esto debía aprovecharle, aunque más creo le hizo al caso el quererme mucho; porque, por hacerme placer, me vino a dar el idolillo, el cual hice echar luego en un río. Quitado esto comenzó, como quien despierta de mi gran sueño, a irse acordando de todo lo que había hecho aquellos años, y espantándose de sí, doliéndose, de su perdición, vino a comenzar a aborrecerla. Nuestra Señora le debía ayudar mucho, que era muy devoto de su Concepción, y en aquel día hacía gran fiesta. En fin dejó del todo de verla, y no se hartaba de dar gracias a Dios, por haberle dado luz. A cabo de un año en punto, desde el primer día que yo le vi, murió. Ya había estado muy en servicio de Dios, porque aquella afición grande que me tenía, nunca entendí ser mala, aunque pudiera ser con más puridad: mas también hubo ocasiones para que si no se tuviera muy delante a Dios, hubiera ofensas tuyas más graves. Como he dicho, cosa que yo entendiera era pecado mortal, no la hiciera entonces. Y paréceme, que le ayudaba a tenerme amor, ver esto en mí; que creo todos los hombres deben ser más amigos de mujeres que ven inclinadas a virtud; y aun para lo que acá pretenden, deben de ganar con ellos más por aquí, seguir después diré. Tengo por cierto, está en carrera de salvación. Murió muy bien, y muy quitado de aquella ocasión: parece quiso el Señor que por estos medios se salvase.

3. Estuve en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fue más recia que pedía mi complexión: a los dos meses a poder de medicinas me tenía casi acabada la vida el rigor del mal de corazón, de que me fui a curar, era mucho más recio, que algunas veces me parecía con dientes agudos me asían dél, tanto que se temió era rabia. Con la falta grande de virtud (porque ninguna cosa podía comer, si no era bebida, de gran hastío, calentura muy continua, y tan gastada, porque casi un mes me habían dado una purga cada día) estaba tan abrasada, que se me comenzaron a encoger los nervios, con dolores tan incomportables, que día, ni noche ningún sosiego podía tener, y una tristeza muy profunda. Con esta ganancia me tornó a traer mi padre, a donde tornaron a verme médicos: todos me desahuciaron, que decían sobre todo este mal estaba ética. Desto se me daba a mi poco, los dolores eran los que me fatigaban, porque eran en un ser desde los pies hasta la cabeza; porque de nervios son intolerables, según decían los médicos, y como todos se encogían, cierto si yo no lo hubiera por mi culpa perdido, era recio tormento. En esta reciedumbre no estaría más de tres meses, que parecía imposible poderse sufrir tantos males juntos. Ahora me espanto, y tengo por gran merced del Señor la paciencia que su Majestad me dio, que se veía claro venir dél. Mucho me aprovechó para tenerla haber leído la historia de Job en los Morales de san Gregorio, que parece previno el Señor con esto, y con haber comenzado a tener oración, para que yo lo pudiese llevar con tanta conformidad. Todas mis pláticas eran con él. Traía muy ordinario estas palabras de Job en el pensamiento, y decíalas: Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufriremos los males? Esto parece me ponía esfuerzo.

4. Vino la fiesta de nuestra Señora de Agosto, que hasta entonces desde abril había sido el tormento, aunque los tres postreros meses mayor. Di priesa a confesarme, que siempre era muy amiga de confesarme a menudo. Pensaron que era miedo de morirme; y por no medar pena, mi padre no me dejó. ¡Oh amor de carne demasiado, que aunque sea de tan católico padre, y tan avisado, que lo era harto, que no fue ignorancia, me pudiera hacer gran daño! Diome aquella noche un parasismo, que me duró estar sin ningún sentido cuatro días poco menos: en esto me dieron el sacramento de la Unción, y cada hora, o momento pensaban espiraba, y no hacían sino decirme el credo como si alguna cosa entendiera. Teníanme a veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos. La pena de mi padre era grande de no me haber dejado confesar; clamores, y oraciones a Dios muchas: bendito sea él que quiso oírlas, que teniendo día y medio abierta la sepultura en mi monasterio esperando el cuerpo allá, y hechas las honras en uno de nuestros frailes fuera de aquí, quiso el señor tornase en mí; luego me quise confesar. Comulgué con hartas lágrimas, mas a mi parecer, que no eran con el sentimiento, y pena de solo haber ofendido a Dios, que bastara para salvarme, si el engaño que traía de los que me habían dicho no eran algunas cosas pecado mortal, que cierto he visto después lo eran, no me aprovechara. Porque los dolores eran insoportables con que quedé, el sentido poco, aunque la confesión entera, a mi parecer, de todo lo que entendí había ofendido a Dios; que esta merced me hizo su Majestad entre otras, que nunca después que comencé a comulgar deje cosa por confesar, que yo pensase era pecado, aunque fuese venial, que le dejase de confesar: más sin duda me parece, que lo iba harto mi salvación, si entonces me muriera, por ser los confesores tan poco letrados por una parte, y por otra, y por muchas ser yo tan ruin. Es verdad cierto, que me parece estoy con tan gran espanto llegando aquí, y viendo como parece me resucitó el Señor, que estoy casi temblando entre mí. Parece fuera bien, o amiga mía, que miraras del peligro que el Señor te había librado, y ya que por amor no le dejabas de ofender, lo dejaras por temor, que pudiera otras mil veces matarte en estado más peligroso. Creo, no añadido muchas en decir otras mil, aunque me riña quien me mandó moderase el contar mis pecados, y harto hermoseados están. Por amor de Dios le pido, de mis culpas no quite nada, pues se ve más aquí la magnificencia de Dios, y lo que sufre a una alma. Sea bendito para siempre: plegue a su Majestad, que antes me consuma, que le deje yo más de querer.

CAPÍTULO VI

Trata de lo mucho que debió al Señor, en darle conformidad, con tan grandes trabajos; y cómo tomó por medianero abogado al glorioso san José y lo mucho que le aprovechó

1. Quedé destos cuatro días de parasismo de manera, que solo el Señor puede saber los insoportables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida: la garganta de no haber pasado nada, y de la gran flaqueza que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estaba descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza. Toda encogida hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme menear, ni brazo, ni pie, ni mano, ni cabeza, mas que si estuviera muerta, si no me meneaban; solo un dedo me parece podía menear de la mano derecha. Pues llegar a mí, no había cómo; porque todo estaba tan lastimado, que no lo podía sufrir. En una sábana, una de un cabo, y otra de otro, me meneaban: esto fue hasta Pascua florida. Solo

tenía, que si no llegaban a mí, los dolores me cesaban muchas veces; y a cuento de descansar un poco, me contaba por buena, que traía temor, me había de faltar la paciencia: y así quedé muy contenta de verme sin tan agudos, y continos dolores, aunque a los recios fríos de quartanas dobles, con que quedé recísimas, los tenía incomportables; el hastío muy grande. Di luego tan gran priesa de irme al monasterio, que me hice llevar así. A la que esperaban muerta, recibieron con alma; mas el cuerpo peor que muerto, para dar pena verle. El extremo de flaqueza no se puede decir, que solos los huesos tenía: ya digo, que estar así me duró más de ocho meses: el estar tullida, aunque iba mejorando, casi tres años. Cuando comencé a andar a gatas, alababa a Dios. Todos los pasé con gran conformidad; y si no fue estos principios, con gran alegría, porque todo se me hacía no nada, comparado con los dolores, y tormentos del principio: estaba muy conforme con la voluntad de Dios, aunque me dejase así siempre. Parece me era toda mi ansia de sanar, por estar a solas en oración, como venía mostrada, porque en la enfermería no había aparejo. Confesábame muy a menudo: trataba mucho de Dios, de manera que edificaba a todas, y se espantaban de la paciencia que el Señor me daba; porque a no venir de mano de su Majestad, parecía imposible poder sufrir tanto mal con tanto contento.

2. Gran cosa fue haberme hecho la merced en la oración, que me había hecho; que ésta me hacía entender, que cosa era amarle; porque de aquel poco tiempo, vi nuevas en mí virtudes, aunque no fuertes, pues no bastaron a sustentarme en justicia. No tratar mal de nadie por poco que fuese, sino lo ordinario era excusar toda murmuración; porque traía muy delante, como no había de querer, ni decir de otra persona, lo que no quería dijese de mí: tomaba esto en harto extremo, para las ocasiones que había, aunque no tan perfectamente, que algunas veces, cuando me las daban grandes, en algo no quebrase; mas lo continuo era esto: y así a las que estaban conmigo, y me trataban persuadía tanto a esto, que se quedaron en costumbre. Vínose a entender, que donde yo estaba tenían seguras las espaldas, y en esto estaban con las que yo tenía amistad, y deudo, y enseñaba: aunque en otras cosas temo bien que dar cuenta a Dios del mal ejemplo que les daba: plega a su Majestad me perdone, que de muchos males fui causa, aunque no con tan dañada intención, como después sucedía la obra. Quedome deseo de soledad, amiga de tratar, y hablar en Dios; que si yo hallara con quien, mas contento, y recreación me daba, que toda la pulicía, o grosería (por mejor decir) de la conversación del mundo: comulgar, y confesar muy más a menudo, y desearlo; amiguísima de leer buenos libros: un grandísimo arrepentimiento en habiendo ofendido a Dios, que muchas veces me acuerdo, que no osaba tener oración; porque temía la grandísima pena, que había de sentir de haberle ofendido, como un gran castigo. Esto me fue creciendo después en tanto extremo, que no sé yo a que comparar este tormento. Y no era poco, ni mucho por temor jamás, sino como se me acordaba los regalos que el Señor me hacía en la oración, y lo mucho que le debía, y veía cuán mal se lo pagaba, no lo podía sufrir, y enojábame en extremo de las muchas lágrimas, que por la culpa lloraba, cuando veía mi poca enmienda, que ni bastaban determinaciones, ni fatiga en que me veía para no tornar a caer, en poniéndome en la ocasión: parecíanme, lágrimas engañosas, y parecíame ser después mayor la culpa, porque veía la gran merced que me hacía el Señor en dárme las, y tan gran arrepentimiento. Procuraba confesarme con brevedad, y a mi parecer hacía de mi parte lo que podía para tornar en gracia. Estaba todo el daño en no quitar de raíz las ocasiones, y en los confesores que me ayudaban poco; que a decirme en el peligro que andaba, y que

tenía obligación a no traer aquellos tratos, sin duda creo se remediara, porque en ninguna vía sufriera andar en pecado mortal solo un día, si yo entendiera. Todas estas señales de temer a Dios me vinieron con la oración y la mayor era ir envuelto en amor, porque no se me ponía delante el castigo. Todo lo que estuve tan mala me duró mucha guarda de mi conciencia cuanto a mortales. ¡Oh válame Dios, que deseaba yo la salud para más servirle, y fue causa de todo mi daño! Pues como me vi tan tullida, y en tan poca edad, y cuál me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir a los del Cielo para que me sanasen, que todavía deseaba la salud, aun con mucha alegría lo llevaba; y pensaba algunas veces, que si estando buena me había de condenar, que mejor estaba así; mas todavía pensaba, que servía mucho más a Dios con la salud. Éste es nuestro engaño, no nos dejar del todo a lo que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene.

3. Comencé a hacer devoción de misas, y cosas muy aprobadas de oraciones, que nunca fui amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres, con ceremonias, que yo no podría sufrir, y a ellas les hacia devoción; después se ha dado a entender no convenían, que eran supersticiosas: y tomé por abogado, y Señor al glorioso san José, y encomendeme mucho a él: vi claro, que así desta necesidad, como de otras mayores de honra, y pérdida de alma, este Padre, y Señor mío me sacó con más bien que ya te sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio deste bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo, como de alma: que a otros Santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad, a este glorioso Santo tengo experiencia, que socorre en todas; y que quiere el Señor darnos a entender, que así como le fue sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, así en el Cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, a quien yo decía se encomendasen a él, también por experiencia: ya hay muchas que lo son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podía, más llena de vanidad, que de espíritu, queriendo se hiciese muy curiosamente, y bien, aunque con buen intento; mas esto tenía malo, si algún bien el Señor me daba gracia que hiciese, que era lleno de imperfecciones, y con muchas faltas: para el mal, y curiosidad, y vanidad tenía gran maña, y diligencia; el Señor me perdone. Querría yo persuadir a todos fuesen devotos deste glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona, que de veras le sea devota, y haga particulares servicios que no la vea más en la virtud; porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan. Paréceme ha algunos años, que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida: si va algo torcida la petición, él la endereza, para más bien mío. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo a mí, y a otras personas; mas por no hacer más de lo que me mandaron, en muchas cosas seré corta más de lo que quisiera, en otras más larga que era menester; en fin, como quien en todo lo bueno tiene poca discreción. Solo pido por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien, que es encomendarse a este glorioso Patriarca, y tenerte devoción, en especial personas de oración, siempre le habían de ser aficionadas. Que no sé como se puede pensar en la Reina de los Ángeles, en el tiempo que tanto pasó con el niño Jesús, que no den gracias a san José por lo bien que los ayudó en ellos. Quien no hallare, maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por Maestro. Y no errará en el camino. Plega al señor

no haya yo errado en atreverme a hablar en él: porque aunque publico serle devota, en los servicios, y en imitarle siempre he faltado. Pues él hizo como quien es, en hacer de manera que pudiese levantarme, y andar, y no estar tullida; y no como quien soy, en usar mal desta merced.

4. Quien dijera que había tan presto de caer, después de tantos regalos de Dios, después de haber comenzado su Majestad a darme virtudes, que ellas mismas me despertaban a servirle; después de haberme visto casi muerta, y en tan gran peligro de ir condenada; después de haberme resucitado alma, y cuerpo, que todos los que me vieron se espantaban de verme viva. ¡Qué es esto, Señor mío, en tan peligrosa vida hemos de vivir! Que escribiendo esto estoy, y me parece, que con vuestro favor, y por vuestra misericordia, podría decir lo que san Pablo, aunque no con esa perfección. Que no vivo yo ya, sino que Dios, Criador mío, vivís en mí, según ha algunos años, que a lo que puedo entender, me tenéis de vuestra mano, y me veo con deseos, y determinaciones (y en alguna manera probado por experiencia en estos años en muchas cosas) de no hacer cosa contra vuestra voluntad, por pequeña que sea, aunque, debo hacer hartas ofensas a vuestra Majestad sin entenderlo: y también me parece, que no se me ofrecerá cosa por vuestro amor, que con gran determinación me deje de poner a ella, y en algunas me habéis vos ayudado, para que salga con ellas; y no quiero mundo, ni cosa dél, ni me parece me da contento cosa que no salga de vos, y lo demás me parece pesada cruz. Bien me puedo engañar, y así será, que no tengo esto que he dicho; mas bien veis vos, mi Señor, que a lo que puedo no miento, y con mucha razón, si me habéis de tornar a dejar; porque ya sé a lo que llega mi fortaleza, y poca virtud, en no me la estando vos dando siempre, y ayudando para que no os deje; y plega a vuestra Majestad, que aun ahora no esté dejada de vos, pareciéndome todo esto de mí. ¡No sé cómo queremos vivir, pues es todo tan incierto! Parecíame a mí, Señor mío, ya imposible dejaros tan del todo a vos; y como tantas veces os dejé, no puedo dejar de temer; porque en apartándoos un poco de mí, daba con todo en el suelo. Bendito seáis por siempre, que aunque os dejaba yo a vos, no me dejastes vos a mí tan del todo, que no me tornase a levantar, con darme vos siempre la mano; muchas veces, Señor, no la quería, ni quería entender, como muchas veces me llamábades de nuevo, como ahora diré.

CAPÍTULO VII

Trata por los términos que fue perdiendo las mercedes que el Señor le había hecho, cuán perdida vida comenzó a tener: dice los daños que hay en no ser muy encerrados los monasterios de monjas

1. Pues así comencé de pasatiempo en pasatiempo, y de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, a meterme tanto en muy grandes ocasiones, y andar tan estragada mi alma en muchas vanidades, que ya yo tenía vergüenza de en tan particular amistad, como es tratar de oración, tornarme a llegar a Dios; y ayudome a esto, que, como crecieron los pecados, comenzome a faltar el gusto, y regalo en las cosas de virtud. Veía yo muy claro, Señor mío, que me faltaba esto a mí, por faltaros yo a vos. Éste fue el más terrible engaño, que el demonio me podía hacer debajo de parecer humildad, que comencé a temer de tener oración, de verme tan perdida; y parecíame era mejor andar como los muchos, pues en

ser ruin era de los peores, y rezar lo que estaba obligada, y vocalmente, que no tener oración mental, y tanto trato con Dios, la que merecía estar con los demonios, y que engañaba a la gente; porque en lo exterior tenía buenas apariencias: y así no es de culpar a la casa donde estaba, porque con mi maña procuraba me tuviesen en buena opinión, aunque no de advertencia, fingiendo cristianidad; porque en esto de hipocresía y vanagloria, a Dios, jamás me acuerdo haberle ofendido (que yo entienda) que en viéndome primer movimiento, me daba tanta pena, que el demonio iba con pérdida, y yo quedaba con ganancia, y así en esto muy poco me ha tentado jamás por ventura si Dios permitiera me tentara en esto tan recio como en otras cosas, también cayera; mas su Majestad hasta ahora me ha guardado en esto, sea por siempre bendito: antes me pesaba mucho, de que me tuviesen en buena opinión, como no sabía lo secreto de mí. Este no me tener por tan ruin, venía de que como me veían tan moza, y en tantas oraciones, y apartarme muchas veces a soledad a rezar y leer mucho, hablar de Dios, amiga de hacer pintar su imagen en muchas partes, y de tener oratorio, y procurar en él cosas que hiciesen devoción, no decir mal, y otras cosas desta suerte, que tenían apariencia de virtud; y yo que de vana me sabía estimar en las cosas que en el mundo se suelen tener por estima. Con esto me daban tanta, y más libertad, que a las muy antiguas, y tenían gran seguridad de mí; porque tomar yo libertad, ni hacer cosa sin licencia, digo por agujeros, o paredes, o de noche, nunca me parece lo pudiera acabar conmigo en monasterio hablar desta suerte, ni lo hice, porque me tuvo el Señor de su mano. Parecíame a mí (que con advertencia, y de propósito miraba muchas cosas) que poner la honra de tantas en aventura, por ser yo ruin, siendo ellas buenas, que era muy mal hecho; como si fuera bien otras cosas que hacía. A la verdad no iba el mal de tanto acuerdo como esto fuera, aunque era mucho.

2. Por esto me parece a mí me hizo harto daño no estar en monasterio encerrado; porque la libertad que las que eran buenas podían tener con bondad, porque no debían más, que no se prometía clausura, para mí que soy ruin hubiérame cierto llevado al infierno, si con tantos remedios, y medios el Señor, con muchas particulares mercedes tuyas, no me hubiera sacado deste peligro: y así me parece lo es grandísimo, monasterio de mujeres con libertad; y que más me parece es paso para caminar al infierno las que quisiesen ser ruines, que remedio para sus flaquezas. Esto no se tome por el mío, porque hay tantas que sirven muy de veras, y con mucha perfección al Señor, que no puede su Majestad dejar (según es bueno) de favorecerlas, y no es de los muy abiertos, y en él se guarda toda religión, sino de otros que yo sé y he visto. Digo que me hacen gran lástima, que ha menester el Señor hacer particulares llamamientos; y no una vez, sino muchas, para que se salven, según están autorizadas las Honras y recreaciones del mundo, y tan mal entendido a lo que están obligadas, que plega a Dios no tengan por virtud lo que es pecado, como muchas veces yo lo hacía; y hay tan gran dificultad en hacerlo entender, que es menester el Señor ponga muy de veras en ello su mano. Si los padres tomasen mi consejo, ya que no quieran mirar a poner sus hijas a donde vayan camino de salvación, sino con más peligro que en el mundo, que lo miren por lo que toca a su honra; y quieran más casarlas muy bajamente; que meterlas en monasterios semejantes, si no son muy bien inclinadas; y plega a Dios aproveche, o se las tengan en su casa; porque si quieren ser ruines, no se podrá encubrir sino poco tiempo, y acá muy mucho, y en fin lo descubre el Señor; no solo dañan a sí, sino a todas; y a las veces las pobrecitas no tienen culpa, porque se van por lo que hallan: y es lástima de muchas que se quieren apartar del

mundo, y pensando que se van a servir al Señor, y apartar de los peligros del mundo, se hallan en diez mundos juntos, que ni saben cómo se valer, ni remediar; que la mocedad, y sensualidad, y demonio las convida, e inclina a seguir algunas cosas, que son del mismo mundo. Ve allí que lo tienen por bueno, a manera de decir. Paréceme, como los desventurados de los herejes en parte, que se quieren cegar, y hacer entender, que es bueno aquello que siguen y que lo creen así, sin creerlo; porque dentro de sí tienen quien les diga es malo. ¡Oh grandísimo mal! Grandísimo mal de religiosos (no digo ahora más mujeres que hombres) a donde no se guarda religión: a donde en un monasterio hay dos caminos de virtud, y religión, y falta de religión, y todos casi se andan por igual: antes mal dije, no por igual que por nuestros pecados caminase más el más imperfecto, y como hay más de él, es más favorecido. Úsase tan poco el de la verdadera religión, que más ha de temer el fraile, y la monja que ha de comenzar de veras a seguir del todo su llamamiento a los mismos de su casa, que a todos los demonios. Y más cautela y disimulación ha de tener para hablar en la amistad que desea de tener con Dios, que en otras amistades, y voluntades que el demonio ordena en los monasterios. Y no sé de qué nos espantamos haya tantos males en la Iglesia; pues los que habían de ser los dechados, para que todos sacasen virtudes, tienen tan horrada la labor, que el espíritu de los Santos pasados dejaron en las religiones. Plega a la Divina Majestad ponga remedio en ello, como va que es menester. Amén.

3. Pues comenzando yo a tratar estas conversaciones, no me pareciendo, como veía que se usaban, que había de venir a mi alma el daño, y distraimiento, que después entendí eran semejantes tratos, pareciome, que cosa tan general como es este visitar en muchos monasterios, que no me haría a mí más mal que a las otras, que yo veía eran buenas; y no miraba que eran muy mejores, y que lo que en mí fue peligro, en otras no le sería tanto; que alguno dudo yo lo deje de haber y aunque no sea sino tiempo mal gastado. Estando con una persona, bien al principio del conocerla, quiso el Señor darme a entender, que no me convenían aquellas amistades, y avisarme y darme luz en tan gran ceguedad. Representóseme Cristo delante con mucho rigor, dándome a entender lo que de aquello le pesaba: vile con los ojos del alma más claramente que le pudiera ver con los del cuerpo, y quedome tan imprimido, que ha esto más de veinte y seis años, me parece lo tengo presente. Yo quedé muy espantada, y turbada, y no quería ver más a con quien estaba. Hízome mucho daño no saber yo que era posible ver nada, si no era con los ojos del cuerpo; y el demonio que me ayudó a que lo creyese así, y hacerme entender que era imposible, y que se me había antojado, y que podía ser el demonio, y otras cosas desta suerte; puesto que siempre me quedaba un parecerme era Dios, y que no era antojo: mas como no era mi gusto, yo me hacía a mí mesma desmentir; y yo como no lo osé tratar con nadie, y tornó después a hacer gran importunación, asegurándome, que no era mal ver persona semejante, ni perdía honra, antes que la ganaba, torné a la misma conversación, y aun en otros tiempos a otras; porque fue muchos años los que tornaba esta recreación pestilencial, que no me parecía y a mí, como estaba en ello, tan malo como era, aunque a veces claro veía no era bueno; mas ninguna me hizo el distraimiento que esta que digo, porque la tuve mucha afición.

4. Estando otra vez con la misma persona, vimos venir hacia nosotros, y otras personas que estaban allí también lo vieron, una cosa a manera de sapo grande, con mucha más ligereza que ellos suelen andar: de la parte que él vino, no puedo yo entender pudiese

haber semejante sabandija en mitad del día, ni nunca la ha habido; y la operación que hizo en mí, me parece no era sin misterio; y tampoco esto se me olvidó jamás. ¡Oh grandeza de Dios con cuanto cuidado, y piedad me estábades avisando de todas maneras, y qué poco me aprovechó a mí!

5. Tenía allí una monja, que era mi parienta, antigua, y gran sierva de Dios, y de mucha religión, ésta también me avisaba algunas veces y no solo no la creía, mas disgustábame con ella, y parecíame se escandalizaba sin tener por qué. He dicho esto, para que se entienda mi maldad, y la gran bondad de Dios, y cuán merecido tenía el infierno, por tan gran ingratitud; y también porque, si el Señor ordenare, y fuere servido, en algún tiempo lea esto alguna monja, escarmiente en mí; y les pido yo, por amor de nuestro Señor, huyan de semejantes recreaciones. Plega a su Majestad se desengañe alguna por mí, de cuantas de engañado, diciéndoles que no era mal, y asegurando tan gran peligro con la ceguedad que yo tenía, que de propósito no las quería yo engañar por el mal ejemplo que las di (como he dicho) fui causa de hartos males, no pensando hacía tanto mal.

6. Estando yo mala en aquellos primeros días, antes que supiese valerme a mí, me daba grandísimo deseo de aprovechar a los otros: tentación muy ordinaria de los que comienzan, aunque a mí me sucedió bien. Como quería tanto a mi padre, deseábale con el bien, que me parecía tenía con tener oración, que me parecía que en esta vida no podía ser mayor que tener oración; y así por rodeos como pude, comencé a procurar con él la tuviese. Dile libros para este propósito: como era tan virtuoso, como he dicho, asentose también en él este ejercicio, que en cinco, o seis años (me parece sería) estaba tan adelante, que yo alababa mucho al Señor, y dábame grandísimo consuelo. Eran grandísimos los trabajos que tuvo de muchas maneras; todos los pasaba con grandísima conformidad. Iba muchas veces a verme, que se consolaba en tratar cosas de Dios. Ya después que yo andaba tan distraída, y sin tener oración, como veía pensaba, que era la que solía, no lo pude sufrir sin desengañarle; porque estuve un año, y más sin tener oración, pareciéndome más humildad; y ésta, como después diré, fue la mayor tentación que tuve, que por ella me iba a acabar de perder, que con la oración un día ofendía a Dios, y tornaba otros a recogerme, y a apartarme más de la ocasión. Como el bendito hombre venía con esto, hacíaseme recio verle tan engañado, en que pensase trataba con Dios como solía, y díjele: que ya yo tenía oración, aunque no la causa. Púsele mis enfermedades por inconveniente, que aunque sané de aquella tan grande, siempre hasta ahora las he tenido, y tengo bien grandes; aunque de poco acá, no con tanta reciedumbre, mas no se quitan de muchas maneras.

7. En especial tuve veinte años vómitos por las mañanas, que hasta más de medio día me acaecía no poder desayunarme; algunas veces más tarde: después acá que frecuento más a menudo las comuniones, es a la noche antes que me acueste, con mucha más pena, que tengo yo de procurarle con plumas, y otras cosas; porque si lo deajo, es mucho el mal que siento y casi nunca estoy, a mi parecer, sin muchos dolores, y algunas veces bien graves, en especial en el corazón; aunque el mal que me tomaba muy continuo, es muy de tarde en tarde: perlesía recia, y otras enfermedades de calenturas, que solía tener muchas veces, me hallo buena ocho años ha. Destos males se me da ya tan poco, que muchas veces me huelgo, pareciéndome en algo se sirve el Señor. Y mi padre me creyó, que era ésta la cansa, como él no decía mentira, y ya conforme a lo que yo trataba con él, no la había yo

de decir. Díjele, porque mejor lo creyese, que bien veía yo, que para esto no había disculpa, que harto hacía en poder vivir el coro. Aunque, tampoco era causa bastante para dejar cosa, que no son menester fuerzas corporales para ella, sino solo amor, y costumbre; que el Señor da siempre oportunidad si queremos. Digo siempre, que aunque, con ocasiones, enfermedad, algunos ratos impida para muchos ratos de soledad, no deja de haber otros que hay salud para esto, y en la mesma enfermedad, y ocasiones, es la verdadera oración, cuando es alma que ama, en ofrecer aquello, y acordarse, por quien lo pasa, y conformarse con ello, y mil cosas que se ofrecen: aquí ejercita el amor, que no es por fuerza que ha de haberla, cuando hay tiempo de soledad, y lo demás no ser oración. Con un poquito de cuidado grandes bienes se hallan en el tiempo, que con trabajos el Señor nos quita el tiempo de la oración; y ansí los había yo hallado, cuando tenía buena conciencia. Mas él con la opinión que tenía de mí, y el amor que me tenía, todo me lo creyó; antes me hubo lástima: mas como él estaba ya en tan subido estado no estaba después tanto conmigo; sino como me había visto, íbase, que decía era tiempo perdido: como yo le gastaba en otras vanidades, dábame poco. No fue solo a él, sino a otras algunas personas las que procuró tuviesen oración. Aun andando yo en estas vanidades, como las veía amigas de rezar, las decía cómo tenían meditación, y les aprovechaba, y dábales libros; porque este deseo, de que otras sirviesen a Dios, desde que comencé oración, como he dicho, lo tenía. Parecíame a mí, que ya que yo no servía al Señor, como lo entendía, que no se perdiese lo que me había dado su Majestad a entender, y que le sirviesen otros por mí. Digo esto, para que se vea la gran ceguedad en que estaba, que me dejaba perder a mí, y procuraba ganar a otros.

8. En este tiempo dio a mi padre la enfermedad, de que murió, que duró algunos días. Fuile yo a curar estando más enferma en el alma, que él en el cuerpo, en muchas vanidades, aunque no de manera, que a cuanto entendía estuviese en pecado mortal en todo este tiempo más perdido que digo; porque entendiéndolo yo, en ninguna manera lo estuviera. Pasé harto trabajo en su enfermedad; creo le serví algo de los que él había pasado en las mías. Con estar yo harto mala me esforzaba, y con que en faltarme él, me faltaba todo el bien, y regalo, porque en mi ser me le hacía: tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena, y estar hasta que murió como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma, cuando veía acabar su vida, porque le quería mucho. Fue cosa para alabar al Señor la muerte que murió, y la gana que tenía de morir, los consejos que nos daba después de haber recibido la Extrema Unción, el encargarnos le encomendásemos a Dios, y le pidiésemos misericordia para él, y que siempre le sirviésemos, que mirásemos se acababa todo; y con lágrimas nos decía la pena grande que tenía de no haberle servido, que quisiera ser mi fraile, digo, haber sido de los más estrechos que hubiera. Tengo por muy cierto, que quince días antes le dio el Señor a entender no había de vivir; porque antes destes, aunque estaba malo, no lo pensaba. Después con tener mucha mejoría, y decirlo los médicos, ningún caso hacía dellos, sino entendía en ordenar su alma. Fue su principal mal de un dolor grandísimo de espaldas, que jamás se le quitaba: algunas veces le apretaba tanto, que le congojaba mucho. Díjele yo, que pues era tan devoto de cuando el Señor llevaba la Cruz a cuestras, que pensase su Majestad le quería dar a sentir algo de lo que había pasado con aquel dolor. Consolose tanto, que me parece nunca más le oí quejar. Estuvo tres días muy falto el sentido. El día que murió se le tornó el Señor tan entero, que nos espantábamos; y le tuvo hasta que a la mitad del credo, diciéndole él mesmo, espiró. Quedó como un ángel; y ansí me parecía a mí lo era él, a manera de decir,

en alma, y disposición, que la tenía muy buena. No sé para qué he dicho esto, si no es para culpar más mis ruindades, después de haber visto tal muerte, y entender tal vida, que por parecerme en algo a tal padre la había yo de mejorar. Decía su confesor, que era dominico, muy gran letrado, que no dudaba, de que se iba derecho al cielo; porque había algunos años que le confesaba, y loaba su limpieza de conciencia.

9. Este padre dominico, que era muy bueno, y temeroso de Dios, me hizo harto provecho, porque me confesé con él, y tomó hacer bien a mi alma con cuidado, y hacerme entender la perdición que traía. Hacíame comulgar de quince a quince días, y poco a poco comenzándole a tratar, tratéle de mi oración. Díjome, que no la dejase, que en ninguna manera me podía hacer sino provecho. Comencé a tornar a ella, aunque no a quitarme de las ocasiones, y nunca más la dejé. Pasaba una vida trabajosísima, porque en la oración entendía más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios, por otra yo seguía al mundo. Dábanme gran contento todas las cosas de Dios. Teníanme, atada las del mundo. Parece, que quería concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno de otro, como es vida espiritual, y contentos, y gustos, y pasatiempos sensuales. En la oración pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor, sino esclavo; y así no me podía encerrar dentro de mí, que era todo el modo de proceder que llevaba en la oración, sin encerrar conmigo mil vanidades. Pasé así muchos años, que ahora me espanto, que sujeto bastó a sufrir, que no dejase lo uno, u lo otro; bien sé, que dejar la oración, no era ya en mi mano, porque me tenía con las suyas, el que me quería para hacerme mayores mercedes.

10. ¡Oh válame Dios!, ¡si hubiera de decir las ocasiones que en estos años Dios me quitaba, y como me tornaba yo a meter en ellas, y de los peligros de perder del todo el crédito que me libró! yo a hacer obras para descubrir la que era, y el Señor en cubrir los males, y descubrir alguna pequeña virtud, si tenía, y hacerla grande, en los ojos de todos, de manera que siempre me tenían en mucho; porque, aunque algunas veces se traslucían mis vanidades, como veían otras cosas que les parecían buenas, no lo creían; y era que había ya visto el Sabidor de todas las cosas, que era menester así, para que en las que después de hablado de su servicio, me diesen algún crédito: y miraba su soberana largueza, no los grandes pecados, sino los deseos que muchas veces tenía de servirle, y la pena por no tener fortaleza en mí para ponerlo por obra.

11. ¡Oh Señor de mi alma!, ¡cómo podré encarecer las mercedes que en estos años me hicistes! ¡Y como en el tiempo que yo más os ofendía, en breve me disponíades con un grandísimo arrepentimiento, para que gustase de vuestros regalos, y mercedes! A la verdad tomábades, Rey mío, el más delicado, y penoso castigo por mucho, que para mí podía ser, como quien, bien entendía, lo que me había de ser más penoso. Con regalos grandes castigábades mis delitos. Y no creo digo desatino, aunque sería bien, que estuviese desatinada, tornando a la memoria ahora de nuevo mi ingratitud, y maldad. Era tan más penoso para mi condición recibir mercedes, cuando había caído en graves culpas, que recibir castigos; que una dellas me parece cierto, me deshacía, y confundía más, y fatigaba, que muchas enfermedades, con otros trabajos harto juntos; porque lo postrero veía lo merecía, y parecíame pagaba algo de mis pecados, aunque todo era poco, según ellos eran muchos: mas verme recibir de nuevo mercedes, pagando tan mal las recibidas, es un género de tormento para mí terrible; y creo para todos los que tuvieren algún conocimiento, o amor de Dios; y esto por una condición virtuosa lo podemos acá sacar.

Aquí eran mis lágrimas, y mi enojo de ver lo que sentía, y viéndome de suerte, que estaba en víspera de tornar a caer: aunque mis determinaciones, y deseos entonces, por aquel rato digo, estaban firmes. Gran mal es una alma sola entre tantos peligros: paréceme a mí, que si yo tuviera con quien tratar todo esto, que me ayudara a no tornar a caer, siquiera por venganza, ya que no la tenía de Dios.

12. Por eso aconsejaría yo a los que tienen oración, en especial al principio, procuren amistad, y trato con otras personas que traten de lo mismo: es cosa importantísima, aunque no sea sino ayudarse unos a otros con sus oraciones, cuanto más, que hay muchas más ganancias. Y no sé yo porque, pues de voluntades humanas, aunque no sean muy buenas, se procuran amigos con quien descansar, para más gozar de contar aquellos placeres vanos, se ha de permitir, que quien comenzare de veras a amar a Dios, y a servirle, deje de tratar con algunas personas sus placeres, y trabajos, que de todo tienen los que tienen oración. Porque si es verdad el amistad que quiere tener con su Majestad, no hay a miedo de vanagloria y cuando el primer movimiento le acometa, saldrá dello con mérito y creo, que el que tratando con esta intención lo tratare, que aprovechara a sí, y a los que le oyeren, y saldrá más enseñado, ansí en entender, como en enseñar a sus amigos. El que de hablar en esto tuviere vanagloria, también la terná en oír misa con devoción, si le ven, y en hacer otras cosas, que so pena de no ser cristiano las ha de hacer, y no se han de dejar por miedo de vanagloria. Pues es tan importantísimo esto para almas que no están fortalecidas en virtud, como tienen tantos contrarios, amigos para incitar al mal, que no sé cómo lo encarecer. Paréceme que el demonio ha usado deste ardid, como cosa que muy mucho le importa, que se escondan tanto de que se entienda, que de veras quieren procurar amar, y contentar a Dios; como ha incitado se descubran otras voluntades mal honestas, con ser tan usadas, que ya parece se toma por gala, y se publican las ofensas, que en este caso se hacen a Dios.

13. No sé si digo desatinos; si lo son, vuesa merced lo rompa; y si no lo son, le suplico ayude a mi simpleza, con añadir aquí mucho; porque andan ya las cosas del servicio de Dios tan flacas, que es menester hacerse espaldas unos a otros, los que le sirven, para ir adelante, según se tiene por bueno andar en las vanidades, y contentos del mundo; y para éstos hay pocos ojos: y si uno comienza a darse a Dios, hay tantos que murmuren, que es menester buscar compañía para defenderse, hasta que ya estén fuertes en no les pesar de padecer; y si no veranse en mucho aprieto. Paréceme, que por esto debían usar algunos santos, irse a los desiertos; y es un género de humildad no fiar de sí, sino creer, que para aquellos con quien conversa, te ayudará Dios: y crece la caridad con ser comunicada, y hay mil bienes, que no los osaría decir, si no tuviese gran experiencia de lo mucho que va en esto. Verdad es, que yo soy más flaca, y ruin que todos los nacidos, mas creo no perderá quien humillándose, aunque sea fuerte, no lo crea de sí, y creyere en esto a quien tiene por experiencia. De mí sé decir, que si el Señor no me descubriera esta verdad, y diera medios, para que yo muy ordinario tratara con personas que tienen oración, que cayendo, y levantando iba a dar de ojos en el infierno; porque para caer había muchos amigos, que me ayudasen: para levantarme hallábame tan sola, que ahora me espanto, como no estaba caída: y alabo la misericordia de Dios, que era solo el que me daba la mano: sea bendito para siempre jamás. Amén.

CAPÍTULO VIII

Trata del gran bien que se hizo, no se apartar del todo de la oración, para no perder el alma; y cuán excelente remedio es para ganar lo perdido. Persuade a que todos la tengan. Dice como es tan gran ganancia, y que aunque la tornen a dejar, es gran bien usar algún tiempo de tan gran bien

1. No sin causa he ponderado tanto este tiempo de mi vida, que bien veo no dará a nadie gusto ver cosa tan ruin, que cierto querría me aborreciesen los que esto leyesen, de ver una alma tan pertinaz, e ingrata, con quien tantas mercedes le ha hecho; y quisiera tener licencia para decir las muchas veces, que en este tiempo falté a Dios, por no estar arrimada a esta fuerte columna de la oración. Pasé este mar tempestuoso casi veinte años con estas caídas, y con levantarme, y mal, pues tornaba a caer; y en vida tan baja de perfección, que ningún caso casi hacía de pecados veniales, y los mortales aunque los tenía no como había de ser, pues no me apartaba de los peligros: sé decir, que es una de las vidas penosas, que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios, ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, y a acordarme lo que debía a Dios era con pena: cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosogaban; ello es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes la pude cuanto más tantos años. Con todo veo clavo la gran misericordia que el Señor hizo conmigo, ya que había de tratar en el mundo, que tuviese ánimo para tener oración: digo ánimo, porque no sé yo para qué cosa de cuantas hay en él, es menester mayor, que tratar traición al rey, y saber que lo sabe, y nunca se le quitar de delante. Porque puesto que siempre estamos delante de Dios, pareceme a mí es de otra manera los que tratan de oración; porque están viendo que los mira: que los demás podrá ser estén algunos, días que aún no se acuerden que los ve Dios. Verdad es, que en estos años hubo muchos meses, y creo alguna vez año, que me guardaba de ofender al Señor, y me daba, mucho a la oración, y hacía algunas, y hartas diligencias para no le venir a ofender. Porque va todo lo que escribo dicho con toda verdad, trato ahora esto. Mas acuerdáseme poco destos días buenos, y ansí debían ser pocos, y muchos de los ruines: ratos grandes de oración pocos días se pasaban sin tenerlos, sino era estar muy mala o muy ocupada. Cuando estaba mala, estaba mejor con Dios: procuraba, que las personas que trataban conmigo lo estuviesen, y suplicábalo al Señor, hablaba muchas veces en él. Ansí que si no fue el año que tengo dicho, en veinte y ocho años que ha que comencé oración, mas de los diez y ocho pasé, esta batalla, y contienda de tratar con Dios, y con el mundo. Los demás que ahora me quedan por decir, mudose la causa de la guerra, aunque no ha sido pequeña; mas con estar, a lo que pienso, en servicio de Dios, y conocimiento de la vanidad, que es el mundo, todo ha sido suave, como diré después.

2. Pues para lo que he tanto contado esto, es (como he ya dicho) para que se vea la misericordia de Dios, y mi ingratitud; y lo otro, para que se entienda el gran bien que hace Dios a un alma, que la dispone para tener oración con voluntad, aunque no esté tan dispuesta como es menester, y como si en ella persevera, por pecados, y tentaciones, y caídas de mil maneras que ponga el demonio, en fin tengo por cierto, la saca el Señor a puerto de salvación, como (a lo que ahora parece) me ha sacado a mí: plega a su Majestad, no me torne yo a perder. El bien que tiene, quien se ejercita en oración, hay muchos santos, y buenos, que lo han escrito, digo oración mental, gloria sea a Dios por

ello cuando no fuera esto, aunque soy poco humilde, no tan soberbia que en esto osara hablar.

3. De lo que yo tengo experiencia puedo decir, y es, que por males que haga quien la ha comenzado, no la deje; pues es el medio por donde puede tornarse, a remediar, y sin ella será muy más dificultoso: y no le tiente el demonio por la manera que a mí, a dejarla por humildad, crea que no pueden faltar sus palabras; que en arrepintiéndonos de veras, y determinándose a no le ofender, se torna a la amistad que estaba, y a hacer las mercedes que antes hacía, y a las veces mucho más, si el arrepentimiento lo merece: y quien no la ha comenzado, por amor del Señor le ruego yo, no carezca de tanto bien. No hay aquí de que temer, sino que desear; porque cuando no fuere delante, y se esforzare a ser perfecto, que merezca los gustos, y regalos, que a éstos da Dios, a poco ganar irá entendiendo el camino para el cielo; y si persevera, espero yo en la misericordia de Dios, que nadie le tonto por amigo, que no se lo pagase: porque no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama. Y si vos aun no le amáis, porque para ser verdadero el amor, y que dure la amistad, hanse de encontrar las condiciones, y la del Señor ya se sabe que no puede tener falta; la nuestra es ser viciosa, sensual, ingrata, no podéis acabar con sus de amarle tanto, porque no es de vuestra condición; mas viendo lo mucho que os va en tener su amistad, y lo mucho que os ama, pasad por esta pena de estar mucho con quien es tan diferente de vos.

4. ¡Oh bondad infinita de mi Dios, que me parece os veo, y me veo desta suerte! ¡Oh regalo de los ángeles, que toda me querría cuando esto veo deshacer en amaros!, ¡cuán cierto es sufrir vos a quien no os sufre que estéis con él! ¡Oh que buen amigo hacéis, Señor mío, cómo lo vais regalando, y sufriendo, y esperáis, a que se haga a vuestra condición, y tan de mientras lo sufrís vos la suya! Tomáis en cuenta, mi Señor, los ratos que os quiere, y con un punto de arrepentimiento olvidáis lo que os ha ofendido. He visto esto claro por mí, y no veo, Criador mío, por qué todo el mundo no se procure llegar a vos por esta particular amistad. Los malos, que no son de vuestra condición, se deben llegar para que nos hagáis buenos, con que os sufran estéis con ellos si quiera dos horas cada día, aunque ellos no estén con vos, sino con mil revueltas de cuidados, y pensamientos del mundo, como yo hacía. Por esta fuerza, que se hacen al querer estar en tan buena compañía miráis (que en esto a los principios no pueden más, ni después algunas veces) forzáis vos, Señor, a los demonios, para que no los acometan, y que cada día tengan menos fuerza contra ellos, y dáisela a ellos para vencer. Si, que no matáis a nadie, vida de todas las vidas de los que se han de vos, y de los que, os quieren por amigo, sino sustentar la vida del cuerpo con más salud, y daisla al alma.

5. No entiendo esto: ¿qué temen los que temen comenzar oración mental? Ni sé de qué han miedo. Bien hace de ponerle el demonio, para hacernos él de verdad mal; si con miedos me hace, no piense en lo que he ofendido a Dios, y en lo mucho que le debo, y en que hay infierno, y hay gloria y en los grandes trabajos, y dolores que pasó por mí. Ésta fue toda mi oración, y ha sido cuanto anduve en estos peligros; y aquí era mi pensar cuando podía, y muy muchas veces algunos años tenía más cuenta con desear se acabase la hora que tenía por mí de estar, y escuchar cuando daba el reloj, que no en unas cosas buenas: y hartas veces no sé qué penitencia grave se me pusiera delante, que no la

acometiera de mejor gana, que recogerme a tener oración. Y es cierto, que era tan incomportable la fuerza que el demonio me hacía, o mi ruin costumbre, que no fuese a la oración, y la tristeza que me daba en entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo (que dicen no le tengo pequeño, se ha visto me le dio Dios harto más que de mujer, sino que le he empleado mal) para forzarme y en fin me ayudaba el Señor. Y después que me había hecho esta fuerza, me hallaba con más quietud, y regalo, que algunas veces que tenía deseo de rezar. Pues si a cosa tan ruin como yo, tanto tiempo sufrió el Señor, y se ve claro, que por aquí se remediaron todos mis males, ¿qué persona por mala que sea podrá temer? Porque por mucho que lo sea, no lo será tantos años después de haber recibido tantas mercedes del Señor. ¿Ni quién podrá desconfiar, pues a mí tanto me sufrió, solo porque deseaba, y procuraba algún lugar, y tiempo, para que estuviese conmigo, y esto muchas veces sin voluntad, por gran fuerza que me hacía, o me la hacía el mismo Señor? Pues si a los que no le sirven, sino que le ofenden, les está también la oración, y les es tan necesaria, y no puede nadie hallar con verdad daño que pueda hacer, que no fuera mayor el no tenerla; los que sirven a Dios, y le quieren servir, ¿por qué lo han de dejar? Por cierto, si no es por pasar con más trabajo los trabajos de la vida, yo no lo puedo entender, y por cerrar a Dios la puerta, para que en ella no les dé contento. ¡Cierto los he lástima, que a su costa sirven a Dios! Porque a los que tratan la oración, el mismo Señor les hace la costa; pues por un poco de trabajo da gusto, para que con él se pasen los trabajos. Porque destos gustos, que el Señor da a los que perseveran en la oración se tratará mucho, no digo aquí nada: solo digo, que para estas mercedes tan grandes, que me ha hecho a mí, es la puerta la oración; cerrada está, no sé como las hará; porque aunque quiera entrar a regalarse con un alma, y regalarla, no hay por dónde, que la quiere sola, y limpia, y con gana de recibirlas. Si le ponemos muchos tropiezos, y no ponemos nada en quitarlos, ¿cómo ha de venir a nosotros, y queremos nos haga Dios grandes mercedes?

6. Para que vean su misericordia, y el gran bien que fue para mí no haber dejado la oración, y lección, diré aquí, pues va tanto en entender, la batería que da el demonio un alma para ganarla, y el artificio, y misericordia con que el Señor procura tornarla a sí, y se guarden de los peligros, que yo no me guardé. Y sobre todo por amor de nuestro Señor, y por el gran amor con que anda granjeando tornarnos a sí, pido yo, se guarden de las ocasiones; porque puestos en ellas, no hay que fiar, donde tantos enemigos nos combaten, y tantas flaquezas hay en nosotros para defendernos. Quisiera yo saber figurar la captividad que en estos tiempos traía mi alma, porque bien entendía yo, que lo estaba, y no acababa de entender en qué, ni podía creer del todo, que lo que los confesores no me agravaban tanto, fuese tan malo, como yo lo sentía en mi alma. Díjome uno, yendo yo a él con escrúpulo, que aunque tuviese subida contemplación, no me eran inconveniente semejantes ocasiones y tratos. Esto era ya a la postre, que yo iba con el favor de Dios apartándome más de los peligros grandes, mas no me quitaba del todo de la ocasión. Como me veían con buenos deseos, y ocupación de oración, parecíales hacía mucho; más entendía mi alma que no era hacer lo que era obligada por quien debía tanto: lástima la tengo ahora de lo mucho que pasó, y el poco socorro que de ninguna parte tenía, sino de Dios, y la mucha salida que le daban para sus pasatiempos, y contentos, con decir eran lícitos. Pues el tormento en los sermones no era pequeño, y era aficionadísima a ellos, de manera que si veía alguno predicar con espíritu, y bien, un amor particular le cobraba sin procurarlo yo, que no sé quién me le ponía: casi nunca me parecía tan mal sermón, que

no lo oyese de buena gana, aunque al dicho de los que le oían, no predicase bien. Si era bueno, érame muy particular recreación. De hablar de Dios, o oír dél, casi nunca me cansaba: esto después que comencé oración. Por un cabo tenía gran consuelo en los sermones, por otro me atormentaba; porque allí entendía yo, que no era la que había de ser con mucha parte. Suplicaba el Señor me ayudase; más debía faltar, a lo que ahora me parece, de no poner en todo la confianza en su Majestad, y perderla de todo punto de mí. Buscaba remedio; hacía diligencias; más no debía entender, que todo aprovecha poco, si quitada de todo punto la confianza de nosotros, no la ponemos en Dios. Deseaba vivir, que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte, y no había quien me diese vida, y no la podía yo tomar; y quien me la podía dar, tenía razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado a sí, y yo dejádole.

CAPÍTULO IX

Trata por qué términos comenzó el Señor a despertar su alma y darle luz en tan grandes tinieblas, y a fortalecer sus virtudes para no ofenderle

1. Pues ya andaba mi alma cansada, y aunque quería, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaeciome, que entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado, y tan devota, que en mirándola, toda me turbó de verle tal; porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí, de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía; y arrojéme cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez, para no ofenderle.

2. Era yo muy devota de la gloriosa Magdalena, y muy muchas veces pensaba en su conversión, en especial cuando comulgaba; que como sabía estaba allí cierto el Señor dentro de mí, poníame a sus pies, pareciéndome, no eran de desechar mis lágrimas; y no sabía lo que decía, que harto hacía quien por sí me las consentía derramar, pues tan presto se me olvidaba aquel sentimiento encomendábame, a aquella gloriosa santa, para que me alcanzase perdón.

3. Mas esta postrera vez desta imagen que digo, me parece me aprovechó más; porque estaba ya muy desconfiada de mí, y ponía toda mi confianza en Dios. Paréceme le dije entonces, que no me había de levantar de allí, hasta que luciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces. Tenía este modo de oración, que como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar a Cristo dentro de mí, y hallábame mejor a mi parecer, en las partes a donde le veía más solo. Parecíame a mí, que estando solo, y afligido, como persona necesitada, me había de admitir a mí. Destas simplicidades tenía muchas, en especial me hallaba muy bien en la oración del huerto; allí era mi acompañarle. Pensaba en aquel sudor, y aflicción que allí había tenido: si podía, deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor; mas acuérdome, que jamás osaba determinarme a hacerlo, como se me representaban mis pecados tan graves. Estábame allí lo más que me dejaban mis pensamientos con él, porque eran muchos los que me atormentaban. Muchos años las más noches, antes que me durmiese, cuando para

dormir me encomendaba a Dios, siempre pensaba un poco en este paso de la oración del huerto, aun desde que no era monja, porque me dijeron se ganaban muchos perdones: y tengo para mí, que por aquí ganó muy mucho mi alma; porque comencé a tener oración, sin saber qué era y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto, como el no dejar de santiguarme para dormir.

4. Pues tornando a lo que decía del tormento, que me daban los pensamientos; esto tiene este modo de proceder sin discurso de entendimiento, que el alma ha de estar muy ganada, o perdida: digo perdida la consideración; en aprovechando, aprovechan mucho, porque es en amar. Mas para llegar aquí es muy a su costa, salvo a personas que quiere el Señor muy en breve llegarlas a oración de quietud, que yo conozco algunas: para las que van por aquí, es bueno un libro para presto recogerse. Aprovechábame a mí también ver campos, agua, flores: en estas cosas hallaba yo memoria del Criador; digo, que me despertaban, y recogían, y servían de libro, ven mi ingratitud, y pecados. En cosas del cielo, ni en cosas subidas, era mi entendimiento tan grosero, que jamás por jamás las pude imaginar, hasta que por otro modo el Señor me las representó.

5. Tenía tan poca habilidad para con el entendimiento representar cosas, que si no era lo que veía, no me aprovechaba nada de mi imaginación; como hacen otras personas, que pueden hacer representaciones a donde se recogen. Yo solo podía pensar en Cristo como hombre; mas es ansí, que jamás lo pude representar en mí, por más que leía su hermosura, y veía imágenes, sino como quien está ciego o a oscuras, que aunque habla con alguna persona, y ve que está con ella, porque sabe cierto, que está allí, digo que entiende, y cree que está allí, más no la ve. Desta manera me acaecía a mí, cuando pensaba en nuestro Señor. A esta cansa era tan amiga de imágenes. Desventurados de los que por su culpa pierden este bien: bien parece, que no aman al Señor, porque si te amaran, holgáranse de ver su retrato, como acá aun da contento ver el de quien se quiere bien.

6. En este tiempo me dieron las Confesiones de san Agustín, que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré, ni nunca las había visto. Yo soy muy aficionada a san Agustín, porque el monasterio a donde estuve seglar era de su Orden; y también por haber sido pecador, que de los Santos, que después de serlo el Señor tornó a sí, hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos había de hallar ayuda; y que como los había el Señor perdonado, podía hacer a mí: salvo, que una cosa me desconsolaba, como he dicho, que a ellos solo una vez los había el Señor llamado, y no tornaban a caer, y a mí eran ya tantas, que esto me fatigaba; mas considerando en el amor que me tenía, tornaba a animarme que de su misericordia jamás desconfié, de mí muchas veces.

7. ¡Oh váleme Dios, cómo me espanta la reciedumbre, que tuvo mi alma, con tener tantas ayudas de Dios! Háceme estar temerosa lo poco que podía conmigo, y cuán atada me veía, para no me determinar a darme del todo a Dios. Como comencé a leer las *Confesiones*, paréceme me veía yo allí; comencé a encomendarme mucho a este glorioso santo. Cuando llegué a su conversión, y leí, como oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dio a mí, según sintió fin corazón: estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas, y entre mí mesma con gran aflicción, y fatiga. ¡Oh qué sufre un alma, váleme Dios, por perder la libertad que había de tener de ser señora, y qué de tormentos padece! yo me admiro ahora, cómo podía vivir en tanto tormento, sea Dios

alabado, que me dio vida para salir de muerte tan mortal: paréceme, que ganó grandes fuerzas mi alma de la divina Majestad, y que debía oír mis clamores, y haber lástima de tantas lágrimas.

8. Comenzome a crecer la afición de estar más tiempo con él, y a quitarme de los ojos las ocasiones, porque quitadas, luego me volvía a amar a su Majestad; que bien entendía yo a mi parecer le amaba, mas no entendía, en qué está el amar de veras a Dios, cómo lo había de entender. No me parece acababa yo de disponerme a quererlo servir, cuando su Majestad me comenzaba a tornar a regalar. No parece, sino que lo que otros procuran con gran trabajo adquirir, granjeaba el Señor conmigo, que yo lo quisiese recibir, que era ya en estos postreros años, darme gustos, y regalos. Suplicar yo me los diese, ni ternura de devoción, jamás a ello me atreví, solo le pedía me diese gracia para que no le ofendiese, y me perdonase mis grandes pecados. Como los veía tan grandes, aun desear regalos, ni gusto, nunca de advertencia osaba: harto me parece hacía su piedad, y con verdad hacía mucha misericordia conmigo, en consentirme delante de sí, y traerme a su presencia, que veía yo, si tanto él no lo procurara, no viniera. Solo una vez en mi vida me acuerdo pedirle gustos, estando con mucha sequedad; y como advertí lo que hacía, quedé tan confusa, que la misma fatiga de verme tan poco humilde, me dio lo que me había atrevido a pedir. Bien sabía yo era lícito pedirlo, mas parecíame a mí, que lo es a los que están dispuestos, con haber procurado lo que es verdadera devoción con todas sus fuerzas, que es no ofender a Dios; y estar dispuestos, y determinados para todo bien. Parecíame que aquellas mis lágrimas eran mujeriles y sin fuerza, pues no alcanzaba con ellas lo que deseaba. Pues con todo creo me valieron; porque como digo, en especial después destas veces de tan gran compunción dellas, y fatiga de mi corazón, comencé más a darme a oración, y a tratar menos en cosas que me dañasen, aunque aún no las dejaba del todo, sino como digo, fueme ayudando Dios a desviarme, como no estaba su Majestad esperando sino algún aparejo en mí, fueron creciendo las mercedes espirituales de la manera que diré. Cosa no usada darlas el Señor, sino a los que están en más limpieza de conciencia.

CAPÍTULO X

Comienza a declarar las mercedes que el Señor la hacía en la oración, y en lo que nos podemos nosotros ayudar, y lo mucho que importa que entendamos las mercedes, que el Señor nos hace. Pide a quien esto envía, que de aquí adelante sea secreto lo que escribiere, pues la mandan diga tan particularmente las mercedes que le hace el Señor

1. Tenía yo algunas veces, como he dicho, (aunque con mucha brevedad pasaba) comienzo de lo que ahora diré. Acaecíame en esta representación que hacía de ponerme cabe Cristo, que he dicho, y aun algunas veces leyendo, venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar, que estaba dentro de mí, yo toda engolfada en él. Esto no era manera de visión; creo lo llaman mística teología: suspende el alma de suerte, que toda parecía estar fuera de sí. Ama la voluntad, la memoria me parece está casi perdida, el entendimiento no discurre a mi parecer, más no se pierde; mas como digo no obra, sino está como espantado de lo mucho

que entiende; porque quiere Dios entienda, que de aquello que su Majestad le representa, ninguna cosa entiende.

2. Primero había tenido muy continuo una ternura, que en parte algo de ella me parece se puede procurar: un regalo, que ni bien es todo sensual, ni bien espiritual, todo es dado de Dios. Mas parece para esto nos podemos mucho ayudar con considerar nuestra bajeza, y la ingratitud que tenemos con Dios, lo mucho que hizo por nosotros, su Pasión con tan graves dolores, su vida tan afligida, en deleitarnos de ver sus obras, su grandeza, lo que nos ama; otras muchas cosas, que quien con cuidado quiere aprovechar, tropieza muchas veces en ellas, aunque no ande con mucha advertencia: si con esto hay algún amor, regálase el alma, enternécese el corazón, vienen lágrimas; algunas veces parece las sacamos por fuerza, otras el Señor parece nos la hace, para no poder nosotros resistirlas. Parece nos paga su majestad aquel cuidadito con un don tan grande, como es el consuelo que da a un alma, ver que llora por tan gran Señor; y no me espanto, que le sobra la razón, de consolarse. Regálase allí, huélgase allí.

3. Paréceme bien esta comparación, que ahora se me ofrece; que son estos gozos de oración, como deben ser los que están en el cielo, que como no han visto más de lo que el Señor conforme a lo que merecen, quiere que vean, y ven sus pocos méritos, cada uno está contento con el lugar en que está, con haber tan grandísima diferencia de gozar a gozar en el cielo, mucho más que acá hay de unos gozos espirituales a otros, que es grandísima. Y verdaderamente un alma en sus principios, cuando Dios lo hace esta merced, ya casi le parece no hay más que desear, y se da por bien pagada de todo cuanto ha servido; y sóbrale la razón, que una lágrima destas, que como digo, casi nos las procuramos (aunque sin Dios no se hace cosa) no me parece a mí, que con todos los trabajos del mundo se puede comprar, porque se gana mucho con ellas; ¿y qué más ganancia, que tener algún testimonio, que contentamos a Dios? Ansí que quien aquí llegare, alábele mucho, conózcase por muy deudor; porque ya parece le quiere para su casa, y escogido para su reino, si no torna atrás.

4. No cure de unas humildades que hay de que pienso tratar, que les parece humildad, no entender que el Señor les va dando dones. Entendamos bien, bien como ello es, que nos los da Dios sin ningún merecimiento nuestro, y agradezcámoslo a su Majestad; porque si no conocemos qué recibimos, no nos despertaremos a amar: y es cosa muy cierta, que mientras más vemos estamos ricos, sobre conocer somos pobres, más aprovechamiento nos viene, y aun más verdadera humildad: lo demás es acobardar el ánimo a parecer que no es capaz de grandes bienes, si en comenzando el Señor a dárselos, comienza él a atemorizarse con miedo de vanagloria. Creamos, que quien nos da los bienes, nos dará gracia, para que en comenzando el demonio a tentar en este caso, le entendamos, y fortaleza para resistirle; digo, si andamos con llaneza delante de Dios, pretendiendo contentar solo a él, y no a los hombres. Es cosa muy clara, que amamos más a una persona, cuando mucho se nos acuerda las buenas obras que nos hace. Pues, si es lícito, y tan meritorio, que siempre tengamos memoria, que tenemos de Dios el ser, y que nos crió de no nada, que nos sustenta, y todos los demás beneficios de su muerte, y trabajos, que mucho antes que nos criase los tenía hechos por cada uno de los que ahora viven; ¿por qué no será lícito, que entienda yo, vea, y considere muchas veces, que solía hablar en vanidades, y que ahora me ha dado el Señor, que no querría sino hablar en él? He aquí

una joya, que acordándonos, que es dada, y ya la poseemos, forzado convida a amar, que es todo el bien de la oración fundada sobre humildad. ¿Pues qué será, cuando vean en su poder otras joyas más preciosas, como tienen ya recibidas algunos siervos de Dios, de menosprecio del mundo, aun de sí mismo? Está claro, que se han de tener por más deudores, y más obligados a servir, y entender que no teníamos nada desto, y a conocer la largueza del Señor, que a un alma tan ruin, y pobre, y de ningún merecimiento, como la mía, que bastaba la primer joya destas, y sobraba para mí, quiso hacerme con más riquezas que yo supiera desear. Es menester sacar fuerzas de nuevo para servir, y procurar no ser ingratos; porque con esa condición las da el Señor, que si no usamos bien del tesoro, y del gran estado en que nos pone, nos lo tornará a tomar, y quedarnos hemos muy más pobres, y dará su Majestad las joyas a quien luzga, y aproveche con ellas a sí, y a los otros. ¿Pues cómo aprovechará, y gastará con largueza, el que no entiende que está rico? Es imposible conforme a nuestra naturaleza, a mi parecer, tener ánimo para cosas grandes, quien no entiende está favorecido de Dios; porque somos tan miserables, y tan inclinados a cosas de tierra, que mal podrá aborrecer todo lo de acá del lecho con gran desasimiento, quien no entiende tiene alguna prenda de lo de allá: porque con estos dones, es a donde el Señor nos da la fortaleza, que por nuestros pecados nosotros perdimos. Y mal deseará se descontenten todos dél, y le aborrezcan, y todas las demás virtudes grandes que tienen los perfectos, si no tiene alguna prenda del amor, que Dios le tiene, y juntamente fe viva. Porque es tan muerto nuestro natural, que nos vamos a lo que presente vemos; y ansí estos mismos favores son los que despiertan la fe, y la fortalecen. Ya puede ser, que yo como soy tan ruin juzgo por mí, que otros habrá que no hayan menester más de la verdad de la fe, para hacer obras muy perfectas, que yo como miserable, todo le he habido menester.

5. Esto ellos lo dirán; yo digo lo que ha pasado por mí, como me lo mandan; y si no fuere bien, romperalo a quien lo envío, que sabrá mejor entender lo que va mal, que a quien suplico por amor del Señor, lo que he dicho hasta aquí de mi ruin vida, y pecados, lo publiquen, desde ahora doy licencia, y a todos mis confesores, que ansí lo es a quien esto va; y si quisieren luego en mi vida; porque no engañe más al mundo, que piensan hay en mí algún bien; y cierto, cierto con verdad digo a lo que ahora entiendo de mí, que me dará gran consuelo. Para lo que de aquí adelante dijere, no se la doy; ni quiero, si a alguien lo mostraren, digan quien es por quien pasó, ni quien lo escribió, que por esto no me nombro, ni a nadie, sino escribirlo he todo lo mejor que pueda por no ser conocida, y ansí lo pido por amor de Dios. Bastan personas tan letradas, y graves para autorizar alguna cosa buena, si el Señor me diere gracia para decirla; que si lo fuere, será suya, y no mía por ser yo sin letras, y buena vida, ni ser informada de letrado, ni de persona ninguna (porque solos los que me lo mandan escribir, saben que lo escribo, y al presente no están aquí, y casi hurtando el tiempo, y con pena, porque me estorbo de hilar, por estar en casa pobre, y con hartas ocupaciones: ansí aunque el Señor me diera más habilidad, y memoria, que aun con ésta pudiérame aprovechar de lo que he oído, y leído, mas es poquísima la que tengo) ansí que si algo bueno dijere, lo quiere el Señor para algún bien; lo que fuere malo, será de mí, y vuesa merced lo quitará. Para lo uno, ni para lo otro, ningún provecho tiene decir mi nombre: en vida está claro qué no se ha de decir de lo bueno; y en muerte no hay para qué, sino para que pierda autoridad el bien, y no le dar ningún crédito, por ser dicho de persona tan baja, y tan ruin; y por pensar y vuesa merced hará esto, que por amor del Señor le pido, y los demás que lo han de ver, escribo con

libertad: de otra manera sería con gran escrúpulo, fuera de decir mis pecados, que para esto ninguno tengo; para lo demás basta ser mujer, para caérseme las alas, cuanto más mujer, y ruin. Y así lo que fuere más de decir simplemente el discurso de mi vida, torne vuesa merced para sí, pues tanto me ha importunado escriba alguna declaración de las mercedes que me hace Dios en la oración, si fuere conforme a las verdades de nuestra santa fe católica si no vuesa merced lo queme luego, que yo a esto me sujeto: y diré lo que pasa por mí, para que cuando sea conforme a esto podrá hacer a vuesa merced algún provecho; y si no desengañara mi alma, para que para que no gane el demonio a donde me parece gano yo; que ya sabe el Señor (como después diré) que siempre he procurado buscar quien que dé luz.

6. Por claro que yo quiera decir estas cosas de oración, será bien oscuro para quien no tuviere experiencia. Algunos impedimentos diré, que a mi entender lo son para ir adelante, en este camino, y otras cosas en que hay peligro, de lo que el Señor me ha enseñado por experiencia, y después tratádolo yo con grandes letrados, y personas espirituales de muchos años, y ven que en solos veinte y siete os que ha que tengo oración, me ha dado su Majestad la experiencia, con andar en tantos tropiezos, y tan mal este camino, que a otros en cuarenta y siete, ven treinta y siete, que con penitencia, y siempre virtud han caminado por él. Sea bendito por todo, y sírvase de mí, por quien su Majestad es, que quien sabe mi Señor, que no pretendo otra cosa en esto, sato que sea alabado, y engrandecido un poquito, de ver, que en un muladar tan sucio, y de mal olor, hiciese huerto de tan suaves flores. Plega a su Majestad, que por mi culpa no las torne yo a arrancar, y se torne a ser lo que era. Esto pido yo por amor del Señor, le pida vuesa merced pues sabe la que soy con más claridad, que aquí me lo ha dejado decir.

CAPÍTULO XI

Dice en qué está la falla de no amar a Dios con perfección en breve tiempo: comienza a declarar, por una comparación que pone, cuatro grados de oración: va tratando aquí del primero: es muy provechoso para los que comienzan, y para los que no tienen gustos en la oración

1. Pues hablando ahora de los que comienzan a ser siervos del amor (que no me parece otra cosa determinarnos a seguir por este camino de acción, al que tanto nos amó) es una dignidad tan grande, que me regalo extrañamente en pensar en ella; porque el temor servil luego va fuera, si en este primer estado vamos como hemos de ir. ¡Oh señor de mi alma, y bien mío!, ¿por qué no quisistes, que en determinándose un alma a amarnos, con hacer lo que puede en dejarlo todo, para mejor se emplear en este amor de Dios, luego gozase de subir a tener este amor perfecto? Mal he dicho; había de decir, y quejarme, porque no queremos nosotros, pues toda la falta nuestra es, en no gozar luego de tan gran dignidad, pues en llegando a tener con perfección este verdadero amor de Dios, trae consigo todos los bienes. Somos tan caros, y tan tardíos de darnos del todo a Dios, que como su Majestad no quiere gocemos de cosa tan preciosa sin gran precio, no acabamos de disponernos. Bien veo, que no le hay, con que se pueda comprar tan gran bien en la tierra; mas si hiciésemos lo que podemos, en no nos asir a cosa della, sino que todo nuestro cuidado, y trato fuese en el cielo; creo yo sin duda muy en breve se nos daría este

bien, si en breve del todo nos dispusiésemos, como algunos santos lo hicieron: más parécenos, que lo damos todo; y es que ofrecemos a Dios la renta, o los frutos, y quedámonos con la raíz, y posesión. Determinámonos a ser pobres, y es de gran merecimiento; mas muchas veces tornamos a tener cuidado, y diligencia, para que no nos falte, no solo lo necesario, sino lo superfluo, y a granjear los amigos que nos lo den, y ponernos en mayor cuidado, y por ventura peligro, porque no nos falte, que antes teníamos en poseer la hacienda. Parece también, que dejamos la honra en ser religiosos, o en haber ya comenzado a tener vida espiritual, y a seguir perfección, y no nos han tocado en un punto de honra, cuando no se nos acuerda la hemos ya dado a Dios, y nos queremos tornar a alzar con ella, y tomársela, como dicen, de las manos, después de haberle de nuestra voluntad al parecer hecho Señor: así son todas las cosas.

2. Donosa manera de buscar amor de Dios, y luego le queremos a manos llenas (a manera de decir) tenemos nuestras aficiones, ya que no procuramos efectuar nuestros deseos, y no acabarlos, de levantar de la tierra, y muchas consolaciones espirituales con esto. No viene bien, ni me parece se compadece esto con estotro. Así que, porque no se acaba de dar junto, no se nos da por junto este tesoro: plega al Señor que gota a gota nos le dé su Majestad, aunque sea costándonos todos los trabajos del mundo. Harto gran misericordia hace, a quien da gracia, el ánimo para determinarse a procurar con todas sus fuerzas este bien; porque si persevera, no se niega Dios a nadie, poco a poco va habilitando el ánimo para que salga con esta vitoria. Digo ánimo, porque son tantas las cosas que el demonio pone delante a los principios, para que comiencen este camino de hecho, como quien sabe el daño, que de aquí le viene, no solo en perder aquel alma, sino a muchas. Si el que comienza se esfuerza con el favor de Dios, a llegar a la cumbre de la perfección, creo jamás va solo al cielo, siempre lleva mucha gente tras sí; como a buen capitán le da Dios quien vaya en su compañía. Así que pónese tantos peligros, y dificultades delante, que no es menester poco ánimo, para no tornar atrás, sino muy mucho, y mucho favor de Dios.

3. Pues hablando de los principios de los que ya van determinados a seguir este bien, y a salir con esta empresa (que de lo demás que comencé a decir de mística teología, que creo se llama así, diré más adelante) en estos, principios está todo el mayor trabajo; porque son ellos los que trabajan, dando el Señor el caudal, que en los otros grados de oración lo más es gozar, puesto que primeros, y medianos, postreros, todos llevan sus cruces, aunque diferentes, que por este camino que fue Cristo, han de ir los que le siguen, si no se quieren perder: y bienaventurados trabajos, que aun acá en la vida tan sobradamente se pagan. Habré de aprovecharme de alguna comparación, que yo las quisiera excusar por ser mujer, y escribir simplemente lo que me mandan; más este lenguaje de espíritu es tan malo de declarar a los que no saben letras, como yo, que habré de buscar algún modo, y podrá ser las menos veces acierte a que venga bien la comparación; servirá de dar recreación a vuesa merced de ver tanta torpeza. Paréceme ahora a mí, que he leído, u oído esta comparación, que como tengo mala memoria, ni sé a donde, ni a qué propósito, más para el mío ahora conténtame. Ha de hacer cuenta el que comienza, que comienza a hacer un huerto en tierra muy infructuosa, y que lleva muy malas yerbas, para que se deleite el Señor, su Majestad arranca las malas yerbas, y ha de plantar las buenas. Pues hagamos cuenta que está ya hecho esto, cuando se determina a tener oración una alma, y lo ha comenzado a usar; y con ayuda de vos hemos de procurar

como buenos hortelanos, que crezcan estas plantas, y tener cuidado de regarlas, para que no se pierdan, sino que vengan a echar flores, que den de sí gran olor, para dar recreación a este Señor nuestro, y ansí se venga a deleitar muchas veces a esta huerta, y a holgarse, entre estas virtudes.

4. Pues veamos ahora de la manera que se puede regar, para que entendamos lo que, hemos de hacer, y el trabajo que nos ha de costar, si es mayor la ganancia, o hasta que tanto tiempo se ha de tener. Paréceme a mí, que se puede regar de cuatro maneras; o con sacar el agua de un pozo, que es a nuestro gran trabajo: o con noria, y arcabuces que se saca con un torno; yo la he sacado algunas veces, es a menos trabajo que estotro, y sácase más agua; o de un río, o arroyo, esto se riega muy mejor, que queda más harta la tierra de agua, y no se ha menester regar tan a menudo, y es menos trabajo mucho del hortelano; o con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparación mejor que todo lo que queda dicho. Ahora pues, aplicadas estas cuatro maneras de agua, de que se ha de sustentar este huerto, porque sin ella perderse ha, es lo que a mí me hace al caso, y ha parecido, que se podrá declarar algo de cuatro grados de oración, en que el Señor por su bondad ha puesto algunas veces mi alma. Plega a su bondad atine a decirlo, de manera que aproveche a una de las personas que esto me mandaron escribir, que la ha traído el Señor en cuatro meses, harto más adelante que yo estaba en diez y siete años: hase dispuesto mejor, y ansí sin trabajo suyo riega este vergel con todas estas cuatro aguas aunque la postrera aún no se le da sino a gotas más va de suerte, que presto se engolfará en ella, con ayuda del Señor y gustaré que se ría, si le pareciere desatino la manera del declarar.

5. De los que comienzan a tener oración, podemos decir son los que sacan el agua del pozo; que es muy a su trabajo, como tengo dicho, que han de cansarse en recoger los sentidos, que como están acostumbrados a andar derramados, es harto trabajo. Han menester irse acostumbrando a no se les dar nada de ver, ni oír, y a ponerlo por obra las horas de oración, sino estar en soledad, y apartados pensar su vida pasada; aunque esto, primeros, y postreros, todos lo han de hacer muchas veces: hay más, y menos de pensar en esto, como después diré. Al principio andan con pena, que no acaban de entender, que se arrepienten de los pecados; y si hacen, pues se determinan a servir a Dios tan de veras. Han de procurar tratar de la vida de Cristo, y cánsase el entendimiento en esto. Hasta aquí podemos adquirir nosotros, entiéndose con el favor de Dios, que sin éste, ya se sabe no podemos tener mi buen pensamiento. Esto es comenzar a sacar agua del pozo; y aun plega a vos la quiera tener, más al menos no queda por nosotros, que ya vamos a sacarla, y hacemos lo que podemos para regar estas flores; y es vos tan bueno, que cuando por lo que su Majestad sabe (por ventura para gran provecho nuestro) quiere que esté seco el pozo, haciendo lo que es en nosotros, como buenos hortelanos, sin agua sustenta las flores, y hace crecer las virtudes: llamo agua aquí las lágrimas, y aunque no las haya, la ternura, y sentimiento interior de devoción.

6. ¿Pues qué hará aquí el que ve, que en muchos días no hay sino sequedad, y disgusto, desabor, y tan mala gana para venir a sacar el agua, que si no se le acordase, que hace placer, y servicio al Señor de la huerta, y mirase a no perder todo lo servido, y aun lo que espera ganar del gran trabajo, que es echar muchas veces el caldero en el pozo, y sacarle sin agua, lo dejaría todo? Y muchas veces le acaecerá, aun para esto no se le alzar los

brazos, ni podrá tener un buen pensamiento; que este obrar con el entendimiento, entendido va, que es el sacar agua del pozo. Pues como digo, ¿qué hará aquí el hortelano?, alegrarse, consolarse, y tener por grandísima merced de trabajar en huerto de tan gran Emperador pues sabe le contenta en aquello, y su intento no ha de ser contentarse a sí, sino a él, alábelo mucho, que hace del confianza, pues ve, que sin pagarle nada, tiene tan gran cuidado de lo que le encomendó; y ayúdele a llevar la cruz, y piense, que toda la vida vivió en ella, y no quiera acá su reino, ni deje jamás la oración; y así se determine, aunque por toda la vida le dure esta sequedad, no dejar a Cristo caer con la cruz: tiempo verná, que se lo pague por junto: no haya miedo que se pierda el trabajo, a buen amo sirve, mirándolo está, no haga caso de malos pensamientos; mire, que también los representaba el demonio a san Hierónimo en el desierto su precio se tienen estos trabajos, que como quien los pasó muchos años, que cuando una gota de agua sacaba deste bendito pozo, pensaba me hacía Dios merced. Sé que son grandísimos, y me parece, es menester más ánimo, que para otros muchos trabajos del mundo; más he visto claro, que no deja Dios sin gran premio, aun en esta vida; porque es así cierto, que con una hora de las que el Señor me ha dado de gusto de sí, después acá me parece quedan pagadas todas las congojas, que en sustentarme en la oración mucho tiempo pasé. Tengo para mí, que quiere el Señor dar muchas veces al principio, y otras a la postre estos tormentos, y otras muchas tentaciones, que se ofrecen, para probar a sus amadores, y saber si podrán beber el cáliz, y ayudarle a llevar la cruz, antes que ponga en ellos grandes tesoros: y para bien nuestro creo, nos quiere su Majestad llevar por aquí, para que entendamos bien lo poco que somos; porque son de tan gran dignidad las mercedes de después, que quiere por experiencia veamos antes nuestra miseria, primero que nos las de; porque no nos acaezca lo que a Lucifer.

7. ¿Qué hacéis vos, Señor mío, que, no sea para mayor bien del alma, que entendéis que es ya vuestra, y que se pone en vuestro poder, para seguiros por donde fuéredes hasta muerte de cruz, y que está determinada ayudároslo a llevar, y a no dejaros solo con ella? Quien viere en sí esta determinación, no hay que temer: gente espiritual, no hay por qué se afligir puestos ya en tan alto grado, como es querer tratar a solas con Dios, y dejar los pasatiempos del mundo; lo más está hecho, alabad por ello a su Majestad, y fiad en su bondad, que nunca faltó a sus amigos: atapad os los ojos de pensar, ¿por qué da aquél de tan pocos días devoción, y a mí no de tantos años? Creamos, es todo para más bien nuestro; guíe su Majestad por donde quisiere; ya no somos nuestros, sino suyos: harta merced nos hace, en querer que queramos cavar en su huerto, y estarnos cabe el Señor dél, que cierto está con nosotros: si él quiere que crezcan estas plantas, y flores, a unos con dar agua que saquen deste pozo, a otros sin ella ¿qué se me da a mí? Haced vos, Señor, lo que quisiéredes, no os ofenda yo, no se pierdan las virtudes, si alguna me habéis ya dado, por sola vuestra bondad: padecer quiero, Señor, pues vos padecistes; cúmplase en mí de todas maneras vuestra voluntad; y no plega a vuestra Majestad, que cosa de tanto precio, como vuestro amor, se dé a gente que os sirva por gustos.

8. Hase de notar mucho, y dígolo, porque lo sé por experiencia que el alma que en este camino de oración mental comienza a caminar con determinación, y puede acabar consigo de no hacer mucho caso, ni consolarse, ni desconsolarse mucho, porque falten estos gustos, y ternura, o la dé el Señor, que tiene andado gran parte del camino: y no haya miedo de tornar atrás, aunque más tropiece, porque va comenzado el edificio en

firme fundamento. Sí que no esta el amor de Dios en tener lágrimas, ni estos gustos, y ternura, que por la mayor parte lo deseamos consolándonos con ellos, sino en servir con justicia fortaleza de ánimo, y humildad. Recibir, más me parece a mí eso, que no dar nosotras nada. Para mujercitas como yo flacas, y con poca fortaleza, me parece a mí conviene: (como ahora lo hace Dios) llevarme con regalos; porque pueda sufrir algunos trabajos, que ha querido su Majestad tenga: más para siervos de Dios, hombres de tomo, de letras, y entendimiento, que veo hacer tanto caso de que Dios no les da devoción, que me hace disgusto oírlos. No digo yo, que no la tomen, si Dios se la da, y la tengan en mucho, porque entonces verá Majestad no la da, y anden señores de sí mismos. Crean, que es falta, yo lo he probado, y visto. Crean, que es imperfección, y no andar con libertad de espíritu, sino flacos para acometer.

9. Esto no lo digo tanto por los que comienzan, aunque pongo tanto en ello, porque les importa mucho, comenzar con esta libertad, y determinación; sino por otros, que habrá muchos, que lo ha que comenzaron, y nunca acaban de acabar; y creo es gran parte este no abrazar la cruz desde el principio. Que andarán afligidos, pareciéndoles no hacen nada, en dejando de obrar el entendimiento, no lo pueden sufrir; y por ventura entonces engorda la voluntad, y toma fuerzas, y no lo entienden ellos. Hemos de pensar, que no mira el Señor en estas cosas, que aunque a nosotros nos parecen faltas, no lo son; y a sabe su Majestad nuestra miseria, bajo natural, mejor que nosotros mismos; y sabe, que ya estas almas desean siempre pensar en él, y amarle. Esta determinación es la que quiere: estotro afligimiento que nos damos, no sirve de más de inquietar el alma, y si había de estar inhábil para aprovechar una hora, que lo esté cuatro. Porque muy muchas veces (yo tengo grandísima experiencia dello, y sé que es verdad, porque lo he mirado con cuidado, y tratado después a personas espirituales) que viene de indisposición corporal, que somos tan miserables, que participa esta encarceladita desta pobre alma de las miserias del cuerpo, y las mudanzas de los tiempos; y las vueltas de los humores muchas veces hacen, que sin culpa suya, no pueda hacer lo que quiere, sino que padezca de todas maneras; y mientras más la quieren forzar en estos tiempos, es peor, y dura más el mal; sino que haya discreción, para ver cuándo es desto, y no la ahoguen a la pobre: entiendan son enfermos: múdese la hora de la oración, y hartas veces será algunos días. Pasen como pudieren este destierro, que harta mala ventura es de un alma que ama a Dios, ver que vive en esta miseria, y que no puede lo que quiere, por tener tan mal huésped como es este cuerpo. Dije, con discreción, porque alguna vez el demonio lo hará; y así es bien, ni siempre dejar la oración cuando hay gran distraimiento, y turbación en el entendimiento ni siempre atormentar el alma a lo que no puede: otras cosas hay exteriores de obras de caridad, y de lección, aunque a veces aun no estará para esto, sirva entonces el cuerpo por amor de Dios; porque otras veces muchas sirva él al alma, y tome algunos pasatiempos santos de conversaciones, que lo sean, o irse al campo, como aconsejare el confesor; y en todo es gran cosa la experiencia, que da a entender lo que nos conviene, y en todo se sirve Dios: suave es su yugo, y es gran negocio no traer el alma arrastrada, como dicen, sino llevarla con suavidad, para su aprovechamiento. Ansí que torno a avisar, y aunque lo diga muchas veces no va nada; que importa mucho, que de sequedades, ni de inquietud, y distraimiento en los pensamientos, nadie se apriete, ni aflija, si quiere ganar libertad de espíritu, y no andar siempre atribulado; comience a no se espantar de la cruz, y verá como se la ayuda también a llevar el Señor, y con el contento que anda, y el provecho que saca de todo; porque ya se ve, que si el pozo no mana, que nosotros no podemos poner el

agua. Verdad es, que no hemos de estar descuidados, para cuando la haya sacarla; porque entonces ya quiere Dios por este medio multiplicar las virtudes.

CAPÍTULO XII

Prosigue en este primer estado; dice hasta dónde podemos llegar con el favor de Dios por nosotros mismos, y el daño que es querer, hasta que el Señor haga subir el espíritu a cosas sobrenaturales, y extraordinarias

1. Lo que he pretendido dar a entender en este capítulo pasado, aunque me he divertido mucho en otras cosas, por parecerme muy necesarias, es decir, hasta lo que podemos nosotros adquirir, y como en esta primera devoción podemos nosotros ayudarnos algo; porque es pensar, y escudriñar lo que el Señor pasó por nosotros, muévenos a compasión, y es sabrosa esta pena, y las lágrimas, que proceden de aquí; y de pensar la gloria que esperamos, y el amor que el Señor nos tuvo, su resurrección, muévenos a gozo, que ni es del todo espiritual, ni sensual; sino gozo virtuoso, y la pena muy meritoria. Desta manera son todas las cosas, que causan devoción adquirida con el entendimiento en parte, aunque no podida merecer, ni ganar, si no la da Dios. Estale muy bien a un alma, que no la ha subido de aquí, no procurar subir ella: y nótese esto mucho, porque no lo aprovechará más de perder. Puede en este estado hacer muchos actos para determinarse a hacer mucho por Dios, y despertar el amor: otros para ayudar a crecer las virtudes, conforme a lo que dice un libro llamado *Arte de servir a Dios*, que es muy bueno, y apropiado, para los que están en este estado, porque obra el entendimiento, puede representarse delante de Cristo, y acostumbrarse a enamorarse mucho de su sagrada humanidad, y traerle siempre consigo, y hablar con él, pedirle para sus necesidades, y quejarse de sus trabajos, alegrarse con él en sus contentos, y no olvidarle por ellos, sin procurar oraciones compuestas, sino palabras conforme a sus deseos, y necesidades. Es excelente manera de aprovechar, y muy en breve; y quien trabajare a traer consigo esta preciosa compañía, y se aprovechara mucho della, y de veras cobrare amor a este Señor, a quien tanto debemos, yo le doy por aprovechado. Para esto no se nos ha de dar nada de no tener devoción, como tengo, dicho, sino agradecer al Señor, que nos deja andar deseosos de contentarle, aunque sean flacas las obras. Este modo de traer a Cristo con nosotros aprovecha en todos estados, y es un medio segurísimo, para ir aprovechando en el primero, y llegar en breve al segundo grado de oración; y para los postreros andar seguros de los peligros, que el demonio puede poner.

2. Pues esto es lo que podemos: quien quisiere pasar de aquí, y levantar el espíritu a sentir gustos, que no se los dan, es perder lo uno, y lo otro, a mi parecer: porque es sobrenatural, y perdido el entendimiento, quedase el alma desierta, y con mucha sequedad; y como este edificio todo va fundado en humildad, mientras más llegados a Dios, más adelante, ha de ir esta virtud; y si no va todo perdido: y parece algún género de soberbia, querer nosotros subir a más, pues Dios hace demasiado, según somos, en allegamos cerca de sí. No se ha de entender, que digo esto por el subir con el pensamiento a pensar cosas altas del cielo, o de Dios, y las grandezas que allá hay, y su gran sabiduría; porque aunque yo nunca lo hice (que no tenía habilidad, como fue dicho, y me hallaba tan ruin, que aun para pensar cosas de la tierra, me hacía Dios merced, de

que entendiase esta verdad, que no era poco atrevimiento, cuanto más para las del cielo) otras personas se aprovecharán, en especial si tienen letras, que es un grande tesoro para este ejercicio, a mi parecer, si son con humildad. De unos días acá lo he visto por algunos letrados, que ha poco que comenzaron, y han aprovechado muy mucho; y esto me hace tener grandes ansias, porque muchos friesen espirituales, como adelante diré.

3. Pues lo que digo, no se suban sin que Dios los suba, es lenguaje, de espíritu; entenderme ha quien tuviere, alguna experiencia, que yo no lo sé decir, si por aquí no se entiende. En la mística teología, que comencé a decir, pierde de obrar el entendimiento, porque le suspende Dios, como después declararé más, si supiere, y él me diere para ello su favor. Presumir, ni pensar de suspenderle nosotros, es lo que digo no se haga, ni se deje de obrar con él; porque nos quedaremos bobos, y fríos, y ni haremos lo uno, ni lo otro. Que cuando el Señor le suspende, y hace parar, dale de que se espante, y se ocupe; y que sin discurrir entienda más en un credo, que nosotros podemos entender con todas nuestras diligencias de tierra en muchos años. Ocupar las potencias del ánima, y pensar hacerlas estar quedas, es desatino y torno a decir, que aunque no se entiende, es de no gran humildad aunque no con culpa, con pena sí, que será trabajo perdido, y queda el alma con un disgustillo, como quien va a saltar, y le asen por detrás que ya parece ha empleado su fuerza, y hallase sin efectuar, lo que con ella quería hacer; y en la poca ganancia que queda, verá quien lo quisiere mirar, este poquillo de falta de humildad, que de dicho; porque esto tiene excelente esta virtud, que no hay obra a quien ella acompañe, que deje el alma disgustada. Paréceme lo he dado a entender, y por ventura será solo para mí: abra el Señor los ojos de los que lo leyeren con experiencia, que por poca que sea, luego lo entenderán.

4. Hartos años estuve yo, que leía muchas, cosas, y no entendía nada dellas; y mucho tiempo, que aunque me lo daba Dios, palabra no sabía decir, para darlo a entender, que no me ha costado esto poco trabajo: cuando su Majestad quiere, en un punto lo enseña todo, de manera que yo me espanto. Una cosa puedo decir con verdad, que aunque hablaba con muchas personas espirituales, que querían darme a entender, lo que el Señor me daba, para que se lo supiese decir; y es cierto, que era tanta mi torpeza, que poco ni mucho me aprovechaba; o quería el Señor (como su Majestad fue siempre mi maestro, sea por todo bendito, que harta confusión es para mí, poder decir esto con verdad) que no tuviese a nadie que agradecer: y sin querer, impedirlo (que en esto no he sido nada curiosa, porque fuera virtud serlo, sino en otras vanidades) dármelo Dios en un punto a entender con toda claridad, y para saberlo decir; de manera, que se espantaban, y yo más que mis confesores, porque entendía mejor mi torpeza. Esto ha poco, y ansí lo que el Señor no me ha enseñado, no lo procuro, sino es lo que toca a mi conciencia.

5. Torno otra vez a avisar, que va mucho en no subir el espíritu, si el Señor no le subiere; que cosa es, se entiende luego: en especial para mujeres es malo, que podrá el demonio causar alguna ilusión, aunque tengo por cierto, no consiente el Señor dañe, a quien con humildad se procura llegar a él, antes sacará más provecho, y ganancia, por donde el demonio le pensare hacer perder. Por ser este camino de los primeros más usado, e importar mucho los avisos que he dado, me he alargado tanto, y habranlos escrito en otras partes muy mejor, yo lo confieso, y que con harta confusión, y vergüenza lo he escrito,

aunque no tanta como había de tener. Sea el Señor bendito por todo, que a una como yo quiere, y consiente, que hable en cosas tuyas, tales, y tan subidas.

CAPÍTULO XIII

Prosigue en este primer estado, y pone avisos para algunas tentaciones, que el demonio suele poner algunas veces, y da avisos para ellas; es muy provechoso

1. Hame parecido decir algunas tentaciones que he visto, que se tienen a los principios (y algunas he tenido yo) y dar algunos avisos de cosas que me parecen necesarias. Pues procúrese a los principios andar con alegría, y libertad; que hay algunas personas que parece se les ha de ir la devoción, si se descuidan un poco. Bien es andar con temor de sí, para no se fiar poco ni mucho de ponerse en ocasión, donde suele ofender a Dios, que esto es muy necesario, hasta estar ya muy entero en la virtud. Y no hay muchos que lo puedan gestar tanto, que en ocasiones aparejadas a su natural fe puedan descuidar. Que siempre mientras vivimos, aun por humildad, es bien conocer nuestra miserable naturaleza; más hay muchas cosas a donde se sufre (como he dicho) tornar recreación, aun para tornar a la oración más fuertes. En todo es menester discreción. Tener gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos, sino creer de Dios, que si nos esforzamos poco a poco, aunque no sea luego, podremos llegar a lo que muchos santos con su favor; que si ellos nunca se determinaran a desearlo, y poco a poco a ponerlo por obra, no subieran a tan alto estado. Quiere su Majestad, y es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad, y ninguna confianza de sí no he visto ninguna destas, que quede baja en este camino, y ningún alma cobarde, aun con amparo de humildad, que en muchos años ande lo que estos otros es muy pocos. Espántame lo mucho que hace este camino, animarse a grandes cosas, aunque luego no tenga fuerzas, el alma da un vuelo, y llega a mucho, aunque como avecita, que tiene pelo malo, cansa, y queda.

2. Otro tiempo traía yo delante muchas veces, lo que dice san Pablo, que todo se puede en Dios: en mi bien entendía no podía nada. Esto me aprovechó mucho, y lo que dice san Agustín: Dame Señor lo que me mandas, y manda lo que quisieres. Pensaba muchas veces, que no había perdido nada san Pedro en arrojarse en la mar, aunque después temió. Estas primeras determinaciones son gran cosa, aunque en este primero estado es menester irse más deteniendo, y atados a la discreción, y parecer de maestro; más han de mirar, que sea tal, que no los enseñe a ser sapos, ni que se contente con que se muestre el alma a solo cazar lagartijas. Siempre la humildad delante, para entender que no han de venir estas fuerzas de las nuestras.

3. Mas es menester entendamos, cómo ha de ser esta humildad; porque creo el demonio hace mucho daño, para no ir muy adelante gente que tiene oración, con hacerlos entender mal de la humildad, haciendo que nos parezca soberbia tener grandes deseos, y querer imitar a los santos, y desear ser mártires. Luego nos dice, o hace entender, que las cosas de los santos son para admirar, más no para hacerlas los que somos pecadores. Esto también lo digo yo, más hemos de mirar cuál es de espantar, y cuál de imitar; porque no sería bien, si una persona flaca, y enferma, se pusiese en muchos ayunos, y penitencias

ásperas, yéndose a un desierto, a donde ni pudiese dormir, ni tuviese que comer, o cosas semejantes.

4. Mas pensar que nos podemos esforzar, con el favor de Dios, a tener un gran desprecio de mundo, un no estimar honra, un no estar atado a la hacienda. Que tenemos unos corazones tan apretados, que parece nos ha de faltar la tierra, en queriéndonos descuidar un poco del cuerpo, y dar al espíritu. Luego parece ayuda al recogimiento, tener muy bien lo que es menester, porque los cuidados inquietan a la oración. Desto me pesa a mí, que tengamos tan poca confianza de Dios, y tanto amor propio, que nos inquieto ese cuidado. Y es ansí, que a donde está tan poco medrado el espíritu como esto, unas naderías nos dan tan gran trabajo, como a otros cosas grandes, y de mucho tomo; y en nuestro seso presumimos de espirituales. Paréceme ahora a mí esta manera de caminar, un querer concertar cuerpo, y alma, para no perder acá el descanso, y gozar allá de Dios; y ansí será ello si se anda en justicia, y vamos asidos a virtud, más es paso de gallina, nunca con él se llegará a libertad de espíritu. Manera de proceder muy buena me parece para estado de casados, que han de ir conforme a su llamamiento; más para otro estado, en ninguna manera deseo tal manera de aprovechar, ni me harán creer es buena, porque la he probado. Y siempre me estuviera ansí, si el Señor por su bondad no me enseñara otro atajo.

5. Aunque en esto de deseos siempre los tuve grandes; más procuraba esto que he dicho, tener oración, más vivir a mi placer. Creo, si hubiera quien me sacara a volar más, me hubiera puesto en que estos deseos fueran con obra: más hay por nuestros pecados, tan pocos, tan contados, que no tengan discreción demasiada en este caso, que creo es harta causa, para que los que comienzan, no vayan más presto a gran perfección; porque el Señor nunca falta, ni queda por él, nosotros somos los faltos, y miserables.

6. También se pueden imitar los santos en procurar soledad, y silencio, otras muchas virtudes, que no nos matarán estos negros cuerpos, que tan concertadamente se quieren llevar, para desconcertar el alma; y el demonio ayuda mucho a hacerlos inhábiles, cuando ve un poco de temor. No quiere él más para hacernos entender, que todo nos ha de matar, y quitar la salud: hasta en tener lágrimas, nos hace temer de cegar. He pasado por esto, y por eso lo sé; y no sé yo que mejor vista, ni salud podemos desear, que perderla por tal causa. Como soy tan enferma, hasta que me determiné en no hacer caso del cuerpo, ni de la salud, siempre estuve atada, sin valer nada; y ahora hago bien poco. Mas como quiso Dios entendiéndose este ardid del demonio, y como me ponía delante el perder la salud, decía yo: poco va en que me muera: sí, el descanso: no he ya menester descanso, sino cruz. Ansí otras cosas. Vi claro, que en muy muchas, aunque yo de hecho soy harto enferma, que era tentación del demonio, o flojedad mía; que después que no estoy tan mirada, y regalada, tengo mucha más salud. Ansí que va mucho a los principios de comenzar oración, a no amilantar los pensamientos: y créanme esto, porque lo tengo por experiencia. Y para que escarmienten en mí, aun podría aprovechar decir éstas mis faltas.

7. Otra tentación es luego muy ordinaria, que es, desear que todos sean muy espirituales, como comienzan a gustar del sosiego, y ganancia que es a desearlo no es malo, el procurarlo podría ser no bueno, sino hay mucha discreción, y disimulación en hacerse de manera, que no parezca enseñan; porque quien hubiere de hacer algún provecho en este caso, es menester que tenga las virtudes muy fuertes, para que no dé tentación a los otros.

Acaeciome a mí, y por eso lo entiendo, cuando (como he dicho) procuraba, que otras tuviesen oración, que como por una parte me veían hablar grandes cosas del gran bien que era tener oración, y por otra parte me veían con gran pobreza de virtudes, tenerla yo, traíalas tentadas, y desatinadas y con harta razón, que después que lo han venido a decir; porque no sabían, cómo se podía compadecer lo que con lo otro: y era causa de no tener por malo lo que de suyo lo era, por ver que lo hacía yo algunas veces, cuando les parecía de mí. Y esto hace el demonio, que parece se ayuda de las virtudes que tenemos buenas, para autorizar en lo que puede el mal que pretende, que por poco que sea, cuando es en una comunidad, debe ganar mucho: cuanto más, que lo que yo hacía malo, era muy mucho, y así en muchos años, solas tres se aprovecharon de lo que les decía; y después que el Señor me había dado más fuerzas en la virtud, se aprovecharon en dos o tres años muchas, como después diré. Y sin esto hay otro gran inconveniente, que es perder el alma; porque lo más que hemos de procurar al principio, es solo tener cuidado de sí sola, y hacer cuenta, que no hay en la tierra, sino Dios, y ella; y esto es lo que le conviene mucho.

8. Da otra tentación, y todas van con un celo de virtud (que es menester entenderse, y andar con cuidado) de pena de los pecados, y faltas que ven en los otros. Pone el demonio, que es sola pena de querer que no ofendan a Dios, y pesarle por su honra, y luego querrían remediarlo, e inquieta esto tanto, que impide la oración; y el mayor daño es pensar, que es virtud, y perfección, y gran celo de Dios. Dejo las penas que dan pecados públicos (si los hubiese en costumbre de una congregación, o daños de la Iglesia) destas herejías a donde vemos perder tantas almas, que esta es muy buena, y como lo es buena, no inquieta. Pues lo seguro será del alma que tuviere oración, descuidarse de todo, y de todos, y tener cuenta consigo, y contentar a Dios. Esto conviene muy mucho, porque si hubiese de decir los yerros, que de visto suceder, fiando en la buena intención, nunca acabaría. Pues procuremos siempre mirar las virtudes, y cosas buenas que viéremos en los otros, y atapar sus defectos con nuestros grandes pecados. Es una manera de obrar, que aunque luego no se haga con perfección, se viene a ganar una gran virtud, que es tener a todos por mejores que nosotros, y comiézase a ganar por aquí, con el favor de Dios, (que es menester en todo, y cuando falta, excusadas son las diligencias) y suplicarle nos dé esta virtud, que con las que hagamos, no falta a nadie. Miren también este aviso los que discurren mucho con el entendimiento, sacando muchas cosas de una cosa, y muchos conceptos: (que de los que no pueden obrar con él, como yo hacía, no hay que avisar, sino que tengan paciencia, hasta que el Señor les dé en qué se ocupen, y luz, pues ellos pueden tan poco por sí, que antes los embaraza su entendimiento, que los ayuda).

9. Pues tornando a los que discurren, digo, que no se les vaya el tiempo en esto; porque aunque es muy meritorio, no les parece, como es oración sabrosa, que ha de haber día de domingo, ni rato que no sea trabajar. Luego les parece es perdido el tiempo, y tengo yo por muy ganada esta pérdida; sino que, como he dicho, se representen delante de Cristo, y sin cansancio del entendimiento se estén hablando, y regalando con él, sin cansarse en componer razones, sino presentar necesidades, y la razón que tiene para no nos sufrir allí. Lo uno un tiempo, lo otro otro, porque no se canse el alma de comer siempre un manjar. Éstos son muy gustosos, y provechosos: si el gusto se usa a comer dellos, traen consigo gran sustentamiento para dar vida al alma, y muchas ganancias.

10. Quiéreme declarar más, porque estas cosas de oración todas son dificultosas, y si no se halla maestro, muy malas de entender: y esto hace, que aunque quisiera abreviar, y bastaba para el entendimiento bueno, de quien me mandó escribir estas cosas de oración, solo tocarlas; mi torpeza no da lugar a decir, y a dar a entender en pocas palabras cosa que tanto importa de declararla bien. Que como yo pasé tanto, he lástima a los que comienzan con solos libros, que es cosa extraña cuan diferentemente se entiende, de lo que después de experimentado se ve. Pues tornando a lo que decía, portémonos a pensar un paso de la Pasión, digamos el de cuando estaba el Señora la columna, anda el entendimiento buscando las causas, que allí dan a entender los dolores grandes, y pena que su Majestad ternía en aquella soledad, y otras muchas cosas, que si el entendimiento es obrador, podrá sacar de aquí; o que si es letrado, es el modo de oración en que han de comenzar, y de mediar, y acabar todos, y muy excelente, y seguro camino, hasta que el Señor los lleve a otras cosas sobrenaturales. Digo todos, porque hay muchas almas que aprovechan más en otras meditaciones, que en la de la Sagrada Pasión. Que ansí como hay muchas moradas en el cielo, hay muchos caminos. Algunas personas aprovechan considerándose en el infierno, y otras en el cielo, y se afligen en pensar en el infierno; otras en la muerte: algunas si son tiernas de corazón, se fatigan mucho de pensar siempre en la Pasión, y se regalan, y aprovechan en mirar el poder, y grandeza de Dios en las criaturas, y el amor que nos tuvo, que en todas las cosas se representa: y es admirable manera de proceder, no dejando muchas veces la Pasión, y vida de Cristo, que es de donde nos ha venido, y viene todo el bien.

11. Ha menester aviso el que comienza, para mirar en lo que aprovecha más. Para esto es muy necesario el maestro, si es experimentado, que si no, mucho puede errar, y traer un alma sin entenderla, ni dejarla a sí misma entender; porque como sabe, que es gran mérito estar sujeta a maestro, no osa salir de lo que se le manda. Yo he topado almas acorraladas, y afligidas, por no tener experiencia quien las enseñaba, que me hacían lástima, y alguna que no sabía ya qué hacer de sí; porque no entendiendo el espíritu, afligen alma, y cuerpo, y estorban el aprovechamiento. Una trató conmigo, que la tenía el maestro atada ocho años había, a que no la dejaba salir de propio conocimiento. Y tenía ya el Señor en oración de quietud, y ansí pasaba mucho trabajo. Y aunque esto del conocimiento propio jamás se ha de dejar, ni hay alma en este camino tan gigante, que no haya menester muchas veces tornar a ser niño, y a mamar: y esto jamás se olvide, que quizá lo diré más veces, porque importa mucho; porque no hay estado de oración tan subido, que muchas veces no sea necesario tornar al principio. Y esto de los pecados, y conocimiento propio es el pan con que todos los manjares se han de comer por delicados que sean en este camino de oración, y sin este pan no se podrían sustentar: mas hase de comer con tasa, que después que un alma se ve ya rendida, y entiende claro no tiene cosa buena de sí, y se ve avergonzada delante de tan gran Rey, y ve lo poco que le paga, para lo mucho que le debe, ¿qué necesidad hay degastar el tiempo aquí, sino irnos a otras cosas, que el Señor pone delante, y no es razón las dejemos?, que su Majestad sabe mejor que nosotros, de lo que nos conviene comer.

12. Ansí que importa mucho ser el maestro avisado, digo de buen entendimiento, y que tenga experiencia, si con esto tiene letras, es de grandísimo negocio; mas si no se pueden hallar estas tres cosas juntas, las dos primeras importan más, porque letrados pueden procurar para comunicarse con ellos, cuando tuvieren necesidad. Digo que a los

principios, sino tienen oración, aprovechan poco letras. No digo, que no traten con letrados, porque espíritu que no vaya comenzado en verdad, yo más le querría sin oración, y es gran cosa letras, porque estas nos enseñan a los que poco sabemos, y nos dan luz; y llegados a verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos: de devociones a bobas nos libre Dios. Quiérome declarar más, que creo me meto en muchas cosas. Siempre tuve esta falta, de no me saber dar a entender (como he dicho) sino a costa de muchas palabras. Comienza una monja a tener oración, si un simple la gobierna, y se le antoja, harale entender, que es mejor que le obedezca a él, que no a su superior, y sin malicia suya, sino pensando acierta. Porque si no es de religión, parecer le ha, es ansí: y si es mujer casada, dirala, que es mejor cuando ha de entender en su casa, estarse en oración, aunque descontente, a su marido: ansí que no sabe ordenar el tiempo, ni las cosas, para que vayan conforme a verdad; por faltarle a él la luz, no la da a los otros, aunque quiera. Y aunque, para esto parece no son menester letras: mi opinión ha sido siempre, y será, que cualquiera cristiano procure tratar con quien las tenga buenas, si se puede, y mientras más mejor: y los que van por camino de oración, tienen desto mayor necesidad, y mientras más espirituales, más. Y no se engañen con decir, que letrados sin oración, no son para quien la tiene: yo he tratado hartos, porque de unos años acá lo he más procurado con la mayor necesidad, y siempre fui amiga dellos, que aunque algunos no tienen experiencia, no aborrecen el espíritu, ni le ignoran; porque en la Sagrada Escritura que tratan, siempre hallan la verdad del buen espíritu. Tengo para mí, que persona de oración, que trate con letrados, si ella no se quiere engañar, no la engañará el demonio con ilusiones, porque creo temen en gran manera las letras humildes, y virtuosas, y saben serán descubiertos, y saldrán con pérdida.

13. He dicho esto, porque hay opiniones de que no son letrados para gente de oración, si no tienen espíritu. Ya dijo, es menester espiritual maestro; más si éste no es letrado, gran inconveniente es. Y será mucha ayuda tratar con ellos, como sean virtuosos; aunque no tengan espíritu, me aprovechará, y Dios le dará a entender lo que ha de enseñar, y aun le hará espiritual, para que nos aproveche; y esto no lo digo sin haberlo probado, y acaécidome a mí con más de dos. Digo, que para rendirse un alma del todo a estar sujeta a solo un maestro, que yerra mucho, en no procurar que sea tal, si es religioso, pues ha de estar sujeto a su prelado, que por ventura le faltarán todas tres cosas, que no será pequeña cruz, sin que él de su voluntad sujete su entendimiento, a quien no lo tenga bueno. Al menos esto no lo he yo podido acabar conmigo, ni me parece conviene. Pues si es seglar alabe a Dios, que puede escoger a quien ha de estar sujeto, y no pierda esta tan virtuosa libertad antes esté sin ninguno hasta hallarle, que el Señor se le dará, como vaya fundado todo en humildad, y con deseo de acertar. Yo le alabo mucho, y las mujeres y los que no saben letras, le habíamos siempre de dar infinitas gracias; porque haya quien con tantos trabajos hayan alcanzado la verdad, que los ignorantes ignoramos. Espántame muchas veces letrados (religiosos en especial) con el trabajo que han ganado, lo que sin ninguno, más de preguntarlo, me aprovecha a mí: ¡y que haya personas que no quieran aprovecharse desto! No plega a Dios. Véolos sujetos a los trabajos de la religión, que son grandes, con penitencias, y mal comer, sujetos a la obediencia (que algunas veces me es gran confusión cierto) con esto mal dormir, todo trabajo, todo cruz; paréceme sería gran mal, que tanto bien ninguno por su culpa lo pierda. Y podrá ser, que pensemos algunos, que estamos libres destos trabajos, y nos lo dan guisado (como dicen) y viviendo a nuestro placer; que por tener un poco de más oración, nos hemos de aventajar a tantos

trabajos. Bendito seáis vos, Señor, que tan inhábil, y sin provecho me hicistes; mas aláboos muy mucho, porque despertáis a tantos que nos despierten. Había de ser muy continua nuestra oración, por estos que nos dan luz. Qué seríamos sin ellos, entre tan grandes tempestades, como ahora tiene la Iglesia? Y si algunos ha habido ruines, más resplandecerán los buenos. Plega al Señor los tenga de su mano, y los ayude, para que nos ayuden. Amén.

14. Mucho he salido del propósito de lo que comencé a decir; más todo es propósito para los que comienzan, que comiencen camino tan alto, de manera que vayan puestos en verdadero camino. Pues tornando a lo que decía, de pensar a Cristo a la columna, es bueno discurrir un rato, y pensar las penas que allí tuvo, y por qué las tuvo, y quién es el que las tuvo, y el amor con que las pasó; más que no se canse siempre en andar a buscar esto, sino que se esté allí con él, acallado el entendimiento. Si pudiese, ocuparle en que mire que le mira, y le acompañe, y pida; humíllese, y regálase con él, y acuérdesse que no merecía estar allí. Cuando pudiese hacer esto, aunque sea al principio de comenzar la oración, hallará grande provecho, y hace muchos provechos esta manera de oración; al menos hallole mi alma. No sé si acierto a decirlo. Vuesa merced lo verá: plega al Señor acierte a contentarle siempre. Amén.

CAPÍTULO XIV

Comienza a declarar el segundo grado de oración, que es ya dar al señor al alma a sentir gustos más particulares. Decláralo para dar a entender cómo son ya sobrenaturales. Es harto de notar

1. Pues ya queda dicho con el trabajo que se riega este vergel, y cuán a fuerza de brazos, sacando el agua del pozo; digamos ahora el segundo modo de sacar el agua, que el Señor del huerto ordenó, para que con artificio de un torno, y arcaduces, sacase el hortelano más agua, y a menos trabajo, y pudiese descansar sin estar continuo trabajando. Pues este modo aplicado a la oración, que llaman de quietud, es lo que yo ahora quiero tratar. Aquí se comienza a recoger el alma, toca ya aquí cosa sobrenatural, porque en ninguna manera ella puede ganar aquello, por diligencias que haga. Verdad es, que parece que algún tiempo se ha cansado en andar el torno, y trabajar con el entendimiento, e hinchídose los arcaduces; más aquí está el agua más alta, y ansí se trabaja muy menos, que en sacarla del pozo: digo que está más cerca el agua, porque la gracia dáse más claramente a conocer al alma. Esto es un recogerse las potencias dentro de sí, para gozar de aquel contento con más gusto, mas no se pierden, ni se duermen; sola la voluntad se ocupa de manera, que sin saber cómo se cautiva, solo da consentimiento, para que la encarcele Dios, como quien bien sabe ser cautivo de quien ama. ¡Oh Jesús, y Señor mío, qué nos vale aquí vuestro amor; porque éste tiene el nuestro tan atado, que no deja libertad para amar en aquel punto a otra cosa, sino a vos!

2. Las otras dos potencias ayudan a la voluntad, para que vaya haciéndose hábil, para gozar de tanto bien; puesto que algunas veces, aun estando unida la voluntad, acaece desayudar harto; mas entonces no haga caso dellas, sino estese en su gozo, y quietud. Porque si las quiere recoger, ella, y ellas se perderán, que son entonces como unas

palomas, que no se contentan con el cebo que les da el dueño del palomar, sin trabajarlo ellas, y van a buscar de comer por otras partes, y hállanlo tan mal que se tornan; y ansí van, y vienen, a ver si les da la voluntad de lo que goza. Si el señor quiere echarles cebo, detiéndense, y si no tórnanle a buscar; y deben pensar, que hacen a la voluntad provecho, y a las veces en querer la memoria, o imaginación representarla lo que goza, la daña. Pues tenga aviso de haberse con ellas, como diré. Pues todo esto que pasa aquí, es con grandísimo consuelo, y con tan poco trabajo, que no cansa la oración, aunque dure mucho rato; porque el entendimiento obra aquí muy paso a paso, y saca muy mucha más agua, que no sacaba del pozo: las lágrimas que vos aquí da, ya van con gozo; aunque se sienten, no se procuran.

3. Esta agua de grandes bienes, y mercedes que el Señor da aquí, hace crecer las virtudes muy más sin comparación, que en la oración pasada; porque se va ya esta alma subiendo de su miseria, y dásele ya un poco de noticia de los gustos de la gloria. Esto creo la hace más crecer, también llegar más cerca de la verdadera virtud, de donde todas las virtudes vienen, que es Dios; porque comienza su Majestad a comunicarse a esta alma, y quiere que sienta ella cómo se le comunica. Comiénzase luego en llegando aquí, a perder la codicia de lo de acá, y pocas gracias; porque ve claro, que un momento de aquel gusto no se puede haber acá, ni hay riquezas, ni señoríos, ni honras, ni deleites, que basten a dar un cierra ojo, y abre deste contentamiento, porque es verdadero, y contento que se ve, que nos contenta; porque los de acá, por maravilla me parece entendemos a donde está este contento, porque nunca falta un sí, no: aquí todo es, sí, en aquel tiempo; el no, viene después, por ver que se acabó, y que no lo puede tornar a cobrar, ni sabe cómo; porque si se hace pedazos a penitencias, y oración, y todas las demás cosas, si del Señor no lo quiere dar, aprovecha poco. Quiere Dios por su grandeza, que entienda esta alma, que está su Majestad tan cerca della, que ya no ha menester enviarle mensajeros, sino hablar ella mesma con él, y no a voces, porque está ya tan cerca, que en meneando los labios la entienden.

4. Parece impertinente, decir esto, pues sabemos que siempre nos entiende Dios, y está con nosotros. En esto no hay que dudar, que es ansí; mas quiere este Emperador, Señor nuestro, que entendamos aquí, que nos entiende, y lo que hace su presencia, y que quiere, particularmente comenzar a obrar en el alma en la gran satisfacción interior, y exterior, que le da y en la diferencia, que (como de dicho) hay deste deleite, y contento a los de acá, que parece, hinche el vacío, que por nuestros pecados teníamos hecho en el alma. Es en lo muy íntimo della esta satisfacción, y no sabe por dónde, ni cómo le vino, ni muchas veces sabe qué hacer, ni qué pedir. Todo parece lo halla junto, y no sabe lo que ha hallado, ni aun yo sé como darlo a entender; porque para hartas cosas eran menester letras; porque aquí viniera bien dar a entender, qué es auxilio general, o particular, que hay muchos que lo ignoran: y como este particular quiere el Señor aquí, que casi le vea el alma por vista de ojos (como dicen) y también para muchas cosas, que irán erradas: mas como lo han de ver personas que entiendan si hay yerro, voy descuidada; porque, ansí de letras como de espíritu sé que lo puedo estar, yendo a poder de quien va, que entenderán, y quitarán lo que fuere mal. Pues querría dar a entender esto, porque son principios, y cuando el Señor comienza a hacer estas mercedes, la mesma alma no las entiende, ni sabe qué hacer de sí. Porque si la lleva Dios por camino de temor, como hizo a mí, es gran trabajo, si no hay quien le entienda, y esla gran gusto verse pintada, y entonces ve claro

va por allí. Y es gran bien saber lo que ha de hacer, para ir aprovechando en cualquier estado destes; porque he yo pasado mucho, y perdido harto tiempo, por no saber qué hacer: y he gran lástima a almas, que se ven solas cuando llegan aquí; porque aunque he leído muchos libros espirituales, aunque tocan en lo que hace al caso, decláranse muy poco: y si no es alma muy ejercitada, aun declarándose mucho, terná harto que hacer en entenderse.

5. Querría mucho el Señor me favoreciese, para poner los efectos que obran en el alma estas cosas (que ya comienzan a ser sobrenaturales) para que se entienda por los efectos, cuando es espíritu de Dios. Digo se entienda conforme a lo que acá se puede entender, aunque siempre es bien andemos con temor, y recato; que aunque sea de Dios, alguna vez podrá transfigurarse el demonio en ángel de luz: y si no es alma muy ejercitada, no lo entenderá; y tan ejercitada, que para entender esto, es menester llegar muy a la cumbre de la oración. Ayúdame poco, el poco tiempo que tengo, y ansí ha menester su Majestad hacerlo, porque he de andar con la comunidad, y con otras hartas ocupaciones (como estoy en casa, que ahora se comienza, como después se verá) y ansí es muy sin tener asiento lo que escribo, sino a pocos a pocos, y este quisiérate, porque cuando el Señor da espíritu, pónese con facilidad, y mejor. Parece como quien tiene un dechado delante, que está sacando aquella labor; más si el espíritu falta, no hay más concertar este lenguaje, que si fuese algarabía, a manera de decir, aunque hayan muchos años pasado en oración. Y ansí me parece, es grandísima ventaja, cuando lo escribo estar en ella, porque veo claro, no soy yo quien lo dice, que ni lo ordeno con el entendimiento, ni sé después como lo acerté a decir: esto me acaece muchas veces.

6. Ahora tornemos a nuestra huerta, o vergel, y veamos cómo comienzan estos árboles a empreñarse para florecer, y dar después fruto; y las flores, y los claveles lo mesmo para dar olor. Regálame esta comparación, porque muchas veces en mis principios (y plega al Señor, haya yo ahora comenzado a servir a su Majestad) digo, principio de lo que diré de aquí adelante de mi vida, me era gran deleite, considerar ser mi alma un huerto, y al Señor que se paseaba en él. Suplicábale aumentase el olor de las florecitas de virtudes, que comenzaban, a lo que parecía, a querer salir, y que fuese para su gloria, y las sustentase, pues yo no quería nada para mí, y cortase las que quisiese, que ya sabía habían de salir mejores. Digo cortar, porque vienen tiempos en el alma, que no hay memoria deste huerto, todo parece está seco y que no ha de haber agua para sustentarle, ni parece hubo jamás en el alma cosa de virtud. Pásase mucho trabajo, porque quiere el Señor que le parezca al pobre hortelano, que todo el que ha tenido en sustentarle, y regalarle, va perdido. Entonces es el verdadero escardar, y quitar de raíz las yerbecillas, aunque sean pequeñas, que han quedado malas, con conocer no hay diligencia que baste, si el agua de la gracia nos quita Dios: y tener en poco nuestro nada, y aun menos que nada. Gánase aquí mucha humildad, tornan de nuevo a crecer las flores.

7. ¡Oh Señor mío, y bien mío!, que no puedo decir esto sin lágrimas, y gran regalo de mi alma, que queráis vos, Señor, estar ansí con nosotros, y estáis en el Sacramento que con toda verdad se puede creer, pues lo es, y con gran verdad podemos hacer esta comparación; y si no es por nuestra culpa, nos podemos gozar con vos, que vos os holgáis con nosotros, pues decís ser vuestros deleites estar con los hijos de los hombres! ¡Oh Señor mío!, ¿qué es esto? Siempre que oigo esta palabra, me es gran consuelo, aun

cuando era muy perdida. ¿Es posible, Señor, haya alma que llegue a que vos le hagáis mercedes semejantes, y regalos, y a entender que vos os holgáis con ella, que os torne a ofender después de tantos favores, y tan grandes muestras del amor que la tenéis, que no se puede dudar, pues se ve claro la obra? Si hay por cierto, y no una vez, sino muchas, que soy yo: y plega a vuestra bondad, Señor, que sea yo sola la ingrata, y la que haya hecho tan gran maldad, y tenido tan excesiva ingratitud; porque aun va della algún bien ha sacado vuestra infinita bondad; y mientras mayor mal, más resplandece el gran bien de vuestras misericordias. ¿Y con cuánta razón las puedo yo para siempre cantar? Suplícoos yo, Dios mío, sea así, las cante yo sin fin, ya que habéis tenido por bien de hacerlas tan grandísimas conmigo, que espantan a los que las ven, y a mí me sacan de mí muchas veces, para poder mejor alabaros a vos, que estando en mí sin vos, no podría Señor mío nada, sino tornar a ser cortadas estas flores deste huerto, de suerte, que esta miserable tierra tornase a servir de muladar, como antes. No lo permitáis, Señor, ni queráis se pierda alma que con tantos trabajos comprastes, y tantas veces de nuevo la habéis tornado a rescatar, y quitar de los dientes del espantoso dragón. Vuesa merced me perdone, que salgo de propósito, y como hablo a mi propósito, no se espante, que es como toma a la alma lo que se escribe, que a las veces hace harto de dejar de ir adelante en alabanzas de Dios, como se le representa, escribiendo lo mucho que le debe. Y creo no le hará a vuesa merced mal gusto, porque entrambos, me parece, podemos cantar una cosa, aunque en diferente manera; porque es mucho más lo que yo debo a Dios, porque me ha perdonado más, como vuesa merced sabe.

CAPÍTULO XV

Prosigue en la misma materia, y da algunos avisos de cómo se han de haber en esta oración de quietud. Trata de cómo hay muchas almas que llegan a tener esta oración, y pocas que pasen adelante. Son muy necesarias, y provechosas las cosas que aquí se tocan

1. Ahora tornemos al propósito. Esta quietud, y recogimiento del alma, es cosa que se siente mucho en la satisfacción, y paz que en ella se pone, con grandísimo contento, y sosiego de las potencias, y muy suave deleite. Parecele, como no ha llegado a más, que no le queda que desear, y que de buena gana diría con san Pedro, que fuese allí su morada. No osa bullirse, ni menearse, que, de entre las manos le parece se le ha de ir aquel bien; ni resollar algunas veces no querría. No entiende la pobrecita, que pues ella por sí no pudo nada para traer a sí aquel bien, que menos podrá detenerle más de lo que el Señor quisiere. Ya he dicho, que en este primer recogimiento, y quietud no faltan las potencias del alma; mas está tan satisfecha con Dios, que mientras aquello dura, aunque las dos potencias se desbaraten, como la voluntad está unida con Dios, no se pierde, la quietud, y el sosiego, antes ella poco a poco torna a recoger el entendimiento, y memoria: porque aunque ella aun no está de todo punto engolfada, está también ocupada sin saber cómo, que por mucha diligencia que ellas pongan, no la pueden quitar su contento, y gozo; antes muy sin trabajo se va ayudando, para que esta centellica de amor de Dios no se apague.

2. Plega a su Majestad me dé gracia, para que yo dé esto a entender bien; porque hay muchas almas que llegan a este estado, y pocas las que pasan adelante, no sé quién tiene la culpa: a buen seguro que no falta Dios, que ya que su Majestad hace merced, que llegue a este punto, no creo cesaría de hacer muchas más, si no fuese por vuestra culpa. Y va mucho en que el alma que llega aquí, conozca la dignidad grande en que está, y la gran merced que le ha hecho el Señor, y cómo de buena razón no había de ser de la tierra; porque ya parece la hace su bondad vecina del cielo, si no queda por su culpa. Y desventurada será si torna atrás; yo pienso será para ir hacia abajo, como yo iba, si la misericordia del Señor no me tornara; porque por la mayor parte será por graves culpas a mi parecer: ni es posible dejar tan gran bien sin gran ceguedad de mucho mal. Y así ruego yo por amor del Señor a las almas, a quien su Majestad ha hecho tan gran merced, de que lleguen a este estado, que se conozcan, y tengan en mucho, con una humilde, y santa presunción, para no tornar a las ollas de Egipto. Y si por su flaqueza, y maldad, y ruin, y miserable natural cayeren, como yo hice, siempre tengan delante el bien que perdieron, y tengan sospecha anden con temor (que tienen razón de tenerle) que si no tornan a la oración, han de ir de mal en peor. Que esta llamo yo verdadera caída, la que aborrece el camino por donde ganó tanto bien; y con estas almas hablo, que no digo que no han de ofender a Dios, y caer en pecados, aunque sería razón se guardase mucho dellos, quien ha comenzado a recibir estas mercedes, mas somos miserables. Lo que aviso mucho es, que no deje la oración, que allí entenderá lo que hace, y ganará arrepentimiento del Señor, y fortaleza para levantarse crea, crea, que si desta se aparta, que lleva a mi parecer peligro. No sé si entiendo lo que digo, porque, como he dicho, juzgo por mí.

3. Es pues esta oración una centellica, que comienza el Señor a encender en el alma del verdadero amor suyo, y quiere que el alma vaya entendiendo qué cosa es este amor, con regalo. Esta quietud, y recogimiento, y centellica, si es espíritu de Dios, y no gusto dado del demonio, o procurado por nosotros; aunque a quien tiene experiencia, es imposible no entender luego, que no es cosa que se puede adquirir, sino que este natural nuestro es tan ganoso de cosas sabrosas, que todo lo prueba, más quédase muy en frío bien en breve, porque por mucho que quiera comenzar a hacer arder el fuego, para alcanzar este gusto, no parece sino que le echa agua para matarle. Pues esta centellica puesta por Dios, por pequeña que es, hace mucho ruido; y si no la matan por su culpa, ésta es la que comienza a encender el gran fuego, que echa llamas de sí (como diré en su lugar) del grandísimo amor de Dios, que hace su Majestad, tengan las almas perfectas. Es esta centella una señal, o prenda que da Dios a esta alma, de que la escoge, ya para grandes cosas, si ella se apareja para recibirlas; es gran don, mucho más de lo que yo podré decir. Esme gran lástima, porque, como digo, conozco muchas almas que llegan aquí, y que pasen de aquí, como han de pasar, son tan pocas, que se me hace vergüenza decirlo. No digo yo que hay pocas, que muchas debe de haber, que por algo nos sustenta Dios; digo lo que he visto. Querríalas mucho avisar, que miren no escondan el talento, pues que parece las quiere Dios escoger para provecho de otras muchas; (en especial en estos tiempos, que son menester amigos fuertes de Dios, para sustentar los flacos) y los que esta merced conocieren en sí, ténganse por tales, si saben responder con las leves, que aun la buena amistad del mundo pide; y si no (como de dicho) teman, y hayan miedo no se hagan a sí mal, y plega a Dios sea a sí solos.

4. Lo que ha de hacer el alma en los tiempos desta quietud, no es más de con suavidad, y sin ruido; llamo ruido, andar con el entendimiento buscando muchas palabras, y consideraciones, para dar gracias deste beneficio, amontonar pecados suyos, y faltas, para ver que no lo merece. Todo esto se mueve aquí, y representa el ente entendimiento, y bulle la memoria, que cierto estas potencias a mí me cansan a ratos, que con tener poca memoria, no la puedo sojuzgar. La voluntad con sosiego, y cordura, entienda que no se negocia bien con Dios a fuerza de brazos; que estos son unos leños grandes puestos sin discreción para ahogar esta centella, y conózcalo, y con humildad diga: Señor, ¿qué puedo yo aquí? ¿Qué tiene que ver la sierva con el Señor, y la tierra con el cielo? Oh palabras que se ofrecen aquí de amor, fundada mucho en conocer, que es verdad lo que dice; y no haga caso del entendimiento, que es un moledor. Y si ella le quiere dar parte, de lo que goza, o trabaja por recogerle (que muchas veces se verá en esta unión de la voluntad, y sosiego, y el entendimiento muy desbaratado) no acierta, más vale que le deje, que no que vaya ella tras él (digo la voluntad) sino estese ella gozando de aquella merced, y recogida como sabia abeja; porque si ninguna entrase en la colmena, sino que por traerse unas a otras se fuesen todas, mal se podría labrar la miel.

5. Ansí que perderá mucho el alma, si no tiene aviso en esto; en especial si es el entendimiento agudo, que cuando comienza a ordenar pláticas, y buscar razones, en tantico, si son bien dichas, pensará hace algo. La razón que aquí ha de haber, es entender claro, que no hay ninguna, para que Dios nos haga tan gran merced, sino sola su bondad; ver que estamos tan cerca, y pedir a su Majestad mercedes, y rogarle por la Iglesia, y por los que se nos han encomendado, y por las ánimas del purgatorio, no con ruido de palabras, sino con sentimiento de desear que nos oya. Es oración que comprende mucho, y se alcanza más que por mucho relatar el entendimiento. Despierte en sí la voluntad algunas razones, que de la mesma razón se representarán, de verse tan mejorada para avivar este amor, y haga algunos actos amorosos, de que hará por quien tanto debe, sin (como he dicho) admitir ruido del entendimiento, a que busque grandes cosas. Mas hacen aquí al caso unas pajitas puestas con humildad (y menos serán que pajas, si las ponemos nosotros) y más le ayudan a encender, que no mucha leña junta de razones muy doctas, a nuestro parecer, que en un credo la ahogaran. Esto es bueno para los letrados, que me lo mandan escribir, porque por la bondad de Dios todos llegan aquí, y podrá ser se les vaya el tiempo en aplicar escrituras; y aunque no les dejarán de aprovechar mucho las letras, antes, y después, aquí en estos ratos de oración, poca necesidad hay dellas, a mi parecer, si no es para entibiar la voluntad; porque el entendimiento está entonces de verso cerca de la luz, con grandísima claridad, que aun yo, con ser la que soy, parezco otra. Y es ansí, que me ha acaecido estando en esta quietud, con no entender casi cosa que rece en latín, en especial del Salterio, no solo entender el verso en romance, sino pasar adelante en regalarme de ver lo que el romance quiere decir. Dejemos, si hubiesen de predicar, o enseñar, que entonces bien es de ayudarse de aquel bien, para ayudar a los pobres de poco saber, como yo, que es gran cosa la caridad, y este aprovechar almas, siempre, yendo desnudamente por Dios.

6. Ansí que en estos tiempos de quietud, dejar descansar el alma con su descanso: quédense las letras a un cabo, tiempo verná que aprovechen al Señor, y las tengan en tanto, que por ningún tesoro quisieran haberlas dejado de saber, solo para servir a su Majestad, porque ayudan mucho: más delante de la sabiduría infinita, créanme que vale

más un poco de estudio de humildad, y un acto della, que toda la ciencia del mundo. Aquí no hay que argüir, sino que conocer lo que somos con llaneza, y con simpleza representarnos delante de Dios, que quiere se haga el alma boba (como a la verdad lo es delante de su presencia) pues su Majestad se humilla tanto, que la sufre cabe sí, siendo nosotros lo que somos. También se mueve el entendimiento a dar gracias muy compuestas; mas la voluntad con sosiego, con un no osar alzar los ojos con el publicano, hace más hacimiento de gracias, que cuanto el entendimiento con trastornar la retórica por ventura puede hacer. En fin, aquí, no se ha de dejar del todo la oración mental, ni algunas palabras aun vocales, si quisieren alguna vez, o pusieren; porque si la quietud es grande, puédese mal hablar, si no es con mucha pena. Siéntese a mi parecer, cuando es espíritu de Dios, o procurado de nosotros, con comienzo de devoción, que da Dios, y queremos (como he dicho) pasar nosotros a esta quietud de la voluntad; entonces no hace efeto ninguno, acábase presto, deja sequedad. Si es del demonio, alma ejercitada, paréceme lo entenderá; porque deja inquietud, y poca humildad, y poco parejo para los efectos que hace él de Dios; no deja luz en el entendimiento, ni firmeza en la verdad.

7. Puede hacer aquí poco daño, o ninguno, si el alma endereza su deleite, y suavidad que allí siente a Dios, y pone en él sus pensamientos, y deseos (como queda avisado) no puede ganar nada el demonio; antes permitirá Dios, que con el mismo deleite, que causa en el alma, pierda mucho: porque éste ayudará a que el alma como piensa que es Dios, venga muchas veces a la oración con codicia dél: y si es alma humilde, y no curiosa, ni interesal de deleites (aunque sean espirituales) sino amiga de cruz, hará poco caso del gusto que da el demonio, lo que no podrá así hacer, si es espíritu de Dios, sino tenerlo en muy mucho. Mas cosa que pone el demonio, como él es todo mentira, con ver que el alma con el gusto, y deleite se humilla (que en esto ha de tener mucho cuidado, en todas las cosas de oración, y gustos procurar salir humilde) no tornará muchas veces el demonio, y viendo su pérdida. Por esto, y por otras muchas cosas avisé yo en el primer modo de oración, en la primer agua, que es gran negocio comenzar las almas oración, comenzándose, a desasir de todo género de contentos, y entrar determinadas a solo ayudar a llevar la cruz a Cristo, como buenos caballeros, que sin sueldo quieren servir a su rey, pues le tienen bien seguro. Los ojos en el verdadero, y perpetuo reino que pretendemos ganar.

8. Es muy gran cosa traer esto siempre delante, en especial en los principios; que después tanto se ve claro, que antes es menester olvidarlo para vivir, que procurarlo traer a la memoria lo poco que dura todo, y como no es todo nada, y en lo no nada que se ha de estimar el descanso; parece que esto es cosa muy baja, y así es verdad, que los que están adelante en más perfección, ternían por afrenta, y entre sí se correrían, si pensasen, que porque se han de acabar los bienes deste mundo los dejan, sino que aunque durasen para siempre, se alegran de dejarlos por Dios: y mientras más perfectos fueren, más: y mientras más duraren, más. Aquí en estos está ya crecido el amor, y él es el que obra; mas a los que comienzan, esles cosa importantísima, y no lo tengan por bajo, que es gran bien el que se gana, y por eso lo aviso tanto, que les será menester, aun a los muy encumbrados en oración, algunos tiempos que los quiere Dios probar, y parece que su Majestad los deja. Que como ya de dicho, y no querría esto se olvidase, en esta vida que vivimos; no crece el alma como el cuerpo, aunque decimos que sí, y de verdad crece: mas un niño después que crece, y echa gran cuerpo, y ya le tiene de hombre, no torna a

descrecer, y a tener pequeño cuerpo; acá quiere el Señor que sí, (a lo que yo de visto por mí, que no lo sé por más) debe ser por humillarnos para nuestro gran bien, y para que no nos descuidemos mientras estuviéremos en este destierro; pues el que más alto estuviere, más se ha de temer, y fiar menos de sí. Vienen veces, que es menester para librarse de ofender a Dios estos que ya están tan puesta su voluntad en la suya, que por no hacer una imperfección se dejarían atormentar, y pasarían mil muertes: que para no hacer pecados, según se ven combatidos de tentaciones, y persecuciones, se han menester aprovechar de las primeras armas de la oración, y tornar a pensar, que todo se acaba, y que hay cielo, e infierno, y otras cosas desta suerte. Pues tornando a lo que decía, gran fundamento es para librarse de los ardidés, y gustos que da el demonio, el comenzar con determinación de llevar camino de cruz desde el principio, y no los desear, pues el mesmo Señor mostró este camino de perfección, diciendo: *Toma tu cruz, y sígueme*. Él es nuestro dechado, no hay que temer, quien por solo contentarle siguiere sus consejos. En el aprovechamiento que vieren en sí, entenderán que no es demonio; que aunque, tornen a caer, queda una señal de que estuvo allí el Señor, que es levantarse presto, y estas que ahora diré.

9. Cuando es el espíritu de Dios, no es menester andar rastreando cosas para sacar humildad, y confusión; porque el mesmo Señor la da de manera bien diferente, de la que nosotros podemos ganar con nuestras consideracioncillas, que no son nada en comparación de una verdadera humildad con luz, que enseña aquí el Señor, que hace una confusión que hace deshacer. Esto es cosa muy conocida, el conocimiento que da Dios, para que conozcamos, que ningún bien tenemos de nosotros; y mientras mayores mercedes, más. Pone un gran deseo de ir adelante en la oración, no la dejar por ninguna cosa de trabajo, que le pudiese suceder, a todo se ofrece. Una seguridad con humildad, temor de que ha de salvarse. Echa luego el temor servil del alma, y pónese el filial temor muy más crecido. Ve que se lo comienza un amor con Dios muy sin interese suyo, ni desea ratos de soledad, para gozar más de aquel bien. En fin, por no me cansar, es un principio de todos los bienes, un estar ya las flores en término, que no les falta casi nada para brotar y esto verá muy claro el alma; y en ninguna manera por entonces se podrá determinar a que no estuvo Dios con ella, hasta que se torna a ver con quiebras, e imperfecciones, que entonces todo lo teme, y es bien que tema; aunque almas hay, que les aprovecha más creer cierto, que es Dios, que todos los temores que lo puedan poner; porque si de suyo es amorosa, y agradecida, más la hace tornar a Dios la memoria de la merced que le hizo que todos los castigos del infierno, que le representan: al menos a la mía, aunque tan ruin, esto le acaecía.

10. Porque las señales del buen espíritu se irán diciendo más (cómo a quien le cuestan muchos trabajos sacarlas en limpio) no las digo ahora aquí. Y creo con el favor de Dios, en esto atinaré algo; porque (dejada la experiencia, en que he mucho entendido) selo de algunos letrados muy letrados, y personas muy santas, a quien es razón se dé crédito; y no anden las almas tan fatigadas, cuando llegaren aquí por la bondad del Señor, como yo he andado.

CAPÍTULO XVI

Trata del tercer grado de oración, y va declarando cosas muy subidas, y lo que puede el alma que llega aquí, y los efectos que hacen estas mercedes tan grandes del Señor. Es muy para levantar el espíritu en alabanzas de Dios, y para gran consuelo de quien llegare aquí

1. Vengamos ahora a hablar de la tercer agua con que se riega esta huerta, que es agua corriente de río, o de fuente, que se riega muy a menos trabajo, aunque alguno da el encaminar el agua. Quiere el Señor aquí ayudar al hortelano de manera, que casi él es el hortelano, y el que lo hace todo. Es un sueño de las potencias, que ni del todo se pierden, ni entienden como obran. El gusto, y suavidad, y deleite es más sin comparación que lo pasado; es que da el agua de la gracia a la garganta a esta alma, que no pueda ya ir adelante, ni sabe cómo, ni tornar atrás; querría gozar de grandísima gloria. Es como uno que está con la candela en la mano, que le falta poco para morir muerte que la desea. Está gozando en aquella agonía con el mayor deleite que se puede decir: no me parece que es otra cosa, sino un morir casi del todo a todas las cosas del mundo, y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos cómo lo decir, ni cómo lo declarar, ni entonces sabe el alma qué hacer; porque ni sabe si hable, ni si calle, ni si ría, ni si llore. Es un glorioso desatino, una celestial locura, a donde se deprende la verdadera sabiduría, y es deleitosísima manera de gozar el alma. Y es ansí, que ha que me dio el Señor en abundancia esta oración, creo cinco, y aun seis años, y muchas veces, y que ni yo la entendía, ni la supiera decir; y ansí tenía por mí, llegada aquí, decir muy poco, o nada. Bien entendía, que no era del todo unión de todas las potencias, y que era más que la pasada muy claro; mas yo confieso, que no podía determinar, y entender cómo era esta diferencia. Creo, que por la humildad que vuesa merced ha tenido, en quererse ayudar de una simpleza tan grande como la mía, me dio el Señor hoy acabando de comulgar esta oración, sin poder ir adelante, y me puso estas comparaciones, y enseñó la manera de decirlo, y lo que ha de hacer aquí el alma; que cierto yo me espanté, y entendí en un punto. Muchas veces estaba ansí como desatinada, embriagada en este amor, y jamás había podido entender cómo era. Bien entendía que era Dios, más no podía entender cómo obraba aquí; porque en hecho de verdad están casi del todo unidas las potencias, mas no tan engolfadas que no obren. Gustado he en extremo de haberlo ahora entendido. Bendito sea el Señor, que ansí me ha regalado.

2. Solo tienen habilidad las potencias para ocuparse todas en Dios; no parece se osa bullir ninguna, ni la podemos hacer menear, si con mucho estudio no quisiésemos divertirnos, y aun no que parece que del todo se podría entonces hacer. Háblanse aquí muchas palabras en alabanza de Dios, sin concierto, si el mismo Señor no las concierta; al menos el entendimiento no vale aquí nada: querría dar voces en alabanzas el alma, y está que no cabe en sí, un desasosiego sabroso: ya, ya se abren las flores, ya comienzan a dar olor. Aquí querría el alma, que todos la viesan, y entendiesen su gloria para alabanzas de Dios, y que ayudasen a ello, y darles parte de su gozo, porque no puede tanto gozar. Paréceme, que es como la que dice el Evangelio, que quería llamar, o llamaba a sus vecinas. Esto me parece debía sentir el admirable espíritu del real profeta David, cuando tañía, y cantaba con la harpa, en alabanzas de Dios. Deste glorioso rey soy yo muy devota, y querría todos lo fuesen, en especial los que somos pecadores.

3. ¡Oh válame Dios!, cuál está un alma cuando está ansí, toda ella querría fuese lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos santos, atinando siempre a contentar a quien la tiene ansí. Yo sé persona, que con no ser poeta, le acaecía hacer de presto coplas muy sentidas declarando su pena bien; no hechas de su entendimiento, sino que para gozar más la gloria, que tan sabrosa pena le daba, se quejaba della a su Dios. Todo su cuerpo, y alma querría se despedazase para mostrar el gozo, que con esta pena siente. ¿Qué se lo pondrá entonces delante de tormentos, que no le fuese sabroso pasarlo por su Señor? Ve claro, que no hacían casi nada los mártires de su parte en pasar tormentos; porque conoce bien el alma, viene de otra parte la fortaleza. Mas ¿qué sentirá de tornar a tener seso para vivir en el mundo, y haber de tornar a los cuidados, y cumplimientos de dél?, pues no me parece he encarecido cosa, que no quede baja en este modo de gozo, que el Señor quiere en este destierro que goce un alma. Bendito seáis por siempre Señor, alaben os todas las cosas por siempre. Querred ahora Rey mío, suplícooslo yo, que pues cuando esto escribo, no estoy fuera desta santa locura celestial por vuestra bondad, y misericordia, que tan sin merecimientos míos me hacéis esta merced, que lo estén todos los que yo tratare locos de vuestro amor, o permitáis que no trate yo con nadie, o ordenad, Señor, como no tenga ya cuenta en cosa del mundo, o me sacad dél. No puede ya, Dios mío, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos, como de verse sin vos le vienen; que si ira de vivir, no quiere descanso en esta vida, ni se lo deis vos. Querría ya esta alma verse libre; el comer la mata: el dormir la congoja: ve que se le pasa el tiempo de la vida, pasar en regalo, y que nada ya la puede regalar fuera de vos; que parece vive contra natura, pues ya no querría vivir en sí, sino en vos. ¡Oh verdadero Señor, y gloria mía, qué delgada, y pesadísima cruz tenéis aparejada a los que niegan a este estado! Delgada, porque es suave; pesada, porque vienen veces, que no hay sufrimiento que la sufra; y no se querría jamás ver libre della, sino fuese para verse ya con vos. Cuando se acuerda, que no os ha servido en nada, y que viviendo os puede servir, querría carga muy más pesada, y nunca hasta la fin del mundo morir; no tiene en nada su descanso, a trueque de haceros un pequeño servicio; no sabe qué desee, más bien entiende, que no desea otra cosa sino a vos.

4. ¡Oh padre mío! (que es tan humilde, que ansí se quiere nombrar a quien va esto dirigido, y me lo mandó escribir) sean solo para vuesa merced las cosas en que viere salgo de términos; porque no hay razón que baste a no me sacar della, cuando me saca el señor de mí: ni creo soy yo la que hablo desde esta mañana que comulgué; parece que sueño lo que veo, y no querría ver sino enfermos deste mal que estoy yo ahora. Suplico a vuesa merced seamos todos locos, por amor de quien por nosotros se lo llamaron; pues dice vuesa merced que me quiere, en disponerse para que Dios lo haga esta merced, quiero que me lo muestre; porque veo muy pocos, que no los vea con seso demasiado, para lo que les cumple. Ya puede ser, que tenga yo más que todos; no me lo consienta vuesa merced padre mío, pues es mi confesor, y a quien he fiado mi alma, desengañeme con verdad, que se usan muy poco estas verdades.

5. Este concierto querría hiciésemos los cinco que al presente nos amamos en Cristo, que como otros en estos tiempos se juntaban en secreto para contra su Majestad, y ordenar maldades, y herejías, procurásemos juntarnos alguna vez para desengañar unos a otros, y decir en lo que podríamos enmendarnos, y contentar más a Dios: que no hay quien tan bien se conozca a sí, como conocen los que nos miran, si es con amor, y cuidado de aprovecharnos. Digo en secreto, porque no se usa ya este lenguaje: hasta los predicadores

van ordenando sus sermones, para no descontentar; buena intención ternán, y la obra lo será, más ansí se enmiendan pocos. ¿Mas cómo no son muchos los que por los sermones dejan los vicios públicos? Sabe que me parece, porque tienen mucho seso los que los predicán. No están sin él con el gran fuego del amor de Dios, como lo estaban los apóstoles, y ansí calienta poco esta llama: no digo yo sea tanta como ellos tenían, más querría que fuese más de lo que veo. ¿Sabe vuesa merced en qué debe de ir mucho? En tener ya aborrecida la vida, y en poca estima la honra, que no se les daba más, a trueco de decir una verdad, y sustentarla para gloria de Dios, perderlo todo, que ganarlo todo: que quien de veras lo tiene todo arriscado por Dios, igualmente lleva lo uno que lo otro. No digo yo que soy ésta, mas querríalo ser. ¡Oh gran libertad!, tener por cautiverio haber de vivir, y tratar conforme a las leyes del mundo; que cómo ésta se alcance del Señor, no hay esclavo que no lo arrisque todo por rescatarse, y tornar a su tierra. Y pues éste es el verdadero camino, no hay que parar en él, que nunca acabaremos de ganar tan gran tesoro, hasta que se nos acabe la vida. El Señor nos dé para esto su favor. Rompa vuesa merced esto que he dicho, si le pareciere, y tómelo por carta para sí, y perdóneme, que he estado muy atrevida.

CAPÍTULO XVII

Prosigue en la mesma materia de declarar este tercer grado de oración; acaba de declarar los efectos que hace; dice el impedimento que aquí hace la imaginación, y memoria

1. Razonablemente está dicho deste modo de oración, y lo que ha de hacer el alma, o por mejor decir, hace Dios en ella, que es el que toma ya el oficio de hortelano, y quiere que ella huelgue: solo consiente la voluntad en aquellas mercedes que goza, y se ha de ofrecer a todo lo que en ella quisiere, hacer la verdadera sabiduría, porque es menester ánimo cierto; porque es tanto el gozo, que parece algunas veces no queda un punto para acabar el ánima de salir deste cuerpo: ¡y qué venturosa muerte, sería! Aquí me parece, viene bien (como a vuesa merced se dijo) dejarse del todo en los brazos de Dios: si quiere llevarle al cielo, vaya; si al infierno, no tiene pena, como vaya con su bien; si acabar del todo la vida, eso quiere; si que viva mil años también: haga su Majestad como cosa propia, ya no es suya el alma de sí mesma, dada está del todo al Señor, descúidese del todo. Digo, que en tan alta oración como esta (que cuando la da Dios al alma, puede hacer todo esto, mucho más, que estos son sus efectos) entiende que lo hace sin ningún cansancio del entendimiento; solo me parece está como espantado de ver cómo el Señor hace tan buen hortelano, y no quiere que tome el trabajo ninguno, sino que se deleite en comenzar a oler las flores. Que en una llegada destas, por poco que dure, como es tal el hortelano, en fin criador del agua, dala sin medida; y lo que la pobre del alma con trabajo, por ventura de veinte años de cansar el entendimiento, no ha podido acaudalar, hácelo este hortelano celestial en un punto, y crece la fruta, y madúrala de manera, que se puede sustentar de su huerto, queriéndolo el Señor; mas no le da licencia que reparta la fruta, hasta que él esté tan fuerte, con lo que ha comido della, que no se le vaya en gustaduras, y no dándole, nada de provecho, ni pagándosela a quien la diere, sino que los mantenga, y dé de comer a su costa, y quedarse ha él por ventura muerto de hambre. Esto bien

entendido va para tales entendimientos sabranlo aplicar, mejor que yo lo sabré decir, cánsome.

2. En fin es, que las virtudes quedan ahora más fuertes, que en la oración de quietud pasada; porque se ve otra el alma, y no sabe cómo comienza a obrar grandes cosas con el olor que dan de sí las flores, que quiere el Señor que se abran, para que ella crea que tiene virtudes, aunque ve muy bien, que no las podía ella, ni ha podido ganar en muchos años, y que en aquello poquito el celestial hortelano se las dio. Aquí es muy mayor la humildad, y más profunda, que al alma queda, que en lo pasado; porque ve más claro, que poco, ni mucho hizo, sino consentir que le hiciese el Señor mercedes, y abrazarlas la voluntad.

3. Paréceme este modo de oración, unión muy conocida de toda el alma con Dios, sino que parece quiere, su Majestad dar licencia a las potencias para que entiendan, y gocen de lo mucho que obra allí. Acaece algunas, y muy muchas veces estando unida la voluntad (para que vea vuesa merced puede ser esto, y lo entienda cuando lo tuviere; al menos a mí trájome tonta, y por eso lo digo aquí) entiéndese, que está la voluntad atada, y gozando; y en mucha quietud está sola la voluntad, y está por otra parte el entendimiento, y memoria tan libres, que pueden tratar en negocios, y entender en obras de caridad. Esto aunque parece todo uno, es diferente de la oración de quietud que dije, porque allí está el alma, que no se querría bullir, ni menear, gozando en aquel ocio santo de María; en esta oración puede también ser María. Ansí que está casi obrando juntamente en vida activa, y contemplativa, y puede entender en obras de caridad, y negocios. que convengan a su estado, y leer; aunque no del todo están señores de sí, y entienden bien, que está la mejor parte del alma en otro cabo. Es como si estuviésemos hablando con uno, y por otra parte nos hablase otra persona, que ni bien estaremos en lo uno, ni bien en lo otro. Es cosa que se siente muy claro, y da mucha satisfacción, y contento cuando se tiene, y es muy gran aparejo, para que en teniendo tiempo de soledad, o desocupación de negocios venga el alma a muy sosegada quietud. Es un andar como una persona que está en sí satisfecha, que no tiene necesidad de comer, sino que siente el estómago contento, de manera, que no a todo manjar arrostraría; mas no tan harta, que si los ve buenos, deje de comer de buena gana: ansí no le satisface, ni querría entonces contento del mundo, porque en sí tiene el que le satisface más; mayores contentos de Dios, deseos de satisfacer su deseo, de gozar más de estar con él: esto es lo que quiere.

4. Hay otra manera de unión, que aun no es entera unión, mas es más que la que acabo de decir; y no tanto, como la que se ha dicho desta tercer agua. Gustará vuesa merced mucho de que el Señor se las dé todas, si no las tiene ya, de hallarlo escrito, y entender lo que es, porque una merced es, dar el Señor la merced, y otra es entender, qué merced es, y qué gracia; y otra es saber decirla, y dar a entender cómo es: y aunque no parece es menester más de la primera para no andar el alma confusa, y medrosa, e ir con más ánimo por el camino del Señor, llevando debajo de los pies todas las cosas del mundo, es gran provecho entenderlo, y merced; porque cada una es razón alabe mucho al Señor, quien la tiene, y quien no, porque la dio su Majestad a alguno de los que viven, para que nos aprovechase a nosotros. Ahora pues acaece muchas veces esta manera de unión, que quiero decir (en especial a mí, que me hace Dios esta merced desta suerte muy muchas) que coge Dios la voluntad, y aun el entendimiento, a mi parecer, porque no discurre, sino

está ocupado gozando de Dios, como quien está mirando, y ve tanto, que no sabe hacia donde mirar, uno por otro se le pierde de vista, que no dará señas de cosa.

5. La memoria queda libre, (junto con la imaginación debe ser) y ella como se ve sola, es para alabar a Dios la guerra que da, y como procura desasosegarlo todo: a mí cansada me tiene, y aborrecida la tengo, y muchas veces suplico al Señor, si tanto me ha de estorbar, me la quite en estos tiempos. Algunas veces le digo: ¿Cuándo mi Dios ha de estar ya toda junta mi alma en vuestra alabanza, y no hecha pedazos, sin poder valerse a sí? Aquí veo el mal que nos causó el pecado, pues así nos sujetó a no hacer lo que queremos, de estar siempre ocupados en Dios. Digo que me acaece a veces (y hoy ha sido la una, y así lo tengo bien en la memoria) que veo deshacerse mi alma, por verse junta a donde está la mayor parte, y ser imposible, sino que le da tal guerra la memoria e imaginación, que no la dejan valer; y como faltan las otras potencias, no valen aun para hacer mal, nada. Harto hacen en desasosegar, digo para hacer mal, porque no tienen fuerza, ni paran en un ser; como el entendimiento no la ayuda poco, ni mucho, a lo que te representa, no para en nada, sino de uno en otro, que no parece sino destas maripositas de las noches, importunas, y desasosegadas, así anda de un cabo a otro. En extremo, me parece le viene al propio esta comparación; porque aunque no tiene fuerza para hacer ningún mal, importuna a los que la ven. Para esto no sé que remedio haya, que hasta ahora no me le ha dado Dios a entender, que de buena gana le tomaría para mí, que me atormenta, como digo, muchas veces. Representase aquí nuestra miseria, y muy claro el gran poder de Dios; pues esta que queda suelta, tanto nos daña y nos cansa, y las otras que están con su Majestad, el descanso que nos dan.

6. El postrer remedio que he hallado, al cabo de haberme fatigado hartos años, es lo que dije en la oración de quietud, que no se haga caso della, más que de un loco, sino dejarla con su tema, que solo Dios se la puede quitar: y en fin, aquí por esclava queda, hémosla de sufrir con paciencia, como hizo Jacob a Lía; porque harta merced nos hace el Señor, que gocemos de Raquel. Digo que queda esclava, porque en fin no puede, por mucho que haga, traer a sí las otras potencias; antes ellas sin ningún trabajo la hacen venir a sí. Algunas es Dios servido de haber lástima de verla tan y desasosegada, con deseo de estar con las otras, y consiéntela su Majestad se queme en el fuego de aquella vela divina, donde las otras están ya hechas polvo, perdido su natural, casi estando sobrenaturalmente gozando de tan grandes bienes.

7. En todas estas maneras, que desta postrer agua de fuente he dicho, es tan grande la gloria, y descanso del alma, que muy conocidamente aquel gozo, y deleite participa dél el cuerpo, y esto muy conocidamente, y quedan tan crecidas las virtudes como he dicho. Parece ha querido el Señor declarar estos estados, en que se ve el alma, a mi parecer, lo más que acá se puede dar a entender. Trátelo vuesa merced con persona espiritual, que haya llegado aquí, y tenga letras: si le dijere, que está bien, crea que se lo ha dicho Dios, y téngalo en mucho a su Majestad; porque, como he dicho, andando el tiempo se holgará mucho de entender lo que es; mientras no le diere la gracia (aunque se la dé de gozarlo) para entenderlo, como le haya dado su Majestad la primera, con su entendimiento, y letras lo entenderá por aquí. Sea alabado por todos los siglos de los siglos, por todo. Amén.

CAPÍTULO XVIII

En que trata del cuarto grado de oración; comienza a declarar por excelente manera la gran dignidad en que el Señor pone al alma que está en este estado: es para animar mucho a los que tratan oración, para que se esfuercen de llegar a tan alto estado, pues se puede alcanzar en la tierra; aunque no por merecerlo, sino por la bondad del Señor. Léase con advertencia; porque se declara por muy delicado modo, y tiene cosas mucho de notar

1. El Señor me enseñe palabras como se pueda decir algo de la cuarta agua: bien es menester su favor, aun más que para la pasada; porque en ella aún siente, el alma no está muerta del todo, que así lo podemos decir, pues lo esta al mundo. Mas, como dije, tiene sentido para entender que está en él, y sentir su soledad, y aprovéchase de lo exterior, para dar a entender lo que siente, si quiera por señas. En toda la oración, y modos della, que queda dicho, alguna cosa trabaja el hortelano; aunque en estas postreras va el trabajo acompañado de tanta gloria, y consuelo del alma, que jamás querría salir dél; y así no se siente por trabajo, sino por gloria. Acá no hay sentir, sino gozar sin entender lo que se goza: entiéndese que se goza un bien, a donde junto se encierran todos los bienes, mas no se comprende este bien. Ocúpanse todos los sentidos en este gozo, de manera, que no queda ninguno desocupado para poder entender en otra cosa interior, ni exteriormente. Antes dábaseles licencia, para que (como digo) hiciesen algunas muestras del gran gozo que sienten: acá el alma goza más sin comparación, y púedese dar a entender muy menos; porque no queda poder en el cuerpo, ni el alma le tiene para poder comunicar aquel gozo. En aquel tiempo todo te sería gran embarazo, y tormento, y estorbo de su descanso; y digo, que si es unión de todas las potencias, que aunque quiera (estando en ella digo) no puede, y si puede, ya no es unión. El cómo es ésta, que llaman unión, y lo que es, yo no lo sé dar a entender: en la mística teología se declara, que yo los vocablos no sabré nombrarlos, ni sé entender, qué es mente, ni qué diferencia tenga del alma, o espíritu tampoco, todo me parece una cosa; bien que el alma alguna vez sale de sí mesma, a manera de un fuego, que está ardiendo y hecho llama, y algunas veces crece este fuego con ímpetu. Esta llama sube muy arriba del fuego, mas no por eso es cosa diferente, sino la misma llama que está en el fuego. Esto vuesas mercedes lo entenderán con sus letras, que yo no lo sé más decir.

2. Lo que yo pretendo declarar, es, qué siente el alma cuando está en esta divina unión. Lo que es unión, ya se está entendido, que es dos cosas divisas hacerse una. ¡Oh señor mío, qué bueno sois! Bendito seáis para siempre; alaben os, Dios mío, todas las cosas, que así los amastes de manera, que con verdad podamos hablar desta comunicación, que aún en este destierro tenéis con las almas; y aun con las que son buenas es gran largueza, y magnanimidad; en fin vuestra, Señor mío, que dais como quien sois. ¡Oh largueza infinita, cuán magníficas son vuestras obras! Espanta, a quien no tiene ocupado el entendimiento en cosas de la tierra, que no tenga ninguno para entender verdades. ¿Pues qué hagáis a almas, que tanto os han ofendido, mercedes tan soberanas? Cierto a mí me acaba el entendimiento; y cuando llego a pensar en esto, no puedo ir adelante. ¿Dónde ha de ir, que no sea tornar atrás? Pues daros gracias por tan grandes mercedes, no sabe cómo. Con decir disbarates me remedió algunas veces. Acaécenle muchas, cuando acabo de recibir estas mercedes, o me las comienza Dios a hacer (que estando en ellas, ya he

dicho, que no hay poder hacer nada) decir: Señor, mira lo que hacéis, no olvidéis tan presto tan grandes males míos, ya que para perdonarme, los hayáis olvidado, para poner tasa en las mercedes os suplico, se os acuerde. No pongáis, Criador mío, tan precioso licor en vaso tan quebrado, pues habéis ya visto de otras veces, que lo torno a derramar. No pongáis tesoro semejante a donde aún no está como ha de estar perdida del todo la codicia de consolaciones de la vida, que lo gastará mal gastado. ¿Cómo dais la fuerza desta ciudad, y llaves de la fortaleza della a tan cobarde alcaide, que al primer combate de los enemigos los deja entrar dentro? No sea tanto el amor, o Rey eterno, que pongáis en aventura joyas tan preciosas. Parece, Señor mío, se da ocasión para que se tengan en poco, pues las ponéis en poder de cosa tan ruin, tan baja, tan flaca, y miserable, y de tan poco tomo; que ya que trabaje para no las perder con vuestro favor (y no es menester pequeño, según yo soy) no puede dar con ellas a ganar a nadie. En fin mujer, y no buena, sino ruin. Parece, que no solo se esconden los talentos, sino que se entierran en ponerlos en tierra tan astrosa. No soléis vos, Señor, hacer semejantes grandezas, y mercedes a un alma, sino para que aproveche a muchas. Ya sabéis, Dios mío, que de toda voluntad, y corazón os lo suplico, y he suplicado algunas veces, y tengo por bien de perder el mayor bien que se posee en la tierra, porque las hagáis vos a quien con este bien más aproveche, porque crezca vuestra gloria. Éstas, y otras cosas me ha acaecido decir muchas veces. Veía después mi necedad, y poca humildad; porque bien sabe el Señor lo que conviene, y que no había fuerzas en mi alma para salvarse, si su Majestad con tantas mercedes no se las pusiera.

3. También pretendo decir las gracias, y efectos, que quedan en el alma, y qué es lo que puede de suyo hacer, o si es parte para llegar a tan grande estado. Acaece venir este levantamiento de espíritu, o juntamiento con el amor celestial: que, a mi entender, es diferente la unión del levantamiento en esta misma unión. A quien no lo hubiere probado lo postrero, parecerle ha que no; y a mi parecer, que con ser todo uno, obra el Señor de diferente manera, y en el crecimiento de desasir el alma de las criaturas, mas mucho en el vuelo del espíritu. Yo he visto claro ser particular merced, aunque, como digo, sea todo uno, o lo parezca; mas un fuego pequeño también es fuego como un grande, y ya se ve la diferencia que hay de lo uno a lo otro. En un fuego pequeño primero que un hierro pequeño se hace ascua, pasa mucho espacio; mas si el fuego es grande, aunque sea mayor el hierro, en muy poquito pierde del todo su ser al parecer. Ansí me parece es en estas dos maneras de mercedes del Señor; y sé que quien hubiere llegado a arrobamientos lo entenderá bien: si no lo ha probado, parecerle ha desatino, y ya puede ser; porque querer una como yo hablar en una cosa tal, y dar a entender algo de lo que parece imposible aun haber palabras con que lo comenzar, no es mucho que desatine.

4. Mas creo esto del Señor (que sabe su Majestad, que después de obedecer, es mi intención engolosinar las almas de un bien tan alto) que me ha en ello de ayudar. No diré cosa, que no la haya experimentado mucho: y es ansí, que cuando comencé esta postrer agua a escribir, que me parecía imposible saber tratar cosa, más que hablar en griego, que ansí es ello dificultoso; con esto lo dejé, y fui a comulgar. Bendito sea el Señor, que ansí favorece a los ignorantes. ¡Oh virtud de obedecer, que todo lo puedes! Aclaró Dios mi entendimiento, unas veces con palabras, y otras poniéndome delante cómo lo había de decir, que (como hizo en la oración pasada) su Majestad parece quiere decir, lo que yo no puedo, ni sé. Esto que digo, es entera verdad, y ansí lo que fuere bueno, es suya la

doctrina; lo malo está claro, es del piélagos, de los males, que soy yo: y así digo, que si hubiere personas, que hayan llegado a las cosas de oración, que el Señor ha hecho merced a esta miserable (que debe haber muchas) y quisiesen tratar estas cosas conmigo, pareciéndoles descaminadas, que ayudaría el Señor a su sierva, para que saliese con su verdad adelante.

5. Ahora hablando de ésta agua que viene del cielo, para con su abundancia hinchir, y hartar todo este huerto de agua, si nunca dejara cuando la hubiera menester, de darla el Señor, ya se ve que descanso tuviera el hortelano; y a no haber infierno, sino ser siempre el tiempo templado, nunca faltaran flores, y frutas, ya se ve que deleite tuviera; mas mientras vivimos, es imposible: siempre ha de haber cuidado, de cuando faltare la una agua, procurar la otra. Ésta del cielo viene muchas veces, cuando más descuidado está el hortelano. Verdad es, que a los principios casi siempre es después de larga oración mental; que de un grado en otro viene el Señor a tomar esta avecita, y ponerla en el nido, para que descansa: como la ha visto volar mucho rato, procurando con el entendimiento, y voluntad, y con todas sus fuerzas buscar a Dios, y contentarle, quiérela dar el premio, aun en esta vida: ¡y qué gran premio, que basta un momento para quedar pagados todos los trabajos que en ella puede haber!

6. Estando así el alma buscando a Dios, siento con un deleite grandísimo, y suave, casi desfallecer toda con una manera de desmayo, que le va faltando el huelgo, y todas las fuerzas corporales, de manera, que si no es con mucha pena, no puede aun menear las manos: los ojos se le cierran sin quererlos cerrar; y si los tiene abiertos, no ve casi nada; ni se lee, acierta a decir letra, ni casi atina a conocerla bien; ve que hay letra, mas como el entendimiento no ayuda, no sabe leer, aunque quiera: oye, mas no entiende lo que oye. Así que de los sentidos no se aprovecha nada, sino es para no la acabar de dejar a su placer, y así antes la dañan. Hablar es por demás, que no atina a formar palabra, ni hay fuerza ya que atinase para poderla pronunciar; porque toda la fuerza exterior se pierde, y se aumenta en las del alma, para mejor poder gozar de su gloria. El deleite exterior que se siente, es grande, y muy conocido. Esta oración no hace daño por larga que sea; al menos a mí nunca me hizo, ni me acuerdo hacerme el Señor ninguna vez esta merced por mala que estuviese, que sintiese mal, antes quedaba con gran mejoría. ¿Mas qué mal puede hacer tan gran bien? Es cosa tan conocida las operaciones exteriores, que no se puede dudar, que hubo ocasión, pues así quitó las fuerzas con tanto deleite, para dejarlas mayores.

7. Verdad es, que a los principios pasa en tan breve tiempo, (al menos a mí así me acaecía) que en estas señales exteriores, ni en la falta de los sentidos, no se da tanto a entender, cuando pasa con brevedad; más bien se entiende en sobra de las mercedes, que ha sido grande la claridad del sol que ha estado allí, pues así la ha derretido. Y nótese esto, que a mi parecer, por largo que sea el espacio de estar el alma en esta suspensión de todas las potencias, es bien breve, cuando estuviese media hora, es muy mucho: yo nunca, a mi parecer, estuve tanto. Verdad es, que se puede mal sentir lo que se está, pues no se siente: mas digo, que de una vez es muy poco espacio sin tornar alguna potencia en sí. La voluntad es la que mantiene la tela, mas las otras dos potencias presto tornan a importunar: como la voluntad está queda, tórnalas a suspender, y están otro poco, y tornan a vivir. En esto se pueden pasar algunas horas de oración, y se pasan; porque

comenzadas las dos potencias a emborrachar, y gustar de aquel vino divino, con facilidad se tornan a perder de sí, para estar muy más ganadas; y acompañan a la voluntad, y se gozan todas tres. Mas este estar perdidas del todo, y sin ninguna imaginación en nada (que a mi entender también se pierde del todo) digo que es breve espacio; aunque no tan del todo tornan en sí, que no puedan estar algunas horas como desatinadas, tornando de poco en poco a cogerlas Dios consigo.

8. Ahora vengamos a lo interior de lo que el alma aquí siente; dígalo quien lo sabe, que no se puede entender, cuanto más decir. Estaba yo pensando cuando quise escribir esto (acabando de comulgar, y de estar en esta misma oración que escribo) qué hacía el alma en aquel tiempo. Díjome el Señor estas palabras: *Deshácese toda, hija, para ponerse más en mí, ya no es ella la que vive, sino yo: como no puede comprender lo que entiende, es no entender entendiendo*. Quien lo hubiere probado entenderá algo desto, porque no se puede decir más claro, por ser tan oscuro lo que allí pasa. Solo podré decir, que se representa estar junto con Dios, y queda una certidumbre, que en ninguna manera se puede dejar de creer. Aquí faltan todas las potencias, y se suspenden de manera, que en ninguna manera (como he dicho) se entiende que obran. Si estaba pensando en un paso, así se pierde de la memoria, como si nunca la hubiere habido dél: si lee, en lo que leía, no hay acuerdo, ni parar: si rezar, tampoco. Así que a esta mariposilla importuna de la memoria, aquí se le queman las alas, ya no puede más bullir. La voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiende cómo ama: el entendimiento, si entiende, no se entiende como entiende, al menos no puede comprender nada de lo que entiende: a mí no me parece, que entiende; porque, como digo, no se entiende; yo no acabo de entender esto. Acaeciome a mí una ignorancia al principio, que no sabía que estaba Dios en todas las cosas; y como me parecía estar tan presente, parecíame imposible dejar de creer que estaba allí, no podía, por parecerme casi claro había entendido estar allí su misma presencia. Los que no tenían letras, me decían, que, estaba solo por gracia, yo no lo podía creer; porque, como digo, parecíame estar presente, y así andaba con pena. Un gran letrado de la orden del glorioso patriarca Santo Domingo me quitó deísta duda; que me dijo estar presente, y cómo se comunicaba con nosotros, que me consoló harto. Es de notar, y entender, que siempre esta agua del cielo, este grandísimo favor del Señor, deja el alma con grandísimas ganancias, como ahora diré.

CAPÍTULO XIX

Prosigue en la misma materia, comienza a declarar los efectos que hace en el alma este grado de oración. Persuaden mucho a que no tornen atrás, aunque después deísta merced tornen a caer, ni dejen la oración. Dice los daños que vernán de no hacer esto: es mucho de notar, y de gran consolación para los flacos, y pecadores

1. Queda el alma deísta oración, y unión con grandísima ternura; de manera, que se querría deshacer, no de pena, sino de unas lágrimas gozosas: hállase bañada dellas, sin sentirlo, ni saber cuando, ni cómo las lloró; mas dale gran deleite ver aplacado aquel ímpetu del fuego con agua, que le hace más crecer: parece esto algarabía, y pasa así. Acaecido me ha algunas veces en este término de oración, estar tan fuera de mí, que no sabía si era sueño, o si pasaba en verdad la gloria que había sentido, y de verme llena de

agua, (que sin pena destilaba con tanto ímpetu, y presteza, que parece la echaba de sí aquella nube del cielo) veía que no había sido sueño; esto era a los principios, que pasaba con brevedad. Queda el alma animosa, que si en aquel punto la hiciesen pedazos por Dios, le sería gran consuelo. Allí son las promesas, y determinaciones heroicas, la viveza de los deseos, el comenzar a aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad; está muy más aprovechada, y altamente, que en las oraciones pasadas, y la humildad más crecida; porque ve claro, que para aquella excesiva merced, y grandiosa, no hubo diligencia suya, ni fue parte para traerla, ni para tenerla. Vese claro indignísima (porque empieza a donde entra mucho sol, no hay telaraña escondida) ve su miseria: va tan fuera la vanagloria, que no lo parece la podría tener; porque ya es por vista de ojos lo poco, o ninguna cosa que puede, que, allí no hubo casi consentimiento, sino que parece, que aunque no quiso le cerraron la puerta a todos los sentidos, para que más pudiese gozar del Señor: quédase sola con él, ¿qué ha de hacer sino amarlo? Ni ve, ni oye, si no fuese a fuerza de brazos, poco hay que le agradecer. Su vida pasada se le representa después, y la gran misericordia de Dios, con gran verdad, y sin haber menester andar a caza el entendimiento, que allí ve guisado lo que ha de comer, y entender. De sí ve, que merece el infierno, y que le castigan con gloria: deshácese en alabanzas de Dios, y yo me querría deshacer ahora. Bendito seáis, Señor mío, que ansí hacéis de pecina tan sucia como yo, agua tan clara que sea para vuestra mesa. Seáis alabado, o regalo de los ángeles, que ansí queréis levantar un gusano tan vil.

2. Queda algún tiempo este aprovechamiento en el alma: puede ya (como entender claro que no es suya la fruta) comenzar a repartir della, y no le hace falta a sí. Comienza a dar muestras de alma, que guarda tesoros del cielo, y a tener deseos de repartirlos con otros, y suplicará Dios, no sea ella sola la rica. Comienza a aprovechar a los prójimos casi sin entenderlo, ni hacer nada de sí: ellos lo entienden, porque ya las flores tienen tan crecido el olor, que les hace desear llegarse a ellas. Entienden que tienen virtudes, y ven la fruta, que es codiciosa; querríanle ayudar a comer. Si esta tierra está muy cavada con trabajos, y persecuciones, y murmuraciones, y enfermedades (que pocos deben de llegar aquí sin esto) y si está mullida, con ir muy desasida de propio interese, el agua se embebe tanto, que casi nunca se seca; mas si es tierra, que aun se está en la tierra, y con tantas espinas, como yo al principio estaba, y aun no quitada de las ocasiones, ni tan agradecida, como merece tan gran merced, tórnase la tierra a secar; y si el hortelano se descuida, y el Señor por sola su bondad, no torna a querer llover, dad por perdida la huerta, que ansí me acaeció a mí algunas veces; que cierto yo me espanto, y si no hubiera pasado por mí, no lo pudiera creer: escríbolo para consuelo de almas flacas como la mía, que nunca desesperen, ni dejen de confiar en la grandeza de Dios, aunque después de tan encumbradas, como es llegarlas el Señor aquí, cayan, no desmayen, si no se quieren perder del todo: que lágrimas todo lo ganan, un agua trae otra. Una de las cosas porque me animo, siendo la que soy, a obedecer en escribir esto, y dar cuenta de mi ruin vida, y de las mercedes, que me ha hecho el Señor, con no servirle, sino ofenderle, ha sido esta; que cierto yo quisiera aquí tener gran autoridad, para que se me creyera esto: al Señor suplico, su Majestad la dé. Digo que no desmaye nadie de los que han comenzado a tener oración, con decir: «Si torno a ser malo, es peor ir adelante con el ejercicio della». Yo lo creo, si se deja la oración, y no se enmienda del mal; mas si no la deja, crea que le sacará a puerto de luz. Hízome en esto gran batería el demonio, y pasé tanto en parecerme poca humildad tenerla, siendo tan ruin, que (como ya he dicho) la dejé año y medio, al menos

un año, que del medio no me acuerdo bien; y no fuera más, ni fue, que meterme yo mesma, sin haber menester demonios, que me hiciesen ir al infierno. ¡Oh váleme Dios, que ceguedad tan grande! ¡Y que bien acierta el demonio, para su propósito, en cargar aquí la mano! Sabe el traidor, que alma que tenga con perseverancia oración, la tiene perdida, y que todas las caídas, que la hace dar, la ayudan, por la bondad de Dios, a dar después mayor salto en lo que es su servicio: algo le va en ello.

3. ¡Oh Jesús mío!, que es ver un alma que ha llegado aquí, caída en un pecado, cuando vos por vuestra misericordia la tornáis a dar la mano, y la levantáis; ¡cómo conoce la multitud de vuestras grandezas, y misericordias, y su miseria! Aquí es el deshacerse de veras, y conocer vuestras grandezas: aquí el no osar alzar los ojos: aquí es el levantarlos, para conocer lo que os debe: aquí se hace devota de la Reina del cielo, para que os aplaque: aquí invoca los santos que cayeron, después de haberlos vos llamado, para que lo ayuden: aquí es el parecer, que todo lo viene ancho, lo que lo dais, porque ve no merece la tierra que pisa: el acudir a los sacramentos: la fe viva, que aquí le queda de ver la virtud, que Dios en ellos puso: el alabaros, porque dejastes tal medicina, y unguento para nuestras llagas, que no las sobresanan, sino que del todo las quitan. Espantase desto; ¿y quién, Señor de mi alma, no se ha de espantar de misericordia tan grande, y merced tan crecida, a traición tan fea y abominable? Que no sé cómo no se me parte el corazón, cuando esto escribo, porque soy ruin. Con estas lágrimas, que aquí lloro, dadas de vos (agua de tan mal pozo, en lo que es de mi parte) parece que os llago pago de tantas traiciones, siempre haciendo males, y procurándoos deshacer las mercedes que vos me habéis hecho. Ponedlas vos, Señor mío, valor; aclarad agua tan turbia, siquiera porque no dé a alguno tentación en echar juicios (como me la ha dado a mí) pensando; ¿por qué, Señor, dejáis unas personas muy santas, que siempre os han servido, y trabajando, criadas en religión, y siéndolo, y no como yo, que no tenía más del nombre, y ver claro que no las hacéis las mercedes que a mí? Bien veo yo, bien mío, que le guardáis vos el premio para dárselo junto, y que mi flaqueza ha menester esto, y ellos como fuertes os sirven sin ello, y los tratáis como a gente forzada, y no interesal. Mas con todo sabéis vos, mi Señor, que clamaba muchas veces delante de vos, disculpando a las personas que me murmuraban, porque me parecía les sobraba razón. Esto era ya, Señor, después que me teníades por vuestra bondad, para que tanto no os ofendiese, y yo estaba ya desviándome de todo lo que me parecía os podía enojar: que en haciendo yo esto comenzastes, Señor, a abrir vuestros tesoros para vuestra sierva. No parece esperábades otra cosa, sino que hubiese voluntad, y aparejo en mí para recibirlos, según con brevedad comenzastes a no solo darlos, sino a querer entendiesen me los dábades.

4. Esto entendido, comenzó a tenerse buena opinión de la que todos aun no tenía ir bien entendido cuán mala era, aunque mucho se traslucía. Comenzó la murmuración, y persecución de golpe, y a mi parecer con mucha causa; y así no tomaba con nadie enemistad, sino suplicábaos a vos, mirásedes la razón que tenían. Decían que me quería hacer santa, y que inventaba novedades, no habiendo llegado entonces con gran parte, aun a cumplir toda mi regla, ni a las muy buenas, y santas monjas que en casa había, ni creo llegaré si Dios por su bondad no lo hace todo de su parte; sino antes lo era yo para quitar lo bueno, y poner costumbres, que no lo eran; al menos hacía lo que podía para ponerlas, y en el mal podía mucho. Así que sin culpa suya me culpaban. No digo eran solo monjas, sino otras personas: descubríanme verdades, porque lo permitíades vos.

5. Una vez rezando las horas (como yo algunas tenía esta tentación) llegué al verso que dice, *justus es Domine, y tus juicios*: comencé a pensar, cuán gran verdad era; que en esto no tenía el demonio fuerzas jamás para tentarme, de manera, que yo dudase tenéis vos, mi Señor, todos los bienes, ni en ninguna cosa de la fe; antes me parecía, mientras más sin camino natural iban, más firme la tenía; y me daba devoción grande en ser todo poderoso, quedaban conclusas en mí todas las grandezas, que hiciéades vos: ven esto, como digo, jamás tenía duda y pues pensando cómo con justicia, permitíades a muchas que había, cómo tengo dicho, muy vuestras siervas, y que no tenían los regalos, y mercedes que me hacíades a mí, siendo la que era; respondístesme, Señor: «sírvenme tú a mí, y no te metas en eso». Fue la primera palabra, que entendí hablarme vos, y ansí me espantó mucho; porque después declararé esta manera de entender, con otras cosas, no lo digo aquí, que es salir de propósito; y creo harto he salido dél. Casi no sé lo que me he dicho: no puede ser menos, sino que ha vuesa merced de sufrir estos intervalos, porque cuando veo lo que Dios me ha sufrido, y me veo en este estado, no es mucho pierda el uno de lo que digo, y he de decir.

6. Plega al Señor, que siempre sean esos mis desatinos, y que no permita ya su Majestad, tenga yo poder para ser contra él un punto, antes en este que estoy me consuma. Basta ya para ver sus grandes misericordias, no una, sino muchas veces, que ha perdonado tanta ingratitud. A san Pedro una vez que lo fue, a mí muchas; que con razón me tentaba el demonio, no pretendiese amistad estrecha, con quien trataba enemistad tan pública. ¡Qué ceguedad tan grande la mía! ¿Adónde pensaba, Señor mío, hallar remedio, sino en vos? ¡Qué disbarate, huir de la luz, para andar siempre tropezando! ¡Qué humildad tan soberbia inventaba en mí el demonio, apartarme de estar arrimada a la columna, y báculo, que irlle ha de sustentar, para no dar tan gran caída! Ahora me santiguo, y no me parece que he pasado peligro tan peligroso, como esta invención que el demonio me enseñaba por vía de humildad. Poníame en el pensamiento, que ¿cómo cosa tan ruin, y habiendo recibido tantas mercedes había de llegarme a la oración? Que me bastaba rezar lo que debía, como todas: mas que aun pues esto no hacía bien, ¿cómo quería hacer más? Que era poco acatamiento, y tener en poco las mercedes de Dios. Bien era pensar, y entender esto, mas ponerlo por obra, fue el grandísimo mal. Bendito seáis vos Señor, que ansí me remediastes. Principio de la tentación que hacía a Judas, me parece ésta; sino que no osaba el traidor tan al descubierto: más él viniera de poco en poco a dar conmigo, a donde dio con él. Miren esto por amor de Dios todos los que tratan oración. Sepan, que el tiempo que estuve sin ella, era mucho más perdida mi vida: mirese que buen remedio me daba el demonio, y que donosa humildad, un desasosiego en mí grande. Mas ¿cómo había de sosegar mi ánima? Apartábase la cuitada de su sosiego, tenía presentes las mercedes y favores, veía los contentos de acá ser asco: como pudo pasar me espanto: era con esperanza, que nunca yo pensaba (a lo que ahora me acuerdo, porque debe haber esto más de veinte y un años) dejaba de estar determinada de tornar a la oración, mas esperaba estar muy limpia de pecados. ¡Oh qué mal encaminada iba en esta esperanza! Hasta el día del juicio me la libraba el demonio, para de allí llevarme al infierno: pues teniendo oración, y lección, que era ver verdades, y el ruin camino que llevaba, e importunando al Señor con lágrimas muchas veces, era tan ruin, que no me podía valer; apartada deso, puesta en pasatiempos con muchas ocasiones, y pocas ayudas y (osaré decir ninguna, sino para ayudarme a caer) ¿qué esperaba, sino lo dicho? Creo tiene mucho delante de Dios un fraile de Santo Domingo gran letrado, que él me despertó deste sueño; él me hizo (como

creo he dicho) comulgar de quince a quince días, y del mal no tanto, comencé a tornar en mí, aunque no dejaba de hacer ofensas al Señor: más como no había perdido el camino, aunque poco a poco cayendo, y levantando iba por él; y el que no deja de andar, e ir adelante, aunque tarde, llega. No me parece es otra cosa perder el camino, sino dejar la oración. Dios nos libre, por quien él es.

7. Queda de aquí entendido (y nótese, mucho, por amor del Señor) que aunque un alma llegue a hacerla Dios tan grandes mercedes en la oración, que no se dé de sí, pues puede caer, ni se ponga en ocasiones en ninguna manera. Mírese mucho, que va mucho, que el engaño, que aquí puede hacer el demonio después, aunque la merced sea cierta de Dios, es aprovecharse el traidor de la misma merced en lo que puede; y a personas no crecidas en las virtudes, ni mortificadas, ni desasidas, porque aquí no quedan fortalecidas tanto que baste (como delante diré) para ponerse en las ocasiones, y peligros, por grandes deseos, y determinaciones que tengan. Es excelente doctrina ésta, y no mía, sino enseñada de Dios: y así querría, que personas ignorantes como yo la supiesen; porque aunque esté un alma en este estado, no ha de fiar de sí, para salir a combatir, porque hará harto en defenderse. Aquí son menester armas para defenderse de los demonios, y aun no tiene fuerza para pelear contra ellos, y traerlos debajo de los pies, como hacen los que están en el estado que diré después. Éste es el engaño con que coge el demonio, que como se ve un alma tan llegada a Dios, y ve la diferencia que hay del bien del cielo al de la tierra, y el amor que la muestra el Señor, deste amor nace confianza, y seguridad de no caer de lo que goza. Parécele, que ve claro el premio, que no es posible ya en cosa, que aun para la vida es tan deleitosa, y suave, dejarla por cosa tan baja, y sucia, como es el deleite: y con esta confianza quítale el demonio la poca que ha de tener de sí: y como digo, pónese en los peligros, y comienza con buen celo a dar de la fruta sin tasa, creyendo que ya no hay que temer de sí. Y esto no va con soberbia, que bien entiende el alma que no puede de sí nada; sino de mucha confianza de Dios, sin discreción, porque no mira que aun tiene pelo malo. Puede salir del nido, y sácala Dios, más aun no está para volar; porque las virtudes aun no están fuertes, ni tiene experiencia para conocer los peligros, ni sabe el daño que hace en confiar de sí.

8. Esto fue lo que a mí me destruyó; y para esto, y para todo hay gran necesidad de maestro, y trato con personas espirituales. Bien creo, que alma que llega Dios a este estado, si muy del todo no deja a su Majestad, que no la dejará de favorecer, ni la dejará perder; mas cuando, como he dicho, cayere, mire, mire por amor del Señor, no la engañe, en que deje la oración, como hacía a mí con humildad falsa, como ya lo he dicho, y muchas veces lo querría decir: fíe de la bondad de Dios, que es mayor que todos los males que podemos hacer, y no se acuerda de nuestra ingratitud, cuando nosotros conociéndonos queremos tornar a su amistad, ni de las mercedes que nos ha hecho para castigarnos por ellas; antes ayudan a perdonarnos más presto, como a gente que ya era de su casa, y ha comido, como dicen, su pan. Acuérdense de sus palabras, y miren lo que ha hecho conmigo, que primero me cansé de ofenderle, que su Majestad dejó de perdonarme. Nunca se cansa de dar, ni se pueden agotar sus misericordias; no nos cansemos nosotros y alábenle todas las cosas de recibir. Sea bendito para siempre. Amen; y alábenle todas las cosas.

CAPÍTULO XX

En que trata la diferencia que hay de unión a arrobamiento: declara, qué cosa es arrobamiento, y dice algo del bien que tiene el alma, que el Señor por su bondad llega a él: dice los efectos que hace

1. Querría saber declarar con el favor de Dios, la diferencia que hay de unión a arrobamiento, o elevamiento, o vuelo que llaman de espíritu, o arrebatamiento, que todo es uno. Digo, que estos diferentes nombres todo es una cosa, y también se llama éxtasis. Es grande la ventaja que hace a la unión: los efectos muy mayores hace, y otras hartas operaciones; porque la unión parece principio, y medio, y fin, y lo es en lo interior; más así como estotros fines son en más alto grado, hacen los efectos interior, y exteriormente. Declárelo el Señor, como ha hecho lo demás, que cierto si su Majestad no me hubiera dado a entender, por qué modos, y maneras se puede algo decir, yo no supiera.
2. Consideremos ahora, que esta agua postrera, que hemos dicho, es tan copiosa, que si no es por no lo consentir la tierra, podemos creer, que se está con nosotros esta nube de la gran Majestad acá en esta tierra. Mas cuando este gran bien agradecemos, acudiendo con obras según nuestras fuerzas, coge el Señor el alma (digamos ahora, a manera que las nubes cogen los vapores de la tierra) y levántala toda della; helo oído así esto, de que cogen las nubes los vapores, o el sol, y sube la nube al cielo, y llévala consigo, comiéndala a mostrar cosas del reino, que le tiene aparejado. No sé si la comparación cuadra; mas en hecho de verdad ella pasa así. En estos arrobamientos parece no anima el alma en el cuerpo; y así se siente muy sentido, faltar dél el calor natural: vase enfriando, aunque con grandísima suavidad, y deleite.
3. Aquí no hay remedio de resistir, que en la unión, como estamos en nuestra tierra, remedio hay; aunque con pena, y fuerza, resistirse puede casi siempre: acá las más veces ningún remedio hay, sino que, muchas sin prevenir el pensamiento, ni ayuda ninguna, viene un ímpetu tan acelerado, y fuerte, que veis, y sentís levantarse esta nube, o esta águila caudalosa, y cogeros con sus alas. Y digo, que se entiende, y veis os llevar, y no sabéis dónde; porque aunque es con deleite, la flaqueza de nuestro natural hace temer a los principios; y es menester ánima determinada, y animosa mucho más que para lo que queda dicho, para arriscarlo todo, venga lo que viniere, y dejarse en las manos de Dios, e ir a donde nos llevaren de grado, pues os llevan, aunque os pese; y en tanto extremo, que muy muchas veces querría yo resistir, y pongo todas mis fuerzas, en especial algunas, que es en público, otras hartas en secreto, temiendo ser engañada. Algunas podía algo con gran quebrantamiento, como quien pelea contra un jayán fuerte, quedaba después cansada: otras era imposible, sino que me llevaba el alma, y aun casi ordinario la cabeza tras ella, sin poderla tener, y algunas todo el cuerpo, hasta levantarle. Esto ha sido pocas, porque como una vez fuese a donde estábamos juntas en el coro, y yendo a comulgar, estando de rodillas, dábame grandísima pena; porque me parecía cosa muy extraordinaria, y que había de haber luego mucha nota: y así mandé a las monjas (porque es ahora, después que tengo oficio de priora) no lo dijesen. Mas otras veces, como comenzaba a ver que iba a hacer el Señor lo mesmo, y una estando personas principales de señoras (que era la fiesta de la vocación) en un sermón, tendíame en el suelo, y llegábanse a tenerme el cuerpo, y todavía se echaba de ver. Supliqué mucho al

Señor, que no quisiese ya darme más mercedes, que tuviesen muestras exteriores; porque yo estaba cansada ya de andar en tanta cuenta, y que aquella merced no podía su Majestad hacérmela sin que se entendiese. Parece ha sido por su bondad servido de oírme, que nunca más hasta ahora la he tenido: verdad es que ha poco.

4. Es así que me parecía, cuando quería resistir, que desde debajo de los pies me levantaban fuerzas tan grandes, que no sé cómo lo comparar, que era con mucho más ímpetu, que estotras cosas de espíritu, y así quedaba hecha pedazos; porque es una pelea grande, y en fin aprovecha poco cuando el Señor quiere, que no hay poder contra su poder.

5. Otras veces es servido de contentarse, con que veamos nos quiere hacer la merced, y que no queda por su Majestad; y resistiéndose por humildad, deja los mismos efectos, que si del todo se consintiese. Los que esto hacen son grandes: lo uno muéstrase, el gran poder del Señor, y como no somos parte, cuando su Majestad quiere, de detener tampoco el cuerpo, como el alma, ni somos señores dello, sino que mal que nos pese, vemos que hay superior, y que estas mercedes son dadas dél, y que de nosotros no podemos en nada, nada; e imprímese mucha humildad. Y aun yo confieso, que gran temor me hizo, al principio grandísimo; porque verse así levantar un cuerpo de la tierra, que aunque, el espíritu le lleva tras sí, y es con suavidad grande, si no se resiste, no se pierde el sentido; al menos yo estaba de manera en mí, que podía entender era llevada. Muéstrase una majestad de quien puede hacer aquello, que espeluzca los cabellos, y queda un gran temor de ofender a tan gran Dios. Éste envuelto en grandísimo amor, que se cobra de nuevo, a quien vemos le tiene, tan grande a un gusano tan podrido, que no parece se contenta con llevar tan de veras el alma a sí, sino que quiere el cuerpo, aun siendo tan mortal, y de tierra tan sucia, como por tantas ofensas se ha hecho. También deja un desasimiento extraño, que yo no podré decir cómo es: paréceme que puedo decir es diferente en alguna manera. Digo más, que estotras cosas de solo espíritu, porque ya que estén, cuando al espíritu, con todo desasimiento de las cosas; aquí parece quiere el Señor, que el mesma cuerpo lo ponga por obra: y hácese una extrañeza nueva para con las cosas de la tierra, que es muy más penosa la vida. Después da una pena, que ni la podemos traer a nosotros, ni venida se puede quitar.

6. Yo quisiera harto dar a entender esta gran pena, y creo no podré, mas diré algo si supiere. Y hase de notar, que estas cosas son ahora muy a la postre después de todas las visiones, y revelaciones que escribiré, y del tiempo que solía tener oración, a donde el Señor me daba tan grandes gustos, y regates. Ahora ya que eso no cesa algunas veces, las más, y lo más ordinario es esta pena que ahora diré. Es mayor y menor. De cuando es mayor quiero ahora decir; porque aunque adelante diré destos grandes ímpetus que me daban, cuando me quiso el Señor dar los arrobamientos, no tienen más que ver, a mi parecer, que una cosa muy corporal a una muy espiritual, y creo no lo encarezco mucho. Porque aquella llena parece, aunque la siente el alma, es en compañía del cuerpo; entrambos parece participan della, y no es con el extremo de desamparo que en ésta. Para la cual, como he dicho, no somos parte, sino muchas veces a deshora viene un deseo, que no sé cómo se mueve; y deste deseo, que penetra toda el alma en un punto, se comienza tanto a fatigar, que sube muy sobre sí, y de todo lo criado, y pónela Dios tan desierta de todas las cosas, que por mucho que ella trabaje, ninguna que le acompañe, le parece hay

en la tierra, ni ella la querría, sino morir en aquella soledad. Que la hablen, y ella se quiera hacer toda la fuerza posible a hablar, aprovecha poco; que su espíritu, aunque ella más haga, no se quita de aquella soledad. Y con parecerme, que está entonces lejísimos Dios, a veces comunica sus grandezas, por un modo el más extraño que se puede pensar; y ansí no se sabe decir, ni creo lo creará, ni entenderá, sino quien hubiere pasado por ello; porque no es la comunicación para consolar, sino para mostrar la razón que tiene de fatigarse, de estar ausente de bien, que en sí tiene todos los bienes.

7. Con esta comunicación crece el deseo, y el extremo de soledad en que se ve con una pena tan delgada, y penetrativa, que aunque, el alma se estaba puesta en aquel desierto, que al pie de la letra me parece se puede entonces decir; y por ventura lo dijo el real Profeta, estando en la misma soledad, sino que como a santo se la daría el Señor a sentir más excesiva manera: *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto*. Y ansí se me representa este verso entonces, que me parece lo veo yo en mí; y consuélame ver que han sentido otras personas tan gran extremo de soledad, cuanto más tales. Ansí parece está el alma, no en sí, sino en el tejado, o techo de sí misma, y de todo lo criado porque aun encima de lo muy superior del alma me parece que está.

8. Otras veces parece anda el alma como necesitadísima, diciendo, y preguntando a sí misma: ¿Dónde está tu Dios? Y es de mirar, que el romance destes versos, yo no sabía bien el que era, y después que lo entendía me consolaba de ver, que me los había traído el Señor a la memoria, sin procurarlo yo. Otras me acordaba de lo que dice san Pablo, que está crucificado al mundo. No digo yo que sea esto ansí, que ya lo veo, más parece, que está ansí el alma, que ni del cielo le viene consuelo, ni está en él, ni de la tierra le quiere, ni está en ella, sino como crucificada entre el cielo, y la tierra, padeciendo, sin venirle socorro de ningún cabo. Porque el que le viene del cielo (que es como de dicho una noticia de Dios tan admirable muy sobre todo lo podemos desear) es para más tormento; porque acrecienta el deseo de manera, que a mi parecer, la gran pena algunas veces quita el sentido, sino que dura poco sin él. Parecen unos tránsitos de la muerte; salvo que trae consigo un tan gran contento este padecer, que no sé yo a qué lo comparar. Ello es un recio martirio sabroso, pues todo lo que se le puede representar al alma de la tierra, aunque sea lo que le suele ser más sabroso, ninguna cosa admite, luego parece lo lanza de sí. Bien entiende, que no quiere sino a su Dios; mas no ama cosa particular dél, sino todo junto lo quiere. Digo no sabe, porque no representa nada la imaginación; ni a mi parecer, mucho tiempo de lo que está ansí, no obran las potencias: como en la unión, arrobamiento el gozo, ansí aquí la pena las suspende.

9. ¡Oh Jesús!, quien pudiera dar a entender, bien a vuesa merced esto, aun para que me dijera lo que es, porque es en lo que ahora anda siempre mi alma: lo más ordinario, en viéndose desocupada, es puesta en estas ansias de muerte, y teme cuando ve que comienzan, porque no se ha de morir; mas llegada a estar en ello, lo que hubiese de vivir, querría en este padecer. Aunque es tan excesivo, que el sujeto le puede mal llevar; y ansí algunas veces se me quitan todos los pulsos casi, según dicen las que algunas veces se llegan a mí de las hermanas, que ya más lo entienden, y las canillas muy abiertas, y las manos tan yertas, que yo no las puedo algunas veces juntar; y ansí me queda dolor hasta otro día en los pulsos, y en el cuerpo, que parece me han descolocado. Yo bien pienso alguna vez ha de ser el Señor servido, si va adelante como ahora, que se acabe con acabar

la vida, que a mi parecer bastante es tan gran pena para ello sino que no lo merezco yo. Toda la ansia es morirme entonces, ni me acuerdo de purgatorio, ni de los grandes pecados que he hecho, por donde merecía el infierno, todo se me olvida con aquella ansia de ver a Dios: y aquel desierto, y soledad le parece mejor que toda la compañía del mundo. Si algo le podría dar consuelo, es tratar con quien hubiese pasado por este tormento, y ver, que aunque se queje dél, nadie le parece la ha de creer.

10. También la atormenta, que esta pena es la tan crecida, que no querría soledad como otras, ni compañía, sino con quien se pueda quejar. Es como uno, que tiene la soga a la garganta, y se está ahogando, que procura tomar huelgo: así me parece, que este deseo de compañía es de nuestra flaqueza que como nos pone la pena en peligro de muerte, (que esto si cierto hace, yo me he visto en este peligro algunas veces con grandes enfermedades, y ocasiones, como he dicho, y creo podría decir, es este tan grande como todos) así el deseo que el cuerpo, y alma tienen de no se apartar, es el que pide socorro para tomar huelgo, y con decirlo, y quejarse, y divertirse, busca remedio para vivir muy contra voluntad del espíritu, o de lo superior del alma, que no querría salir desta pena.

11. No sé yo, si atino a lo que digo, o si lo sé decir, mas a todo mi parecer pasa así. Mire, vuesa merced, qué descanso puedo tener en esta vida; pues el que había, que era la oración, y soledad (porque allí me consolaba el Señor) es ya lo más ordinario este tormento; y es tan sabroso, y ve el alma, que es de tanto precio, que ya le quiere más que todos los regalos, que solía tener. Parécele más seguro, porque es camino de cruz, y en sí tiene un gusto muy de valor a mi parecer: porque no participa con el cuerpo, sino pena; y el alma es la que padece, y goza sola del gozo, y contento que da este padecer. No sé yo, cómo puede ser esto; mas así pasa, que a mi parecer, no trocaría esta merced, que el Señor me hace (que viene de su mano, como he dicho, no nada adquirida de mí, porque es muy sobrenatural) por todas las que después diré: no digo juntas, sino tomada cada una por sí. Y no se deje de tener acuerdo, que digo, que estos ímpetus es después de las mercedes, que aquí van, que me ha hecho el Señor, después de todo lo que va escrito en este libro, y en lo que ahora me tiene el Señor.

12. Estando yo a los principios con temor (como me acaece casi en cada merced que me hace el Señor, hasta que con ir adelante su Majestad asegura) me dijo, que no temiese, y que tuviese en más esta merced, que todas las que me había hecho; que en esta pena se purificaba el alma, y se labra o purifica, como el oro en el crisol, para poder mejor poner los esmaltes de sus dones, y que se purgaba allí lo que había de estar en el purgatorio. Bien entendía yo, era gran merced, mas quedé con mucha más seguridad, y mi confesor me dice, que es bueno. Y aunque yo temí, por ser yo tan ruin, nunca podía creer que era malo, antes el muy sobrado bien me hacía temer, acodándome cuan mal lo tengo merecido. Bendito sea el Señor, que tan bueno es. Amén. Parece, que he salido de propósito, porque comencé a decir de arrobamientos, y esto que he dicho, aun es más que arrobamiento, y así deja los efectos que he dicho.

13. Ahora tornemos a arrobamiento, de lo que en ellos es más ordinario. Digo, que muchas veces me parecía que dejaba el cuerpo tan ligero, que toda la pesadumbre dél me quitaba, y algunas era tanto, que casi no entendía poner los pies en el suelo. Pues cuando está en el arrobamiento, el cuerpo queda como muerto, sin poder nada de sí muchas veces, y como le toma se queda siempre, si sentado, si las manos abiertas, si cerradas.

Porque, aunque pocas veces se pierde el sentido, algunas me ha acaecido a mí perderle del todo, pocas, y poco rato: mas lo ordinario es, que se turba, y aunque no puede hacer nada de sí, cuanto a lo exterior, no deja de entender, y oír como cosa de lejos. No digo que entiende, y oye, cuando está en lo subido dél: digo subido, en los tiempos que se pierden las potencias, porque están muy unidas con Dios, que entonces no ve, ni oye, ni siente, a mi parecer; mas (como dije en la oración de unión pasada) este transformamiento del alma del todo en Dios, dura poco; mas eso que dura, ninguna potencia se siente, ni sabe lo que pasa allí. No debe ser para que se entienda mientras vivimos en la tierra, al menos no lo quiere Dios, que no debemos de ser capaces para ello. Yo esto he visto por mí.

14. Dirame vuesa merced que ¿cómo dura alguna vez tantas horas el arrobamiento? Y muchas veces lo que pasa por mí es, que como dije en la oración pasada, gózase, con intervalos, muchas veces se engolfa el alma, o la engolfa el Señor en sí, por mejor decir, y teniéndola en sí un poco, quédase con sola la voluntad. Paréceme, es este bullicio destotras dos potencias, como el que tiene una lengüecilla destes relojes de sol, que nunca para; mas cuando el sol de justicia quiere, hácelas detener. Esto digo, que es poco rato, mas como fue grande el ímpetu, y levantamiento de espíritu, y aunque estas tornen a bullirse, queda engolfada la voluntad, y hace, como señora del todo aquella operación en el cuerpo; porque ya que las otras dos potencias bullidoras las quieran estorbar, de los enemigos los menos, no la estorben también los sentidos: y así hace, que estén suspendidos, porque lo quiere así el Señor. Y por la mayor parte, están cerrados los ojos, aunque, no queramos y si abiertos alguna vez, como ya dije, no atina, ni advierte lo que ve.

15. Aquí pues es mucho menos lo que puede de sí, para que cuando se tornaren las potencias a juntar, no haya tanto que hacer. Por eso a quien el señor diere esto, no se desconsuele cuando se vea así, atado el cuerpo muchas horas, y a veces el entendimiento, y memoria divertidos. Verdad es, que lo ordinario es estar embebidas en alabanzas de Dios, o en querer comprender, y entender lo que ha pasado por ellas; y aun para esto no están bien despiertas, sino como una persona que ha mucho dormido, y soñado, y aún no acaba de despertar. Declárome tanto en esto, porque sé que hay ahora, aun en este tugar personas, a quien el Señor hace estas mercedes; y si los que las gobiernan no han pasado por esto, por ventura les parecerá, que han de estar como muertas en arrobamiento, en especial si no son letrados; y lástima lo que se padece con los confesores, que no lo entienden, como yo diré después. Quizá yo no sé lo que digo, vuesa merced lo entenderá, si atino en algo, pues el señor le ha ya dado experiencia dello, aunque como no es de mucho tiempo, quizá no habrá mirádolo tanto como yo. Así, que aunque mucho lo procuro, por muchos ratos no hay fuerzas en el cuerpo para poderse menear, todas las llevó el alma consigo. Muchas veces queda sano el que estaba bien enfermo, y lleno de grandes dolores, y con más habilidad, porque es cosa grande lo que allí se da; y quiere el Señor algunas veces, como digo, lo goce el cuerpo; pues ya obedece a lo que quiere el alma. Después que torna en sí, si ha sido grande el arrobamiento, acaece andar un día, o dos, y aun tres, tan absortas las potencias, o como embobecidas, que no parece andan en sí.

16. Aquí es la pena de haber de tornar a vivir; aquí le nacieron las alas para bien volar, ya se le ha caído el pelo malo; aquí se levanta ya del todo la bandera por Cristo, que no parece otra cosa, sino que este alcaide desta fortaleza se sube, o le suben a la torre más alta, a levantar la bandera por Dios. Mira a los de abajo, como quien está en salvo, ya no teme los peligros, antes los desea; como a quien por cierta manera se le da allí seguridad de la victoria. Vese aquí muy claro en lo poco que todo lo de acá se ha de estimar, y lo no nada que es. Quien está de lo alto alcanza muchas cosas. Ya no quiere querer, ni tener otra voluntad, que la del Señor, y así se lo suplica; dale las llaves de su voluntad. Hele aquí al hortelano hecho alcaide, no quiere hacer cosa, sino la voluntad del Señor; ni serlo él de sí, la de nada, ni de un pero desta huerta, sino que si algo bueno hay en ella, lo reparta su Majestad, que de aquí adelante no quiere cosa propia, sino que haga de todo conforme a su gloria, y a su voluntad. Y en hecho de verdad pasa así todo esto, si los arrobamientos son verdaderos, que queda el alma con los efectos, y aprovechamiento que queda dicho: y si no son estos, dudaría yo mucho serlos de parte de Dios, antes temería no sean los arrobamientos que dice san Vicente. Esto entiendo yo, y he visto por experiencia, quedar aquí el alma señora de todo, y con libertad en una hora, y menos, que ella no se puede conocer. Bien ve, que no es suyo, ni sabe cómo se le dio tanto quien, mas entiende claro el grandísimo provecho, que cada rato destos trae. No hay quien lo crea, sino ha pasado por ello; y así no creen a la pobre alma, como la han visto ruin, y tan presto la ven pretender cosas tan animosas; porque luego da en no se contentar con servir en poco a Señor, sino en lomas que ella puede. Piensan, que es tentación, y disbarate. Si entendiesen no nace della, sino del Señor, a quien ya ha dado las llaves de su voluntad, no se espantarían. Tengo para mí, que un alma que llega a este estado, que ya ella no habla, ni hace cosa por sí, sino que de todo lo que ha de hacer, tiene cuidado este soberano rey. ¡Oh váleme Dios, qué claro se ve aquí la declaración del verso, y cómo se entiende tenía razón, y la ternán todos, de pedir alas de paloma! Entiéndese claro, es vuelo el que da el espíritu, para levantarse de todo lo criado, y de sí mesmo el primero; mas es vuelo suave, es vuelo deleitoso, vuelo sin ruido.

17. ¡Qué señorío tiene un alma, que el Señor llega aquí, que lo mire, todo sin estar enredada en ello! ¡Qué corrida está del tiempo que lo estuvo! ¡Qué espantada de su ceguedad! ¡Qué lastimada de los que están en ella, en especial si es gente de oración, y a quien Dios ya regala! Querría dar voces, para dar a entender qué engañados están; y aun así lo hace algunas veces, y lluévenle, en la cabeza mil persecuciones. Tiénela por poco humilde, y que quiere enseñar a de quien había de deprender; en especial si es mujer. Aquí es el condenar, y con razón; porque no saben el ímpetu que la mueve, que a veces no se puede valer, ni puede sufrir no desengañar a los que quiere bien, y desea ver sueltos desta cárcel desta vida, que no es menos, ni le parece menos, en la que ella ha estado.

18. Fatígase del tiempo en que miro puntos de honra, y en el engaño que traía de creer, que era honra lo que el mundo llama honra: ve que es grandísima mentira, y que todos andamos en ella. Entiende, que la verdadera honra, no es mentirosa, sino verdadera, teniendo en algo lo que es algo, y lo que es nada tenerlo en no nada, pues todo es nada, y menos que nada lo que se acaba, y no contenta a Dios. Ríese de sí, del tiempo que tenía en algo los dineros, y codicia dellos, aunque, en esto nunca creo, y es así verdad,

confesé culpa: harta culpa era tenerlos en algo. Si con ellos se pudiera comprar el bien que ahora veo en mí, tuviéralos en mucho; más ve, que este bien se gana con dejarlo todo.

19. ¿Qué es esto que se compra con estos dineros, que deseamos? ¿Es cosa de precio?, ¿es cosa durable? o, ¿para qué la queremos? Negro descanso se procura, que tan caro cuesta. Muchas veces se procura con ellos el infierno, y se compra fuego perdurable, y pena sin fin. ¡Oh todos diesen en tenerlos por tierra sin provecho, qué concertado andaría el mundo, qué sin tráfgos, con qué amistad se tratarían todos, si faltase interese de honra, y dineros! Tengo para mí se remediaría todo.

20. Ve de los deleites tan gran ceguedad, y como con ellos compra trabajo, aun para esta vida, y desasosiego. ¡Qué inquietud! ¡Qué poco contento! ¡Qué trabajar en vano! Aquí no solo las telarañas ve de su alma, y las faltas grandes, sino un polvito que haya, por pequeño que sea. Porque el sol está muy claro, y así por mucho que trabaje un alma en perfeccionarse, si de veras la coge este sol, toda se ve muy turbia. Es como el agua que está en un vaso, que si no le da el sol, está muy claro; y si da en él, vese que está todo lleno de motas. Al pie de la letra es esta comparación, antes de estar el alma en esta éxtasis, parécele, que trae cuidado de no ofender a Dios, y que conforme a sus fuerzas hace lo que puede; mas llegada aquí, que le da este sol de justicia, que la hace abrir los ojos, ve tantas motas, que los querría tornar a cerrar. Porque aun no es tan hijo desta águila caudalosa, que pueda mirar este sol de hito en hito; mas por poco que los tenga abiertos, vese toda turbia. Acuérdate del verso, que dice: ¿Quién será justo delante de ti? Cuando mira este divino sol, deslúmbrale la claridad, como se mira a sí, el barro le tapa los ojos, ciega está esta palomita: así acaece muy muchas veces quedarse, así ciega del todo, absorta, espantada, desvanecida de tantas grandezas como ve. Aquí se gana la verdadera humildad, para no se le dar nada de decir bienes de sí, ni que lo digan otros. Reparte el Señor del huerto la fruta, y no ella; y así no se pega nada a las manos, todo el bien que tiene, va guiado a Dios: si algo dice de sí, es para su gloria. Sabe que no tiene nada ella allí; y, aunque quiera, no puede ignorarlo; porque lo ve por vista de ojos, que mal que le pese, se los hacen cerrar a las cosas del mando, y que los tenga abiertos para entender verdades.

CAPÍTULO XXI

Prosigue, y acaba este postrer grado de oración: dice lo que siente el alma que está en él de tornar a vivir en el mundo, y de la luz que da el señor de los engaños dél: tiene buena doctrina

1. Pues acabando en lo que iba, digo, que no ha menester aquí consentimiento desta alma, ya se le tiene dado, y sabe que con voluntad se entregó en sus manos, y que no le puede engañar, porque es sabidor de todo. No es como acá, que está toda la vida llena de engaños, y dobleces; cuando pensáis tenéis una voluntad ganada, según lo que os muestra, venís a entender, que todo es mentira: no hay ya quien viva en tanto tráfgo, en especial si hay algún poco de interés. Bienaventurada alma, que la trae el Señor a entender verdades. ¡Oh qué estado este para los reyes! ¡Cómo les valdría mucho olas procurarlo, que no gran señorío! ¡Qué rectitud habría el reino! ¡Qué de males se

excusarían, y habrían excusado! Aquí no se teme perder vida, ni honra por amor de Dios. ¡Qué gran bien este para quien está más obligado a mirar la honra del Señor, que todos los que son menos, pues han de ser los reyes a quien sigan! Por un punto de aumento, en la fe, y de haber dado luz en algo a los herejes, perderían mil reinos; y con razón, otro ganar es un reino, que no se acaba, que con solo una gota que gusta un alma desta agua dél, parece aseo todo lo de acá. Pues cuando fuere estar engolfada en todo, ¿qué será? ¡Oh Señor!, si me diérades estado para decir a voces esto, no me creyeran (como hacen a muchos, que lo saben decir de otra suerte, que yo) mas al menos satisfaciérame yo. Paréceme, que tuviera en poco la vida, por dar a entender una sola verdad destas, no sé después lo que hiciera, que no hay que fiar de mí; con ser la que soy me dan grandes ímpetus, por decir esto a los que mandan, que me deshacen. De que no puedo más, tórnome a vos, Señor mío, a pediros remedio para todo; y bien sabéis vos, que muy de buena gana me desposeería yo de las mercedes que me habéis hecho, con quedar en estado que no os ofendiese, y las daría a tus reyes, porque sé, que sería imposible consentir cosas que ahora se consienten, ni dejar de haber grandísimos bienes. ¡Oh Dios mío!, dadles a entender a lo que están obligados; pues los quisistes vos señalar en la tierra de manera, que aun he oído decir, hay señales en el cielo, cuando lleváis alguno. Que cierto cuando pienso esto, me hace devoción, que queráis vos, Rey mío, que hasta en esto entiendan os han de imitar en vida; pues en alguna manera hay señal en el cielo, como cuando moristes vos en su muerte. Mucho me atrevo: rómpalo vuesa merced si mal le parece; y crea se lo diría mejor en presencia, si pudiese, o pensase me han de creer, porque los encomiendo a Dios mucho, y querría me aprovechase. Todo lo hace aventurar la vida, que deseo muchas veces estar sin ella, y era por poco precio, aventurar a ganar mucho; porque no hay ya quien viva, viendo por vista de ojos el gran engaño en que andamos, y la ceguedad que traemos.

2. Llegada un alma aquí, no es solo deseos lo que tiene por Dios, su Majestad la da fuerzas, para ponerlos por obra: no se le pone cosa delante, en que piense le sirve, a que no se abalance; y no hace nada, porque como digo, ve claro, que no es todo nada, sino contentar a Dios. El trabajo es, que no hay que se ofrezca a las que son de tan poco provecho como yo. Sed vos Bien mío servido, venga algún tiempo, en que yo pueda pagar un cornado de lo mucho que os debo; ordenad vos, Señor, como fuéredes servido, como esta vuestra sierva os sirva en algo. Mujeres eran otras, y han hecho cosas heroicas por amor de vos; yo no soy para más de hablar, y así no queréis vos, Dios mío, ponerme en obras, todo se va en palabras, y deseos, cuanto he de servir; y aun para esto no tengo libertad, porque por ventura faltara en todos. Fortaleced vos mi alma, y disponedla primero, bien de todos los bienes, y Jesús mío; y ordenad luego modos como haga algo por vos, que no hay ya quien sufra recibir tanto, y no pagar nada: cueste lo que costare, Señor, no queráis que vaya delante de vos tan vacías las manos, pues conforme a las obras se ha de dar el premio. Aquí está mi vida, aquí está mi honra, y mi voluntad; todo os lo he dado, vuestra soy, disponed de mí conforme a la vuestra. Bien veo yo, mi Señor, lo poco que puedo, más llegada a vos, subida en esta atalaya, a donde se ven verdades, no os apartando de mí, todo lo podré; que si os apartáis, por poco que sea, iré a donde estaba, que era el infierno.

3. ¡Oh qué es un alma que se ve aquí, haber de tornar a tratar con todos, a mirar, y ver esta farsa desta vida tan mal concertada, a gastar el tiempo en cumplir con el cuerpo,

durmiendo, y comiendo! Todo lo cansa, no sabe como huir, vese en cadena, y presa, entonces siente más verdaderamente el cautiverio que traemos con los cuerpos, y la miseria de la vida. Conoce la razón que tenía san Pablo de suplicar a Dios le librase della; da voces con él, pide a Dios libertad, como otras veces he dicho: mas aquí es con tan gran ímpetu muchas veces, que parece se quiere salir el alma del cuerpo a buscar esta libertad, ya que no la sacan. Anda como vendida en tierra ajena: y lo que más le fatiga, es no hallar muchos que se quejen con ella, y pidan esto, sino lo más ordinario es desear vivir. ¡Oh si no estuviésemos asidos a nada, ni tuviésemos puesto nuestro contento en cosa de la tierra que nos daría vivir siempre sin él, templaría el miedo de la muerte con el deseo de gozar de la vida verdadera! Considero algunas veces, cuando una como yo, por haberme el Señor dado esta luz con tan tibia caridad, y tan incierto el descanso verdadero, por no lo haber merecido mis obras, siento tanto verme en este destierro muchas veces, ¿qué sería el sentimiento de los santos? ¿Qué debía de pasar san Pablo, y la Magdalena, y otros semejantes, en quien tan crecido estaba este fuego de amor de Dios? Debía ser un contino martirio. Paréceme, que quien me da algún alivio, y con quien descanso de tratar, son las personas que hallo destos deseos. Digo, deseos con obras: digo con obras, porque hay algunas personas, que a su parecer están desasidas, y así lo publican (y había ello de ser, pues su estado lo pide, y los muchos años que ha que algunas han comenzado camino de perfección) mas conoce bien esta alma desde muy lejos, los que lo son de palabras, o los que va estas palabras han confirmado con obras; porque tiene entendido el poco provecho que hacen los unos, y el mucho los otros: y es cosa, que quien tiene experiencia, lo ve muy claramente.

4. Pues dicho ya estos efectos, que hacen los arrobamientos, que son espíritu de Dios. Verdad es, que hay más, o menos: digo menos, porque a los principios, aunque hace estos efectos, no están experimentados con obras, y no se puede así entender que los tiene; y también va creciendo la perfección, y procurando no haya memoria de telaraña, y esto requiere algún tiempo; y mientras más crece, el amor, y humildad en el alma, mayor olor dan de sí estas flores de virtudes para sí, y para los otros. Verdad es, que de manera puede obrar el Señor en el alma en un rato destos, que quede poco que trabajar al alma en adquirir perfección, porque no podrá nadie creer, si no lo experimenta, lo que el Señor le da aquí; que no hay diligencia nuestra, que a esto llegue, a mi parecer. No digo que con el favor del Señor, ayudándose muchos años por los términos que escriben los que han escrito de oración, principios, y medios, no llegarán a la perfección, y desasimiento mucho con hartos trabajos; mas no en tan breve tiempo, como sin ninguno nuestro obra el Señor aquí, y determinadamente saca el alma de la tierra, y le da señorío sobre lo que hay en ella, aunque en esta alma no haya más merecimientos, que había en la mía, que no lo puedo más encarecer porque era casi ninguno. El por qué lo hace su Majestad, es porque quiere, y como quiere hacerlo, y aunque no haya en ella disposición, la dispone para recibir el bien que su Majestad le da. Así que de todas veces los da, porque se lo han merecido en granjear bien el huerto (aunque es muy cierto a quien esto hace, quien, y procura desasirse, no dejar de regalarle) sino que es su voluntad mostrar su grandeza algunas veces en la tierra, que es más ruin, como tengo dicho, y disponerla para todo bien; de manera, que parece no es ya parte en cierta manera, para no tornar a vivir en las ofensas de Dios que solía.

5. Tiene el pensamiento tan habituado a entender lo que es verdadera verdad, que todo lo demás le parece juego de niños: ríese entre sí algunas veces cuando ve a personas graves de oración, y religión, hacer mucho caso de unos puntos de honra, que esta alma tiene ya debajo de los pies. Dicen que es discreción, y autoridad de su estado, para más aprovechar: sabe ella muy bien, que aprovecharían más en un día que pospusiesen aquella autoridad de estado por autor de Dios, que con ella en diez años. Ansí vive vida trabajosa, y siempre con cruz, más va en gran crecimiento; cuando parece a los que las tratan están muy en la cumbre, desde a poco están muy más mejoradas, porque siempre las va favoreciendo más. Dios es alma suya, es el que la tiene ya a cargo, y ansí le luce; porque parece asistentemente la está siempre guardando, para que no le ofenda, y favoreciendo, y despertando, para que le sirva. En llegando mi alma a que Dios la hiciese esta tan gran merced, cesaron mis males, y me dio el Señor fortaleza para salir dellos, y no me hacía más estar en las ocasiones, y con gente que me solía distraer, que si no estuviera; antes me ayudaba lo que me solía dañar: todo me era medios para conocer más a Dios, y amarle, y ver lo que le debía, y pesarme de la que había sido.

6. Bien entendía yo no venía aquello de mí, ni lo había ganado con mi diligencia, que aún no había habido tiempo para ello, su Majestad me había dado fortaleza para ello por su sola bondad. Hasta ahora, desde que me comenzó el Señor a hacer esta merced deslos arrobamientos, siempre ha ido creciendo esta fortaleza, y por su hondad me ha tenido de su mano, para no tornar atrás; ni me parece, como es ansí, hago nada casi de mi parte, sino que entiendo claro el Señor es el que obra: y por esto, me parece, que a alma que el Señor hace estas mercedes, que yendo con humildad, y temor, siempre entendiendo el mesmo Señor lo hace, y nosotros casi no nada, que se podrá poner entre cualquiera gente; aunque sea más distraída, y viciosa, no le hará al caso, ni moverá en nada, antes, como he dicho, le ayudará, y serle ha modo para sacar muy mayor aprovechamiento. Son ya almas fuertes, que escoge el Señor para aprovechar a otras; aunque esta fortaleza no viene de sí: de poco en poco, en llegando el Señor aquí un alma, le va comunicando muy grandes secretos. Aquí son las verdaderas revelaciones en este éxtasi, y las grandes mercedes, y visiones, y todo aprovecha para humillar, y fortalecer el alma, y que tenga en menos las cosas desta vida, y conozca más claro las grandezas del premio, que el Señor tiene aparejado a los que le sirven. Plega a su Majestad, sea alguna parte la grandísima largueza que con esta miserable pecadora ha tenido, para que se esfuerquen, y animen los que esto leyeren, a dejarlo todo del todo por Dios; pues tan cumplidamente paga su Majestad, que aun en esta vida se ve claro el premio, y la ganancia que tienen los que le sirven: ¿qué será en la otra?

CAPÍTULO XXII

En que trata, cuán seguro camino es para los contemplativos, no levantar el espíritu a cosas altas, si el Señor no le levanta; y cómo ha de ser el medio para la más sabida contemplación la humanidad de Cristo. Dice de un engaño en que ella estuvo un tiempo es muy provechoso este capítulo

1 Una cosa quiero decir, a mi parecer, importante, que si a vuesa merced le parece bien, servirá de aviso, que podría ser haberle menester: porque en algunos libros que están

escritos de oración, tratan, que aunque el alma no puede por sí llegar a este estado, porque es todo obra sobrenatural que el Señor obra en ella, que podrá ayudarse levantando el espíritu de todo lo criado, y subiéndole con humildad después de muchos años, que haya ido por la vida purgativa, y aprovechando por la iluminativa, (no sé yo bien porqué dicen iluminativa; entiendo, que de los que van aprovechando) y avisan mucho, que aparten de sí toda imaginación corpórea, y que se alleguen a contemplar en la divinidad: porque dicen, que aunque sea la humanidad de Cristo, a los que llegan ya tan adelante, que embaraza, o impide a la más perfecta contemplación. Traen lo que dijo el Señor a los Apóstoles, cuando la venida del Espíritu Santo, digo cuando subió a los cielos, para este propósito. Y paréceme a mí, que si tuvieran la fe, como la tuvieron des pues que vino el Espíritu Santo, de que era Dios, y hombre, no les impidiera; pues no se dijo esto a la Madre de Dios, aunque le amaba más que todos. Porque les parece, que como esta obra toda es espíritu, que cualquiera cosa corpórea la puede estorbar, e impedir; y que considerarse en cuadrada manera, y que está Dios de todas partes, y verse engolfado en él, es lo que han de procurar. Esto bien me parece a mí algunas veces; mas apartarse del todo de Cristo, y que entre en cuenta este divino cuerpo con nuestras miserias, ni con todo lo criado, no lo puedo sufrir. Plega a su Majestad, que me sepa dar a entender. Yo no lo contradigo, porque son letrados, y espirituales, y saben lo que dicen, y por muchos caminos, y vías lleva Dios las almas, como ha llevado la mía; quiero yo ahora decir (en lo demás no me entremeto) y en el peligro en que me vi, por querer conformarme con lo que leía. Bien creo, que quien llegare a tener unión, y no pasare adelante (digo arrobamientos, y visiones, y otras mercedes que hace Dios a las almas) que terná lo dicho por lo mejor, como yo lo hacía; y si me hubiera estado en ello, creo nunca hubiera llegado a lo que ahora; porque a mi parecer es engaño, ya puede ser yo sea la engañada, mas diré lo que me acaeció.

2. Como yo no tenía maestro, y leía en estos libros, por donde poco a poco yo pensaba entender algo, (y después entendí, que si el Señor no me mostrara, yo pudiera poco con los libros deprender; porque no era nada lo que entendía, hasta que su Majestad por experiencia me lo daba a entender, ni sabía lo que hacía) en comenzando a tener algo de oración sobrenatural, digo de quietud, procuraba desviar toda cosa corpórea aunque ir levantando el alma yo no osaba, que como era siempre tan ruin, veía que era atrevimiento; más parecíame sentir la presencia de Dios, como es ansí, y procuraba estarme recogida con él; y es oración sabrosa, si Dios allí ayuda, y el deleite mucho; y como se ve aquella ganancia, y aquel gusto, ya no había quien me hiciese tornar a la humanidad, sino que en hecho de verdad me parecía me era impedimento. ¡Oh Señor de mi alma, y bien mío Jesucristo crucificado!, no me acuerdo vez desta opinión que tuve, que no me dé pena; y me parece, que hice una gran traición, aunque con ignorancia. Había sido yo tan devota toda mi vida de Cristo; porque esto era ya a la postre: digo a la postre, de antes que el Señor me hiciese estas mercedes de arrobamientos, y visiones. Duró muy poco estar en esta opinión, y ansí siempre tornaba a mi costumbre de holgarme con este Señor, en especial cuando comulgaba, quisiera yo siempre traer delante de los ojos su retrato, e imagen, ya que no podía traerle tan esculpido en mi alma, como yo quisiera. ¿Es posible, Señor mío, que cupo en mi pensamiento, ni una hora, que vos me habíades de impedir para mayor bien? ¿De dónde vinieron a mí todos los bienes, sino de vos? No quiero pensar, que en esto tuve culpa, porque me lastimo mucho, que cierto era ignorancia; y ansí quisistes vos, por vuestra bondad, remediarla, con darme quien me

sacase deste yerro, y después con que os viese yo tantas veces, como adelante diré, para que más claro entendiese cuán grande era, y que lo dijese a muchas almas, que lo he dicho, y para que lo pusiese, ahora aquí. Tengo para mí, que la causa de no aprovechar más muchas almas, y llegar a muy gran libertad de espíritu, cuando llegan a tener oración de unión, es por esto.

3. Paréceme, que hay dos razones, en que puedo fundar mi razón, y quizá no digo nada, mas lo que dijere he lo visto por experiencia que se hallaba muy mal mi alma, hasta que el Señor la dio luz; porque todos sus gozos eran a sorbos, y salida de allí no se hallaba con la compañía, que después para los trabajos, y tentaciones: la una es, que va un poco de poca humildad tan solapada, y escondida, que no se siente. ¿Y quién será el soberbio, y miserable como yo, que cuando hubiera trabajado toda su vida con cuantas penitencias, y oraciones, y persecuciones se pudieren imaginar, no se halle por muy rico, y muy bien pagado, cuando le consienta el Señor estar al pie de la cruz con san Juan? No sé en qué seso cabe no se contentar con esto, sino en el mío, que de todas maneras fue perdido en lo que había de ganar. Pues si todas veces la condición, o enfermedad, por ser penoso pensar en la Pasión, no se sufre, ¿quién nos quita estar con él después de resucitado, pues tan cerca le tenemos en el sacramento, donde ya está glorificado, y no le miraremos tan fatigado, y hecho pedazos, corriendo sangre, cansado por los caminos, perseguido de los que hacía tanto bien, no creído de los Apóstoles? Porque cierto no todas veces hay quien sufra pensar tantos trabajos, como pasó. Hete aquí sin pena, lleno de gloria, esforzando a los unos, animando a los otros, antes que subiese a los cielos. Compañero nuestro en el Santísimo Sacramento, que no parece fue en su mino apartarse mi momento de nosotros. ¿Y que haya sido en la mía, apartarme yo de vos, Señor mío, por más serviros? Que ya cuando os ofendía, no os conocía; ¿mas que conociendoos, pensase ganar más por este camino? ¡Oh que mal camino llevaba Señor! Ya me parece iba sin camino, si vos no me tornáredes a él, que en veros cabe mí, he visto todos los bienes. No me ha venido trabajo, que mirándoos a vos, cual estuvistes delante de los jueces, no se me haga bueno de sufrir. Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán, que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir: él ayuda, y da esfuerzo, nunca falta, es amigo verdadero; y veo yo claro, y he visto después, que para contentar a Dios, y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos desta humanidad sacratísima, en quien dijo su Majestad se deleita. Muy muchas veces lo he visto por experiencia: hámelo dicho el Señor. He visto claro, que, por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos.

4. Ansí que vuesa merced Señor, no quiera otro camino, aunque esté en la cumbre de contemplación; por aquí va seguro. Este Señor nuestro, es por quien nos vienen todos los bienes, él le enseñará: mirando su vida, es el mejor dechado. ¿Qué más queremos de un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos, y tribulaciones, como hacen los del mundo? Bienaventurado, quien de verdad le amare, y siempre lo trajere cabe de sí. Miremos al glorioso san Pablo, que no parece se le caía de la boca siempre, JESÚS, como quien le tenía bien en el corazón. Yo he mirado con cuidado, después que esto de entendido de algunos santos grandes contemplativos, y no iban por otro camino, san Francisco da muestra dello en las llagas. San Antonio de Padua, en el niño. San Bernardo se deleitaba en la humanidad. Santa Catalina de Sena. Otros muchos, que vuesa merced sabrá mejor que yo. Esto de apartarse de lo corpóreo, bueno debe de ser cierto, pues gente

tan espiritual lo dice; más a mi parecer, ha de ser estando el alma muy aprovechada; porque hasta esto, está claro se ha de buscar el Criador por las criaturas. Todo es como la merced el Señor hace a cada alma, en eso no me entremeto. Lo que querría dar a entender es, que no ha de entrar en esta cuenta la sacratísima humanidad de Cristo. Y entiéndase bien este punto, que querría saberme declarar.

5. Cuando Dios quiere suspender todas las potencias (como en los modos de oración que quedan dichos hemos visto) claro está, que aunque no queramos, se quita esta presencia. Entonces vaya enhorabuena; dichosa tal pérdida, que es para gozar más de lo que nos parece se pierde: porque entonces se emplea el alma toda en amar a quien el entendimiento ha trabajado conocer, y ama lo que no comprendió, y goza de lo que no pudiera también gozar, sino fuera perdiéndose a sí, para, como digo, más ganarse; más que nosotros de maña, y con cuidado nos acostumbremos a no procurar con todas nuestras fuerzas traer delante siempre (y pluguiese al Señor fuese siempre) esta sacratísima humanidad, esto digo, que no me parece bien, y que es andar el alma en el aire, como dicen; porque parece no trae arrimo, por mucho que le parezca anda llena de Dios. Es gran cosa, mientras vivimos, y somos humanos, traerle humano; que éste es el otro inconveniente, que digo hay. El primero, ya comencé a decir, es un poco de falta de humildad, de quererse levantar el alma, hasta que el Señor la levante, y no contentarse, con meditar cosa tan preciosa, y querer ser María, antes que haya trabajado con Marta. Cuando el Señor quiere que lo sea, aunque sea desde el primer día, no hay, que temer; mas comidámonos nosotros, como ya creo otra vez he dicho. Esta motita de poca humildad, aunque no parece es nada, para querer aprovechar en la contemplación, hace mucho daño.

6. Tornando al segundo punto, nosotros no somos ángeles, sino tenemos cuerpo: querernos hacer ángeles, estando en la tierra, y tan en la tierra como yo estaba, es desatino, sino que ha menester tener arrimo el pensamiento para lo ordinario, ya que algunas veces el alma salga de sí, o ande muchas tan llena de Dios, que no haya menester cosa criada para recogerla. Esto no es tan ordinario, que en negocios, y persecuciones, y trabajos, cuando no se puede tener tanta quietud; y en tiempo de sequedades es muy buen amigo Cristo; porque le miramos hombre, y vémosle con flaquezas, y trabajos, y es compañía, habiendo costumbre es muy fácil hallarle cabe sí; aunque veces vernán, que ni lo uno, ni lo otro no se pueda. Para esto es bien lo que ya he dicho, no nos mostrar a procurar consolaciones de espíritu, venga lo que viniere, abrazado con la cruz, es gran cosa. Desierto quedó este Señor de toda consolación, solo lo dejaron en los trabajos, no le dejemos nosotros, que para más subir, él nos dará mejor la mano que nuestra diligencia, y ausentará cuando viere que conviene, y que quiere el Señor sacar el alma de sí, como he dicho.

7. Mucho contenta a Dios ver mi alma, que con humildad pone por tercero a su hijo, y le ama tanto, que aun queriendo su Majestad subirle a muy gran contemplación (como tengo dicho) se conoce por indigno, diciendo con san Pedro: *Apartaos de mí Señor, que soy hombre pecador*. Esto he probado: deste arte, ha llevado Dios mi alma. Otros irán, como he dicho, por otro atajo; lo que yo no entendido es, que todo este cimiento de la oración va fundado en humildad, y que ni tras más se abaja un alma en la oración, más la sube Dios. No me acuerdo haberme hecho merced muy señalada, de las que adelante diré, que

no sea estando deshecha de verme tan ruin; y aun procuraba su Majestad darme a entender cosas para ayudarme a conocerme que yo no las supiera imaginar. Tengo para mí, que cuando el alma hace de su parte algo, para ayudarse en esta oración de unión, que aunque luego parece lo aprovecha, que como cosa no fundada se tornará muy presto a caer; y de miedo, que nunca llegará a la verdadera pobreza de espíritu, que es no buscar consuelo, ni gusto en la oración (que los de la tierra ya están dejados) sino consolación en los trabajos, por amor del que siempre vivió en ellos, y estar en ellos, y en las sequedades quieta, aunque algo se sienta, no para dar inquietud; y, la pena que a algunas personas, que si no están siempre trabajando con el entendimiento, y con tener devoción, piensan que va todo perdido, como si por su trabajo se mereciese tanto bien. No digo, que no se procure, y estén con cuidado delante de Dios; mas que si no pudieren tener aun un buen pensamiento (como otra vez he dicho) que no se maten: siervos sin provecho somos; ¿qué pensamos poder? Mas quiera el Señor que conozcamos esto, y andemos hechos asnillos, para traer la noria del agua, que queda dicha, que aunque cerrados los ojos, y no entiendo lo que hacen, sacarán más que el hortelano con toda su diligencia. Con libertad se ha de andar en este camino, puestos en las manos de Dios; si su Majestad nos quisiere subir a ser de los de su cámara, y secreto, ir de buena gana; si no servir en oficios bajos, y no sentarnos en el mejor lugar, como de dicho alguna vez. Dios tiene cuidado más que nosotros, y sabe para lo que es cada uno. ¿De qué sirve gobernarse a sí, quien tiene ya dada toda su voluntad a Dios? A mi parecer muy menos se sufre aquí, que en el primer grado de la oración, y mucho más daña; son bienes sobrenaturales. Si uno tiene mala voz, por mucho que se esfuerce a cantar, no se le hace buena; si Dios quiere dársela, no ha él menester antes dar dos voces: pues supliquemos siempre nos haga mercedes, rendida el alma, aunque confiada de la grandeza de Dios. Pues para que esté a los pies de Cristo le dan licencia, que procure no quitarse de allí, esté como quiera; imite a la Magdalena, que de que estuviere fuerte, Dios la llevará al desierto.

8. Ansí que vuesa merced hasta que halle quien tenga más experiencia que yo, y lo sepa mejor, estese en esto. Si son personas que comienzan a gustar de Dios, no las crea, que les parece les aprovecha, y gustan más ayudándose. ¡Oh cuando Dios quiere, cómo viene al descubierta sin estas ayuditas, que aunque más hagamos, arrebatara el espíritu, como un gigante, tomaría una paja, y no hasta resistencia! ¡Qué manera para creer, que cuando él quiere, espera que vuele el sapo por sí mismo!, y aún más dificultoso, y pesado me parece levantarse nuestro espíritu, si Dios no le levanta; porque está cargado de tierra, y de mil impedimentos, y aprovéchale poco querer volar, que aunque es más su natural que el del salto, está ya tan metido en el cieno, que lo perdió por su culpa. Pues quiero concluir con esto, que siempre que se piense de Cristo, nos acordemos del amor con que nos hizo tantas y cuán grande nos le mostró Dios nuestro Señor, en darnos tal prenda del que nos tiene, que amor saca amor. Y aunque sea muy a los principios, y nosotros muy ruines, procuremos ir mirando esto siempre, despertándonos para amar, porque si una vez nos hace el Señor merced que se nos imprima en el corazón este amor, sernos ha todo fácil, y obraremos muy en breve, y muy sin trabajo. Dénsle su Majestad, pues sabe lo mucho que nos conviene, por el que él nos tuvo, y por su glorioso hijo, a quien tan a su costa nos le mostró. Amén.

9. Una cosa querría preguntar a vuesa merced: ¿cómo en comenzando el Señor a hacer mercedes a un alma tan subidas, como es ponerla en perfecta contemplación, que de

razón había de quedar perfecta del todo luego; (de razón sí por cierto, porque quien tan gran merced recibe, no había más de querer consuelos de la tierra) pues por qué en arrobamiento, y en cuanto está ya el alma más habituada a recibir mercedes, parece que trae consigo los efectos tan más subidos, y mientras más, más desasida, pues en mi punto que el Señor llega la puede dejar santificada, ¿cómo después andando el tiempo la deja el mismo Señor con perfección en las virtudes? Esto quiero yo saber, que no lo sé; más bien sé es diferente lo que Dios deja de fortaleza, cuando al principio no dura más que cerrar, y abrir los ojos, y casi no se siente, sino en los efectos que deja, o cuando va más a la larga esta merced. Y muchas veces paréceme a mí, si es el no se disponer del todo luego el alma, hasta que el Señor poco a poco la cría, y la hace determinar, y da fuerzas de varón, para que dé del todo con todo en el suelo, como lo hizo con la Magdalena con brevedad; hácelo en otras personas, conforme a lo que ellas hacen, en dejar a su Majestad hacer: no acabamos de creer, que aun en esta vida da Dios ciento por uno.

10. También pensaba yo esta comparación, que puesto que sea todo uno lo que se da a los que más adelante van, que en el principio es como un manjar, que comen dél muchas personas, y las que comen poquito, quédales solo buen sabor por un rato; las que más, ayuda a sustentar; las que comen mucho, da vida, y fuerza: y tantas veces se puede comer, y tan cumplido deste manjar de vida, que ya no coman cosa, que les sepa bien, sino él; porque ve el provecho que le hace: y tiene ya tan hecho el gusto a esta suavidad, que querría más no vivir, que haber de comer otras cosas, que no sean sino para quitar el buen sabor, que el buen manjar dejó. También una compañía santa no hace su conversación tanto provecho de un día, como de muchos; y tantos pueden ser los que estemos con ella, que seamos como ella, si nos favorece Dios: y en fin todo está en lo que su Majestad quiere, y a quien quiere darlo; más mucho va en determinarse, quien ya comienza a recibir esta merced, en desasirse de todo, y tenerla en lo que es razón.

11. También me parece que anda su Majestad a probar quien le quiere, sino uno, sino otro, descubriendo quién es con deleite tan soberano, por avivar la fe, si está muerta, de lo que nos ha de dar, diciendo: Mira, que esto es una gota del mar grandísimo de bienes, por no dejar nada por hacer con los que ama; y como ve que le reciben así, da, y se da. Quiere a quien le quiere; ¡y qué bien querido, y qué buen amigo! ¡Oh Señor de mi alma, quien tuviera palabras para dar a entender, qué dais a los que se fían de vos, y qué pierden los que llegan a este estado, y se quedan consigo mismos! No queráis vos esto, Señor; pues más que, esto hacéis vos, que os venís a una posada tan ruin como la mía. Bendito seáis por siempre jamás. Torno a suplicar a vuesa merced, que estas cosas que he escrito de oración, si las tratare con personas espirituales, lo sean; porque si no saben más de un camino, o se han quedado en el medio, no podrán así atinar; y hay algunas, que desde luego las lleva Dios por muy subido camino, y paréceles, que así podrán los otros aprovechar allí y quietar el entendimiento, y no se aprovechar de medios de cosas corpóreas, y quedarse han secos como un palo: y algunos que hayan tenido un poco de quietud, luego piensan, que como tienen lo uno, pueden hacer lo otro, y en lugar de aprovechar, desaprovecharán, como he dicho: así que en todo es menester experiencia, y discreción. El Señor nos la dé por su hondad.

En que torna a tratar del discurso de su vida, y cómo comenzó a tratar de más perfección, y por qué medios: es provechoso para las personas que tratan de gobernar almas que tienen oración, saber cómo se han de haber en los principios, y el provecho que le hizo saberla llevar

1. Quiero ahora tornar a donde dejé de mi vida, que me he detenido, creo más de lo que me había de detener, porque se entienda mejor lo que está por venir. Es otro libro nuevo de aquí adelante, digo otra vida nueva; la de hasta aquí era mía, la que he vivido, desde que comencé a declarar estas cosas de oración, es que vivía Dios en mí, a lo que me parecía; porque entiendo yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres, y obras. Sea el Señor alabado, que me libró de mí. Pues comenzando a quitar ocasiones, y a darme más a la oración, comenzó el Señor a hacerme las mercedes, como quien deseaba, a lo que pareció, que yo las quisiese recibir. Comenzó su Majestad a darme muy de ordinario oración de quietud, y muchas veces de unión, que duraba mucho rato. Yo como en estos tiempos habían acaecido grandes ilusiones en mujeres, y engaños que les había hecho el demonio, comencé a temer, como era tan grande el deleite, y suavidad que sentía, y muchas veces sin poderlo excusar; puesto que veía en mí por otra parte una grandísima seguridad, que era Dios, en especial cuando estaba en la oración, y veía que quedaba de allí muy mejorada, y con más fortaleza. Mas en distrayéndome un poco, tornaba a temer, y a pensar, si quería el demonio, haciéndome entender que era bueno, suspender el entendimiento, para quitarme la oración mental, y que no pudiese pensar en la Pasión, ni aprovecharme del entendimiento, que me parecía a mi mayor pérdida, como no lo entendía. Mas como su Majestad quería ya darme luz, para que no le ofendiese ya, y conociese lo mucho que le debía, creció de suerte este miedo, que me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quien tratar, y que ya tenía noticia de algunos, porque habían venido aquí los de la Compañía de Jesús, a quien yo sin conocer a ninguno, era muy aficionada de solo saber el modo que llevan de vida, y oración, mas no me hallaba digna de hablarles, ni fuerte para obedecerlos, que esto me hacía más temer; porque tratar con ellos, y ser la que era, hacíaseme cosa recia.

2. En esto anduve algún tiempo, hasta que a con mucha batería que pasé en mí, y temores, me determiné a tratar con una persona espiritual, para preguntarle, qué era la oración que yo tenía, y que me diese luz si iba errada, y hacer todo lo que pudiese, por no ofender a Dios, porque la falta, como he dicho, que veía en mi fortaleza, me hacía es tan tímida. ¡Qué engaño tan grande, válame Dios, que para querer ser buena, me apartaba del bien! En esto debe poner mucho el demonio en el principio de la virtud, porque yo no podía acabarlo conmigo. Sabe él que está todo el remedio de un alma en tratar con amigos de Dios, y así no había término, para que yo a esto me determinase. Aguardaba a encomendarme primero, como cuando dejé, la oración, y por ventura nunca lo hiciera, porque estaba ya tan caída, en cosillas de mala costumbre, que no acallaba de entender eran malas, que era menester ayuda de otros, y darme la mano para levantarme. Bendito sea el Señor, que en fin la suya fue la primera. Como yo vi iba tan adelante mi temor, porque crecía la oración, pareciome que en esto había algún gran bien, o grandísimo mal: porque bien entendía ya era cosa sobrenatural lo que tenía, porque algunas veces no lo podía resistir; tenerlo cuando yo quería era excusado. Pensé en mí, que no tenía remedio, sino procuraba tener limpia conciencia, y apartarme de toda ocasión, aunque fuese de pecados veniales, porque siendo espíritu de Dios, clara estaba la ganancia; si era

demonio, procurando yo tener contento al Señor, y no ofenderle, poco daría me podía hacer, antes él quedaría con pérdida. Determinada en esto, y suplicando siempre a Dios me ayudase, procurando lo dicho algunos días, vi que no tenía fuerza mi alma para salir con tanta perfección a solas, por algunas aficiones que tenía a cosas, que aunque de suyo no eran muy malas, bastaban para estragarlo todo.

3. Dijéronme de un clérigo letrado, que había en este lugar, que comenzaba el Señor a dar a entender a las gentes su bondad, y buena vida, y procuré por medio de un caballero santo, que hay en este lugar. (Es casado, mas de vida tan ejemplar, y virtuosa, y de tanta oración, y caridad, que en todo él resplandece su bondad, y perfección, y con mucha razón; porque gran bien ha venido a muchas almas por su medio, por tener tantos talentos, que aun con no le ayudar su estado, no puede dejar con ellos de obrar: mucho entendimiento, y muy apacible para todos, su conversación no pesada, tan suave, y agraciada, junto con ser recta, y santa, que da contento grande a los que trata: todo lo ordena para gran bien de las almas que conversa, y no parece traer otro estudio, sino hacer por todos los que él ve se sufre, y contentar a todos.) Pues este bendito, y santo hombre con su industria, me parece fue principio, para que mi alma se salvase. Su humildad a mí espántame, que con haber a lo que creo poco menos de cuarenta años que tiene oración, (no sé si son dos, o tres menos) y que lleva toda la vida de perfección, que a lo que parece sufre su estado; porque tiene una mujer tan gran sierva de Dios, y de tanta caridad, que por ella no se pierde: en fin, como mujer de quien Dios sabía había de ser tan grande siervo suyo la escogió. Estaban deudos suyos casados con parientes míos; y también con otro harto siervo de Dios, que estaba casado con una prima mía, tenía mucha comunicación. Por esta vía procuré viniese a hablarme este clérigo que digo tan siervo de Dios, que era muy su amigo, con quien pensé confesarme, y tener por maestro. Pues trayéndolo, para que me hablase, y yo con grandísima confusión de verme presente de hombre tan santo, dile parte de mi alma, y oración; que confesarme no quiso, dijo, que era muy ocupado, y era ansí. Comenzó con determinación santa a llevarme como a fuerte (que de razón había de estar según la oración vio que tenía) para que en ninguna manera ofendiese a Dios. Yo como vi su determinación tan de presto en cosillas, que como digo, yo no tenía fortaleza para salir luego con tanta perfección, afligime, y como vi que tomaba las cosas de mi alma, como cosa que en una vez había de acabar con ella, yo veía que había menester mucho más cuidado. En fin entendí, no eran por los medios que él me daba por donde yo me había de remediar: porque eran para alma más perfecta; y yo aunque en las mercedes de Dios estaba adelante, estaba muy en los principios en las virtudes, y mortificación. Y cierto, si no hubiera de tratar más de con él, yo creo nunca medrara mi alma, porque la aflicción que me daba, de ver como yo no hacía, ni me parece podía, lo que él me decía, bastaba para perder, la esperanza, y dejarlo todo. Algunas veces me maravillo, que siendo persona que tiene gracia particular en comenzar a llegar almas a Dios, cómo no fue servido entendiéndose la mía, ni se quisiese encargar della, y veo fue todo para mayor bien mío, porque yo conociese, y tratase gente tan santa, como la de la Compañía de Jesús.

4. Desta vez quedé concertada con este caballero santo, para que alguna vez me viniese a ver. Aquí se vio su grande humildad, querer tratar persona tan ruin como yo. Comenzome a visitar, y animarme, y a decirme, que no pensase que en un día me había de apartar de todo, que poco a poco lo haría Dios, que en cosas bien livianas había él estado algunos,

que no las había podido acallar consigo. ¡Oh humildad, que grandes bienes haces a donde estás, y a los que se llegan a quien la tiene! Decíame este santo (que a mi parecer con razón le puedo poner este nombre) flaquezas, que a él le parecía que lo, eran con su humildad para mi remedio mirado conforme a su estado, no era falta, ni imperfección, y conforme al mío, era grandísima tenerlas. Yo no digo esto sin propósito, porque parece me alargo en menudencias, e importan tanto para comenzar a aprovechar a un alma, y sacarla a volar, que aun no tiene plumas, como dicen, que no lo creerá nadie, sino quien ha pasado por ello. Y porque espero yo en Dios, vuesa merced ha de aprovechar mucho, lo digo aquí, que fue toda mi salud saberme curar, y tener humildad, y caridad para estar conmigo, y sufrimiento de ver que no en todo me enmendaba. Iba con discreción poco a poco, dando maneras para vencer al demonio. Yo le comencé a tener tan grande amor, que no había para mí mayor descanso, que el día que le veía, aunque eran pocos. Cuando tardaba, luego me fatigaba mucho, pareciéndome que por ser tan ruin no me veía.

5. Como él fue entendiendo mis imperfecciones tan grandes (y aun serían pecados, aunque después que le traté más enmendada estaba) y como le dije las mercedes que Dios me hacía, para que me diese luz, díjome, que no venía lo uno con lo otro, que aquellos regalos eran de personas que estaban ya muy aprovechadas, y mortificadas, que no podía dejar de temer mucho; porque lo parecía mal espíritu en algunas cosas, aunque no se determinaba; más que pensase bien todo lo que entendía de mi oración, y se lo dijese. Y era el trabajo, que yo no sabía poco, ni mucho decir lo que era mi oración; porque esta merced de saber entender, que es, y saberlo decir, ha poco que me lo dio Dios. Como me dijo esto, con el miedo que yo traía, fue grande mi aflicción, y lágrimas: porque cierto yo deseaba contentar a Dios, y no me podía persuadir a que fuese demonio, más temía por mis grandes pecados me cegase Dios para no lo entender. Mirando libros, para ver si sabría decir la oración que tenía, hallé en uno, que se llama *Subida del monte*, en lo que toca a unión del alma con Dios, todas las señales que yo tenía en aquel no pensar nada: (que esto era lo que yo más decía, que no podía pensar nada, cuando tenía aquella oración) señalé con unas rayas la parte que eran, y dile el libro, para que él, y el otro clérigo que he dicho, santo, y siervo de Dios, lo mirasen, y me dijese lo que había de hacer, y que si les pareciese dejaría la oración del todo, que para qué me había yo de meter en esos peligros, pues a cabo de veinte años casi que había que la tenía, no había salido con ganancia, sino con engaños del demonio, que mejor era no la tener. Aunque también esto se me hacía recio, porque ya yo había probado cuál estaba mi alma sin oración: así que todo lo veía trabajoso, como el que está metido en un río, que a cualquiera parte que vaya dél, teme más peligro, y él se está casi ahogando. Es un trabajo muy grande este, y destos he pasado muchos, como diré adelante; que aunque parece no importa, por ventura hará provecho entender, cómo se ha de probar el espíritu.

6. Y es grande cierto el trabajo que se pasa, y es menester tiento, en especial con mujeres, porque es mucha nuestra flaqueza, y podría venir a mucho mal, diciéndoles muy claro, es demonio; sino mirarlo muy quien, y apartarlas de los peligros que puede haber, y avisarlas en secreto pongan mucho, y le tengan ellos, que conviene. Y en esto hablo, como quien le cuesta harto trabajo, no lo tener algunas personas con quien de tratado mi oración, sino preguntando unos, otros por bien, me han hecho harto daño, que se han divulgado cosas, que estuvieran bien secretas; pues no son para todos, y parecía las publicaba yo. Creo sin culpa suya lo ha permitido el Señor, para que yo padeciese. No

digo que decían lo que trataba con ellos en confesión, mas como eran personas a quien yo daba cuenta por mis temores, para que me diesen luz, parecíame a mí habían de callar. Con todo nunca osaba callar cosa a personas semejantes. Pues digo, que se avise con mucha discreción, animándolas, y aguardando tiempo, que el Señor las ayudará como ha hecho a mí, que sino grandísimo daño me hiciera, según era temerosa, y medrosa: con el gran mal de corazón que tenía, espatándome cómo no me hizo mucho mal.

7. Pues como di el libro, y hecha relación de mi vida, y pecados, lo mejor que pude (por junto, que no confesión por ser seglar, más bien di a entender cuán ruin era) los dos siervos de Dios miraron con gran caridad, y amor lo que me convenía. Venida la respuesta, que yo con hartor temor esperaba, y habiendo encomendado a muchas personas que me encomendasen a Dios, y yo con harta oración aquellos días, con harta fatiga vino a mí, y díjome que a todo su parecer de entrambos era demonio: que lo que me convenía, era tratar con un padre de la Compañía de Jesús, que como yo le llamase, diciendo que tenía necesidad, vernía; y que le diese cuenta de toda mi vida por una confesión general de mi condición todo con mucha claridad, que por la virtud del sacramento de la confesión le daría Dios más luz, que eran muy experimentados en cosas de espíritu. Que no saliese de lo que me dijese en todo, porque estaba en mucho peligro, sino había quien me gobernase. A mí me dio tanto temor, y pena, que no sabía qué me hacer, todo era llorar; y estando en un oratorio muy afligida, no sabiendo qué había de ser de mí, leí en un libro, que parece el Señor me le puso en las manos, que decía san Pablo: Que era Dios muy fiel, que nunca a los que le amaban consentía ser del demonio engañados. Esto me consoló muy mucho. Comencé, a tratar de mi confesión general, y poner por escrito todos los males y bienes, un discurso de mi vida lo más claramente que yo entendí, y supe, sin dejar nada por decir. Acuérdomeme que como vi después que lo escribí tantos males, y casi ningún bien, que me dio una según, y fatiga grandísima. También me daba pena, que me viesen en casa tratar con gente, tan santa, como los de la Compañía de Jesús, porque temía mi ruindad, y parecíame quedaba obligada más a no lo ser, y quitarme de mis pasatiempos; y si esto no hacía, que era peor; y ansí procuré con la sacristana, y portera no lo dijese a nadie. Aprovechome poco, que acertó a estar a la puerta, cuando me llamaron, quien lo dijo por todo el convento. Mas, ¡qué de embarazos pone el demonio, y qué de temores, a quien se quiere llegar a Dios!

8. Tratando con aquel siervo de Dios, que lo era hartor, y bien avisado, toda mi alma, como quien bien sabía este lenguaje, me declaró lo que era, y me animó mucho. Dijo ser espíritu de Dios muy conocidamente, sino que era menester tornar de nuevo a la oración, porque no iba bien fundada, ni había comenzado a entender mortificación: y era ansí, que aun el nombre no me parece entendía, que en ninguna manera dejase la oración, sino que me esforzase mucho, pues Dios me hacía tan particulares mercedes, que qué sabía si por mis medios quería el Señor hacer bien a muchas personas, y otras cosas (que parece profetizó lo que después el Señor ha hecho conmigo) que ternía mucha culpa, si no respondía a las mercedes que Dios me hacía. En todo me parecía hablaba en él el Espíritu Santo, para curar mi alma, según se imprimía en ella. Hízome gran confusión, llevome por medios, que parecía del todo me tornaba otra. ¡Qué gran cosa es entender un alma! Díjome, que tuviese cada día oración en un paso de la Pasión, y que me aprovechase dél, y que no pensase sino en la humanidad, y que aquellos recogimientos, y gustos resistiese cuanto pudiese, de manera, que no les diese lugar, hasta que él me dijese otra cosa.

Dejome consolada, y esforzada, y el Señor, que me ayudó, y a él para que entendiese mi condición, y cómo me había de gobernar. Quedé determinada de no salir de lo que él me mandase en ninguna cosa, y así lo hice hasta hoy. Alabado sea el Señor, que me ha dado gracia para obedecer a mis confesores, aunque imperfectamente, y casi siempre han sido destes benditos hombres de la Compañía de Jesús, aunque imperfectamente, como digo, los he seguido. Conocida mejoría comenzó a tener mi alma, como ahora diré.

CAPÍTULO XXIV

Prosigue lo comenzado, y dice, cómo fue aprovechando su alma después que comenzó a obedecer y lo poco que le aprovechaba resistir a las mercedes de Dios y cómo su Majestad se las iba dando más cumplidas

1. Quedó mi alma desta confesión tan blanda, que me parecía no hubiera cosa a que no me dispusiera; y así comencé a hacer mudanza en muchas cosas, aunque el confesor no me apretaba, antes parecía hacía poco caso de todo: y esto me movía a más, porque lo llevaba por modo de amar a Dios, y como que de alta libertad, y no premio, si yo no me le pusiese por amor. Estuve así casi dos meses, haciendo todo mi poder en resistir los regalos, y mercedes de Dios. Cuanto a lo exterior veíase la mudanza, porque ya el Señor me comenzaba a dar ánimo para pasar por algunas cosas que decían personas que me conocían, pareciéndoles extremos, y aun en la misma casa: y de lo que antes hacía, razón tenían, que era extremo; mas de lo que era obligada al hábito, y profesión que hacía, quedaba corta. Gané deste resistir gustos, y regalos de Dios, enseñarme su Majestad, porque antes me parecía, que para darme regalos en la oración, era menester mucho arrinconamiento, y casi no me osaba bullir: después vi lo poco que hacía al caso, porque cuando más procuraba divertirme más me cubría el Señor de aquella suavidad, y gloria, que me parecía toda me rodeaba, y que por ninguna parte podía huir, y así era: yo traía tanto cuidado, que me daba pena. El Señor le traía mejor a hacer mercedes, y a señalarse mucho más que solía en estos dos meses, para que yo mejor entendiese, que no era más en mi mano. Comencé a tomar de nuevo amor a la sacratísima humanidad, comenzose a asentar la oración como edificio que ya llevaba cimiento, y aficionarme a más penitencia, de que yo estaba descuidada, por ser tan grandes mis enfermedades. Díjome aquel varón santo que me confesó, que algunas cosas no me podrían dañar, que por ventura me daba Dios tanto mal, porque yo no hacía penitencia que la querría dar su Majestad. Mandábame hacer algunas mortificaciones no muy sabrosas para mí. Todo lo hacía, porque parecíame que me lo mandaba el Señor, y dábale gracia, para que me lo mandase, de manera, que yo le obedeciese. Iba ya sintiendo mi alma cualquier ofensa, que hiciese a Dios, por pequeña que fuese, de manera, que si alguna cosa superflua traía, no podía recogerme, hasta que me lo quitaba. Hacía mucha oración, porque el Señor me tuviese de su mano, pues trataba con sus siervos no permitiese tornase atrás, que me parecía fuera gran delito, y que habían ellos de perder crédito por mí.

2. En este tiempo vino a este lugar el padre Francisco, que era duque de Gandía, y había algunos años, que dejándolo todo, había entrado en la Compañía de Jesús. Procuró mi confesor, y el caballero que he dicho también vino a mí, para que le hablase, y diese cuenta de la oración que tenía, porque sabía iba muy adelante en ser muy favorecido, y

regalado de Dios, que como quien había mucho dejado por él, aun en esta vida le pagaba. Pues después que me hubo oído, díjome que era espíritu de Dios, y que le parecía, que no era bien ya resistirle más, que hasta entonces estaba bien hecho, sino que siempre que comenzase la oración en un piso de la Pasión; y que si después el Señor me llevase el espíritu, que no lo resistiese, sino que dejase llevarle a su Majestad, no lo procurando yo. Como quien iba bien adelante dio la medicina, y consejo; que hace mucho en esto la experiencia: dijo, que era yerro resistir ya más. Yo quedé muy consolada, el caballero también holgábase mucho que dijese era de Dios, y siempre me ayudaba, y daba avisos en lo que podía, que era mucho.

3. En este tiempo mudaron a mi confesor deste lugar a otro, lo que yo sentí muy mucho, porque pensé me había de tornar a ser ruin, y no me parecía posible hallar otro como él. Quedó mi alma como en un desierto, muy desconsolada, y temerosa, no sabía qué hacer de mí. Procurome llevar una parienta mía a su casa, y yo procuré ir luego a procurar otro confesor en los de la Compañía. Fue el Señor servido, que comencé a tomar amistad con una señora viuda de mucha calidad, y oración, que trataba con ellos mucho. Hízome confesar a su confesor, y estuve en su casa muchos días; vivía cerca, yo me holgaba por tratar mucho con ellos, que de solo entender la santidad de su trato, era grande el provecho que mi alma sentía. Este padre me comenzó a poner en más perfección. Decíame, que para del todo contentar a Dios, no había de dejar nada por hacer: también con harta maña, y blandura, porque no estaba aún mi alma nada fuerte, sino muy tierna, en especial en dejar algunas amistades que tenía, aunque no ofendía a Dios con ellas, era mucha afición, y parecíame a mí era ingratitud dejarlas: y así le decía, que pues no ofendía a Dios, que ¿por qué había de ser desagradecida? él me dijo, que lo encomendase a Dios unos días, y que rezase el himno de *Veni Creator*, porque me diese luz de cuál era lo mejor. Habiendo estado un día mucho en oración, y suplicando al Señor me ayudase a contentarle en todo, comencé el himno, y estándole diciendo, vínome un arrebatamiento tan súbito, que casi me sacó de mí, cosa que yo no pude dudar, porque fue muy conocido. Fue la primera vez que el Señor me hizo esta merced de arrobamiento. Entendí estas palabras: *Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles*. A mí me hizo mucho espanto, porque el movimiento del ánima fue grande, y muy en el espíritu se me dijeron estas palabras; así me hizo temor, aunque por otra parte gran consuelo, que en quitándoseme el temor (que a mi parecer causó la novedad) me quedó.

4. Ello se ha cumplido bien, que nunca más yo he podido asentar en amistad, ni tener consolación, ni amor particular, sino a personas que entiendo le tienen a Dios, y lo procuran servir, ni ha sido en mi mano, ni me hace al caso ser deudos, ni amigos, sino entiendo esto, o es persona que trata de oración, esme cruz penosa tratar con nadie: esto es así a todo mi parecer, sin ninguna falta. Desde aquel día yo quedé tan animosa para dejarlo todo por Dios, como quien había querido en aquel momento (que no me parece fue más) dejar otra a su sierva. Así que no fue menester mandármelo más, que como me veía el confesor tan asida en esto, no había osado determinadamente decir, que lo hiciese. Debía aguardar a que el Señor obrase, como lo hizo, ni yo pensé salir con ello porque ya yo mesma lo había procurado, y era tanta la pena que me daba, que como cosa que me parecía no era inconveniente, lo dejaba; y aquí me dio el Señor libertad, y fuerza para ponerlo por obra. Así se lo dije al confesor, y lo dejé todo conforme a como me lo mandó. Hizo harto provecho a quien yo trataba, ver en mí esta determinación. Sea Dios

bendito por siempre, que en mi punto me dio la libertad, que yo con todas cuantas diligencias había hecho muchos años había no pude alcanzar conmigo, haciendo hartas veces tan gran fuerza, que me costaba harto de mi salud. Como fue hecho de quien es poderoso, y Señor verdadero de todo, ninguna pena me dio.

CAPÍTULO XXV

En que trata el modo, y manera cómo se entienden estas hablas que hace Dios al alma sin oírse, y de algunos engaños que puede haber en ello, y en qué se conocerá cuando lo es. Es de mucho provecho, para quien se viere en este grado de oración, por que se declara muy bien, y de harta doctrina

1. Paréceme será bien declarar, cómo es este hablar que hace Dios al alma, y lo que ella siente, para que vuesa merced lo entienda; porque desde esta vez que he dicho, que el Señor me hizo esta merced, es muy ordinario hasta ahora, como se verá en lo que está por decir. Son unas palabras muy formadas, mas con los oídos corporales no se oyen, sino entiéndese muy más claro que si se oyesen; y dejarlo de entender, aunque mucho se resista, es por demás. Porque cuando acá no queremos oír, podemos tapar los oídos, o advertir a otra cosa, de manera que aunque se oya no se entienda. En esta plática que hace Dios al alma, no hay remedio ninguno, sino que aunque me pese, me hacen escuchar, y estar el entendimiento tan entero para entender lo que Dios quiere entendamos, que no basta querer, ni no querer. Porque el que todo lo puede, quiere que entendamos se ha de hacer lo que quiere, y se muestra Señor verdadero de nosotros. Esto tengo muy experimentado, porque me duró casi dos años el resistir, con el gran miedo que traía; y ahora lo pruebo algunas veces, más poco me aprovecha.

2. Yo querría declarar los engaños que puede haber aquí, aunque quien tiene mucha experiencia paréceme será poco, o ninguno; mas ha de ser mucha la experiencia, y la diferencia que hay cuando es espíritu bueno, o cuando es malo; o como puede también ser aprehensión del mismo entendimiento, que podría acaecer, o hablar el mismo espíritu a sí mismo: esto no sé yo si puede ser, mas aun hoy me ha parecido que sí. Cuando es de Dios tengo muy probado en muchas cosas, que se me decían dos, y tres años antes, y todas se han cumplido, y hasta ahora ninguna ha salido mentira, y otras cosas a donde se ve claro ser espíritu de Dios, como después se dirá.

3. Paréceme a mí, que podría una persona, estando encomendando una cosa a Dios con grande afecto y aprehensión, parecerle entiende alguna cosa, si se hará, o no, y es muy imposible; aunque a quien ha entendido destotra suerte, verá claro lo que es, porque es mucha la diferencia: y si es cosa que el entendimiento fabrica, por delgado que vaya, entiende que ordena él algo, y que habla. Que no es otra cosa, sino ordenar uno la plática, o escuchar lo que otro te dice, y verá el entendimiento, que entonces no escucha, pues que obra, y las palabras que él fabrica son como cosa sorda, fantaseada, y no con la claridad que estotras. Y aquí está en nuestra mano divertirnos, como callar cuando hablamos; en estotro no hay término. Y otra señal más que todas, que no hace operación, porque estotra que habla el Señor, es palabras, y obras: y aunque las palabras no sean de devoción, sino de reprehensión, a la primera dispone un alma, y la habilita, y enternece, y

da luz, y regala, y quieta; y si estaba con sequedad, o alboroto, y desasosiego de alma, como con la mano se le quita, y aun mejor, que parece quiere el Señor se entienda, que es poderoso, y que sus palabras son obras. Paréceme, que hay la diferencia, que si nosotros hablásemos, o oyésemos, ni más, ni menos; porque lo que hablo, como he dicho, voy ordenando con el entendimiento lo que digo; mas si me hablan, no hago más de oír sin ningún trabajo. Lo uno va como una cosa, que no nos podemos bien determinar, si es como uno que está medio dormido. Estotro es voz tan clara, que no se pierde una sílaba de lo que se dice; y acaece ser a tiempos, que está el entendimiento, y alma tan alborotada, y distraída, que no acertaría a concertar una buena razón, y halla guisadas grandes sentencias, que le dicen, que ella aun estando muy recogida no pudiera alcanzar, y a la primera palabra, como digo, la mudan toda: en especial si está en arrobamiento, que las potencias están suspensas; ¿cómo se entenderán cosas que no habían venido a la memoria, aun antes, como vernán entonces, que no obra casi, y la imaginación está como embobada?

4. Entiéndase, que cuando se ven visiones, o se entienden estas palabras, a mi parecer, nunca es en tiempo que está unida el alma en el mismo arrobamiento; que en este tiempo (como ya dejo declarado, creo es la segunda agua) dél se pierden todas las potencias, y a mi parecer, allí ni se puede ver, ni entender, ni oír. Está en otro poder toda, y en este tiempo, que es muy breve no me parece la deja el Señor para nada libertad. Pasado este breve tiempo, que se queda aún en el arrobamiento el alma, es esto que digo, porque quedan las potencias de manera, que aunque no están perdidas, casi nada obran; están como absortas, y no hábiles para concertar razones. Hay tantas para entender la diferencia, que si una vez se engañase, no serán muchas. Y digo, que si es alma ejercitada, y está sobre aviso, lo verá muy claro; porque dejadas otras cosas por donde se ve lo que he dicho, ningún efeto le hace, ni el alma lo admite: porque estotro, mal que nos pese, y no se da crédito, antes se entiende que es devanear del entendimiento, casi como no se haría caso de una persona que sabéis tiene frenesí. Estotro es como si lo oyésemos a una persona muy santa, o letrada, y de gran autoridad, que sabemos no nos ha de mentir; y aun es baja comparación, porque traen algunas veces una majestad consigo estas palabras, que sin acordarnos quien las dice, si son de reprehensión, hacen temblar; y, si son de amor, hacen deshacerse en amar: y son cosas como he dicho, que estaban bien lejos de la memoria, y dícense tan de presto sentencias tan grandes, que era menester mucho tiempo para haberlas de ordenar, y en ninguna manera me parece se puede entonces ignorar no ser cosa fabricada de nosotros.

5. Ansí, que en esto no hay que me detener, que por maravilla me parece puede haber engaño en persona ejercitada, si ella mesma de advertencia no se quiere engañar. Acaecídome ha muchas veces, si tengo alguna duda, no creer lo que me dicen, y pensar si se me antojó (esto después de pasado, que entonces es imposible) y verlo cumplido desde ha mucho tiempo; porque hace el Señor, que quede en la memoria, que no se puede olvidar, y lo que es del entendimiento, es como primer movimiento del pensamiento, que pasa, y se olvida. Estotro es, como obra, que aunque se olvide algo, y pase tiempo, no tan del todo, que se pierda la memoria, de que en fin se dijo, salvo si no ha mucho tiempo, o son palabras de favor, o doctrina; mas de profecía, no hay olvidarse, a mi parecer, al menos a mí, aunque tengo poca memoria. Y torno a decir, que me parece si un alma no fuese tan desalmada, que lo quiera fingir, que sería harto mal, y decir que lo entiende, no

siendo así: más dejar de ver claro, que ella lo ordena, y lo parla entre sí, paréceme no lleva camino, si ha entendido el espíritu de Dios; que si no toda su vida podrá estarse en ese engaño, y parecerle que entiende, aunque yo no sé cómo. O esta alma lo quiere entender, o no; si se está deshaciendo de lo que entiendo, y en ninguna manera querría entender nada por mil temores, y otras muchas causas que hay, para tener deseo de estar quieta en su oración, sin estas cosas, ¿cómo da tanto espacio el entendimiento, que ordene razones? Tiempo es menester para esto. Acá sin perder ninguno quedamos enseñadas, y se entienden cosas, que parece era menester un mes para ordenarlas. Y el mesmo entendimiento, y alma quedan espantados de algunas cosas que se entienden. Esto es así, y quien tuviere experiencia, verá que es al pie de la letra todo lo que he dicho. Alabo a Dios, porque lo he sabido así decir. Y acabo con que me parece, siendo del entendimiento, cuando lo quisiésemos lo podríamos entender, y cada vez que tenemos oración, nos podría parecer entendemos: mas en estotro no es así, sino que estaré muchos días, que aunque quiera entender algo es imposible; y cuando otras veces no quiero, como he dicho, lo tengo de entender. Paréceme, que quien quisiese engañará los otros, diciendo que entiendo de Dios lo que es de sí, que poco le cuesta decir, que lo oye con los oídos corporales: y es así cierto con verdad, que jamás pensé había otra manera de oír, ni entender, hasta que lo vi por mí; y así como he dicho, me cuesta harto trabajo.

6. Cuando es demonio, no solo no deja buenos efectos, más déjalos malos. Esto me ha acaecido no más de dos, o tres veces, y de sido luego avisada del Señor, como era demonio. Dejado la gran sequedad que queda, es una inquietud en el alma a manera de otras muchas veces, que ha permitido el Señor que tenga grandes tentaciones, y trabajos de alma de diferentes maneras; y aunque me atormenta hartas veces, como adelante diré, es una inquietud, que no se sabe entender de donde viene, sino que parece resiste el alma, y se alborota, y aflige sin saber de qué; porque lo que él dice no es malo, sino bueno. Pienso si siente un espíritu a otro. El gusto, y deleite que él da, a mi parecer es diferente en gran manera. Podría él engañar con estos gustos a quien no tuviere, o hubiere tenido otros de Dios. De veras digo gustos, una recreación suave, fuerte, impresa, deleitosa, quieta, que unas devocioncitas de lágrimas, y otros sentimientos pequeños, que al primer airecito de persecución se pierden estas florecitas, no las llamo devociones, aunque son buenos principios, y santos sentimientos, mas no para determinar estos efectos de buen espíritu, o malo. Y así es bien andar siempre con gran aviso; porque cuanto a personas que no están más adelante en oración, que hasta esto, fácilmente podrían ser engañados, si tuviesen visiones, o revelaciones. Yo nunca tuve cosas destas postreras, hasta haberme Dios dado por sola su bondad oración de unión, sino fue la primera vez que dije, que ha muchos años, que vi a Cristo, que pluguiera a su Majestad entendiera yo era verdadera visión, como después lo he entendido, que no me fuera poco bien. Ninguna blandura queda en el alma, sino como espantada, y con gran disgusto.

7. Tengo por muy cierto, que el demonio no engañará, ni lo permitirá Dios a alma, que de ninguna cosa se fía de sí, y esta fortalecida en la fe, que entienda ella de sí, que por un punto della morirá mil muertes: y con este amor a la fe, que infunde luego Dios, que es una fe viva, fuerte, siempre procura ir conforme a lo que tiene la Iglesia, preguntando a unos, y a otros, como quien tiene ya hecho asiento fuerte en estas verdades, que no la moverían cuantas revelaciones pueda imaginar, aunque viese abiertos los cielos, un punto de lo que tiene la Iglesia. Si alguna vez se viese vacilar en su pensamiento contra esto, o

detenerse en decir; pues si Dios me dice esto, también puede ser verdad, como lo que decía a los santos (no digo que lo crea, sino que el demonio la comience a tentar, por primero movimiento, que detenerse en ello, ya se ve que es malísimo; más aun primeros movimientos muchas veces en este caso, creo no vernán si el alma está en esto tan fuerte, como lo hace el Señor a quien da estas cosas, que le parece desmenuzaría los demonios, sobre una verdad de lo que tiene la Iglesia muy pequeña) digo, que si no viene en sí esta fortaleza grande, y que ayudo a ella la devoción, o visión, que no la tenga por segura. Porque aunque no se sienta luego el daño, poco a poco podría hacerse grande, que a lo que yo veo, y sé de experiencia, de tal manera queda el crédito de que es Dios, que vaya conforme a la Sagrada Escritura, y como un tantico torciese desto, mucha más firmeza sin comparación me parece tenía en que es demonio, que ahora tengo de que es Dios, por grande que la tenga; porque entonces no es menester andar a buscar señales, ni qué espíritu es, pues está tan clara esta señal para creer que es demonio, que si entonces todo el mundo me asegurase que es Dios, no lo creería. El caso es, que cuando es demonio, parece que se esconden todos los bienes, y huyen del alma, según queda desabrada, y alborotada, y sin ningún efeto bueno: porque aunque parece pone deseos, no son fuertes; la humildad que deja, es falsa, alborotada, y sin suavidad. Paréceme, que quien tiene experiencia del buen espíritu, lo entenderá.

8. Con todo puede hacer muchos embustes el demonio, y ansí no hay cosa en esto tan cierta, que no lo sea más temer, e ir siempre con aviso, y tener maestro que sea letrado, y no lo callar nada, y con esto ningún daño puede venir, aunque a mí hartos me han venido por estos temores demasiados, que tienen algunas personas. En especial me acaeció una vez, que se habían juntado muchos, a quien yo daba gran crédito, y era razón se le diese (que aunque yo ya no trataba sino con uno, y cuando él me lo mandaba, hablaba a otros, unos con otros trataban mucho de mi remedio, que me tenían mucho amor, y temían no fuese engañada: yo también traía grandísimo temor, cuando no estaba en la oración, que estando en ella, y haciéndome el Señor alguna merced, luego me aseguraba) creo eran cinco, o seis, todos muy siervos de Dios; y díjome mi confesor, que todos se determinaban en que era demonio, que no comulgase tan a menudo, y que procurase distraerme de suerte, que no tuviese soledad. Yo era temerosa en extremo, como he dicho, y ayudábame el mal de corazón, que aun en una pieza sola no osaba estar de día muchas veces. Yo como vi que tantos lo afirmaban, y yo no lo podía creer, diome grandísimo escrúpulo, pareciéndome poca humildad; porque todos eran más de buena vida sin comparación que yo, y letrados, que ¿por qué no los había de creer? Forzábame lo que podía para creerlos, y pensaba en mi ruin vida, y que conforme a esto debían de decir verdad. Fuime de la iglesia con esta aflicción, y entreme en un oratorio, habiéndome quitado muchos días de comulgar, quitada la soledad, que era todo mi consuelo, sin tener persona con quien tratar, porque todos eran contra mí: unos me parecía burlaban de mí, cuando dello trataba, como que se me antojaba: otros avisaban al confesor, que se guardase de mí; otros decían, que era claro demonio: solo el confesor (que aunque, conformaba con ellos, por probarme, según después supe) siempre me consolaba, y me decía, que aunque fuese demonio, no ofendiendo yo a Dios, no me podía hacer nada, que ello se me quitaría, que lo rogase mucho a Dios; y él, y todas las personas que confesaba lo hacían harto, y otras muchas; y yo toda mi oración, y cuantos entendía eran siervos de Dios, porque su Majestad me llevase por otro camino, y esto me duró no sé si dos años, que era contino pedirlo al Señor.

9. A mí ningún consuelo me bastaba, cuando pensaba era posible, que tantas veces me había de hablar el demonio. Porque de que no tornaba horas de soledad para oración, en conversación me hacía el Señor recoger, y sin poderlo yo excusar, me decía lo que era servido; y aunque me pesaba lo había de oír. Pues estándome sola, sin tener una persona con quien descansar, ni podía rezar, ni leer, sino como persona espantada de tanta tribulación, y temor de si me había de engañar el demonio, toda alborotada, y fatigada, sin saber qué hacer de mí (en esta aflicción me vi algunas, y muchas veces; aunque no me parece ninguna en tanto extremo) estuve así cuatro, o cinco horas, que consuelo, ni del cielo, ni de la tierra, no había para mí, sino que me dejó el Señor padecer, teniendo mil peligros. ¡Oh Señor mío, como sois vos el amigo verdadero, y cómo poderoso, cuando queréis podéis, nunca dejáis de querer si os quieren! Alaben os todas las cosas, Señor del mundo. ¡Oh quién diese voces por él, para decir cuán fiel sois a vuestros amigos! Todas las cosas faltan, vos Señor de todas ellas nunca faltáis. Poco es lo que dejáis padecer a quien os ama. ¡Oh Señor mío, qué delicada, y pulida, y sabrosamente los sabéis tratar! ¡Oh quien nunca se hubiera detenido en amar a nadie, sino a vos! Parece, Señor, que probáis con rigor a quien os ama, para que en el extremo del trabajo se entienda el mayor extremo de vuestro amor. ¡Oh Dios mío, quién tuviera entendimiento, y letras, y nuevas palabras, para encarecer vuestras obras, como lo entiende mi alma! Fáltame todo, Señor mío, mas si vos no me desamparáis, no os faltaré yo a vos. Levántense contra mí todos los letrados, persíganme todas las cosas criadas, atorméntenme los demonios, no me faltéis vos Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacáis a quien en solo vos confía. Pues estando en esta tan gran fatiga (aun entonces no había comenzado a tener ninguna visión) solas estas palabras bastaban para quitármela, y quietarme del todo: *No hayas miedo hija, que yo soy, y no te desampararé, no temas.*

10. Paréceme a mí, según estaba, que eran menester muchas horas para persuadirme a que me sosegase, y que no bastara nadie: heme aquí con solas estas palabras sosegada con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud, y luz, que en un punto vi mi alma hecha otra, y me parece, que con todo el mundo disputara, que era Dios. ¡Oh qué buen Dios! ¡Oh qué buen Señor, y qué poderoso! No solo da el consejo, sino el remedio. Sus palabras son obras. ¡Oh válame Dios, y como fortalece la fe, se aumenta el amor! Es así cierto, que muchas veces me acordaba de cuando el Señor mandó a los vientos, que estuviesen quedos en el mar, cuando se levantó la tempestad; y así decía yo: ¿Quién es este, que así le obedecen todas mis potencias, y da luz en tan gran oscuridad en un momento, y hace blando un corazón, que parecía piedra, da agua de lágrimas suaves, a donde parecía había de haber mucho tiempo sequedad? ¿Quién pone estos deseos? ¿Quién da este ánimo? Que me acaeció pensar, ¿de qué temo? ¿Qué es esto? yo deseo servir a este Señor, no pretendo otra cosa, sino contentarle; no quiero contento, ni descanso, ni otro bien, sino hacer su voluntad (que desto bien cierta estaba a mi parecer, que lo podía afirmar.) Pues si este Señor es poderoso, como veo que lo es, y sé que lo es, y que son sus esclavos los demonios, y desto no hay que dudar, pues es fe, siendo yo sierva deste Señor, y rey, ¿qué mal me pueden ellos hacer a mí? ¿Por qué no he de tener yo fortaleza para combatirme con todo el infierno? Tomaba una cruz en la mano, y parecía verdaderamente darme Dios ánimo (que yo me vi otra en breve tiempo) que no temería tomarme con ellos a brazos, que me parecía fácilmente con aquella cruz los venciera a todos; y así dije: Ahora venid todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podéis hacer.

11. Es sin duda, que me parecía me habían miedo, porque yo quedé sosegada, y tan sin temor de todos ellos, que se me quitaron todos los miedos que solía tener hasta hoy; porque aunque algunas veces los veía, como diré después, no les he habido más miedo, antes me parecía ellos me le hablan a mí. Quedome un señorío contra ellos, bien dado del Señor de todos, que no se me da más dellos que de moscas. Parécenme tan cobardes, que en viendo que los tienen en poco, no les queda fuerza. No saben estos enemigos de hecho acometer, sino a quien ven que se les rinde, o cuando lo permite Dios, para más bien de sus siervos, que los tienen, y atormenten. Pluguiése a su Majestad temiésemos a quien hemos de temer, y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial, que de todo el infierno junto, pues es ello así. Que espantados nos traen estos demonios, porque nos queremos nosotros espantar con nuestros asimientos de honra, y haciendas, deleites, que entonces juntos ellos con nosotros mismos, que nos somos contrarios, amando, y queriendo lo que hemos de aborrecer, mucho daño nos harán; porque con nuestras mismas armas les hacemos que peleen contra nosotros, poniendo en sus manos con las que nos hemos de defender. Ésta es la gran lástima; mas si todo lo aborrecemos por Dios, y nos abrazamos con la cruz, y tratamos servirle de verdad, huye él destas verdades, como de pestilencia. Es amigo de mentiras, y la misma mentira. No hará pacto con quien anda en verdad. Cuando él ve escurecido el entendimiento, ayuda lindamente a que se quiebren los ojos; porque si a uno ve ya ciego en poner su descanso en cosas vanas, y tan vanas, que parecen las deste mundo cosa de juego de niño, ya él ve que este es niño, pues trata como tal, y atrévese a luchar con él, una, y muchas veces.

12. Plega al Señor, que no sea yo destos, sino que me favorezca su Majestad, para entender por descanso lo que es descanso, y por honra lo que es honra, y por deleite lo que es deleite, y no todo al revés, y una higa para todos los demonios, que ellos me temerán a mí. No entiendo estos miedos, demonio, demonio, donde podemos decir, Dios, Dios, y hacerle temblar. Si que ya sabemos, que no se puede menear, si el Señor no lo permite. ¿Qué es esto? Es sin duda, que tengo ya más miedo a los que tan grande le tienen al demonio, que a él mismo; porque él no me puede hacer nada, y estotros, en especial si son confesores, inquietan mucho, y he pasado algunos años de tan gran trabajo, que ahora me espanto como lo he podido sufrir. Bendito sea el Señor, que tan de veras me ha ayudado.

CAPÍTULO XXVI

Prosigue en la misma materia, va declarando, y diciendo cosas que le han acaecido que le hacían perder el temor, y afirmar que era buen espíritu el que la hablaba

1. Tengo por una de las grandes mercedes que me ha hecho el Señor, este ánimo que me dio contra los demonios; porque andar un alma acobardada, y temerosa de nada, sino de ofender a Dios, es grandísimo inconveniente, pues tenemos Rey todo poderoso, y tan gran Señor, que todo lo puede, y a todos sujeta. No hay que temer, andando (como he dicho) en verdad delante de su Majestad, y con limpia conciencia. Para esto (como he dicho) querría yo todos los temores, para no ofender en un punto a quien en el mismo punto nos puede deshacer. Que contento su Majestad, no hay quien sea contra nosotros, que no lleve las manos en la cabeza. Podrase decir, que así es: mas que, ¿quién será esta

alma tan recta, que del todo le contente, y que por eso teme? No la mía por cierto, que es muy miserable, y sin provecho, y llena de mil miserias; mas no ejecuta Dios como las gentes, que entiende nuestras flaquezas; mas por grandes conjeturas siente el alma en sí, si le ama de verdad, porque en las que llegan a este estado, no anda el amor disimulado, como a los principios, sino con tan grandes ímpetus, y deseo de ver a Dios, como después diré, o queda ya dicho. Todo cansa, todo fatiga, todo atormenta, sino es con Dios, o por Dios: no hay descanso, que no canse, porque se ve ausente de su verdadero descanso, y así es cosa muy clara, que como digo, no pasa en disimulación.

2. Acaeciome otras veces verme con grandes tribulaciones y murmuraciones sobre cierto negocio, que después diré, de casi todo el lugar a donde estoy, y de mi orden, y afligida con muchas ocasiones que había para inquietarme, y decirme el Señor: *¿De qué temes? ¿No sabes que soy todopoderoso? yo cumpliré lo que le he prometido.* Y así se cumplió bien después. Y quedar luego con una fortaleza, que de nuevo me parece me pusiera en emprender otras cosas, aunque me costasen más trabajos para servirle, y me pusiera de nuevo a padecer. Es esto tantas veces, que no lo podría yo contar: muchas las que me hacía reprensiones, y hace cuando hago imperfecciones, que bastan a deshacer un alma. Al menos traen consigo el enmendarse, porque su Majestad (como he dicho) da el consejo y el remedio. Otras traerme a la memoria mis pecados pasados, en especial cuando el Señor me quiere hacer alguna señalada merced, que parece ya se ve el alma en el verdadero juicio, porque le representan la verdad con conocimiento claro, que no sabe a dónde se meter: otras avisarme de algunos peligros míos, y de otras personas, cosas por venir, tres, o cuatro años antes, muchas, y todas se han cumplido; algunas podrá ser señalar. Ansí que hay tantas cosas para entender, que es Dios, que no se puede ignorar a mi parecer.

3. Lo más seguro es (yo así lo hago, y sin esto no ternía sosiego, ni es bien que mujeres le tengamos, pues no tenemos letras, y aquí no puede haber daño, sino muchos provechos) como muchas veces me ha dicho el Señor, que no deje de comunicar toda mi alma y las mercedes que el Señor me hace con el confesor, y que sea letrado y que le obedezca. Esto muchas veces. Tenía yo un confesor que me mortificaba mucho, y algunas veces me afligía y daba gran trabajo, porque me inquietaba mucho, y era el que más me aprovechó a lo que me parece; y aunque le tenía mucho amor, tenía algunas tentaciones por dejarle, y parecíame me estorbaban aquellas penas que me daba de la oración. Cada vez que estaba determinada a esto, entendía luego que no lo hiciese, y una reprensión que me deshacía más que cuanto el confesor hacía: algunas veces me fatigaba, cuestión por un cabo, y reprensión por otro; y todo lo había menester, según tenía poco doblada la voluntad. Díjome una vez que no era obedecer, si no estaba determinada a padecer, que pusiese los ojos en lo que él había padecido, y todo se me haría fácil.

4. Aconsejome una vez un confesor, que a los principios me había confesado, que ya que estaba probado ser buen espíritu, que callase, y no diese ya parte a nadie, porque mejor era ya estas cosas callarlas. A mí no me pareció mal, porque yo sentía tanto cada vez que las decía al confesor, y era tanta mi afrenta, que mucho más que confesar pecados graves lo sentía algunas veces, en especial si eran las mercedes grandes, parecíame no me habían de creer, y que burlaban de mí. Sentía yo tanto esto, que me parecía era desacato a las maravillas de Dios, que por esto quisiera callar. Entendí entonces que había sido muy mal

aconsejada de aquel confesor, que en ninguna manera callase cosa al que me confesaba, porque en esto había gran seguridad, y haciendo lo contrario, podría ser engañarme alguna vez.

5. Siempre que el Señor me mandaba una cosa en la oración, si él confesor me decía otra, me tornaba el mismo Señor a decir, que le obedeciese: después su Majestad le volvía, para que me lo tornase a mandar. Cuando se quitaron muchos libros de romance, que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos, y yo no podía ya, por dejarlos en latín, me dijo el Señor: *No tengas pena, que yo te daré libro vivo*. Yo no podía entender, porqué se me había dicho esto, porque aún no tenía visiones; después desde a bien pocos días lo entendí muy bien, porque he tenido tanto que pensar, y recogerme en lo que veía presente, y ha tenido tanto amor el Señor conmigo para enseñarme de muchas maneras, que muy poca, o casi ninguna necesidad he tenido de libros. Su Majestad ha sido el libro verdadero a donde he visto las verdades. Bendito sea tal libro, que deja imprimido lo que se ha de leer, y hacer de manera, que no se puede olvidar.

6. ¿Quién ve al Señor cubierto de llagas, y afligido con persecuciones, que no las abrace, y las ame y las desee? ¿Quién ve algo de la gloria, que da a los que le sirven, que no conozca es todo nada cuanto se puede hacer, y padecer, pues tal premio esperamos? ¿Quién ve los tormentos que pasan los condenados, que no se lo hagan deleites los tormentos de acá, en su comparación, y conozcan lo mucho que deben al Señor en haberlos librado tantas veces de aquel lugar? Porque con el favor de Dios se dirá más de algunas cosas, quiero ir adelante en el proceso de mi vida. Plega al Señor haya sabido declararme en esto que he dicho, bien creo que quien tuviere experiencia lo entenderá, y verá he atinado a decir algo; quien no, no me espanto le parezca desatino todo, basta decirlo yo, para quedar disculpado, ni yo culparé a quien lo dijere. El Señor me deje atinar en cumplir su voluntad. Amén.

CAPÍTULO XXVII

En que trata otro modo, con que enseña el Señor el alma, y sin hablarla, la da a entender su voluntad por una manera admirable. Trata también de declarar una visión, y gran merced que le hizo el Señor, no imaginaría. Es mucho de notar este capítulo

1. Pues tornando al discurso de mi vida, yo estaba con esta aflicción de penas, y con grandes oraciones, como he dicho que se hacía, porque el Señor me llevase por otro camino que fuese más seguro, pues en esto me decían era tan sospechoso. Verdad es, que aunque yo lo suplicaba a Dios, por mucho que quería desear otro camino, como veía tan mejorada mi alma (sino era alguna vez, cuando estaba muy fatigada de las cosas que me decían, y miedos que me ponían) no era en mi mano desearlo, aunque siempre lo pedía. Yo me veía otra en todo; no podía, sino poníame en las manos de Dios, que él sabía lo que me convenía, que cumpliese en mí lo que era su voluntad en todo. Veía que por este camino le llevaba para el cielo, y que antes iba al infierno, que había de desear esto; ni creer que era demonio, no me podía forzar a mí, aunque hacía cuanto podía por creerlo, y desearlo, mas no era en mi mano. Ofrecía lo que hacía, si era alguna buena obra, por eso.

Tomaba santos devotos, porque me librasen del demonio. Andaba novenas, encomendábame a san Hilarión, y a san Miguel el ángel, con quien por esto tomé nuevamente devoción, y a otros muchos santos importunaba mostrase el Señor la verdad, digo que lo acabasen con su Majestad. A cabo de dos años que andaba con toda esta oración mía, y de otras personas para lo dicho, o que el Señor me llevase por otro camino o declarase la verdad, porque eran muy continas las hablas, que he dicho me hacía el Señor, me acaeció esto.

2. Estando un día del glorioso san Pedro en oración, vi cabe mí, o sentí, por mejor decir, que con los ojos del cuerpo, ni del alma no vi nada, más pareciome estaba junto cabe mi Cristo, y veía ser él el que me hablaba, a mi parecer. Yo como estaba ignorantísima de que podía haber semejante visión, diome grande temor al principio, y no hacía sino llorar, aunque en diciéndome una palabra sola de asegurarme, quedaba como solía, quieta, y con regalo, y sin ningún temor. Parecíame andar siempre al lado Jesucristo; y como no era visión imaginaria, no veía en que forma: mas estar siempre a mi lado derecho sentíalo muy claro, y que era testigo de todo lo que yo hacía, y que ninguna vez que me recogiese un poco, o no estuviese muy divertida, podía ignorar que estaba cabe mí.

3. Luego fuí a mi confesor harto fatigada a decírselo. Preguntome, que ¿en qué forma le veía? yo le dije que no le veía. Díjome, que ¿cómo sabía yo que era Cristo? yo le dije, que no sabía cómo, mas que no podía dejar de entender que estaba cabe mí, y le veía claro, y sentía, y que el recogimiento del alma era muy mayor en oración de quietud, y muy continua, y los efectos que eran muy otros que solía tener, y que era cosa muy clara. No hacía sino poner comparaciones Para darme a entender; y cierto para esta manera de visión, a mi parecer, no la hay que mucho cuadre: que ansí como es de las más subidas (según después me dijo un santo hombre, y de gran espíritu llamado fray Pedro de Alcántara, de quien después haré más mención, y me han dicho otros letrados grandes, y que es a donde menos se puede entremeter el demonio de todas) ansí no hay términos para decirla acá, las que poco sabemos, que los letrados mejor lo darán a entender. Porque si digo, que con los ojos del cuerpo, ni del alma, no le veo, porque no es imaginaria visión, como entiendo, y me afirmo con más claridad, que está cabe mí, que si lo viese. Porque parecer, que es como una persona que está a oscuras, que no ve a otra, que está cabe ella, o si es ciega, no va bien; alguna semejanza tiene, mas no mucha, porque siente con los sentidos, o la oye hablar, o menear, o la toca. Acá no hay nada desto, ni se ve oscuridad, sino que se representa por una noticia al alma más clara que el sol. No digo que se ve sol, ni claridad, sino una luz, que sin ver luz alumbró el entendimiento; para que goce el alma tan gran bien. Trae consigo grandes bienes.

4. No es como una presencia de Dios, que se siente muchas veces (en especial los que tienen oración de unión, y quietud) que parece en queriendo comenzar a tener oración, hallamos con quien hablar, y parece entendemos nos oye por los efectos, y sentimientos espirituales, que sentimos de grande amor, y fe, y otras determinaciones con ternura. Esta gran merced es de Dios, y téngalo en mucho a quien lo ha dado; porque es muy subida oración, mas no es visión que entendiéndose que está allí Dios por los efectos, que como digo hace al alma, que por aquel modo quiere su Majestad darse a sentir: acá vese claro, que está aquí Jesucristo, Hijo de la Virgen. En esta otra manera de oración representáanse unas influencias de la Divinidad: aquí junto con éstas se ve nos acompaña, y quiere hacer

mercedes también la humanidad sacratísima. Pues preguntome el confesor, ¿quién dijo que era Jesucristo? él me lo dijo muchas veces, respondí yo: mas antes que me lo dijese, se imprimió en mi entendimiento que era él, y antes desto me lo decía, y no le veía. Si una persona que yo nunca hubiese visto, sino oído nuevas della, me viniese a hablar estando ciega, o en gran escuridad, y me dijese quien era, creerlo ya, mas no tan determinadamente lo podría afirmar ser aquella persona, como si la hubiera visto. Acá sí, que sin verse se imprime con una noticia tan clara, que no parece se puede dudar: que quiere el Señor esté tan esculpida en el entendimiento, que no se puede dudar más, que lo que se ve, ni tanto, porque en esto algunas veces nos queda sospecha, si se nos antojó: acá aunque de presto dé esta sospecha, queda por una parte gran certidumbre, que no tiene fuerza la duda. Ansí es también en otra manera, que Dios, enseña al alma, y la habla sin hablar, de la manera que queda dicho.

5. Es un lenguaje tan del cielo, que acá se puede mal dar a entender, aunque más queramos decir, si el Señor por experiencia no lo enseña. Pone el Señor lo que quiere que el alma entienda, en lo muy interior del alma, y allí lo representa sin imagen, ni forma de palabras, sino a manera desta visión que queda dicha. Y nótese mucho esta manera de hacer Dios, que entiende el alma lo que él quiere, y grandes verdades, y misterios; porque muchas veces lo que entiendo cuando el Señor me declara alguna visión, que quiere su Majestad representarme, es ansí; y paréceme que es a donde el demonio se puede entremeter menos, por estas razones; si ellas no son buenas, yo me debo engañar. Es una cosa tan de espíritu esta manera de visión, y de lenguaje, que ningún bullicio hay en las potencias, ni en los sentidos, a mi parecer, por donde el demonio pueda sacar nada. Esto es alguna vez, y con brevedad, que otras bien me parece a mí que no están suspendidas las potencias, ni quitados los sentidos, sino muy en sí, que no es siempre esto en contemplación, antes muy pocas veces; mas estas que son, digo, que no obramos nosotros nada, ni hacemos nada, todo parece obra del Señor. Es como cuando ya está puesto el manjar en el estómago sin comerle, ni saber nosotros cómo se puso allí, mas entiende bien que está; aunque aquí no se entiende el manjar que es, ni quién lo puso: acá sí, mas como se puso no lo sé, que ni se vio, ni se entiende, ni jamás se había movido a desearlo, ni había venido a mi noticia que esto podía ser.

6. En la habla que hemos dicho antes, hace Dios al entendimiento, que advierta, aunque le pese, a entender lo que se dice, que allá parece tiene el alma otros oídos con que oye, y que la hace escuchar, y que no se divierta; como a uno que oyese quien, y no le consintiesen atapar los oídos, y le hablasen junto a voces, aunque no quisiese lo oír. Y en fin algo hace, pues está atento a entender lo que le hablan acá ninguna cosa, que aún este poco, que es solo escuchar, que hacía en lo pasado, se le quita. Todo lo halla guisado, y comido, no hay más que hacer de gozar; como uno que sin deprender, ni haber trabajado nada para saber leer, ni tampoco hubiese estudiado nada, hallase toda la ciencia sabida va en sí, sin saber cómo, ni dónde, pues aun nunca había trabajado, aun para deprender el A B C. Esta comparación postrera me parece declara algo deste don celestial; porque se ve el alma en un punto sabia, y tan declarado el misterio de la Santísima Trinidad, y de otras cosas muy subidas, que no hay teólogo con quien no se atreviese a disputar la verdad destas grandezas. Quedase tan espantada, que basta una merced destas para trocar toda un alma, y hacerla no amar cosa sino a quien ve, que sin trabajo ninguno suyo la hace capaz de tan grandes bienes, y lo comunica secretos, y trata

con ella con tanta amistad, y amor que no se sufre escribir. Porque hace algunas mercedes, que consigo traen la sospecha, por ser de tanta admiración, y hechas a quien tan poco las ha merecido, que si no hay muy viva fe, no se podrán creer: y así yo pienso decir pocas de las que el Señor me ha hecho a mí, si no me mandaren otra cosa, sino son algunas visiones, que pueden para alguna cosa aprovechar, o para que a quien el Señor las diere, no se espante, pareciéndole imposible, como hacía yo: o para declararle el modo, o camino por donde el Señor me ha llevado, que es lo que me mandan escribir.

7. Pues tornando a esta manera de entender, lo que me parece es, que quiere el Señor de todas maneras tenga, esta alma alguna noticia de lo que pasa en el cielo: y paréceme a mí, que así como alta sin hablar se entienden (lo que yo nunca supe cierto es así, hasta que el Señor por su bondad quiso que lo viese, y me lo mostró en un arrobamiento) así es acá, que se entienden Dios, y el alma, con solo querer su Majestad que lo entienda, sin otro artificio, para darse a entender el amor que se tienen estos dos amigos. Como acá si dos personas se quieren mucho, y tienen buen entendimiento, aun sin señas parece que se entienden con solo mirarse. Esto debe ser así, que sin ver nosotros, como de hito en hito se miran estos dos amantes, como lo dice el Esposo a la Esposa en los Cantares, a lo que creo, helo oído que es aquí.

8. ¡Oh benignidad admirable de Dios, que así os dejáis mirar de unos ojos, que tan mal han mirado, como los de mi alma! Queden ya Señor desta vista acostumbrados en no mirar cosas bajas, ni que les contente ninguna, fuera de vos. ¡Oh ingratitud de los mortales! ¿Hasta cuándo ha de llegar? Que sé yo por experiencia, que es verdad esto que digo, y que es lo menos de lo que vos hacéis con una alma que traéis a tales términos, lo que se puede decir. ¡Oh almas que habéis comenzado a tener oración, y las que tenéis verdadera fe, qué bienes podéis buscar, aun en esta vida (dejemos lo que se gana para sin fin) que sea como el menor destos! Mira, que es así cierto, que se da Dios a sí; a los que todo lo dejan por él. No es aceptador de personas, a todas ama, no tiene nadie excusa, por ruin que sea, pues así lo hace conmigo, trayéndome a tal estado. Mira, que no es cifra lo que digo de lo que se puede decir, solo va dicho lo que es menester para darse a entender esta manera de visión, y merced que hace Dios al alma; mas no puedo decir lo que se siente, cuando el Señor la da a entender secretos, y grandezas suyas, el deleite tan sobre cuantos acá se pueden entender, que bien con razón hace aborrecer los deleites de la vida, que son basura todos juntos. Es aseos traerlos a ninguna comparación aquí, aunque sea para gozarlos sin fin. Y destos que da el Señor sola una gota de agua del gran río caudaloso, que nos está aparejado.

9. Vergüenza es, y yo cierto la he de mí, y si pudiera haber afrenta en el cielo, con razón estuviera yo allá más afrentada. ¿Por qué hemos de querer tantos bienes, y deleites, y gloria para sin fin, todos a costa del buen Jesús? ¿No lloraremos siquiera con las hijas de Jerusalén, ya que no le ayudemos a llevar la cruz con el Cirineo? Que ¿con placeres, y pasatiempos hemos de gozar lo que él nos ganó a costa de tanta sangre? Es imposible. ¿Y con honras vanas pensamos remediar un desprecio como él sufrió, para que nosotros reinemos para siempre? No lleva camino. Errado, errado vi el camino, nunca llegaremos allá. Dé voces vuesa merced en decir estas verdades, pues Dios me quitó a mí esta libertad. A mí me las querría dar siempre, y oyome tan tarde, y entendí a Dios, como se verá por lo escrito, que me es grave confusión hablar en esto, y así quiero callar solo

diré lo que algunas veces considero. Plega al Señor me traiga a términos, que yo pueda gozar deste bien. ¿Qué gloria será, y qué contento de los bienaventurados, que ya gozan desto, cuando vieren, que aunque tarde, no les quedó cosa por hacer por Dios de las que les fue posible? Ni dejaron cosa por darle de todas las maneras que pudieron, conforme a sus fuerzas, y estado, y el que más, más. ¡Qué rico se hallará, el que todas las riquezas dejó por Cristo! ¡Qué honrado, el que no quiso honra por él, sino que gustaba de verse muy abatido! ¡Qué sabio, el que se holgó que le tuviesen por loco, pues lo llamaron a la misma Sabiduría! ¡Qué pocos hay ahora por nuestros pecados! Ya, en parece se acabaron los que las gentes tenían por locos, de verlos hacer obras heroicas de verdaderos amadores de Cristo. ¡Oh mundo, mundo, cómo vas ganando honra en haber pocos que te conozcan! ¿Mas si pensamos se sirve ya más Dios de que nos tengan por sabios, y discretos? Eso, eso debe ser, según se usa de discreción; luego nos parece es poca edificación, no andar con mucha compostura, y autoridad, cada uno en su estado. Hasta el fraile, clérigo, o monja, nos parecerá que traer cosa vieja, y remendada, es novedad, y dar escándalo a los flacos y aun estar muy recogidos, y tener oración, según está el mundo, tan olvidadas las cosas de perfección de grandes ímpetus que tenían los santos, que pienso hace más daño a las desventuras que pasan en estos tiempos, que no haría escándalo a nadie dar a entender los religiosos por obras, como lo dicen por palabras, en lo poco que se ha de tener el mundo, que destos escándalos el Señor saca dellos grandes provechos; y si unos se escandalizan, otros se remuerden, si quiera que hubiese un dibujo de lo que pasó por Cristo, y sus Apóstoles, pues ahora más que nunca es menester.

10. Y qué bueno nos le llevó Dios ahora en el bendito fray Pedro de Alcántara. No está ya el mundo para sufrir tanta perfección. Dicen que están las saludes más flacas, y que no son los tiempos pasados. Este santo hombre, deste tiempo era, estaba grueso el espíritu como en los otros tiempos, y ansí tenía el mundo debajo de los pies, que aunque no anden desnudos, ni hagan tan áspera penitencia como él, muchas cosas hay, como otras veces he dicho, para repisar el mundo, y el Señor las enseña cuando ve ánimo. Y cuán grande le dio su Majestad a este santo que digo para hacer cuarenta y siete años tan áspera penitencia, como todos saben. Quiero decir algo della, que sé es toda verdad. Díjome a mí y a otra persona, de quien se guardaba poco (y a mí el amor que me tenía era la causa, porque quiso el Señor le tuviese para volver por mí, y animarme en tiempo de tanta necesidad, como he dicho y diré) paréceme fueron cuarenta años los que me dijo había dormido sola hora y media entre noche y día, y que este era el mayor trabajo de penitencia que había tenido en los principios de vencer el sueño, y para esto estaba siempre o de rodillas, o en pie. Lo que dormía era sentado, la cabeza arrimada a un maderillo que tenía hincada en la pared. Echado, aunque quisiera, no podía, porque su celda, como se sabe, no era más larga que cuatro pies y medio. En todos estos años jamás se puso la capilla, por grandes soles, y aguas que hiciese, ni cosa en los pies, ni vestida, sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y este tan angosto como se podía sufrir, y un mantillo de lo mesmo encima. Decíame que en los grandes fríos se le quitaba y dejaba la puerta y ventanilla abierta de la celda, para que con ponerse después el manto y cerrar la puerta contentaba el cuerpo, para que sosegase con más abrigo. Comer a tercero día era muy ordinario. Y díjome, ¿que de qué me espantaba? Que muy posible era a quien se acostumbraba a ello. Un su compañero me dijo, que le acaecía estar ocho días sin comer. Debía ser estando en oración, porque tenía grandes arrobamientos e ímpetus de amor de Dios, de que una vez yo fuí testigo. Su pobreza era extrema y

mortificación en la mocedad, que me dijo que le había acaecido estar tres tiros en una casa de su Orden, y no conocer fraile si no era por la habla; porque no alzaba los ojos jamás, y así a las partes que de necesidad había elegir, no sabía, sino íbase tras los frailes. Esto le acaecía por los caminos a mujeres jamás; miraba, esto muchos años. Decíame que ya no se le daba más ver, que no ver; mas era muy viejo cuando le vine a conocer, y tan extrema su flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles. Con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras, si no era con preguntarle. En estas era muy sabroso, porque tenía muy lindo entendimiento. Otras cosas muchas quisiera decir sino que he miedo dirá vuesa merced que para que me meto en esto, y con él lo he escrito. Y así lo dejo con que fue su fin como la vida, predicando y amonestando a sus frailes. Como vio ya se acababa, dijo el salmo de *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi*, e hincado de rodillas murió.

11. Después ha sido el Señor servido, yo tenga más en él que en la vida, aconsejándome en muchas cosas. Hele visto muchas veces con grandísima gloria. Díjome la primera que me apareció, que bienaventurada penitencia que tanto premio había merecido, y otras muchas cosas. Un año antes que muriese me apareció estando ausente, y supe se había de morir, y se lo avisé, estando algunas leguas de aquí. Cuando espiró, me apareció, y dijo cómo se iba a descansar. Yo no lo creí; djélo a algunas personas, y desde ha ocho días vino la nueva como era muerto, o comenzado a vivir para siempre, por mejor decir. Hela aquí acabada esta aspereza de vida con tan gran gloria, paréceme que mucho más me consuela que cuando acá estaba. Díjome una vez el Señor, que no le pedirían cosa en su nombre, que no la oyese. Muchas que le he encomendado pida al Señor, las he visto cumplidas. Sea bendito por siempre. Amén.

12. Mas que hablar he hecho para despertar a vuesa merced a no estimar en nada cosa desta vida, como si no lo supiese, o no estuviera ya determinado a dejarlo todo, y puéstolo por obra. Veo tanta perdición en el mundo, que aunque, no aproveche más decirlo yo, de cansarme de escribirlo, me es descanso, que todo es contra mí lo que digo. El Señor me perdone lo que en este caso le he ofendido, y vuesa merced que le canso sin propósito. Parece que quiero haga penitencia de lo que yo en esto pequé.

CAPÍTULO XXVIII

En que trata las grandes mercedes que le hizo el señor, y cómo le apareció la primera vez: declara que es visión imaginaria: dice los grandes efectos y señales que deja cuando es Dios. Es muy provechoso capítulo, y mucho de notar

1. Tornando a nuestro propósito, pasé algunos días, pocos, con esta visión muy continua, y hacíame tanto provecho, que no salía de oración; y aun cuanto hacía, procuraba fuese de suerte que no descontentase al que claramente veía estaba por testigo; y aunque a veces temía con lo mucho que me decían, durábame poco el temor, porque el Señor me aseguraba. Estando un día en oración, quiso el Señor mostrarme solas las manos con tan grandísima hermosura que no lo podría yo encarecer. Hízome gran temor, porque cualquier novedad me le hace grande a los principios de cualquiera merced sobrenatural, que el Señor me haga. Desde ha pocos días vi también aquel divino rostro, que del todo

me parece me dejó absorta. No podía yo entender, por qué el Señor se mostraba así poco a poco, pues después me había de hacer merced que yo lo viese del todo, hasta después que de entendido que me iba su Majestad llevando conforme a mi flaqueza natural. Sea bendito por siempre, porque tanta gloria junta, tan bajo y ruin sujeto no la pudiera sufrir, y como quien esto sabía, iba el piadoso Señor disponiendo.

2. Parecerá a vuesa merced que no era menester mucho esfuerzo para ver unas manos y rostro tan hermoso: sonlo tanto los cuerpos glorificados, que la gloria que traen consigo ver cosa tan sobrenatural y hermosa, desatina; y así me hacía tanto temor, que toda me turbaba y alborotaba, aunque después quedaba con certidumbre, y seguridad, y con tales efectos, que presto se perdía el temor.

3. Un día de san Pablo, estando en misa, se me representó toda esta humanidad sacratísima, como se pinta resucitado, con tanta hermosura y majestad, como particularmente escribí a vuesa merced cuando mucho me lo mandó. Y hacía hartos de mal, porque no se puede decir, que no sea deshacerse; mas lo mejor que supe, ya lo dije, y así no hay para que tornarlo a decir aquí: solo digo, que cuando otra cosa no hiciese para deleitar la vista en el cielo, sino la gran hermosura de los cuerpos glorificados, es grandísima gloria, en especial ver la humanidad de Jesucristo Señor nuestro, aun acá que se muestra su Majestad conforme a lo que puede sufrir nuestra miseria, ¿qué será a donde del todo se goza tal bien? Esta visión, aunque es imaginaria. nunca la vi con los ojos corporales, ni ninguna, sino con los ojos del alma. Dicen los que lo saben mejor que yo, que es más perfecta la pasada que esta, y ésta más mucho que las que se ven con los ojos corporales. Ésta dicen, que es la más baja, y a donde más ilusiones puede hacer el demonio, aunque entonces no podía yo entender tal, sino que deseaba, ya que se me hacía esta merced, que fuese viéndola con los ojos corporales, para que no me dijese el confesor se me antojaba. Y también después de pasada me acaecía (esto era luego, luego) pensar yo también en esto, que se me había antojado, y fatigábame de haberlo dicho al confesor, pensando si le había engañado. Éste era otro llanto, e iba a él, y decíasele. Preguntábame, ¿que si me parecía a mí así, o si había querido engañar? yo le decía la verdad, porque a mi parecer no mentía, ni tal había pretendido, ni por cosa del mundo dijera una cosa por otra. Esto bien lo sabía él, y así procuraba sosegar me, y yo sentía tanto en irle con estas cosas, que no sé cómo el demonio me ponía, lo había de fingir para atormentarme a mí mesma.

4. Mas el Señor se dio tanta priesa a hacerme esta merced, y declarar esta verdad, que bien presto se me quitó la duda de si era antojo, y después veo muy claro mi bobería; porque si estuviera muchos años imaginando cómo figurar cosa tan hermosa, no pudiera, ni supiera, porque excede a todo lo que acá se puede imaginar, aun sola blancura y resplandor. No es resplandor que deslumbre, sino una blancura suave, y el resplandor infuso, que da deleite grandísimo a la vista; y no la cansa, ni la claridad que se ve, para ver esta hermosura tan divina. Es una luz tan diferente de la de acá, que parece una cosa tan deslustrada la claridad del sol que vemos, en comparación de aquella claridad y luz que se representa a la vista, que no se querrían abrir los ojos después.

5. Es como ver un agua muy clara, que corre sobre cristal, y reverbera ella el sol, a una muy turbia, y con gran nublado, y que corre por encima de la tierra. No porque se le representa sol, ni la luz es como la del sol, parece en fin luz natural, y esta otra cosa

artificial. Es luz que no tiene noche, sino que como siempre es luz, no la turba nada. En fin es de suerte, que por grande entendimiento que una persona tuviese, en todos los días de su vida podría imaginar cómo es; y pónela Dios delante tan presto, que aun no hubiera lugar para abrir los ojos, si fuera menester abrirlos; mas no hace más estar abiertos, que cerrados, cuando el Señor quiere, que aunque no queramos se ve. No hay divertimiento que baste, ni hay poder resistir, ni basta diligencia, ni cuidado para ello. Esto tengo yo bien experimentado, como diré.

6. Lo que yo ahora querría decir, es el modo como el Señor se muestra por estas visiones: no digo, que declararé de qué manera puede ser poner esta luz tan fuerte en el sentido interior, y en el entendimiento imagen tan clara, que parece verdaderamente está allí, porque esto es de letrados: no ha querido el Señor darme a entender el cómo; y soy tan ignorante, y de tan rudo entendimiento, que aunque mucho me lo han querido declarar, no he aún acabado de entender el cómo. Y esto es cierto, que aunque a vuesa merced le parezca que tengo vivo entendimiento, que no lo tengo, porque en muchas cosas lo he experimentado, que no comprende más de lo que le dan a comer, como dicen. Algunas veces se espantaba el que me confesaba de mis ignorancias, y jamás me dio a entender, ni aun lo deseaba, como hizo Dios esto, o pudo ser esto, ni lo preguntaba, aunque como he dicho, de muchos daños acá trataba con buenos letrados. Si era una cosa pecado, o no, esto sí; en lo demás no era menester más para mí de pensar, hízolo Dios todo, y veía que no había de que me espantar, sino por que le alabar, y antes me hacen devoción las cosas dificultosas, y mientras más, más.

7. Diré pues lo que he visto por experiencia, el cómo el Señor lo hace, vuesa merced lo dirá mejor, y declarará todo lo que fuere oscuro, y yo no supiere decir. Bien me parecía en algunas cosas, que era imagen lo que veía, más por otras muchas no, sino que era el mismo Cristo, conforme a la claridad con que era servido mostrármeme. Unas veces era tan en confuso, que me parecía imagen, no como los dibujos de acá, por muy perfectos que sean, que hartos he visto buenos: es disbarate pensar que tiene semblanza lo uno con lo otro en ninguna manera, no más, ni menos que la tiene una persona viva a su retrato, que por bien que esté sacado, no puede ser tan al natural, que en fin se ve es cosa muerta: mas dejemos esto, que aquí viene bien, y muy al pie de la letra. No digo, que es comparación, que nunca son tan cabales, sino verdad, que hay la diferencia, que de lo vivo a lo pintado, no más, ni menos; porque si es imagen, es imagen viva, no hombre muerto, sino Cristo vivo; y da a entender, que es hombre, y Dios, no como estaba en el sepulcro, sino como salió dél después de resucitado. Y viene a veces con tan grande majestad, que no hay quien pueda dudar, sino que es el mismo Señor, en especial en acabando de comulgar, que ya sabemos que está allí, que nos lo dice la fe. Representase tan Señor de aquella posada, que parece toda deshecha el alma, se ve consumir en Cristo. ¡Oh Jesús mío, quién pudiese dar a entender la majestad con que os mostráis! ¡Y cuán Señor de todo el mundo, y de los cielos, y de otros mil mundos, y sin cuento mundos, y cielos que vos criáades, entiende el alma, según con la majestad que os representáis, que no es nada para ser vos Señor dello!

8. Aquí se ve claro, Jesús mío, el poco poder de todos los demonios, en comparación del vuestro, y como quien os tuviere contento puede repisar el infierno todo. Aquí ve la razón que tuvieron los demonios de temer cuando bajastes al limbo, y tuvieran de desear otros

mil infiernos más bajos para huir de tan gran majestad, y veo que queréis dar a entender al alma cuán grande es, y el poder que tiene esta sacratísima humanidad, junto con la divinidad. Aquí se representa bien, qué será el día del juicio ver esta majestad deste Rey, y verle con rigor para los malos. Aquí es la verdadera humildad, que deja en el alma de ver su miseria, que no la pueden ignorar. Aquí la confusión, y verdadero arrepentimiento de los pecados, que aun con verle que muestra amor, no sabe a dónde se meter, y ansí se deshace toda. Digo, que tiene tan grandísima fuerza esta visión, cuando el Señor quiere mostrar al alma mucha parte de su grandeza, y majestad, que tengo por imposible, si muy sobre natural no la quisiese el Señor ayudar, con quedar puesta en arrobamiento, y éxtasi (que pierde el ver la visión de aquella divina presencia, con gozar) sería, como digo, imposible sufrirla ningún sujeto. Es verdad, que se olvida después. Tan imprimida queda aquella majestad, y hermosura, que no hay poderla olvidar, sino es cuando quiere el Señor que padezca el alma una sequedad, y soledad grande, que diré adelante, que aun entonces de Dios parece se olvida. Queda el alma otra, siempre embebida, parécele comienza de nuevo amor vivo de Dios en muy alto grado, a mi parecer; que aunque la visión pasada, que dije que representa a Dios sin imagen, es más subida, que para durar la memoria conforme a nuestra flaqueza, para traer bien ocupado el pensamiento, es gran cosa el quedar representada, y puesta en la imaginación tan divina presencia. Y casi vienen juntas estas dos maneras de visión siempre; y aun es ansí que lo vienen, porque con los ojos, del alma vese la excelencia, y hermosura, y gloria de la santísima Humanidad: y por estotra manera que queda dicha, se nos da a entender como es Dios, y poderoso, y que todo lo puede, y todo lo manda, y todo lo gobierna, y todo lo hinche su amor.

9. Es muy mucho de estimar esta visión, y sin peligro, a mi parecer; porque en los efectos se conoce no tiene fuerza aquí el demonio. Paréceme, que tres, o cuatro veces me ha querido representar desta suerte al mesmo Señor, en representación falsa: toma la forma de carne, mas no puede contrahacerla con la gloria, que cuando es de Dios. Hace representaciones para deshacer la verdadera visión que ha visto el alma, más ansí la resiste de sí, y se alborota, y se desabre, e inquieta, que pierde la devoción, y gusto que antes tenía, y queda sin ninguna oración. A los principios fue esto, como he dicho, tres, o cuatro veces. Es cosa tan diferentísima, que aun quien hubiere tenido sola oración de quietud, creo lo entenderá por los efectos que quedan dichos en las hablas. Es cosa muy conocida, y si no se quiere dejar engañar un alma, no me parece la engañará, si anda con humildad, y simplicidad. A quien hubiere tenido verdadera visión de Dios, desde luego casi se siente porque aunque comienza con regalo, gusto, el alma lo lanza de sí; y aun a mi parecer, debe ser diferente el gusto, y no muestra apariencia de amor puro, y casto; y muy en breve da a entender quien es.

10. Ansí, que donde hay experiencia, a mi parecer, no podrá el demonio hacer daño. Pues ser imaginación esto, es imposible de toda imposibilidad, ningún camino lleva, porque sola la hermosura, y blancura de una mano es sobre toda nuestra imaginación. Pues sin acordarnos dello, ni haberlo jamás pensado, ver en un punto presentes, cosas que en gran tiempo no pudieran contentarse con la imaginación, porque va muy más alto, como ya he dicho, de lo que acá podemos comprender, ansí que esto es imposible; y si pudiésemos algo en esto, aun se ve claro por estotro que ahora diré. Porque si fuese representado con el entendimiento (dejado que no haría las grandes operaciones que esto hace, ni ninguna)

porque sería como uno que quisiese hacer que dormía, y estase despierto, porque no le ha venido el sueño, que él como lo desea, si tiene necesidad, o flaqueza en la cabeza lo desea, adormécese en sí, y hace sus diligencias, y a las veces parece hace algo: mas si no es sueño de veras, no le sustentará, ni dará fuerza a la cabeza, antes a las veces queda más desvanecida. Ansí sería en parte acá, quedar el alma desvanecida, mas no sustentada, fuerte, antes cansada, y disgustada: acá no se puede encarecer la riqueza que queda, aun al cuerpo de salud, y queda conhortado.

11. Esta razón con otras daba yo cuando me decían que era demonio, y que se me antojaba (que fue muchas veces) y ponía comparaciones, como yo podía, y el Señor me daba a entender; mas todo aprovechaba poco, porque como había personas muy santas en este lugar, y yo en su comparación una perdición, y no los llevaba Dios por este camino, luego era el temor en ellos; que mis pecados parece lo hacían, que de uno en otro se rodeaba, de manera que lo venían a saber, sin decirlo yo, sino a mi confesor, o a quien él me mandaba. Yo les dije una vez, que si los que me decían esto me dijeran, que una persona que hubiese acabado de hablarme, y la conociese yo mucho, que no era ella, sino que se me antojaba, que ellos lo sabían, que sin duda yo lo creyera más que lo que había visto: mas si esta persona me dejara algunas joyas, y se me quedaban en las manos por prendas de mucho amor, y que antes no tenía ninguna, y me veía rica, siendo pobre, que no podría creerlo, aunque yo quisiese; y que estas joyas las podía yo mostrar, porque todos los que me conocían, veían claro estar otra mi alma, y ansí lo decía mi confesor, porque era muy grande la diferencia en todas las cosas, y no disimulada, sino muy con claridad lo podían todos ver. Porque como antes era tan ruin, decía yo que no podía creer, que si el demonio hacía esto para engañarme, y llevarme al infierno, tomase medio tan contrario, como era quitarme, los vicios, y poner virtudes, y fortaleza; porque veía claro quedar con estas cosas, en una vez, otra.

12. Mi confesor, como digo, (que era un padre bien santo de la Compañía de Jesús) respondía esto mesmo, según yo supe. Era muy discreto, y de gran humildad, y esta humildad tan grande me acarreó a mí hartos trabajos, porque con ser de mucha oración, y letrado, no se fiaba de sí, como el Señor no le llevaba por este camino: pasolos harto grandes conmigo de muchas maneras. Supe que le decían, que se guardase de mí, no le engañase el demonio con crearme algo de lo que, le decía; traíanle ejemplos de otras personas: todo esto me fatigaba a mí. Temía, que no había de haber con quien me confesar, sino que todos habían de huir de mí, no hacía sino llorar. Fue providencia de Dios querer él durar, y oírme, sino que era tan gran siervo de Dios, que a todo se pusiera por él; y ansí me decía, que no ofendiese yo a Dios, ni saliese de lo que él me decía, que no hubiese miedo me faltase: siempre me animaba, y sosegaba. Mandábame siempre que no le callase ninguna cosa, yo ansí lo hacía. Él me decía, que haciendo yo esto, aunque fuese demonio no me haría daño, antes sacaría el Señor bien del mal que él quería hacer a mi alma; procuraba perfeccionarla en todo lo que podía. Yo como traía tanto miedo, obedecíale en todo, aunque imperfectamente, que harto pasó conmigo tres años, y más, que me confesó con estos trabajos; porque en grandes persecuciones que tuve, y cosas hartas que permitía el Señor me juzgasen mal, y muchas, estando sin culpa, con todo venían a él, y era culpado por mí, estando él sin ninguna culpa. Fuera imposible, si no tuviera tanta santidad, y el Señor que le animaba, poder sufrir tanto, porque había de responder a los que les parecía iba perdida, y no le creían: y por otra parte habíame de

sosegar a mí, y de curar el miedo que yo traía poniéndomele mayor, me había por otra parte de asegurar; porque a cada visión, siendo cosa nueva, permitía Dios me quedasen después grandes temores: todo me procedía de ser tan pecadora yo, y haberlo sido. Él me consolaba con mucha piedad, y si él se creyera a sí mismo, no padeciera yo tanto, que Dios le daba a entender la verdad en todo, porque el mismo Sacramento le daba luz, a lo que yo creo.

13. Los siervos de Dios, que no se aseguraban, tratábanme mucho, yo como hablaba con descuido algunas cosas que ellos tomaban por diferente intención (yo quería mucho al uno dellos, porque le debía infinito mi alma, y era muy santo, yo sentía infinito de que veía no me entendía, y él deseaba en gran manera mi aprovechamiento, y que el Señor me diese luz) y así lo que yo decía, como digo, sin mirar en ello, parecíales poca humildad en viéndome alguna falta, que verían muchas, luego era todo condenado. Preguntábanme algunas cosas, yo respondía con llaneza, y descuido, luego les parecía les quería enseñar, y que me tenía por sabia, todo iba a mi confesor, porque cierto ellos deseaban mi provecho, él a reñirme. Duró esto harto tiempo, afligida por muchas partes, y con las mercedes que me hacía el Señor, todo lo pasaba. Digo esto, para que se entienda el gran trabajo que es no haber quien tenga experiencia en este camino espiritual, que a no me favorecer tanto el Señor, no sé que fuera de mí. Bastantes cosas había para quitarme el juicio, y algunas veces me veía en términos, que no sabía qué hacer, sino alzar los ojos al Señor; porque contradicción de buenos a una mujercilla ruin, y flaca como yo, y temerosa, no parece nada así dicho, y con haber yo pasado en la vida grandísimos trabajos, es este de los mayores. Plega al Señor, que yo haya servido a su Majestad algo en esto, que de que le servían los que me condenaban, y argüían, bien cierta estoy, y que era todo por gran bien mío.

CAPÍTULO XXIX

Prosigue, en lo comenzado, y mercedes grandes que la hizo el Señor, y las cosas que su Majestad la hacía para asegurarala, y para que respondiese a los que la contradecían

1. Mucho no salido del propósito, porque trataba de decir las causas que hay para ver que no es imaginación; porque ¿cómo podríamos representar con estudio la humanidad de Cristo, ordenando con la imaginación su gran hermosura? Y no era menester poco tiempo, si en algo se había de parecer a ella. Bien la puede representar delante de su imaginación, y estarla mirando algún espacio y las figuras que tiene, y la blancura, y poco a poco irla más perfeccionando, y encomendando a la memoria aquella imagen; ¿esto quién se lo quita? Pues con el entendimiento la puede fabricar. En lo que tratamos ningún remedio hay desto, sino que la hemos de mirar cuando el Señor la quiere representar, cómo quiere, y lo que quiere; y no hay quitar, ni poner, ni modo para ello, aunque más hagamos, ni para verlo cuando queremos, ni para dejarlo de ver, en queriendo mirar alguna cosa particular, luego se pierde Cristo. Dos años y medio me duró, que muy ordinario me hacía Dios esta merced: habrá más de tres que tan continuo me la quitó deste modo con otra cosa más subida (como quizá diré después) y con ver que me estaba hablando, y yo mirando aquella gran hermosura, y la suavidad con que hablaba aquellas palabras por aquella hermosísima, y divina boca, y otras veces con rigor, y desear yo en

extremo entender el color de sus ojos, o del tamaño que eran, para que lo supiese decir, jamás lo he merecido ver, ni me basta procurarlo, antes se me pierde la visión del todo. Bien que algunas veces veo mirarme con piedad; mas tiene tanta fuerza esta vista, que el alma no la puede sufrir, y queda en tan subido arrobamiento, que para más gozarlo todo, pierde esta hermosa vista.

2. Ansí que aquí no hay que querer, ni no querer, claro se ve quiere el Señor que no haya sino humildad, y confusión, y tomar lo que nos dieren, y alabar a quien lo da. Esto es en todas las visiones, sin quedar ninguna, que ninguna cosa se puede, ni para ver menos, ni más, hace, ni deshace nuestra diligencia. Quiere el Señor que veamos muy claro, no es esta obra nuestra, sino de su Majestad; porque muy menos podemos tener soberbia, antes nos hace estar humildes, y temerosos, viendo que, como el Señor nos quita el poder, para ver lo que queremos, nos puede quitar estas mercedes, y la gracia, y quedar perdidos del todo, y que siempre andemos con miedo, mientras en este destierro vivimos.

3. Casi siempre se me representaba el Señor, ansí resucitado, y en la hostia lo mismo: si no eran algunas veces para esforzarme, si estaba en tribulación, que me mostraba las llagas, algunas veces en la cruz, y en el huerto, y con la corona de espinas, pocas, y llevando la cruz también algunas veces, para como digo necesidades mías, y de otras personas; más siempre la carne glorificada. Hartas afrentas, y trabajos he pasado en decirlo, y hartos temores, y hartas persecuciones. Tan cierto les parecía, que tenía demonio, que me querían conjurar algunas personas. Desto poco se me daba a mí, mas sentía cuando veía yo que temían los confesores de confesarme, o cuando sabía les decían algo. Con todo jamás me podía pesar de haber visto estas visiones celestiales, y por todos los bienes, y deleites del mundo sola una vez no lo trocara: siempre lo tenía por gran merced del Señor, y me parece un grandísimo tesoro; y el mismo Señor me aseguraba muchas veces. Yo me veía crecer en amarle muy mucho: íbame a quejar a él de todos estos trabajos, siempre salía consolada de la oración, y con nuevas fuerzas. A ellos no los osaba yo contradecir, porque veía era todo peor, que les parecía poca humildad. Con mi confesor trataba, él siempre me consolaba mucho cuando me veía fatigada.

4. Como las visiones fueron creciendo, uno dellos que antes me ayudaba (que era con quien me confesaba algunas veces que no podía el ministro) comenzó a decir, que claro era demonio. Mandábame, que ya que no había remedio de resistir, que siempre me santiguase cuando alguna visión viesse, y diese higas, y que tuviese por cierto era demonio, y con esto no vernía; y que no hubiese miedo, que Dios me guardaría, y me lo quitaría. A mí me era esto grande pena; porque como yo no podía creer, sino que era Dios, era cosa terrible para mí; y tan poco podía, como he dicho, desear se me quitase, más en fin hacía cuanto me mandaba. Suplicaba mucho a Dios me librase de ser engañada, esto siempre lo hacía, y con hartas lágrimas, y a san Pedro, y san Pablo, que me dijo el Señor (como fue la primera vez que me apareció en su día) que ellos me guardarían no fuese engañada; y ansí muchas veces los veía al lado izquierdo muy claramente, aunque no con visión imaginaria. Eran estos gloriosos santos muy mis señores.

5. Dábame este dar higas grandísima pena, cuando veía esta visión del Señor; porque cuando yo le veía presente, si me hicieran pedazos, no pudiera yo creer que era demonio, y ansí era un género de penitencia grande para mí; y por no andar tanto santiguándome,

tomaba una cruz en la mano. Esto hacía casi siempre, las higas no tan contino, porque sentía mucho: acordábame de las injurias que le habían hecho los judíos, y suplicábale me perdonase, pues yo lo hacía por obedecer al que tenía en su lugar, y que no me culpase, pues eran los ministros que él tenía puestos en su Iglesia. Decíame, que no se me diese nada, que bien hacía en obedecer, mas que él haría que se entendiese la verdad. Cuando me quitaban la oración, me pareció se había enojado. Díjome, que los dijese, que ya aquello era tiranía. Dábame causas para que entendiese que no era demonio, alguna diré después.

6. Una vez teniendo yo la cruz en la mano, que la traía en un rosario, me la tomó con la suya; y cuando me la tornó a dar, era de cuatro piedras grandes muy más preciosas que diamantes sin comparación, porque no la hay, casi a lo que se ve sobrenatural (diamante parece cosa contrahecha, e imperfecta) de las piedras preciosas que se ven allá. Tenían las cinco llagas de muy linda hechura. Díjome que ansí la vería de aquí adelante, y ansí me acaecía, que no veía la madera de que era, sino estas piedras, mas no la veía nadie sino yo. En comenzando a mandarme hiciese estas pruebas, y resistiese, era muy mayor el crecimiento de las mercedes: en queriéndome divertir, nunca salía de oración, aun durmiéndome parecía estaba en ella, porque aquí era crecer el amor, y las lástimas que yo decía al Señor, y él no lo podía sufrir, ni era en mi mano (aunque yo quería, y más lo procuraba) de dejar de pensar en él, con todo obedecía cuanto podía, mas podía poco, o no nada en esto. Y el Señor nunca me lo quitó, mas aunque me decía lo hiciese, asegurábame por otro cabo, y enseñábame lo que les había de decir, y ansí lo hace ahora, y dábame tan bastantes razones que a mí me hacía toda seguridad.

7. Desde a poco tiempo comenzó su Majestad, como me lo tenía prometido, a señalar más que era él, creciendo en mí mi amor tan grande de Dios, que no sabía quién me le ponía, porque era muy sobrenatural, ni yo le procuraba. Veíame morir con deseo de ver a Dios, y no sabía a dónde había de buscar esta vida, si no era con la muerte. Dábanme unos ímpetus grandes deste amor, que aunque no eran tan insufrideros, como los que ya otra vez he dicho, ni de tanto valor, yo no sabía qué me hacer, porque nada me satisfacía, ni cabía en mí, sino que verdaderamente me parecía se me arrancaba el alma. ¡Oh artificio soberano del Señor, qué industria tan delicada hacíades con vuestra esclava miserable! Escondíades os de mí, y apretábadesme, con vuestro amor, con una muerte tan sabrosa, que nunca el alma querría salir della.

8. Quien no hubiere pasado estos ímpetus tan grandes, es imposible poderlo entender, que no es desasosiego del pecho; ni unas devociones que suelen dar muchas veces, que parece ahogan el espíritu, que no caben en sí. Ésta es oración más baja, y hanse de evitar estos aceleramientos, con procurar con suavidad recogerlos dentro de sí, y acallar el alma; que es esto como unos niños que tienen mi acelerado llorar, que parece van a ahogarse, con darles a beber, cesa aquel demasiado sentimiento. Ansí acá la razón ataje a encoger la rienda, porque podría ser ayudar el mismo natural, vuelva la consideración con temer no es todo perfecto, sino que puede ser mucha parte sensual, y acalle este niño con un regalo de amor, que le haga mover a amar por vía suave, y no a puñadas, como dicen, que recojan este amor dentro; y no como olla que cuece demasiado, porque se pone la leña sin discreción, y se vierte toda, sino que moderen la causa que tomaron para ese fuego, y procuren a matar la llama con lágrimas suaves, y no penosas, que lo son las destos

sentimientos, y hacen mucho daño. Yo las tuve algunas veces a los principios, y dejábanme perdida la cabeza, y cansado el espíritu, de suerte, que otro día, y más, no estaba para tornar a la oración. Ansí que es menester gran discreción a los principios, para que vaya todo con suavidad, y se muestre el espíritu a obrar interiormente, lo exterior se procure mucho evitar.

9. Estotros ímpetus son diferentísimos, no ponemos nosotros la leña; sino que parece que hecho ya el fuego, de presto nos echan dentro, para que nos quememos. No procura el alma que duela esta llaga de la ausencia del Señor, sino que hincan una saeta en lo más vivo de las entrañas, y corazón a las veces, que no sabe el alma qué ha, ni qué quiere; bien entiende que quiere a Dios, y que la saeta parece traía yerba para aborrecerse a sí por amor deste Señor, y perdería de buena gana la vida por él. No se puede encarecer, ni decir el modo con que llaga Dios al alma, y la grandísima pena que da, que la hace no saber de sí, mas es esta pena tan sabrosa, que no hay deleite en la vida, que más contento dé. Siempre querría el alma (como he dicho) estar muriendo deste mal.

10. Esta pena, y gloria junta me traía desatinada, que no podía yo entender cómo podía ser aquello. ¡Oh que es ver un alma herida! Que digo, que se entiende de manera, que se puede decir herida, por tan excelente causa, y ve claro que no movió ella, por donde le viniese este amor, sino que del muy grande que el Señor le tiene, parece cayó de presto aquella centella en ella, que la hace toda arder. ¡Oh cuántas veces me acuerdo, cuando así estoy, de aquel verso de David: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum*, que me parece lo veo al pie de la letra en mí. Cuando no da esto muy recio, parece se aplaca algo (al menos busca el alma algún remedio, porque no sabe qué hacer) con algunas penitencias, y no se sienten más, ni hace más pena derramar sangre, que si estuviese el cuerpo muerto. Busca modos, y maneras para hacer algo que sienta por amor de Dios, mas es tan grande el primer dolor, que no sé yo qué tormento corporal le quitase: como no está allí el remedio, son muy bajas estas medicinas para tan subido mal: alguna cosa se aplaca, pasa algo con esto, pidiendo a Dios le dé remedio para su mal, y ninguno ve, sino la muerte, que con esta piensa gozar del todo a su bien. Otras veces da tan recio, que eso, ni nada no se puede hacer, que corta todo el cuerpo, ni pies, ni brazos no puede menear; antes si está en pie se sienta como transportada, que no puede, ni aun resollar, solo da unos gemidos, no grandes, porque no puede, mas sonlo en el sentimiento.

11. Quiso el Señor, que viese aquí algunas veces esta visión, veía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal; lo que no suelo ver, sino por maravilla, aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la visión pasada, que dije primero. En esta visión quiso el Señor le viese ansí, no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecía de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan: deben ser los que llaman serafines, que los nombres no me los dicen, más bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles a otros, y de otros a otros, que no lo sabría decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Éste me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas: al sacarle me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor

corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave, que pasa entre el alma, y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento.

12. Los días que duraba esto, andaba como embobada, no quisiera ver, ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria, que cuantas hay en todo lo criado. Esto tenía algunas veces, cuando quiso el Señor me viniesen estos arrobamientos tan grandes, que aun estando entre gentes, no los podía resistir, sino que con harta pena mía se comenzaron a publicar. Después que los tengo no siento esta pena tanto, sino la que dije en otra parte antes (no me acuerdo en qué capítulo) que es muy diferente en hartas cosas, y de mayor aprecio: antes en comenzando esta pena de que ahora hablo, parece arrebata el Señor el alma, y la pone en éxtasi, y ansí no hay lugar de tener pena, ni de padecer, porque viene luego el gozar. Sea bendito por siempre, que tantas mercedes hace a quien tan mal responde a tan grandes beneficios.

CAPÍTULO XXX

Torna a contar el discurso de su vida, y cómo remedió el Señor muchos de sus trabajos con traer al lugar donde estaba al santo varón fray Pedro de Alcántara, de la orden del glorioso san Francisco. Trata grandes tentaciones, y trabajos interiores que pasaba algunas veces

1. Pues viendo yo lo poco, o nada que podía hacer para no tener estos ímpetus tan grandes, también temía de tenerlos, porque pena, y contento, no podía yo entender cómo podía estar junto; que ya pena corporal, y contento espiritual, ya lo sabía que era bien posible, más tan excesiva pena espiritual, y con tan grandísimo gusto, esto me desatinaba: aun no cesaba en procurar resistir, más podía tan poco, que algunas veces me cansaba. Amparábame con la cruz, y queríame defender del que con ella nos amparó a todos: veía que no me entendía nadie, que esto muy claro lo entendía yo, más no lo osaba decir sino a mi confesor, porque esto fuera decir bien de verdad, que no tenía humildad.

2. Fue el Señor servido remediar gran parte de mi trabajo, y por entonces todo, con traer a este lugar al bendito fray Pedro de Alcántara, de quien ya hice mención, y dije algo de su penitencia: que entre otras cosas me certificaron, que había traído veinte años cilicio de hoja de lata contino. Es amor de unos libros pequeños de oración, que ahora se tratan mucho de romance; porque como quien bien lo había ejercitado, escribió harto provechosamente para los que la tienen. Guardó la primera regla del bienaventurado san Francisco con todo rigor, y lo demás que allá queda dicho. Pues como la viuda sierva de Dios, que he dicho, y amiga mía, supo que estaba aquí tan gran varón, y sabía mi necesidad, porque era testigo de mis aflicciones, y me consolaba harto; porque era tanta su fe, que no podía sino creer, que era espíritu de Dios el que todos los más decían era del demonio; y como es persona de harto buen entendimiento, y de mucho secreto, y el Señor hacía harta merced en la oración, quiso su Majestad darla luz, en lo que los letrados ignoraban. Dábanme licencia mis confesores, que descansase con ella algunas cosas, porque por hartas causas cabía en ella. Cabíale parte algunas veces de las mercedes que el Señor me hacía, con avisos harto provechosos para su alma. Pues como lo supo, para que

mejor le pudiese tratar, sin decirme nada, recaudó licencia de mi provincial, para que ocho días estuviese en su casa; y en ella, y en algunas iglesias le hablé muchas veces esta primera vez que estuvo aquí, que después en diversos tiempos le comuniqué mucho. Como le di cuenta en suma de mi vida, y manera de proceder de oración, con la mayor claridad que yo supe (que esto he tenido siempre, tratar con toda claridad, y verdad con los que comunico mi alma, hasta los primeros movimientos querría yo les fuesen públicos; y las cosas más dudosas, y de sospecha, yo les argüía con razones contra mí) así que sin doblez, ni encubierta le traté mi alma. Casi a los principios vi que me entendía por experiencia que, era todo lo que yo había menester; porque entonces no me sabía entender como ahora, para saberlo decir (que después me lo ha dado Dios, que sepa entender, y decir las mercedes que su Majestad me hace) y era menester que hubiese pasado por ello quien del todo me entendiese, y declarase lo que era.

3. Él me dio grandísima luz, porque al menos en las visiones que no eran imaginarias, no podía. Yo entender que podía ser aquello, y parecíame, que en las que veía con los ojos del alma, tampoco entendía cómo podía ser; que como he dicho, solo las que se ven con los ojos corporales eran de las que me parecía a mí había de hacer caso, y éstas no tenía. Este santo hombre me dio luz en todo, y me lo declaró, y dijo, que no tuviese pena, sino que alabase a Dios, y estuviese tan cierta, que era espíritu suyo, que si no era la fe, cosa más verdadera no podía haber, ni que tanto pudiese creer: y él se consolaba mucho conmigo, y hacíame todo favor, y merced, y siempre después tuvo mucha cuenta conmigo, y dábame parte de sus cosas, y negocios; y como me veía con los deseos que él ya poseía por obra (que estos dábamelos el Señor muy determinados) y me veía con tanto ánimo, holgábase de tratar conmigo. Que a quien el Señor llega a este estado, no hay placer, ni consuelo que se iguale a topar con quien le parece le ha dado el Señor principios desto; que entonces no debía yo de tener mucho más, a lo que me parece, y plega al Señor lo tenga ahora: húbome grandísima lástima. Díjome, que uno de los mayores trabajos de la tierra, era el que había padecido, que es contradicción de buenos, y que todavía me quedaba harto, porque siempre tenía necesidad, y no había en esta ciudad quien me entendiese, mas que él hablaría al que me confesaba, y a uno de los que me daban más pena, que era este caballero casado, que ya he dicho; porque como quien me tenía mayor voluntad, me hacía toda la guerra, y es alma temerosa, y santa, y como me había visto tan poco había tan ruin, no acababa de asegurarse. Y así lo hizo el santo varón, que los habló entrambos, les dio causas, y razones, para que se asegurasen, y no me inquietasen más. El confesor poco había menester; el caballero tanto, que aun no del todo bastó, más fue parte para que no tanto me amedrentase.

4. Quedamos concertados, que le escribiese lo que me sucediese más de allí adelante, y de encomendarnos mucho a Dios: que era tanta su humildad, que tenía en algo las oraciones desta miserable, que era harta mi confusión. Dejome con grandísimo consuelo, y contento, y con que tuviese la oración con seguridad, y de que no dudase que era Dios; y de lo que tuviese alguna duda, y por más seguridad de todo, diese parte al confesor, y con esto viviese segura. Mas tampoco podía tener esta seguridad del todo, porque me llevaba el Señor por camino de temer, como creer que era demonio, cuando me decían que lo era: así que temor, ni seguridad nadie podía que yo la tuviese, de manera, que les pudiese dar más crédito del que el Señor ponía en mi alma. Así que aunque me consoló, y sosegó, no le di tanto crédito, para quedar del todo sin temor, en especial cuando el

Señor me dejaba en los trabajos de alma, que ahora diré; con todo quedé, como digo, muy consolada.

5. No me hartaba de dar gracias a Dios, y al glorioso padre mío san José, que me pareció le había él traído, porque era comisario general de la custodia de san José, a quien yo mucho me encomendaba, y a nuestra Señora. Acaecíame algunas veces (y aun ahora me acaece, aunque no tantas) estar con tan grandísimos trabajos de alma, juntos con tormentos, y dolores de cuerpo de males tan recios, que no me podía valer. Otras veces tenía males corporales más graves, y como no tenía los del alma, los pasaba con mucha alegría, mas cuando era todo junto, era tan gran trabajo, que me apretaba muy mucho.

6. Todas las mercedes que me había hecho el Señor, se me olvidaban, solo quedaba una memoria, como cosa que se ha soñado, para dar pena; porque se entorpece el entendimiento de suerte, que me hacía andar en mil dudas, y sospechas, pareciéndome que yo no lo había sabido entender, y que quizá se me antojaba, y que estaba que anduviese yo engañada, sin que engañase a los buenos: parecíame yo tan mala, que cuantos males, y herejías se habían levantado, me parecía eran por mis pecados. Ésta es una humildad falsa, que el demonio inventaba para desasosegarme, y probar si puede traer el alma a desesperación: y tengo ya tanta experiencia, que es cosa del demonio, que como ya ve que lo entiendo, no me atormenta en esto tantas veces como solía. Vese claro en la inquietud, y desasosiego con que comienza, y el alboroto que da en el alma todo lo que dura, y la escuridad, y aflicción que en ella pone, la sequedad, y mala disposición para oración, ni para ningún bien, parece que ahoga el alma y ata el cuerpo, para que de nada aproveche. Porque la humildad verdadera, aunque se conoce el alma por ruin, y da pena ver lo que somos, y pensamos grandes encarecimientos de nuestra maldad (tan grandes como los dichos, se sienten con verdad) no viene con alboroto, ni desasosiega el alma, ni la escurece, ni da sequedad, antes la regala, y es todo al revés, con quietud, con suavidad, con luz. Pena que por otra parte conorta, de ver cuán gran merced le hace Dios en que tenga aquella pena, y cuán bien empleada es: duelele lo que ofendió a Dios, por otra parte la ensancha su misericordia: tiene luz para confundirse a sí, y alaba a su Majestad, porque tanto la sufrió. En esta otra humildad que pone el demonio, hay luz para ningún bien, todo parece lo pone Dios a fuego, y a sangre; represéntale la justicia, y aunque tiene fe, que hay misericordia (porque no puede tanto el demonio, que la haga perder) es de manera, que no me consuela, antes cuando mira tanta misericordia le ayuda a mayor tormento, porque me parece estaba obligada a más.

7. Es una invención del demonio de las más penosas, y sutiles, y disimuladas, que yo he entendido dél: y ansí querría avisar a vuesa merced para que si por aquí le tentare, tenga alguna luz, y lo conozca, si le dejare el entendimiento para conocerlo, que no piense que va en letras, y saber, que aunque a mí todo me falta, después de salida dello, bien entiendo es desatino. Lo que he entendido es, que quiere y permite el Señor, y le da licencia, como se la dio para que tentase a Job, aunque a mí como a ruin, no es con aquel rigor. Hame acaecido, y me acuerdo ser un día antes de la víspera de Corpus Cristi (fiesta de quien yo soy devota, aunque no tanto como es razón) esta vez durome solo hasta el día; que otras dúrame ocho, y quince días, y aun tres semanas, no sé si más, en especial las Semanas Santas, que solía ser mi regalo de oración, me acaece, que coge de presto el entendimiento por cosas tan livianas a las veces, que otras me reiría yo dellas, y hácele

estar trabucado en todo lo que él quiere, y el alma aherrojada allí sin ser señora de sí, ni poder pensar otra cosa más de los disbarates que ella representa, que casi ni tienen tomo, ni atan, ni desatan, solo ata para ahogar de manera el alma, que no cabe en sí: y es así, que me ha acaecido parecerme, que andan los demonios, como jugando a la pelota con el alma, y ella que no es parte para librarse de su poder. No se puede decir lo que en este caso se padece, ella anda a buscar reparo, y permite Dios no le halle, solo queda siempre la razón del libre albedrío, no clara, digo yo, que debe ser casi atapados los ojos. Como una persona que muchas veces ha ido por una parte, que aunque sea noche, y a oscuras, ya por el tino pasado sabe dónde puede tropezar, porque lo ha visto de día, y guárdase de aquel peligro. Así es para no ofender a Dios, que parece se va por la costumbre. Dejemos a parte el tenerla el Señor, que es lo que hace al caso.

8. La fe está entonces tan amortiguada, y dormida como todas las demás virtudes, aunque no perdida, que bien cree lo que tiene la Iglesia, mas pronunciado por la boca, que por otro cabo la aprietan, y entorpecen, para que casi como cosa que oyó de lejos le parece que conoce a Dios. El amor tiene tan tibio, que si oye hablar en él, escucha como una cosa que cree ser el que es, porque lo tiene la Iglesia; más no hay memoria de lo que ha experimentado en sí. Irse a rezar, no es sino más congoja, o estar en soledad; porque el tormento que en sí siente, sin saber de qué, es incorportable; a mi parecer es un poco de traslado del infierno. Esto es así, según el Señor en una visión me dio a entender, porque el alma se quema en sí, sin saber quién, ni por dónde la ponen fuego, ni como huir dél, ni con qué le matar; pues quererse remediar con leer, es como si lo supiese. Una vez me acaeció ir a leer la vida de un santo, para ver si me embebería, y para consolarme de lo que él padeció, y leer cuatro, o cinco veces otros tantos renglones, y con ser romance menos entendía dellos a la postre, que al principio, y así lo dejé: esto me acaeció muchas veces, sino que esta se me acuerda más en particular.

9. Tener pues conversación con nadie, es peor; porque un espíritu tan disgustado de ira pone el demonio, que parece a todos me querría comer, sin poder hacer más, y algo parece se hace en irme a la mano, o hace el Señor en tener de su mano a quien así está, para que no diga, ni haga contra sus prójimos, cosa que los perjudique, y en que ofenda a Dios. Pues ir al confesor, esto es cierto, que muchas veces me acaecía lo que diré, que con ser tan santos, como lo son los que en este tiempo he tratado, y trato, me decían palabras, y me reñían con una aspereza, que después que se las decía yo, ellos mismos se espantaban, y me decían, que no era más en su mano: porque aunque ponían muy por sí de no lo hacer, otras veces que se les hacía después lástima, y aun escrúpulo, cuando tuviese semejantes trabajos de cuerpo, y alma, y se determinaban a consolarme con piedad, no podían. No decían ellos malas palabras, digo en que ofendiesen a Dios, mas las más disgustadas que se sufrían para confesar: debían pretender mortificarme; y aunque otras veces me holgaba, estaba para sufrirlo, entonces, todo me era tormento. Pues dame también parecer que los engaño, iba a ellos, y avisábalos muy a las veras, que se guardasen de mí, que podría ser los engañase. Bien veía yo, que de advertencia no lo haría, ni les diría mentira, mas todo me era temor. Uno me dijo una vez, como entendió la tentación, que no tuviese pena que aunque, yo quisiese engañarle, seso tenía él para no dejarse engañar.

10. Esto me dio mucho consuelo. Algunas veces, y casi ordinario, al menos lo más contino, en acabando de comulgar descansaba, y aun apenas en llegando al Sacramento, luego a la hora quedaba tan buena el alma, y cuerpo, que yo me espanto: no me parece, sino que en un punto se deshacen todas las tinieblas del alma, y salido el sol, conocía las tonterías en que había estado. Otras, con solo una palabra que me decía el Señor, con solo decir: *No estés fatigada, no hayas miedo*, (como ya dejó otra vez dicho) quedaba del todo sana, o con ver alguna visión, como si no hubiera tenido nada. Regalábame con Dios, quejábame a él, cómo consentía tantos tormentos que padeciese; mas ello era bien pagado, que casi siempre eran después en gran abundancia las mercedes: no me parece, sino que sale el alma del crisol como el oro, mas afinada, y glorificada para ver en sí al Señor; y ansí se hacen después pequeños estos trabajos, con parecer inoportunos, y se desean tornar a padecer si el Señor se ha de servir más dello. Y aunque haya más tribulaciones, y persecuciones, como se pasen sin ofender al Señor, sino holgándose de padecerlo por él, todo es para mayor ganancia; aunque como es han de levar, no los llevo yo, sino harto imperfectamente. Otras veces me venían de otra suerte, y vienen que de todo punto me parece se me quita la posibilidad de pensar cosa buena, ni desearla hacer, sino un alma, y cuerpo del todo inútil, y pesado; más no tengo con esto estotras tentaciones, y desasosiegos, sino un disgusto, sin entender de qué, ni nada contenta el alma.

11. Procuraba hacer buenas obras exteriores, para ocuparme medio por fuerza, y conozco bien lo poco que es un alma cuando se esconde la gracia: no me daba mucha pena, porque este ver mi bajeza me daba alguna satisfacción. Otras veces me hallo, que tampoco cosa formada puedo pensar de Dios, ni de bien que vaya con asiento, ni tener oración, aunque esté en soledad, mas siento que le conozco. El entendimiento, e imaginación entiendo yo es aquí lo que me daña; que la voluntad buena me parece a mí que está, y dispuesta para todo bien; mas este entendimiento está tan perdido, que no parece sino un loco furioso, que nadie le puede atar, ni soy señora de hacerle estar quedo un credo. Algunas veces me río, y conozco mi miseria, y estoyle mirando, y déjole a ver qué hace, y gloria a Dios, nunca por maravilla va a cosa mala, sino indiferentes, si algo hay que hacéis aquí, y allí, y acullá. Conozco más entonces la grandísima merced que me hace cuando tiene atado este loco en perfecta contemplación. Miro, qué sería si me viesen este desvarío las personas que me tienen por buena. He lástima grande al alma de verla en tan mala compañía. Deseo verla con libertad y ansí digo al Señor: ¿Cuándo, Dios mío, acabaré ya de ver mi alma junta en vuestra alabanza, que os gocen todas las potencias? No permitáis, Señor, sea ya más despedazada, que no parece sino que cada pedazo anda por su cabo. Esto pasó muchas veces, algunas bien entiendo le hace harto al caso la poca salud corporal.

12. Acuérdome mucho del daño que nos hizo el primer pecado (que de aquí me parece nos vino ser incapaces de gozar tanto bien) y deben ser los míos, que si yo no hubiera tenido tantos, estuviera más entera en el bien. Pasé también otro gran trabajo, que como todos los libros que leía, que tratan de oración, me parecía los entendía todos, y que ya me había dado aquello el Señor, que no los había menester, y ansí no los leía, sino vidas de santos (que como yo me hallo tan corta en lo que ellos servían a Dios, esto parece me aprovecha, y anima) parecíame muy poca humildad pensar yo había llegado a tener aquella oración; y como no podía acallar conmigo otra cosa, dábame mucha pena, hasta

que letrados, y el bendito fray Pedro de Alcántara me dijeron, que no se me diese nada. Bien veo yo que en el servir a Dios no he comenzado, aunque en hacerme su Majestad mercedes, es como a muchos buenos, y que estoy hecha una imperfección, sino es en los deseos, y en amar, que en esto bien veo me ha favorecido el Señor para que le pueda en algo servir. Bien me parece a mí que le amo, mas las obras me desconsuelan, y las muchas imperfecciones que veo en mí. Otras veces me da una bobería de alma (digo yo que es) que ni bien, ni mal me parece que hago, sino andar al hilo de la gente, como dicen ni con pena, ni gloria, ni la da vida, ni muerte, ni placer, ni pesar no parece se siente nada. Paréceme a mí, que anda el alma como un asnillo que paca, que se sustenta, porque le dan de comer, y come casi sin sentirlo; porque el alma en este estado no debe estar sin comer algunas grandes mercedes de Dios, pues en vida tan miserable le pesa de vivir, y lo pasa con igualdad, mas no se sienten movimientos, ni efectos, para que se entienda el alma.

13. Paréceme ahora a mí, como un navegar con un aire muy sosegado, que se anda mucho sin entender porqué en estotras maneras son tan grandes los efectos, que casi luego ve el alma su mejoría, porque luego bullen los deseos, y nunca acaba de satisfacerse un alma esto tienen los grandes ímpetus de amor que he dicho, a quien Dios los da. Es como unas fuentecicas que yo he visto manar, que nunca cesa de hacer movimiento el arena hacia arriba. Al natural me parece este ejemplo, y comparación de las almas que aquí llegan: siempre está bullendo el amor, y pensando, qué hará; no cabe en sí, como en la tierra parece no cabe aquella agua, sino que la echa de sí. Ansí está el alma muy ordinario, que no sosiega, ni cabe en sí, con el amor que tiene: ya la tiene a ella empapada en sí, querría bebiesen los otros, pues a ella no le hace falta, para que la ayudasen a alabar a Dios. O que de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor a la Samaritana, y ansí voy muy aficionada a aquel evangelio: y es ansí cierto, que sin entender, como ahora este bien, desde muy niña lo era, y suplicaba muchas veces al Señor me diese aquel agua, y la tenía dibujada a donde estaba siempre con este letrado, cuando el Señor llegó al pozo: *Domine, da mihi aquam*. Parece también como un fuego que es grande, y para que no se aplaque, es menester haya siempre que quemar: ansí son las almas que digo, aunque fuese muy a su costa, que querrían traer leña, para que no cesase este fuego. Yo soy tal, que aun con pujas que pudiese echar en él, me contentaría; y ansí me acaece algunas, y muchas veces; unas me río, y otras me fatigo mucho. El movimiento interior me incita a que sirva en algo, de que no soy para más, en poner ramitos, y flores a imágenes, en barrer, o en poner un oratorio, o en unas cositas tan bajas, que me hacía confusión. Si hacía algo de penitencia, todo poco, y de manera, que a no tomar el Señor la voluntad, veía yo era sin ningún tomo, y yo mesma burlaba de mí. Pues no tienen poco trabajo a ánimas que da Dios por su bondad este fuego de amor suyo en abundancia, faltar fuerzas corporales para hacer algo por él. Es una pena bien grande; porque como le faltan fuerzas para echar alguna leña en este fuego, y ella muere, porque no se mate, paréceme que ella entre si se consume, y hace ceniza, y se deshace en lágrimas; y se quema, y es harto tormento, aunque es sabroso.

14. Alabe muy mucho al Señor el alma que ha llegado aquí, y le da fuerzas corporales para hacer penitencia, o le dio letras, y talento, y libertad para predicar, y confesar, y llegar almas a Dios, que no sabe, ni entiende el bien que tiene, sino ha pasado por gustar, que es no poder hacer nada en servicio del Señor, y recibir siempre mucho. Sea bendito por todo, y denle gloria los ángeles. Amén.

15. No sé si hago bien de escribir tantas menudencias: como vuesa merced me tornó a enviar a mandar, que no se me diese nada de alargarme, ni dejase nada, voy tratando con claridad, y verdad lo que se me acuerda; y no puede ser menos de dejarse mucho, porque sería gastar mucho más tiempo, y tengo tan poco como he dicho, y por ventura no sacar ningún provecho.

CAPÍTULO XXXI

Trata de algunas tentaciones exteriores, y representaciones que le hacía el demonio, y tormentos que le daba. Trata también algunas cosas harto buenas, para aviso de personas, que van camino de perfección

1. Quiero decir, ya que he dicho algunas tentaciones, y turbaciones interiores, y secretas, que el demonio me causaba, otras que hacía casi públicas, en que no se podía ignorar que era él. Estaba una vez en un oratorio, y apareciome hacia el lado izquierdo de abominable figura; en especial miré la boca, porque me habló, que la tenía espantable. Parecía le salía una gran llama del cuerpo, que estaba toda clara sin sombra. Díjome espantablemente, que bien me había librado de sus manos, mas que él me tornaría a ellas. Yo tuve gran temor, y santigüeme como pude, y desapareció, y tornó luego: por dos veces me acaeció esto. Yo no sabía qué me hacer; tenía allí agua bendita, y echela hacia aquella parte, y nunca más tornó. Otra vez me estuvo cinco horas atormentando con tan terribles dolores, y desasosiego interior, y exterior, que no me parece se podía ya sufrir. Las que estaban conmigo, estaban espantadas, y no sabían qué se hacer, ni yo como valerme. Tengo por costumbre, cuando los dolores, y mal corporal es muy intolerable, hacer actos como puedo entre mí, suplicando al Señor, si se sirve de aquello, que me dé su Majestad paciencia, y me esté yo así hasta el fin del mundo. Pues como esta vez vi el padecer con tanto rigor, remediábame con estos actos para poderío llevar, y determinaciones. Quiso el Señor entendiéndose como era el demonio, porque vi cabe mí un negrillo muy abominable, regañando como desesperado de que a donde pretendía ganar, perdía. Yo como le vi, réime, y no hube miedo, porque había allí algunas conmigo, que no se podían valer, ni sabían que remedio poner a tanto tormento, que eran grandes los golpes que me hacía dar, sin poderme resistir con cuerpo, y cabeza, y brazos; y lo peor era el desasosiego interior, que de ninguna suerte podía tener sosiego. No osaba pedir agua bendita, por no las poner miedo, y porque no entendiesen lo que era.

2. De muchas veces tengo experiencia, que no hay cosa con que huyan más para no tornar: de la cruz también huyen, mas vuelven luego, debe ser grande la virtud del agua bendita; para mí es particular, y muy conocida consolación que siente mi alma cuando la tomo. Es cierto, que lo muy ordinario es sentir una recreación, que no sabría yo darla a entender, con un deleite interior, que toda el alma me conorta. Esto no es antojo, ni cosa que me ha acaecido sola una vez, sino muy muchas, y mirado con gran advertencia; digamos, como si uno estuviese con mucha calor, y sed, y bebiese un jarro de agua fría, que parece todo él sintió el refrigerio. Considero yo, que gran cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia, y regálame mucho ver que tengan tanta fuerza aquellas palabras, que así la pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia que hace a lo que no es bendito. Pues como no cesaba el tormento, dije, si no se riesen pediría agua bendita.

Trajéronmela, echáronmela a mí, y no aprovechaba, echela hacia donde estaba, y en un punto se fue, y se me quitó todo el mal, como si con la mano me lo quitaran, salvo que quedé cansada, como si me hubieran dado muchos palos. Hízome gran provecho, ver que aun no siendo un alma, y cuerpo suyo, cuando el Señor le da licencia, hace tanto mal, que hará cuando él lo posea por suyo: diome de nuevo gana de librarme de tan ruin compañía. Otra vez, poco ha, me acaeció lo mesmo, aunque no duró tanto, y yo estaba sola, pedí agua bendita, y las que entraron después que ya se había ido, (que eran dos monjas bien de creer, que por ninguna suerte dijieran mentira) olieron un olor muy malo, como de piedra azufre. Yo no lo olí: duró de manera, que se pudo advertir a ello. Otra vez estaba en el coro, y diome un gran ímpetu de recogimiento, y fuime de allí, porque no lo entendiesen, aunque cerca oyeron todas dar golpes grandes a donde yo estaba, y yo cabe mí oí hablar, como que concertaban algo, aunque no entendí que habla fuese, mas estaba tan en oración, que no entendí cosa, ni hube ningún miedo. Casi cada vez era cuando el Señor me hacía merced, de que por mi persuasión se aprovechase algún alma, y es cierto, que me acaeció lo que ahora diré; y desto hay muchos testigos, en especial quien ahora me confiesa, que lo vio por escrito en una carta, sin decirle yo quien era la persona cuya era la carta, bien sabía él quién era.

3. Vino una persona a mí, que había dos años y medio, que estaba en un pecado mortal, de los más abominables que yo he oído, y en todo este tiempo, ni se confesaba, ni se enmendaba, y decía misa. Y aunque confesaba otros, éste decía, que como él había de confesar cosa tan fea, y tenía gran deseo de salir dél, y no se podía valer a sí. A mí hízome gran lástima, y ver que se ofendía a Dios de tal manera, me dio mucha pena: prometile de suplicar a Dios le remediase, y hacer que otras personas lo hiciesen, que eran mejores que yo, y escribí a cierta persona que él me dijo podía dar las cartas: y es así, que a la primera se confesó, que quiso Dios nuestro Señor (por las muchas personas muy santas que lo habían suplicado a Dios, que se lo había yo encomendado) hacer con esta alma esta misericordia; y yo aunque miserable, hacía lo que podía con harto cuidado. Escribiome, que estaba ya con tanta mejoría, que había días que no caía en él, mas que era tan grande el tormento que le daba la tentación, que parecía estaba en el infierno, según lo que padecía, que lo encomendase a Dios. Yo lo torné a encomendar a mis hermanas, por cuyas oraciones debía el Señor hacerme esta merced, que lo tomaron muy a pechos: era persona que no podía nadie atinar en quien era. Yo supliqué a su Majestad se aplacasen aquellos tormentos, y tentaciones, y se viniesen aquellos demonios a atormentarme a mí, con que yo no ofendiese en nada al Señor. Es así que pasé un mes de grandísimos tormentos, entonces eran estas dos cosas que he dicho. Fue el Señor servido, que le dejaron a él (así me lo escribieron) porque yo le dije lo que pasaba en este mes. Tomó fuerza su ánima, y quedó del todo libre, que no se hartaba de dar gracias al Señor, y a mí, como si yo hubiera hecho algo, sino que ya el crédito que tenía de que el Señor me hacía mercedes, lo aprovechaba. Decía que cuando se veía muy apretado, leía mis cartas, y se le quitaba la tentación, y estaba muy espantado de lo que yo había padecido, y como se había librado él: y aun yo me espanté, y lo sufriera otros muchos años, por ver aquella alma libre. Sea alabado por todo, que mucho puede la oración de los que sirven al Señor, como yo creo que lo hacen en esta casa estas hermanas, sino que como yo lo procuraba, debían los demonios indignarse más conmigo, y el Señor por mis pecados lo permitía. En este tiempo también una noche pensé me ahogaban, y como echaron mucha agua bendita, vivir mucha multitud dellos, como quien se va despeñando.

Son tantas veces las que estos malditos me atormentan, y tan poco el miedo que yo ya les he, con ver que no se pueden menear, si el Señor no les da licencia, que cansaría a vuesa merced, y me cansaría si las dijese.

4. Lo dicho aproveche, de que el verdadero siervo de Dios se le dé poco destes espantajos, que estos ponen para hacer temer: sepan que cada vez que se nos da poco dellos y quedan con menos fuerza, y el alma muy más señora. Siempre queda algún gran provecho, que por no alargar no lo digo; solo diré esto que me acaeció una noche de las Ánimas, estando en un oratorio, habiendo rezado un nocturno, y diciendo unas oraciones muy devotas, que están al fin del que tenemos en nuestro rezado, se me puso sobre el libro, para que no acabase la oración, yo me santigué, y fuese. Tornando a comenzar, tornose (creo fueron tres veces las que la comencé) y hasta que eché agua bendita, no pude acabar; vi que salieron algunas ánimas del purgatorio en el instante, que debía faltarles poco, y pensé si pretendía estorbar esto. Pocas veces lo he visto tomando forma, y muchas sin ninguna forma, como la visión, que sin forma se ve claro está allí, como he dicho. Quiero también decir esto, porque me espantó mucho. Estando un día de la Trinidad en cierto monasterio en el coro, y en arrobamiento, vi una gran contienda de demonios contra ángeles: yo no podía entender qué quería decir aquella visión; antes de quince días se entendió bien en cierta contienda que acaeció entre gente de oración, y muchas que no lo eran, y vino harto daño a la casa que era: fue contienda que duró mucho, y de harto desasosiego. Otra vez veía mucha multitud dellos en rededor de mí, y parecíame estar una gran claridad, que me cercaba toda, y esta no les consentía llegar a mí: entendí que me guardaba Dios, para que no llegasen a mí de manera, que me hiciesen ofenderle: en lo que he visto en mí algunas veces entendí que era verdadera visión. El caso es, que va tengo entendido su poco poder (si yo no soy contra Dios) que casi ningún temor los tengo, porque no son nada sus fuerzas, si no ven almas rendidas a Dios, y cobardes, que aquí muestran ellos su poder. Algunas veces en las tentaciones que ya dije, me parecía, que todas las vanidades, y flaquezas de tiempos pasados tornaban a despertar en mí, que tenía bien que encomendarme a Dios: luego era el tormento de parecerme, que pues venían aquellos pensamientos, que debía ser todo demonio, hasta que me sosegaba el confesor; porque a un primer movimiento de mal pensamiento, me parecía a mí no había de tener quien tantas mercedes recibía del Señor. Otras veces me atormentaba mucho (y aun ahora me atormenta) ver que se hace mucho caso de mí, en especial personas principales, y de que decían mucho bien: en esto he pasado, y paso mucho. Miro luego a la vida de Cristo, y de los santos, y paréceme que voy al revés, que ellos no iban sino por desprecio, e injurias, háceme andar temerosa, y como que no oso alzar la cabeza, ni querría parecer: lo que no hago cuando tengo persecuciones, anda el alma tan señora, aunque el cuerpo lo siente, y por otra parte, ando afligida, que yo no sé cómo esto puede ser; mas pasa así, que entonces parece esta el alma en su reino, y que lo trae todo debajo de los pies. Dábame algunas veces, y durome hartos días, y parecía era virtud, y humildad por una parte, y ahora veo claro era tentación (un fraile, dominico, gran letrado, me lo declaró bien) cuando pensaba que estas mercedes, que el Señor me hace, se habían de venir a saber en público, era tan excesivo el tormento, que me inquietaba mucho el alma. Vino a términos, que considerándolo, de mejor gana me parece me determinaba a que me enterraran viva, que por esto; y así cuando me comenzaron estos grandes recogimientos, o arrobamientos a no poder resistirlos aun en público, quedaba yo después tan corrida, que no quisiera parecer a donde nadie me viera.

5. Estando una vez muy fatigada desto, me dijo el Señor, que qué temía, que en esto no podía sino haber dos cosas, o que murmurasen de mí, o que alabasen a él. Dando a entender, que los que lo creían, le alabarían, y los que no, era condenarme sin culpa, y que ambas cosas eran ganancia para mí, que no me fatigase. Mucho me sosegó esto, y me consuela cuando se me acuerda. Vino a términos la tentación, que me quería ir deste lugar, y dotar en otro monasterio muy más encerrado, que en el que yo al presente estaba, que había oído decir muchos extremos dél (era también de mi orden, y muy lejos, que esto es lo que a mí me consolara estar a donde no me conocieran) y nunca mi confesor me dejó. Mucho me quitaban la libertad del espíritu estos temores (que después vine yo a entender no era buena humildad, pues tanto inquietaba) y me enseñó el Señor esta verdad; que si ve tan determinada, y cierta estuviera, que no era ninguna cosa buena mía, sino de Dios, que ansí como no me pesaba de oír loar a otras personas, antes me holgaba, y consolaba mucho de ver que allí se mostraba Dios, que tampoco me pesaría mostrarse en mí sus obras.

6. También di en otro extremo, que fue suplicar a Dios, y hacía oración particular, que cuando alguna persona le pareciese algo bien en mí, que su Majestad le declarase mis pecados, para que viese cuán sin mérito mío me hacía mercedes, que esto deseo yo siempre mucho. Mi confesor me dijo, que no lo hiciese, mas hasta ahora poco ha: si veía yo que una persona pensaba de mi bien mucho, por rodeos, o como podía le daba a entender mis pecados, y con esto parece descansaba: también me han puesto mucho escrúpulo en esto. Procedía esto, no de humildad a mi parecer, sino de una tentación venían muchas; parecíame que a todos los traía engañados, y (aunque es verdad que andan engañados en pensar que hay algún bien en mí) no era mi deseo engañarlos, ni jamás tal pretendí, sino que el Señor por algún fin lo permite, y ansí aun con los confesores, si no viera era necesario, no tratara ninguna cosa, que se me hiciera gran escrúpulo. Todos estos temorcillos, y penas, y sombra de humildad entiendo yo ahora era harta imperfección, y de no estar mortificada; porque un alma dejada en las manos de Dios, no se le da más que digan bien, que mal, si ella entiende bien entendido, como el Señor quiere hacerle merced que lo entienda, que no tiene nada de sí. Fíese de quien se lo da, que sabrá porqué lo descubre, y aparéjese a la persecución, que está cierta en los tiempos de ahora, cuando de alguna persona quiere el Señor se entienda, que la hace semejantes mercedes; porque hay mil ojos para un alma destas, a donde para mil almas de otra hechura no hay ninguno. A la verdad no hay poca razón de temer, y este debía ser mi temor, y no humildad, sino pusilanimidad; porque bien se puede aparejar un alma, que ansí permite Dios que ande en los ojos del mundo, a ser mártir del mundo, porque si ella no se quiere morir a él, el mismo mundo la matará.

7. No veo cierto otra cosa en él que bien me parezca, sino no consentir faltas en los buenos, que a poder de murmuraciones no las perfeccione. Digo, que es menester más ánimo para si uno no está perfecto, llevar camino de perfección, que para ser de presto mártires; porque la perfección no se alcanza en breve (sino es a quien el Señor quiere por particular privilegio hacerle esta merced) el mundo en viéndole comenzar le quiere perfecto, y de mil leguas le entiende una falta, que por ventura en él es virtud, y quien le condena usa de aquello mesmo por vicio, y ansí lo juzga en el otro. No ha de haber comer, ni dormir, no como dicen, resollar; y mientras en más le tienen, más deben olvidar, que aunque se están en el cuerpo, por perfecta que tenga el alma viven aun en la

tierra sujetos a sus miserias, aunque más la tengan debajo de los pies: y así como digo, es menester gran ánimo, porque la pobre alma aún no ha comenzado a andar, y quiérenla que vuele, aun no tiene vencidas las pasiones, y quieren que en grandes ocasiones estén tan enteras, como ellos leen estaban los santos después de confirmados en gracia. Es para alabar al Señor lo que en esto pasa, y aun para lastimar mucho el corazón, porque muy muchas almas tornan atrás, que no saben las pobrecitas valerse: y así creo hiciera la mía, si el Señor tan misericordiosamente no lo hiciera todo de su parte, y hasta que por su bondad lo puso todo, ya verá vuesa merced que no ha habido en mí, sino caer, y levantar. Querría saberlo decir, porque creo se engañan aquí muchas almas, que quieren volar antes que Dios les dé alas.

8. Ya creo he dicho otra vez esta comparación, mas viene bien aquí, trataré esto, porque veo algunas almas muy afligidas por esta causa. Como comienzan con grandes deseos, y fervor, y determinación de ir adelante en la virtud, y algunas, cuanto al exterior, todo lo dejan por él, como ven en otras personas, que son más crecidas, cosas muy grandes de virtudes que les da el Señor, que no nos las podemos nosotros tomar, ven en todos los libros que están escritos de oración, y contemplación, poner cosas que hemos de hacer para subir a esta dignidad, que ellos no las pueden luego acabar consigo, desconsuélanse: como es un no se nos dar nada que digan mal de nosotros, antes tener mayor contento, que cuando dicen bien; una poca estima de honra, un desasimiento de sus deudos (que si no tienen oración, no los querría tratar, antes le cansan) otras cosas desta manera muchas, que a mi parecer les ha de dar Dios, porque me parece son ya bienes sobrenaturales, o contra nuestra natural inclinación. No se fatiguen, esperen en el Señor, que lo que ahora tienen en deseos, su Majestad hará que lleguen a tenerlo por obra con oración, y haciendo de su parte lo que es en sí; porque es muy necesario para este nuestro flaco natural tener gran confianza, y no desmayar, ni pensar que si nos esforzarnos, dejaremos de salir con vitoria. Y porque tengo mucha experiencia desto, diré algo para aviso de vuesa merced y no piense (aunque le parezca que sí) que está ya ganada la virtud, si no la experimenta con su contrario, y siempre hemos de estar sospechosos, y no descuidarnos mientras vivimos; porque mucho se nos pega luego, si como digo no esta ya dada del todo la gracia, para conocer lo que es todo, y en esta vida nunca hay todo sin muchos peligros. Parecíame a mí pocos años ha, que no solo no estaba asida a mis deudos, sino me cansaban, y era cierto así, que su conversación no podía llevar. Ofreciose cierto negocio de harta importancia, y hube de estar con una hermana mía, a quien yo quería muy mucho antes; y puesto que en la conversación, aunque ella es mejor que yo, no me hacía con ella (porque como tiene diferente estado, que es casada, no puede ser la conversación siempre en lo que yo la querría) y lo más que podía me estaba sola; vi que me daban pena sus penas, más harto que de prójimo, y algún cuidado. En fin, entendí de mí, que no estaba tan libre como yo pensaba, y que aun había menester huir la ocasión, para que esta virtud que el Señor me había comenzado a dar, fuese en crecimiento, y así con su favor lo he procurado hacer siempre después acá.

9. En mucho se ha tener una virtud, cuando el Señor la comienza a dar, y en ninguna manera ponernos en peligro de perderla, así es en cosas de honra, y en otras muchas; que crea vuesa merced que no todos los que pensamos estamos desasidos del todo, lo están, y es menester nunca descuidar en esto. Y cualquiera persona que sienta en sí algún punto de honra, si quiere aprovechar, créame, y dé tras este atamiento, que es una cadena,

que no hay lima que la quiebre, sino es Dios con oración, y hacer mucho de nuestra parte. Paréceme, que es una ligadura para este camino, que yo me espanto el daño que hace. Veo algunas personas santas en sus obras, que las hacen tan grandes, que espantan a las gentes. ¡Válame Dios! ¿Por qué está aún en la tierra esta alma? ¿Cómo no está en la cumbre de la perfección? ¿Qué es esto? ¿Quién detiene a quien tanto hace por Dios? O que tiene un punto de honra; y lo peor que tiene es, que no quiero entender que le tiene, y es porque algunas veces lo hace entender el demonio, que es obligado a tenerlo. Pues créanme, crean por amor del Señor a esta hormiguilla, que el Señor quiere que hable, que si no quitan esta oruga, que ya que a todo el árbol no dañe, porque ningunas otras virtudes quedarán, mas todas carcomidas. No es árbol hermoso, sino que él no medra, ni aun deja medrar a los que andan cabe él; porque la fruta que da de buen ejemplo, no es nada sana, poco durará. Muchas veces lo digo, que por poco que sea el punto de honra, es como en el canto de órgano, que mi punto, o compás que se yerre, disuena toda la música, y es cosa que en todas partes hace harto daño al alma, mas en este camino de oración es pestilencia.

10. ¿Andas procurando juntarte con Dios por unión, y queremos seguir sus consejos de Cristo, cargado de injurias, y testimonios; y queremos muy entera nuestra honra, y crédito? No es posible llegar allá, que no van por un camino. Llega el Señor al alma, esforzándonos nosotros, y procurando perder de nuestro derecho en muchas cosas. Dirán algunos, no tengo en qué, ni se me ofrece: yo creo que quien tuviere esta determinación, que no querrá el Señor. Pierda tanto bien, su Majestad ordenará tantas cosas en que gane esta virtud, que no quiera tantas. Manos a la obra, quiero decir las naderías, y poquedades que yo hacía cuando comencé, o algunas dellas; las pajitas que tengo dichas pongo en el fuego, que no soy yo para más: todo lo recibe el Señor, sea bendito por siempre. Entre mis faltas tenía esta, que sabía poco de rezado, y de lo que había de hacer en el coro, y cómo le regir, de puro descuidada, y metida entre otras vanidades, y veía a otras novicias que me podían enseñar.

11. Acaeciame no les preguntar, porque no entendiesen yo sabía poco: luego se pone delante el buen ejemplo, esto es muy ordinario. Ya que Dios me abrió un poco los ojos, aun sabiéndolo, tantico que estaba en duda, lo preguntaba a las niñas, ni perdí honra, ni crédito, antes quiso el Señor (a mi parecer) darme después más memoria. Sabia mal cantar, sentía tanto si no tenía estudiado lo que me encomendaban (y no por el hacer falta delante del Señor, que esto fuera virtud, sino por las muchas que me oían) que de puro honrosa me turbaba tanto, que decía muy menos de lo que sabía. Tomé después por mí, cuando no lo sabía muy bien, decir que no lo sabía. Sentía harto a los principios, y después gustaba dello: y es ansí, que comencé a no se me dar nada de que se entendiese no lo sabía, que lo decía muy mejor; y que la negra honra me quitaba supiese hacer esto que yo tenía por honra, que cada uno la pone en lo que quiere. Con estas naderías, (y harto nada soy yo, pues esto me daba pena) de poco en poco se van haciendo con actos, y cosas poquitas como estas (que en ser hechas por Dios les da su Majestad tomo) ayuda su Majestad para cosas mayores. Y ansí en cosas de humildad me acaecía, que de ver que todas se aprovechaban, sino yo (porque nunca fui para nada) de que se iban del coro coger todos los mantos. Parecíame servía a aquellos ángeles, que allí alababan a Dios, hasta que no sé cómo vinieron a entenderlo, que no me corrí yo poco, porque no llegaba

mi virtud a querer que entendiesen estas cosas; y no debía ser por humilde, sino porque no se riesen de mí, como era tan nonada.

12. ¡Oh Señor mío, qué vergüenza es ver tantas maldades, y contar unas arenitas, que aún no las levantaba de la tierra por vuestro servicio, sino, que todo iba envuelto en mil miserias! No manaba aun el agua de vuestra gracia debajo destas arenas, para que las hiciese levantar. ¡Oh Criador mío, quién tuviera alguna cosa que contar entre tantos males, que fuera de tomo, pues cuento las grandes mercedes que de recibido de vos! Es ansí, Señor mío, que no sé cómo puede sufrirlo mi corazón, ni cómo podrá quien esto leyere dejarme de aborrecer, viendo tan mal servidas tan grandísimas mercedes; y que no he vergüenza de contar estos servicios, en fin como míos. Si tengo, Señor mío, mas el no tener otra cosa, que contar de mi parte, me hace decir tan bajos principios, para que tenga esperanza quien los hiciere grandes, que pues estos parece ha tomado el Señor en cuenta, los tomará mejor. Plega a su Majestad me dé gracia, para que no esté siempre en principios. Amén.

CAPÍTULO XXXII

En que trata cómo quiso el Señor ponerla en espíritu en un lugar del infierno, que tenía por sus pecados merecido. Cuenta una cifra de lo que allí se le representó por lo que fue. Comienza a tratarla manera, u modo cómo se fundó el monasterio a donde ahora esta de san José

1. Después de mucho tiempo, que el Señor me había hecho ya muchas de las mercedes que de dicho, y otras muy grandes, estando un día en oración, me hallé en un punto toda sin saber cómo, que me parecía estar metida en el infierno. Entendí que quería el señor, que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado, y yo merecido, por mis pecados. Ello fue en brevísimo espacio; mas aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme. Parecíame la entrada a manera de un callejón muy largo, y estrecho, a manera de horno muy bajo, y oscuro, y angosto: el suelo me parecía de una agua como todo muy sucio, y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él: al cabo estaba una concavidad metida en luna pared u manera de una alacena, a donde me vi meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso a la vista en comparación de lo que allí sentí: esto que he dicho va mal encarecido.

2. Estotro me parece que aun principio de encarecerse cómo es, no lo puede haber, ni se puede entender; mas sentí un fuego en el alma, que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es, los dolores corporales tan incomfortables, que con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y (según dicen los médicos) los mayores que su pueden acá pasar; porque fue encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras que he tenido, y aun algunos como he dicho, causados del demonio, no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser sin fin, y sin jamás cesar. Esto no es pues nada en comparación del agonizar del alma, un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible, y con tan desesperado, y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer; porque decir, que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco; porque allí parece que otro os acaba la vida, mas

aquí el alma mesma es la que se despedaza. El caso es, que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior, y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos, y dolores. No veía yo quién me los daba, mas sentíame quemar, y desmenuzar (a lo que me parece) y digo, que aquel fuego, y desesperación interior es lo peor. Estando en tan pestilencial lugar tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse ni hay lugar, aunque me pusieron en este como agujero hecho en la pared, porque estas paredes que son espantosas a la vista, aprietan ellas mismas, y todo ahoga, no hay luz, sino todo tinieblas escurísimas. Yo no entiendo cómo puede ser esto, que con no haber luz, lo que a la vista ha de dar pena todo se ve. No quiso el Señor entonces viese más de todo el infierno, después he visto otra visión de cosas espantosas, de algunos vicios el castigo: cuando lo a la vista muy más espantosas me parecieron; mas como no sentía la pena, no me lucieron tanto temor, que en esta visión quiso el Señor, que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos, y aflicción en el espíritu, como si el cuerpo lo estuviera padeciendo. Yo no sé cómo ello fue, mas bien entendí ser gran merced que quiso el Señor yo viese por vista de ojos de dónde me había librado su misericordia: porque no es nada oírlo decir, ni haber yo otras veces pensado en diferentes tormentos (aunque pocas, que por temor no se llevaba bien mi alma) ni que los demonios atenazan, ni otros diferentes tormentos que he leído, no es nada con esta pena, porque es otra cosa: en fin, como de dibujo a la verdad, y el quemarse acá es muy poco en comparación deste fuego de allá. Yo quedé tan espantada, y aun lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es así, que me parece el calor natural me falta de temor, aquí a donde estoy, y así no me acuerdo vez que tenga trabajo, ni dolores, que no me parezca no nada todo lo que acá se puede pasar; y así me parece en parte, que nos quejamos sin propósito. Y así torno a decir, que fue una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, porque me ha aprovechado muy mucho, así para perder el miedo a las tribulaciones, y contradicciones desta vida, como para esforzarme a padecerlas, y dar gracias al Señor que me libró, a lo que ahora me parece, de males tan perpetuos, y terribles.

3. Después acá, como digo, todo me parece fácil, en comparación de un momento que se haya de sufrir lo que yo en él allí padecí. Espántame, cómo habiendo leído muchas veces libros a donde se da algo a entender de las penas del infierno, cómo no las temía, ni tenía en lo que son: a donde estaba, como me podía dar cosa descanso de lo que me acarrea ir a tan mal lugar. Seáis bendito, Dios mío, por siempre, y como se ha parecido que me queríades vos mucho más a mí, que yo me quiero. Qué de veces, Señor, me librades de cárcel tan temerosa, y como me tornaba yo a meter en ella contra vuestra voluntad. De aquí también gané la grandísima pena que me da, las muchas almas que se condenan (destos luteranos en especial, porque eran ya por el bautismo miembros de la Iglesia) y los ímpetus grandes de aprovechar almas, que me parece cierto a mí, que por librar una sola de tan gravísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes muy de buena gana. Miro, que si vemos acá una persona, que bien queremos en especial, con un gran trabajo, o dolor, parece que nuestro mesmo natural nos convida a compasión, y si es grande nos aprieta a nosotros: pues ver a un alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir? No hay corazón que lo lleve sin gran pena. Pues acá con saber, que en fin se acallará con la vida, y que ya tiene término, aun nos mueve a tanta compasión: estotro que no le tiene, no sé como podemos sosegar, viendo tantas almas como lleva cada día el demonio consigo.

4. Esto también me hice desear, que en cosa que tanto importa, no nos contentemos con menos de hacer todo lo que pudiéremos de nuestra parte, no dejemos nada, plega al señor sea Señor sea servido de darnos gracia para ello. Cuando yo considero, que aunque era tan malísima, traía algún cuidado de servir a Dios, y no hacía algunas cosas, que veo, que como quien no hace nada se las tragan en el mundo, y en fin, pasaba grandes enfermedades, y con mucha paciencia, que me la daba el Señor, no era inclinada a murmurar, ni a decir mal de nadie, ni me parece podía querer mal a nadie, ni era codiciosa, ni envidia jamás me acuerdo tener, de manera que fuese ofensa grave del Señor, y otras algunas cosas, que aunque era tan ruin, traía temor de Dios lo más contino, y veo a donde me tenían ya los demonios aposentada: y es verdad, que según mis culpas, aun me parece merecía más castigo. Mas con todo digo, que era terrible tormento, y que es peligrosa cosa contentarnos, ni traer sosiego, ni contento el alma que anda cayendo a cada paso en pecado mortal, sino que por amor de Dios nos quitemos de las ocasiones, que el Señor nos ayudará, como ha hecho a mí. Plega a su Majestad que no me deje de su mano, para que yo torne a caer, que ya tengo visto a donde he de ir a parar, no lo permita el Señor por quien su Majestad. es. Amén.

5. Andando yo después de haber visto esto, y otras grandes cosas, y secretos, que el Señor por quien es me quiso mostrar, de la gloria que se dará a los buenos, y pena a los malos, deseando modo, y manera en que pudiese hacer penitencia de tanto mal, y merecer algo para ganar tanto bien, deseaba huir de gentes, y acabar ya de todo en todo apartarme del mundo. No sosegaba mi espíritu, mas no desasosiego inquieto, sino sabroso; bien se veía que era Dios, y que le había dado su Majestad al alma calor para digerir otros manjares más gruesos de los que comía. Pensaba qué podría hacer por Dios, y pensé, que lo primero era seguir el llamamiento que su Majestad me había hecho a la Religión, guardando mi regla con la mayor perfección que pudiese: y aunque en la casa donde estaba había muchas siervas de Dios, y era harto servido en ella, a causa de tener gran necesidad, salían las monjas muchas veces a partes, a donde con toda honestidad, y religión podíamos estar y también no estaba fundada en su primer rigor la regla, sino guardábase conforme a lo que en toda la Orden (que es con bula de relajación) también otros inconvenientes, que me parecía a mí tenía mucho regalo, por ser la casa grande, y deleitosa. Mas este inconveniente de salir, y aunque yo era la que mucho lo usaba, era grande para mí, ya porque algunas personas (a quien los prelados no podían decir de no) gustaban estuviere yo en su compañía, importunados mandábanmelo: y ansí según se iba ordenando, pudiera poco estar en el monasterio, porque el demonio en parte debía ayudar, para que no estuviere en casa, que todavía como comunicaba con algunas lo que los que me trataban me enseñaban, hacía gran provecho. Ofreciose una vez estando con una persona, decirme a mí, y a otras, que si seríamos para ser monjas de la manera de las descalzas, que aun posible era poder hacer un monasterio. Yo como andaba en estos deseos, comencelo a tratar con aquella señora mi compañera viuda, que ya he dicho, que tenía el mesmo deseo: ella comenzó a dar trazas para darle renta, que ahora veo yo que no llevaban mucho camino, y el deseo que dello teníamos más hacía parecer que sí. Mas yo por otra parte, como tenía tan grandísimo contento en la casa que estaba, porque era muy a mi propósito, todavía me detenía: con todo concertamos de encomendarlo mucho a Dios.

6. Habiendo un día comulgado, mandome mucho su Majestad, lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas, de que no se dejaría de hacer el monasterio, y que se serviría mucho en él, y que se llamase san José, y que a la una puerta nos guardaría él, y nuestra Señora a la otra, y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor; y que aunque las religiones estaban relajadas, que no pensase, se servía poco en ellas; que ¿qué sería del mundo, si no fuese por los religiosos? Que dijese a mi confesor esto que mandaba, y que le rogaba el que no fuese contra ello, ni me lo estorbase. Era esta visión con tan grandes efectos, y de tal manera esta habla, que me hacía el Señor, que yo no podía dudar que era él. Yo sentí grandísima pena, porque en parte se me representaron los grandes desasosiegos, y trabajos que me había de costar; y como estaba tan contentísima en aquella casa, que aunque antes lo trataba, no era con tanta determinación, ni certidumbre, que sería. Aquí parecía se me ponía premio, y como veía comenzaba cosa de gran desasosiego, estaba en duda de lo que haría, mas fueron muchas veces las que el Señor me tornó a hablar en ello, poniéndome delante tantas causas, y razones, que yo veía ser claras, y que era su voluntad, que ya no osé hacer otra cosa, sino decirlo a mi confesor, y dile por escrito todo lo que pasaba. Él no osó determinadamente decirme que lo dejase, mas veía que no llevaba camino conforme a razón natural, por haber poquísima, y casi ninguna posibilidad en mi compañera, qué era la que había de hacer. Díjome, que lo tratase con mi prelado, y que lo que él hiciese, eso hiciese yo: yo no trataba estas visiones con el prelado, sino aquella señora trató con él, que quería hacer este monasterio; y el provincial vino muy bien en ello, que es amigo de toda religión, y dióle todo el favor que fue menester, y díjole que él admitiría la casa: trataron de la renta que había de tener, y queríamos fuesen más de trece por muchas causas. Antes que lo comenzásemos a tratar, escribimos al santo fray Pedro de Alcántara todo lo que pasaba, y aconsejonos que no lo dejásemos de hacer, y dionos su parecer en todo. No se hubo comenzado a saber por el lugar, cuando no se podía escribir en breve la gran persecución que vino sobre nosotras, los dichos, las risas, el decir que era disbarate: a mí, que bien me estaba en mi monasterio, a la mi compañera tanta persecución, que la traían fatigada. Yo no sabía qué me hacer, en parte me parecía, que tenían razón. Estando así muy fatigada, encomendándome a Dios, comenzó su Majestad a consolarme, y animarme: díjome, que aquí vería lo que habían pasado los santos que habían fundado las religiones, que muchas más persecuciones tenía por pasar de las que yo podía pensar, que no se nos diese nada. Decíame algunas cosas que dijese a mi compañera, y lo que más me espantaba yo es, que luego quedábamos consoladas de lo pasado, y con ánimo para resistir a todos: y es así, que gente de oración, y todo en fin el lugar, no había casi persona que entonces no fuese contra nosotras, y le pareciese grandísimo disbarate.

7. Fueron tantos los dichos, el alboroto de mi mesmo monasterio, que al provincial lo pareció recio ponerse contra todos, y así mudó el parecer y no la quiso admitir: dijo, que la renta no era segura, y que era poca y que era mucha la contradicción; y en todo parece tenía razón, y en fin lo y no la quiso admitir. Nosotras, que ya parecía teníamos recibidos los primeros golpes, dionos muy gran pena; en especial me la dio a mí de ver al provincial contrario, que con quererlo él, tenía yo disculpa con todos. A la mi compañera ya no la querían absolver, sino lo dejaba; porque decían era obligada a quitar el escándalo.

8. Ella fue a un gran letrado muy gran siervo de Dios, de la Orden de santo Domingo, a decírselo, y darle cuenta de todo (esto fue aún antes que el provincial lo tuviese dejado) porque en todo el lugar no teníamos quien nos quisiese dar parecer; y así decían, que solo era por nuestras cabezas. Dio esta señora relación de todo, y cuenta de la renta que tenía de su mayorazgo a este santo varón, con harto deseo nos ayudase; porque era el mayor letrado, que entonces había en el lugar, y pocos más en su Orden. Yo le dije todo lo que pensábamos hacer, y algunas causas; no le dije cosa de revelación ninguna, sino las razones naturales que me movían, porque no que no quería yo nos diese parecer, sino conforme a ellas. Él nos dijo, que le diésemos de término ocho días para responder, y que si estábamos determinadas a hacer lo que él dijese. Yo le dije que sí; mas aunque yo esto decía (y me parece lo hiciera) nunca jamás se me quitaba una seguridad de que se había de hacer. Mi compañera tenía más fe, nunca ella por cosa que la dijese se determinaba a dejarlo: yo (aunque como digo me parecía imposible dejarse de hacer) de tal manera creo ser verdadera la revelación, como no vaya contra lo que está en la Sagrada Escritura, o contra las leyes de la Iglesia, que somos obligados a hacer: porque aunque a mí verdaderamente me parecía era de Dios, si aquel letrado me dijera, que no lo podíamos hacer sin ofenderle, y que íbamos contra conciencia, pareciome luego me apartara dello, y buscara otro medio; mas a mí no me daba el Señor sino este. Decíame después este siervo de Dios, que lo había tomado a cargo con toda determinación, de poner mucho en que nos apartásemos de hacerlo (porque ya había venido a su noticia el clamor del pueblo, y también le parecía desatino como a todos, y en sabiendo habíamos ido a él, le envió a avisar un caballero, que mirase lo que hacía, que no nos ayudase) y que en comenzando a mirar lo que nos había de responder, y a pensar en el negocio, y el intento que llevábamos, y manera de concierto, y religión, se le asentó ser muy en servicio de Dios, y que no había de dejar de hacerse: y así nos respondió, nos diésemos prisa a concluirlo, y dijo la manera, y traza que se había de tener; y aunque la hacienda era poca, que algo se había de fiar de Dios, que quien lo contradijese fuese a él, que él respondería, así siempre nos ayudó, como después diré. Y con esto fuimos muy consoladas, y con que algunas personas santas, que nos solían ser contrarias, estaban ya más aplacadas, y algunas nos ayudaban: entre ellas era el caballero santo, de quien ya he hecho mención, que (como lo es, y le pareció llevaba camino de tanta perfección, por ser todo nuestro fundamento en oración) aunque los medios le parecían muy dificultosos, y sin camino, rendía su parecer a que podía ser cosa de Dios, que el mismo Señor le debía mover: y así hizo al maestro, que es el clérigo siervo de Dios, que dije que había hablado primero, que es espejo de todo el lugar, como persona que le tiene Dios en él, para remedio, y aprovechamiento de muchas almas, y va venía en ayudarme en el negocio. Y estando en estos términos, y siempre con ayuda de muchas oraciones, teniendo comprada ya la casa en buena parte, aunque pequeña (mas desto a mí no se me daba nada, que me había dicho el Señor, que entrase como pudiese, que después yo vería lo que su Majestad hacía: y cuán bien que lo he visto) y así aunque veía ser poca la renta, tenía creído el Señor lo había por otros medios ordenar, y favorecernos.

CAPÍTULO XXXIII

Procede en la misma materia de la fundación del glorioso san José. Dice cómo le mandaron, que no entendiese en ella, y el tiempo que lo dejó, y algunos trabajos que tuvo, y cómo la consolaba en ellos el Señor

1. Pues estando los negocios en este estado, y tan al punto de acabarse, que otro día se habían de hacer las escrituras, fue cuando el padre provincial nuestro mudó parecer, creo fue movido por ordenación divina, según después ha parecido; porque como las oraciones eran tantas, iba el Señor perfeccionando la obra, y ordenando que se hiciese de otra suerte. Como él no lo quiso admitir, luego mi confesor me mandó, no entendiese más en ello: con que sabe el Señor los grandes trabajos, y aflicciones, que hasta traerlo a aquel estado me había costado. Como se dejó, y quedó así, confirmose más ser todo disbarate de mujeres, y a crecer la murmuración sobre mí, con haberlo mandado hasta entonces mi provincial. Estaba muy malquista en todo mi monasterio, porque quería hacer monasterio más encerrado: decían que las afrentaba, que allí podía también servir a Dios, pues había otras mejores que yo, que no tenía amor a la casa, que mejor era procurar renta para ella, que para otra parte. Unas decían, que me echasen en la cárcel, otras (bien pocas) tornaban algo por mí: yo bien veía, que en muchas cosas tenían razón, y algunas veces dábales descuento, aunque como no había de decir lo principal, que era mandármelo el Señor, no sabía qué hacer, y así callaba. Otras hacíame Dios muy gran merced, que todo esto no me daba inquietud, sino con tanta facilidad, y contento lo dejé, como si no me hubiera costado nada; y esto no lo podía nadie creer (ni aun las mismas personas de oración, que me trataban) sino que pensaban estaba muy penada, y corrida; y aun mi mesmo confesor no lo acababa de creer. Yo como me parecía que había hecho todo lo que había podido, parecíame no era más obligada para lo que me había mandado el Señor, y quedábame en la casa, que yo estaba contenta, y a mi placer: aunque jamás podía dejar de creer que había de hacerse; o no había a medio, ni sabía cómo ni cuándo, mas tenía lo muy cierto.

2. Lo que mucho me fatigó, fue una vez que mi confesor, como si yo hubiera hecho cosa contra su voluntad (también debía el Señor querer que de aquella parte, que más me había de doler, no me dejase de venir trabajo; y así en esta multitud de persecuciones, que a mí me parecía había de venirme dél el consuelo) me escribió, que ya veía que era todo sueño en lo que había sucedido, que me enmendase de ahí adelante en no querer salir con nada, ni hablar más en ello, pues veía el escándalo que había sucedido; otras cosas, todas para dar pena. Esto me la dio mayor que todo junto, pareciéndome si había sido yo ocasión, y tenido culpa en que se ofendiese; y que si estas visiones eran ilusiones, que toda la oración que tenía era engaño, y que yo andaba muy engañada, y perdida. Apretome esto en tanto extremo, que estaba toda turbada, y con grandísima aflicción: mas el Señor (que nunca me faltó en todos estos trabajos que he contado, hartas veces me consolaba, y esforzaba, que no hay para que lo decir aquí) me dijo entonces, que no me fatigase, que yo había mucho servido a Dios, y no ofendídale en aquel negocio: que hiciese lo que me mandaba el confesor en callar por entonces, hasta que fuese tiempo de tornar a ello. Quedé tan consolada, y contenta, que me parecía todo nada la persecución que había sobre mí.

3. Aquí me enseñó el Señor el grandísimo bien, que es pasar trabajos, y persecuciones por él; porque fue tanto el acrecentamiento que vi en mi alma de amor de Dios, y otras muchas cosas, que yo me espantaba: y esto me hace no poder dejar de desear trabajos, y

las otras personas pensaban que estaba muy corrida: y si estuviera, si el Señor no me favoreciera en tanto extremo con merced tan grande. Entonces me comenzaron más grandes los ímpetus de amor de Dios, que tengo dicho, y mayores arrobamientos, aunque yo callaba, y no decía a nadie estas ganancias. El santo varón dominico, no dejaba de tener por tan cierto como yo, qué se había de hacer: y como yo no quería entender en ello, por no ir contra la obediencia de mi confesor, negociábalo él con mi compañera, y escribían a Roma, y daban trazas. También comenzó aquí el demonio de una persona en otra, a procurar se entendiese, que había yo visto alguna revelación en este negocio, e iban a mí con mucho miedo a decirme que andaban los tiempos recios, y que podría ser me levantasen algo, y fuesen a los inquisidores. A mí me cayó esto en gracia, y me hizo reír (porque en este caso jamás yo temí, que sabía bien de mí, que en cosa de la fe, contra la menor ceremonia de la Iglesia, que alguien viese yo iba, por ella, o por cualquier verdad de la Sagrada Escritura, me pornía yo a morir mil muertes) y dije, que deso, no temiesen, que harto mal sería para mi alma, si en ella hubiese cosa que fuese de suerte, que yo temiese la Inquisición; que si pensase había para qué, yo me la iría a buscar, y que si era levantado, que el Señor me libraría, y quedaría con ganancia. Y tratelo con este padre mío dominico (que como digo era tan letrado, que podía quien asegurar con lo que él me dijese) y díjele entonces todas las visiones, y modo de oración, y las grandes mercedes que me hacía el Señor con la mayor claridad que pude, y suplíquele lo mirase muy bien, y me dijese si había algo contra la Sagrada Escritura, y lo que de todo sentía. Él me aseguró mucho, y a mi parecer le hizo provecho; porque aunque él era muy bueno, de allí adelante se dio mucho más a la oración, y se apartó en un monasterio de su Orden, donde hay mucha soledad, para mejor poder ejercitarse en esto, a donde estuvo más de dos años; y sacole de allí la obediencia (que él sintió harto) porque le hubieron menester como era persona tal: y yo en parte sentí mucho cuando se fue (aunque no se lo estorbé) por la grande falta que me hacía; mas entendí su ganancia porque estando con harta pena de su ida, me dijo el Señor, que me consolase, y no la tuviese, que bien guiado iba. Vino tan aprovechada su alma de allí, y tan adelante en aprovechamiento de espíritu, que me dijo cuando vino, que por ninguna cosa quisiera haber dejado de ir allí. Y yo también podía decir lo mismo, porque lo que antes me aseguraba, y consolaba con solas sus letras, ya lo hacía también con la experiencia de espíritu, que tenía harta de cosas sobrenaturales; y trájole Dios a tiempo, que vio su Majestad había de ser menester para ayudar a su obra deste monasterio, que quería su Majestad se hiciese.

4. Pues estuve en este silencio, y no entendiendo, ni hablando en este negocio cinco, o seis meses, y nunca el Señor me lo mandó. Yo no entendía qué era la causa, mas no se me podía quitar del pensamiento, qué se había de hacer. Al fin deste tiempo, habiéndose ido de aquí el retor, que estaba en la Compañía de Jesús, trajo su Majestad aquí otro muy espiritual, y de grande ánimo, y entendimiento, y buenas letras, a tiempo que yo estaba con harta necesidad; porque como el que me confesaba tenía superior, y ellos tienen esta virtud en extremo de no se bullir, sino conforme a la voluntad de su mayor, aunque él entendía bien mi espíritu, y tenía deseo de que fuese muy adelante, no se osaba en algunas cosas determinar, por hartas causas que para ello tenía. Ya mi espíritu iba con ímpetus tan grandes, que sentía mucho tenerle atado, y con todo no salía de lo que él me mandaba.

5. Estando un día con grande aflicción de parecerme el confesor no me creía, díjome el Señor, que no me fatigase, que presto se acabaría aquella pena. Yo me alegré mucho, pensando que era que me había de morir presto, y traía mucho contento cuando se me acordaba: después vi claro era la venida deste retor que digo, porque aquella pena nunca más se ofreció en que la tener, a causa de que el retor que vino no iba a la mano al ministro que era mi confesor; antes le decía, que me consolase, y que no había de qué temer, y que no me llevase por camino tan apretado: que dejase obrar el espíritu del Señor, que a veces parecía con estos grandes ímpetus de espíritu no le quedaba al alma como resollar. Fueme a ver este rector, y mandome el confesor tratase con él con toda libertad, y claridad. Yo solía sentir grandísima contradicción en decirlo, y es así, que en entrando en el confesonario sentí en mi espíritu un no sé qué, que antes, ni después no me acuerdo haberlo con nadie sentido, ni yo sabré decir cómo fue, ni por comparaciones podría. Porque fue un gozo espiritual, y un entender mi alma, que aquel alma me había de entender, y que conformaba con ella, aunque, como digo, no entiendo cómo; porque si le hubiera hablado, o me hubieran dado grandes nuevas dél, no era mucho darme gozo, en entender que había de entenderme, mas ninguna palabra él a mí, ni yo a él nos habíamos hablado; ni era persona de quien yo tenía antes ninguna noticia. Después he visto bien, que no se engañó mi espíritu, porque de todas maneras ha hecho gran provecho a mí, y a mi alma tratarle; porque su trato es mucho para personas, que ya parece el Señor tiene ya muy adelante, porque él las hace correr, y no ir paso a paso. Y su modo es para desasirlas de todo, y mortificarlas, que en esto le dio el Señor grandísimo talento, también como en otras muchas cosas. Como le comencé a tratar, luego entendí su estilo, y vi ser un alma pura, y santa, y con don particular del Señor, para conocer espíritus: consoleme mucho. Desde ha poco que le trataba comenzó el Señor a tornarme a apretar, que tornase, a tratar el negocio del monasterio, y que dijese a mi confesor, y a este retor muchas razones, y cosas para que no me lo estorbare; y algunas los hacía temer, porque este padre retor nunca dudó en que era espíritu de Dios, porque con mucho estudio, y cuidado miraba todos los efectos.

6. En fin de muchas cosas, no se osaron atrever tornó mi confesor a darme licencia que pusiese en ello todo lo que pudiese; y bien veía el trabajo a que me ponía, por ser muy sola, y tener poquísima posibilidad. Concertamos se tratase con todo secreto, y así procuré, que una hermana mía, que vivía fuera de aquí, comprase la casa, y la labrase como que era para sí, con dineros que el Señor dio por algunas vías para comprarla; que sería largo de contar como el Señor lo fue proveyendo, porque yo traía gran cuenta en no hacer cosa contra la obediencia, mas sabía que si lo decía a mis preladados, era todo perdido, como la vez pasada, y aun ya fuera peor. En tener los dineros, en procurarlo, en concertarlo, hacerlo labrar, pasé tantos trabajos, y algunos bien a solas; aunque mi compañera hacía lo que podía, mas podía poco, y tan poco, que era casi nonada; mas de hacerse en su nombre, y con su favor, todo el más trabajo era mío, de tantas maneras, que ahora me espanto como lo pude sufrir. Algunas veces afligida, decía: Señor mío, cómo me mandáis cosas, que parecen imposibles, que aunque fuera mujer, si tuviera libertad, mas atada por tantas partes, sin dineros, ni de a dónde los tener, ni para Breve, ni para nada, ¿qué puedo yo hacer, Señor?

7. Una vez estando en una necesidad, que no sabía qué me hacer, ni con qué pagar unos oficiales, me apareció san José, mi verdadero padre, y señor, y me dio a entender, que no

me fallarían, que los concertase, y así lo hizo sin ninguna blanca, y el Señor por manera que se espantaban los que lo oían, me proveyó. Hacíaseme la casa muy chica, porque lo era tanto, que no parece llevaba camino ser monasterio, y quería comprar otra, ni había con qué, ni había manera para comprarse, ni sabía qué me hacer, que estaba junto a ella otra también harto pequeña para hacer la iglesia; y acabando un día de comulgar, díjome el Señor: *Ya te he dicho que entres como pudieres*. Y a manera de exclamación también me dijo: *¡Oh codicia del humano, que aun tierra piensas que te ha de fallar! ¿Cuántas veces dormí yo al sereno, por no tener a dónde me meter?* Yo quedé muy espantada, y vi que tenía razón, voy a la casita, y tracela, y hallé, aunque bien pequeño monasterio cabal, y no curé de comprar más sitio, sino procuré, se labrase en ella, de manera que se pueda vivir, todo tosco, sin labrar no más de como no fuese dañoso a la salud, y así se ha de hacer siempre.

8. El día de santa Clara, yendo a comulgar, se me apareció con mucha hermosura, y díjome, que me esforzase, y fuese adelante en lo comenzado, que ella me ayudaría. Yo la tomé gran devoción, y ha salido tan verdad, que un monasterio de monjas de su Orden, que está cerca deste, nos ayuda a sustentar; y lo que ha sido más, que poco a poco trajo este deseo mío a tanta perfección, que en la pobreza que la bienaventurada santa tenía en su casa, se tiene en esta, y vivimos de limosna; que no me ha costado poco trabajo, que sea con toda firmeza, y autoridad del Padre Santo, que no se puede otra cosa, ni jamás haya renta. Y más hace el Señor (y debe por ventura ser por ruego desta bendita santa) que sin demanda ninguna nos provee su Majestad muy cumplidamente lo necesario. Sea bendito por todo. Amén.

9. Estando en estos mismos días (el de nuestra Señora de la Asunción) en un monasterio de la Orden del glorioso santo Domingo, estaba considerando los muchos pecados, que en tiempos pasados había en aquella casa confesado, y cosas de mi ruin vida; vínome un arrebatamiento tan grande, que casi me sacó de mí. Senteme, y aún paréceme que no pude ver alzar, ni oír misa, que después quedé con escrúpulo desto. Pareciome estando así, que me veía vestir una ropa de mucha blancura, y claridad; y al principio no veía quien me la vestía: después vi a nuestra Señora, hacia el lado derecho, y a mi padre san José al izquierdo, que me vestían aquella ropa: dióseme a entender, que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir, yo con grandísimo deleite gloria, luego me pareció asirme de las manos nuestra Señora. Díjome, que le daba mucho contento en servir al glorioso san José que creyese, que lo que pretendía del monasterio se haría, y en él se serviría mucho el Señor, y ellos dos; que no temiese habría quiebra en esto jamás, aunque la obediencia que daba no fuese a mi gusto, porque ellos nos guardarían, que ya su Hijo nos había prometido andar con nosotras; que para señal que sería esto verdad, me daba aquella joya. Parecíame haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz a él de mucho valor. Este oro, y piedras, es tan diferente de lo de acá, que no tiene comparación; porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar, que no alcanza el entendimiento a entender de qué era la ropa, ni cómo imaginar el blanco que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá dibujo de tizne, a manera de decir. Era grandísima la hermosura que vi en nuestra Señora, aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco con grandísimo resplandor, no que deslumbra, sino suave. Al glorioso san José no vi tan claro, aunque bien vi que estaba allí, como las visiones que he dicho,

que no se ven: parecíame nuestra Señora muy niña. Estando ansí conmigo un poco, y yo con grandísima gloria, y contento (mas a mi parecer, que nunca le había tenido, y nunca quisiérame quitarme dél) pareciome que los veía subir al cielo con mucha multitud de ángeles; yo quedé con mucha soledad, aunque tan consolada, y elevada, y recogida en oración, y enternecida, que estuve algún espacio, que menearme, ni hablar no podía, sino casi fuera de mí. Quedé con un ímpetu grande de deshacerme por Dios, y con tales efectos, y todo pasó de suerte, que nunca pude dudar (aunque mucho lo procurase) no ser cosa de Dios nuestro Señor. Dejome consoladísima, y con mucha paz. En lo que dijo la Reina de los ángeles de la obediencia es, que a mí se me hacía de mal no darla a la Orden, y habíame dicho el Señor que no convenía dársela a ellos: diome las causas, para que en ninguna manera convenía lo hiciese, sino que enviase a Roma por cierta vía, que también me dijo; que él haría viniese recaudo por allí; y ansí fue, que se envió por donde el Señor me dijo (que nunca acabábamos de negociarlo) y vino muy bien. Y para las cosas que después han sucedido, convino mucho se diese la obediencia al obispo, mas entonces no le conocía yo, ni aun sabía qué prelado sería; y quiso el Señor fuese tan bueno, y favoreciese tanto a esta casa como ha sido menester para la gran contradicción que ha habido en ella (como después diré) y para ponerla en el estado en que está. Bendito sea el que ansí lo ha hecho todo. Amén.

CAPÍTULO XXXIV

Trata cómo en este tiempo convino que se ausentase deste lugar: dice la causa, y cómo la mandó ir su prelado para consuelo de una señora muy principal, que estaba muy afligida. Comienza a tratar lo que allá le sucedió, y la gran merced que el Señor la hizo de ser medio, para que su Majestad despertase a una persona muy principal para servirle muy de veras, y que ella tuviese favor, y amparo después en él. Es mucho de notar

1. Pues por mucho cuidado que yo traía, para que no se entendiese, no podía hacerse tan secreta toda esta obra, que no se entendiese mucho en algunas personas, unas lo creían, y otras no. Yo temía harto, que venido el provincial, si algo le dijeren dello, me había de mandar no entender en ello, luego era todo cesado. Proveyolo el Señor desta manera, que se ofreció en un lugar grande, islas de veinte leguas deste, que estaba una señora muy afligida, a causa de habérsele muerto su marido; estábalo en tanto extremo, que se temía su salud. Tuvo noticia desta peccadorcilla, que lo ordenó el Señor ansí, que le dijeren bien de mí para otros bienes que de aquí sucedieron. Conocía esta señora mucho al provincial, y como era persona principal, y supo que yo estaba en monasterio que salían, pónese el Señor tan gran deseo de verme, pareciéndole que se consolaría conmigo, que no debía ser en su mano, sino luego procuró por todas las vías que pudo llevarme allá, enviando al provincial que estaba bien lejos. Él me envió un mandamiento, con precepto de obediencia, que luego fuese con otra compañera: yo lo supe la noche de Navidad. Hízome algún alboroto, y mucha pena, ver que por pensar que había en mí algún bien me querían llevar (que como yo me veía tan ruin, no podía sufrir esto) encomendándome mucho a Dios, estuve todos los maitines, o gran parte dellos en gran arrobamiento. Díjome el Señor, que no dejase de ir, y que no escuchase pareceres; porque pocos me aconsejarían sin temeridad, que aunque tuviese trabajos se serviría mucho Dios, y que para este

negocio del monasterio convenía ausentarme hasta ser venido el Breve; porque el demonio tenía armada una gran trama venido el provincial, y que no temiese de nada, que él me ayudaría allá. Yo quedé muy esforzada, y consolada: dýjelo al rector, dýjome, que en ninguna manera dejase de ir; porque otros me decían que no se sufría, que era invención del demonio, para que allá me viniese algún mal, que tornase a enviar al provincial.

2. Yo obedecí al rector, y con lo que en la oración había entendido, iba sin miedo, aunque no sin grandísima confusión de ver el título con que me llevaban, y como se engañaban tanto; esto me hacía importunar más al Señor, para que no me dejase. Consolábame mucho, que había casa de la Compañía de Jesús en aquel lugar a donde iba, con estar sujeta a lo que me mandasen, como lo estaba acá, me parecía estaría con alguna seguridad. Fue el Señor servido, que aquella señora se consoló tanto, que conocida mejoría comenzó luego a tener, y cada día más se hallaba consolada. Túvose a mucho, porque (como he dicho) la pena la tenía en gran aprieto: y debíalo hacer el Señor, por las muchas oraciones, que hacían por mí las personas buenas, que yo conocía, porque me sucediese bien. Era muy temerosa de Dios, y tan buena, que su mucha cristiandad suplió lo que a mí me faltaba. Tomó grande amor conmigo; yo se le tenía harto de ver su hondad, más casi todo me era cruz, porque los regalos me daban gran tormento, y el hacer tanto caso de mí, me traía con gran temor. Andaba mi alma tan encogida, que no me osaba descuidar, ni se descuidaba el Señor, porque estando allí me hizo grandísimas mercedes, y estas me daban tanta libertad, y tanto me hacían despreciar todo lo que veía (mientras más, eran más) que no dejaba de tratar con aquellas tan señoras, que muy a mi honra pudiera yo servir las, con la libertad que si yo fuera su igual. Saqué una ganancia muy grande, y decíaselo. Vi que era mujer, y tan sujeta a pasiones, y flaquezas como yo, y en lo poco que se ha de tener el señorío, y como mientras es mayor tiene más cuidados, y trabajos, y un cuidado de tener la compostura conforme a su estado, que no las deja vivir, comer sin tiempo, ni concierto, (porque ha de andar todo conforme al estado, y no las complexiones) han de comer muchas veces los manjares más conforme, a su estado, que no a su gusto.

3. Es ansí, que del todo aborrecí el desear ser señora. Dios me libre de mala compostura, aunque esta con ser de las principales del reino, creo hay pocas más humildes, y de mucha llaneza. Ya la había lástima, y se la he de ver como va muchas veces, no conforme a su inclinación, por cumplir con su estado. Pues con los criados es poco lo poco que hay que fiar, aunque ella los tenía buenos; no se ha de hablar más con uno que con otro, sino al que se favorece ha de ser el malquisto. Ello es una sujeción, que una de las mentiras que dice el mundo, es llamar señores a las personas semejantes, que no me parece son sino esclavos de mil cosas. Fue el Señor servido, que el tiempo que estuve en aquella casa, se mejoraban en servir a su Majestad las personas della, aunque no estuve libre de trabajos, y algunas envidias que tenían algunas personas del mucho amor que aquella señora me tenía. Debían por ventura pensar, que pretendía algún interese; debía permitir el Señor me diesen algunos trabajos cosas semejantes, y otras de otras suertes, porque no me embetiese en el regalo que había por otra parte, y fue servido sacarme de todo con mejoría de mi alma.

4. Estando allí acertó a venir un religioso, persona muy principal, y con quien yo muchos años había tratado algunas veces: y estando en misa en un monasterio de su Orden (que estaba cerca a donde yo estaba) diome deseo de saber en que disposición estaba aquel alma (que deseaba yo fuese muy siervo de Dios) y levanténte para irle a hablar: como yo estaba recogida va en oración, pareciome después era perder tiempo, que quien me metía a mí en aquello, y tornéme a sentar. Paréceme, que fueron tres veces las que esto me acaeció, y en fin pudo más el ángel bueno, que el malo, y fuile a llamar, y vino a hablarme a un confesionario. Comencele a preguntar, y él a mí (porque había muchos años que no nos habíamos visto) de nuestras vidas; y yo le comencé a decir, que había sido la mía de muchos trabajos de alma. Puso muy mucho en que le dijese, que eran los trabajos: yo le dije, que no eran para saber, ni para que yo los dijese. Él dijo, que pues lo sabía el padre dominico, que he dicho, que era muy su amigo, que luego se los diría, y que no se me diese nada.

5. El caso es, que ni fue en su mano dejarme de importunar, ni en la mía me parece dejárselo decir, porque con toda la pesadumbre, y vergüenza que solía tener, cuando trataba estas cosas con él, y con el retor que he dicho, no tuve ninguna pena antes me consolé mucho; díjeselo debajo de confesión. Pareciome más avisado que nunca, aunque siempre le tenía por de gran entendimiento: miré los grandes talentos, y partes que tenía para aprovechar mucho, si del todo se diese a Dios; porque esto tengo yo de unos años acá, que no veo persona que mucho me contente, que luego querría verla del todo dar a Dios, con unas ansias, que algunas veces no me puedo valer; y aunque deseo que todos le sirvan, estas personas que me contentan, es con muy gran ímpetu, y ansí importuno mucho al Señor por ellas. Con el religioso que digo me acaeció ansí. Rogome le encomendase mucho a Dios (y no había menester decírmelo, que ya yo estaba de suerte, que no pudiera hacer otra cosa) y voime a donde solía a solas tener oración, y comienzo a tratar con el Señor, estando muy recogida con un estilo abobado, que muchas veces sin saber lo que digo trato, que el amor es el que habla, y está el alma tan enajenada, que no miro la diferencia que hay della a Dios, porque el amor que conoce que la tiene su Majestad, la olvida de sí, y le parece está en él, y como una cosa propia sin división habla desatinos. Acuérdome que le dije esto, después de pedirlo con hartas lágrimas aquella alma pusiese en su servicio muy de veras, que aunque yo la tenía por buena, no me contentaba, que le quería muy bueno; y ansí le dije: «Señor, no me habéis de negar esta merced, mirad que es bueno este sujeto para nuestro amigo».

6. ¡Oh bondad, y humanidad grande de Dios, como no mira las palabras, sino los deseos, y voluntad con que se dicen! ¡Cómo sufre, que una como yo hable a su Majestad tan atrevidamente! Sea bendito por siempre jamás. Acuérdome, que me dio en aquellas horas de oración aquella noche un afligimiento grande de pensar si estaba en amistad de Dios, y como no podía yo saber si estaba engracia, o no, no para que yo lo desease saber; mas deseábame morir, por no me ver en vida a donde no estaba segura si estaba muerta; porque no podía haber muerte más recia para mí, que pensar si tenía ofendido a Dios, y apretábame esta pena; suplicábale no lo permitiese, toda regalada, y derretida en lágrimas. Entonces entendí, que bien me podía consolar, y confiar que estaba en gracia, porque semejante amor de Dios, y hacer su Majestad aquellas mercedes, y sentimientos que daba al alma, que no se compadecía hacerse al alma que estuviese en pecado mortal. Quedé confiada, que había de hacer el Señor lo que le suplicaba desta persona. Díjome,

que le dijese unas palabras. Esto sentí yo mucho, porque no sabía cómo las decir, que esto de dar recaudo a tercera persona, como he dicho, es lo que más siento siempre, en especial a quien no sabía cómo lo tomaría, o si burlaría de mí. Púsome en mucha congoja, en fin fui tan persuadida, que a mi parecer, prometí a Dios no dejárselas de decir, y por la gran vergüenza que había, las escribí, y se las di. Bien pareció ser cosa de Dios en la operación que lo hicieron, determinose muy de veras de darse a oración, aunque no lo hizo desde luego. El Señor como le quería para sí, por mi medio lo enviaba a decir unas verdades, que sin entenderlo yo iban tan a su propósito, que él se espantaba: y el Señor, que debía de disponerle para creer que eran de su Majestad, y yo aunque miserable, era mucho lo que lo suplicaba al Señor muy del todo le hiciese aborrecer los contentos, y cosas de la vida. Y ansí sea alabado por siempre, lo hizo tan de hecho, uno cada vez que me habla, me tiene como embobada; y si yo no lo hubiera visto, lo tuviera por dudoso, en tan breve tiempo hacerle tan crecidas mercedes, y tenerle tan ocupado en sí, que no parece vive ya para cosa de la tierra. Su Majestad le tenga de su mano, que si ansí va adelante (lo que espero en el Señor si hará, por ir muy fundado en conocerse) será uno de los muy señalados siervos suyos, y para gran provecho de muchas almas, porque en cosas de espíritu en poco tiempo tiene mucha experiencia, que estos son dones que da Dios cuando quiere, y como quiere, y ni va en el tiempo, ni en los servicios. No digo que no hace esto mucho, mas que muchas veces no da el Señor en veinte años la contemplación que a otros da en uno: su Majestad sabe la cansa. Y es el engaño, que nos parece, que por los años hemos de entender lo que en ninguna manera se puede alcanzar sin experiencia; y ansí yerran muchos, como he dicho, en querer conocer espíritu sin tenerle. No digo, que quien no tuviere espíritu, si es letrado, no gobierne a quien lo tiene, mas entiéndese en lo exterior, e interior que va conforme a vía natural por obra del entendimiento, y en lo sobrenatural, que mire vaya conforme a la Sagrada Escritura. En lo demás no se mate, ni piense entender lo que no entiende, ni ahogue los espíritus, que ya cuanto en aquello, otro mayor Señor los gobierna, que no están sin superior.

7. No se espante, ni le parezcan cosas imposibles, todo es posible al Señor, sino procura esforzar la fe, y humillarse de que hace el Señor en esta ciencia a una vejecita más sabia por ventura que a él, aunque sea muy letrado; y con esta humildad aprovechará más a las almas, y a sí, que por hacerse contemplativo sin serlo. Porque torno a decir, que si no tiene experiencia, si no tiene muy mucha humildad en entender que no lo entiende, y que no por eso es imposible, que ganará poco, y dará menos quien trata; no haya miedo, si tiene humildad, permita el ganar ni a Señor que se engañe el uno, ni el otro. Pues a este padre que digo, como en muchas cosas se la ha dado el Señor, ha procurado estudiar todo lo que por estudio ha podido en este caso, que es bien letrado, y lo que no entiende por experiencia, infórmase, de quien la tiene, y con esto ayúdale el Señor con darle mucha fe, y ansí ha aprovechado mucho a sí a algunas almas, y la mía es una dellas; que como el Señor sabía en los trabajos que me había de ver, parece proveyó su Majestad, que pues había de llevar consigo algunos que me gobernaban, quedasen otros que me han ayudado a hartos trabajos, y hecho gran bien. Hale mudado el Señor casi del todo, de manera, que casi él no se conoce, a manera de decir, y dado fuerzas corporales para penitencia, que antes no tenía, sino enfermo, y animoso para todo lo que os bueno, y otras cosas, que se parece bien ser muy particular llamamiento del Señor. Sea bendito por siempre. Creo todo el bien lo viene de las mercedes que el Señor le ha hecho en la oración, porque no son postizas; porque ya en algunas cosas ha querido el Señor se haya experimentado,

porque sale dellas, como quien tiene ya conocida la verdad del mérito que se gana en sufrir persecuciones: espero en la grandeza del Señor ha de venir mucho bien a algunos de su Orden por él, y a ella mesma. Ya se comienza esto a entender: he visto grandes visiones, y djome el Señor algunas cosas dél, y del retor de la Compañía de Jesús, que tengo dicho, de grande admiración, y de otros dos religiosos de la Orden de santo Domingo, en especial de uno, que también ha dado ya a entender el Señor por obra en su aprovechamiento, algunas cosas que antes yo había entendido dél; más de quien ahora hablo, han sido muchas. Una cosa quiero decir ahora aquí. Estaba yo una vez con él en un locutorio, y era tanto el antor, que mi alma, y espíritu entendía que ardía en el suyo, que me tenía a mí casi absorta; porque consideraba las grandezas de Dios, en cuán poco tiempo había subido un alma a tan grande estado. Hacíame gran confusión, porque le veía con tanta humildad escuchar lo que yo le decía en algunas cosas de oración; como yo tenía poca de tratar así con personas semejantes, debíamelo sufrir el Señor por el gran deseo que yo tenía de verle muy adelante. Hacíame tanto provecho estar con él, que parece dejaba en mi ánima puesto nuevo fuego para desear servir al Señor de principio. ¡Oh Jesús mío, qué hace un alma abrasada en vuestro amor! ¡Cómo la habíamos de estimar en mucho, y suplicar al Señor la dejase en esta vida! Quien tiene el mesmo amor, tras estas almas se había de andar, si pudiese.

8. Gran cosa es a un enfermo, hallar otro herido de aquel mal; mucho se consuela de ver que no es solo; mucho se ayudan a padecer, y aun a merecer excelentes espaldas se hacen la gente determinada a arriscar mil vidas por Dios, y desean que se les ofrezca en qué perderlas: son como los soldados, que por ganar el despojo, y hacerse con él ricos, desean que haya guerras; tienen entendido no lo pueden ser sino por aquí. Es este su oficio el trabajar. ¡Oh gran cosa esa donde el Señor da esta luz de entender lo mucho que se gana en padecer por él! No se entiende esto bien hasta que se deja todo, porque quien en ello se está, señal es que lo tiene en algo; pues si lo tiene en algo, forzado le ha de pesar de dejarlo, y ya va imperfecto todo, y perdido. Bien viene aquí, que es perdido quien tras perdido anda, y ¿qué más perdición, qué más ceguedad, qué más desventura, que tener en mucho lo que no es nada? Pues tornando a lo que decía, estando, yo en grandísimo gozo, mirando aquel alma, que me parece quería, el Señor viese claro los tesoros que había puesto en ella, y viendo la merced que me había hecho, en que fuese por medio mío, hallándome indigna della, en mucho más tenía yo las mercedes que el Señor le había hecho, y más a mi cuenta las tomaba, que si fuera a mí, y alababa mucho al Señor, de ver que su Majestad iba cumpliendo mis deseos, y había oído mi oración, que era despertase el Señor personas semejantes. Estando ya mi alma, que no podía sufrir en sí tanto gozo, salió de sí, y perdióse para más ganar: perdió las consideraciones, y de oír aquella lengua, divina, en que parece hablaba el Espíritu Santo, diome un gran arrobamiento, que me hizo casi perder el sentido, aunque duró poco tiempo. Vi a Cristo con grandísima majestad, y gloria, mostrando gran contento de lo que allí pasaba; y ansí me lo dijo, y quiso que viese claro, que a semejantes pláticas siempre se hallaba presente, y lo mucho que se sirve en que ansí se deleiten en hablar en él.

9. Otra vez estando lejos deste lugar, le vi con mucha gloria levantar a los ángeles. Entendí iba su alma muy adelante por esta visión: y ansí fue, le habían levantado un gran testimonio bien contra su honra, persona a quien él había hecho mucho bien, y remediado la suya, y el alma, habíalo pasado con mucho contento, y hecho otras obras muy a

servicio de Dios, y pasado otras persecuciones: No me parece conviene ahora declarar más cosas, si después le pareciere a vuesa merced pues las sabe, se podrán poner para gloria del Señor. De todas las que he dicho de profecías desta casa, otras que della, y otras cosas, todas se han cumplido, algunas tres años antes que se supiesen, otras más, y otras menos, me las decía el Señor: y siempre las decía al confesor, y a esta mi amiga viuda, con quien tenía licencia de hablar, como he dicho; y ella he sabido que las decía a otras personas, y estas saben que no miento, ni Dios me dé tal lugar, que en ninguna cosa (cuanto más siendo tan graves) tratase yo, sino toda verdad.

10. Habiéndose muerto un cuñado mío súbitamente, y estando yo con mucha pena, por no haber tenido lugar de confesarse, se me dijo en la oración, que había ansí de morir mi hermana, que fuese allá, y procurase se dispusiese para ello. Díjelo a mi confesor, y como no me dejaba ir, entendilo otras veces: ya como esto vio, djome que fuese allá, que no se perdía nada. Ella estaba en una aldea, y como fui sin decirle nada, le fui dando la luz que pude en todas las cosas; hice se confesase muy a menudo, y en todo trajese cuenta con su alma: ella era muy buena e hízolo ansí. Desde ha cuatro, o cinco años que tenía esta costumbre, y muy buena cuenta con su conciencia, se murió sin verla nadie, ni poderse confesar. Fue el bien, que como lo acostumbraba, no había sino poco más de ocho días que estaba confesada; a mí me dio gran alegría, cuando supe su muerte. Estuvo muy poco en el purgatorio.

11. Serían aun no me parece ocho días, cuando acabando de comulgar, me apareció el Señor, y quiso la viese cómo la llevaba a la gloria. En todos estos años desde que se me dijo, hasta que murió, no se me olvidaba lo que se me había dado a entender, ni a mi compañera, que ansí como murió, vino a mí muy espantada de ver cómo se había cumplido. Sea Dios alabado por siempre, que tanto cuidado tiene de las almas, para que no se pierdan.

CAPÍTULO XXXV

Prosigue en la misma materia de la fundación desta casa de nuestro glorioso san José. Dice por los términos que ordenó el Señor viniese aguardarse en ella la santa pobreza; y la causa porque se vino con aquella señora que estaba, y otras algunas cosas que le sucedieron

1. Pues estando con esta señora que he dicho, a donde estuve más de medio año, ordenó el Señor, que tuviese noticia de mí una beata de nuestra Orden, de más de setenta leguas de aquí deste lugar, y acertó a venir por acá, y rodeó algunas por hablarme. Habíala el Señor movido el mesmo año, y mes que a mí, para hacer otro monasterio desta Orden; y como le puso este deseo, vendió todo lo que tenía, y fuese a Roma a traer despacho para ello, a pie, descalza. Es mujer de mucha penitencia, y oración, y hacíala el Señor muchas mercedes, y apareciolo nuestra Señora, y mandola lo hiciese: hacíame tantas ventajas en servir al Señor, que yo había vergüenza de estar delante della. Mostrome los despachos que traía de Roma, y en quince días que estuvo conmigo, dimos orden en cómo habíamos de hacer estos monasterios. Y hasta que yo la hablé, no había venido a mi noticia, que nuestra regla antes que se relajase, mandaba no se tuviese propio; ni yo estaba en fundarle

sin renta, que iba mi intento a que no tuviésemos cuidado de lo que habíamos menester, y no miraba a los muchos cuidados que trae consigo tener propio. Esta bendita mujer, como la enseñaba el Señor, tenía bien entendido, con no saber leer, lo que yo con tanto haber andado a leer las constituciones ignoraba. Y como me lo dijo, pareciome bien, aunque temí que no me lo habían de consentir, sino decir, que hacía desatinos, y que no hiciese cosa que padeciesen otras por mí, que ser yo sola, poco, ni mucho me detuviera, antes me era gran regalo pensar de guardar los consejos de Cristo Señor nuestro; porque grandes deseos de pobreza, ya me los había dado su Majestad.

2. Ansí, que para mí no dudaba de serlo mejor, porque días había que deseaba fuera posible a mi estado andar pidiendo por amor de Dios, y no tener casa, ni otra cosa; mas temía, que si a las demás no daba el Señor estos deseos, vivirían descontentas; y también no fuese causa de alguna distracción, porque veía algunos monasterios pobres no muy recogidos, y no miraba, que el no serlo era causa de ser pobres, y no la pobreza de la distracción, porque esta no hace más ricas, ni falta Dios jamás a quien le sirve: en fin tenía flaca la fe, lo que no hacía esta sierva de Dios. Como yo en todo tomaba tantos pareceres, casi a nadie hallaba deste parecer, ni confesor, ni los letrados que trataba: traíanme tantas razones, que no sabía qué hacer; porque como ya yo sabía era regla, y veía ser más perfección, no podía persuadirme a tener renta. Y ya que algunas veces me tenían convencida, en tornando a la oración, y tornando a Cristo en la cruz tan pobre, y desnudo, no podía poner a paciencia ser rica; suplicábale con lágrimas lo ordenase de manera, que yo me viese pobre como él. Hallaba tantos inconvenientes para tener renta, y veía ser tanta cansa de inquietud, y aun distracción, que no hacía sino disputar con los letrados. Escribilo al religioso dominico, que nos ayudaba; enviome escritos dos pliegos de contradicción, y teología, para que no lo hiciese, y ansí me lo decía, que lo había estudiado mucho. Yo le respondí, que para no seguir mi llamamiento, y el voto que tenía hecho de pobreza, y los consejos de Cristo con toda perfección, que no quería aprovecharme de teología, ni con sus letras en este caso me hiciese merced. Si hallaba alguna persona que me ayudase, alegrábame mucho. Aquella señora con quien estaba, para esto me ayudaba mucho: algunos luego al principio decíanme, que les parecía bien, después como más lo miraban, hallaban tantos inconvenientes, que tornaban a poner mucho en que no lo hiciese. Decíales yo, que si ellos tan presto mudaban parecer, que yo al primero me quería llegar.

3. En este tiempo por ruegos míos, porque esta señora no había visto al santo fray Pedro de Alcántara, dije el señor servido viniese a su casa, y como el que era bien amator de la pobreza tantos años la había tenido, sabía bien la riqueza que en ella estaba, y ansí me ayudó mucho, y mandó, que en ninguna manera dejase de llevarlo muy adelante. Ya con este parecer, y favor, como quien mejor lo podía dar, por tenerlo sabido por larga experiencia, yo determiné no andar buscando otros.

4. Estando un día mucho encomendándolo a Dios, me dijo el Señor, que en ninguna manera dejase de hacerle pobre, que esta era la voluntad de su Padre, y suya, que él me ayudaría. Fue con tan grandes efectos, en un gran arrobamiento, que en ninguna manera pude tener duda de que era Dios. Otra vez, me dijo, que en la renta estaba la confusión, y otras cosas en loor de la pobreza; y asegurándome, que a quien le servía no le faltaba lo necesario para vivir: y esta falta, como digo, nunca yo la temí por mí. También volvió el

Señor el corazón del presentado, digo del religioso dominico, de quien he dicho me escribió no lo hiciese sin renta. Ya yo estaba muy contenta con haber entendido esto, y tener tales pareceres, no me parecía, sino que poseía toda la riqueza del mundo, en determinándome a vivir de por amor de Dios.

5. En este tiempo mi provincial me alzó el mandamiento, y obediencia, que me había puesto para estar allí, y dejó en mi voluntad, que si me quisiese ir, que pudiese, y si estar, también, por cierto tiempo; y en este había de haber elección en mi monasterio, y avisáronme que muchas querían darme aquel cuidado de prelada; que para mí solo pensarlo era tan gran tormento, que a cualquier martirio me determinaba a pasar por Dios con facilidad, a este en ningún arte me podía persuadir; porque dejado el trabajo grande, por ser muy muchas, y otras causas, de que yo nunca fui amiga, ni de ningún oficio, antes siempre los había rehusado, parecíame gran peligro para la conciencia, y así alabé a Dios de no me hallar allá. Escribí a mis amigas, para que no me diesen voto.

6. Estando muy contenta de no me hallar en aquel ruido, díjome el Señor, que en ninguna manera deje de ir, que pues deseo cruz, que buena se me apareja, que no la deseche, que vaya con ánimo, que él me ayudará, y que me fuese luego. Yo me fatigué mucho, y no hacía sino llorar, porque pensé que era la cruz ser prelada, y como digo, no podía persuadirme a que a que estaba bien mi alma en ninguna manera, ni yo hallaba términos para ello. Contelo a mi confesor: mandome que luego procurase ir, que claro estaba era más perfección, y que porque hacía gran calor, bastaba hallarme allá a su elección, que me estuviese unos días, porque no me hiciese mal el camino. Mas el señor, tenía ordenado otra cosa, húbose de hacer; porque era tan grande el desasosiego que traía en mí, y el no poder, tener oración, y parecerme faltaba de lo que el Señor me había mandado, y que como estaba allí a mi placer, y con regalo, no quería irme a ofrecer al trabajo, que todo era palabras con Dios, que porque pudiendo estar a donde era más perfección, había de dejarlo, que si me muriese, muriese: y con esto un apretamiento de alma, un quitarme el Señor todo el gusto en la oración. En fin, yo estaba tal, que ya me era tormento tan grande, que supliqué a aquella señora tuviese por bien dejarme venir, porque ya mi confesor, como me vio así, me dijo, que me fuese, que también le movía Dios como a mí. Ella sentía tanto que la dejase, que era otro tormento, que le había costado acabarlo con el provincial, por muchas maneras de importunaciones.

7. Tuve por grandísima cosa querer venir en ello, según lo que sentía; sino como era muy temerosa de Dios, y como le dije que se le podía hacer gran servicio, y otras hartas cosas, y dile esperanza, que era posible tornarla a ver; y así con harta pena lo tuvo por bien. Ya yo no la tenía de verme, porque entendiendo yo era más perfección una cosa, y servicio de Dios, con el contento que me da de contentarle, pasé la pena de dejar a aquella señora, y otras personas a quien debía mucho, en especial a mi confesor, que era de la Compañía de Jesús, y hallábame muy bien con él; más mientras más veía que perdía de consuelo por el Señor, más contento me daba perderlo. No podía entender cómo era esto, porque veía claro estos dos contrarios, holgarme, y consolarme, y alegrarme de lo que me pesaba en el alma, porque yo estaba consolada, y sosegada, y tenía lugar para tener muchas horas de oración: veía que venía a meterme en un fuego, que ya el Señor me lo había dicho, que venía a pasar gran cruz (aunque nunca yo pensé lo fuera tanto, como después vi) y con

todo venía ya alegre, y estaba deshecha de que no me ponía luego en la batalla, pues el Señor quería la tuviese, y así enviaba su Majestad el esfuerzo y lo ponía en mi flaqueza

8. No podía, como digo, entender cómo podía ser esto: pensé esta comparación; si poseyendo yo una joya, o cosa que me da gran contento, ofrecésemme saber, que la quiere una persona, que yo quiero más que a mí, y deseo más contentarla, que mi mismo descanso, dame gran contento quedarme sin ella, que me daba lo que poseía, por contentar a aquella persona, y como este contento de contentarla, excede a mi mismo contento, quítase la pena de la falta que me hace la joya, o lo que amo, y de perder el contento que daba, de manera, que aunque quería tenerla, de ver que dejaba personas que tanto sentían apartarse de mí, con ser yo de mi condición tan agradecida, que bastara que bastara en otro tiempo a fatigarme mucho, y ahora aunque quisiera tener pena, no pedía. Importó tanto el no me tardar un día más, para lo que tocaba al negocio desta bendita casa, que yo no sé cómo pudiera concluirse, si entonces me detuviera. ¡Oh grandeza de Dios!, muchas veces me espanta cuando lo considero, y veo cuán particularmente quería su Majestad ayudarme, para que se efectuase este rincón de Dios, que yo creo lo es, y morada en que su Majestad se deleita; como una vez estando en oración me dijo, que era esta casa paraíso de su deleite, y así parece ha su Majestad escogido las almas que ha traído a él, en cuya compañía yo vivo con harta, harta confusión; porque yo no supiera deseárselas tales para este propósito de tanta estrechura, y pobreza, y oración, y llévanlo con una alegría y contento, que cada una se halla por indigna de haber merecido venir a tal lugar; en especial algunas, que las llamó el Señor de mucha vanidad, y gala del mundo, a donde pudieran estar contentas conforme a sus leyes, y hales dado el Señor tan doblados los contenidos aquí, que claramente conocen haberles el Señor dado ciento por uno que dejaron, y no se hartan de dar gracias a su Majestad: a otras ha mudado de bien en mejor. A las de poca edad da fortaleza, y conocimiento, para que no puedan desear otra cosa, que entiendan es vivir en mayor descanso, aun para lo de acá, estar apartadas de todas las cosas de la vida. A las que son de más edad, y con poca salud, da fuerzas, y se las ha dado para poder llevar la aspereza, y penitencia que todas.

9. ¡Oh Señor mío, cómo se os parece que sois poderoso! No es menester buscar razones para lo que vos queréis, porque sobre toda razón natural hacéis las cosas tan posibles, que dais a entender bien, que no es menester más de amaros de veras, y dejarlo de veras todo por vos, para que vos, Señor mío, lo hagáis todo fácil. Bien viene aquí decir que fingís trabajo en vuestra ley, porque yo no lo veo, Señor, ni sé cómo es estrecho el camino que lleva a vos. Camino real veo que es, que no senda: camino que quien de verdad se pone en él, va más seguro. Muy lejos están los puertos, y rocas para caer; porque lo están de las ocasiones. Senda llamo yo, y ruin senda, y angosto camino, el que de una parte está un valle muy hondo a donde caer, y de la otra un despeñadero: no se han descuidado cuando se despeñan, y se hacen pedazos. El que os ama de verdad, Bien mío, seguro va, por ancho camino, y real, lejos está el despeñadero; no ha tropezado tantico, cuando le dais vos, Señor, la mano; no basta una caída, y muchas, si os tiene amor, y no a las cosas del mundo para perderse, va por el valle de la humildad. No puedo entender, qué es lo que temen de ponerse en el camino de la perfección, el Señor por quien es nos dé a entender, cuan mala es la seguridad en tan en manifiestos peligros, como hay en andar con hilo de la gente, y como está la verdadera seguridad en procurar ir muy adelante en el camino de Dios. Los ojos en él, y no haya miedo se ponga este sol de justicia, ni nos deje

caminar de noche para que nos perdamos, si primero no le dejamos a él. No temen andar entre leones, que cada uno parece quiere llevar un pedazo, que son las honras, y deleites, contentos, semejantes que llama el mundo, y acá parece hace el demonio temer de musarañas. Mil veces me espanto, y diez mil quería hartarme de llorar, y dar voces a todos, para decir la gran ceguedad, y maldad mía, por si aprovechase algo para que ellos abriesen los ojos. Ábraselos el que puede por su bondad, y no permita se me tornen a cegar a mí. Amén.

CAPÍTULO XXXVI

Prosigue en la materia comenzada, y dice, cómo se acabó de concluir, y se fundó este monasterio del glorioso san José, y las grandes contradicciones, y persecuciones, que después de tomar hábito las religiosas hubo, y los grandes trabajos, y tentaciones que ella pasó, y cómo de todo la sacó el Señor con victoria, y en gloria, y alabanza suya

1. Partida ya de aquella ciudad, venía muy contenta por el camino, determinándome a pasar todo lo que el Señor fuese servido, muy con toda voluntad. La noche mesma que llegué a esta tierra, llegó nuestro despacho para el monasterio, y Breve de Roma, que yo me espanté, y se espantaron los que sabían la priesa que me había dado el Señor a la venida, cuando supieron la gran necesidad que había dello, a la coyuntura que el Señor me traía; porque hallé aquí el obispo, y al santo fray Pedro de Alcántara, y a otro caballero muy siervo de Dios, en cuya casa este santo hombre posaba, que era persona a donde los siervos de Dios hallaban espaldas, y cabida. Entrambos a dos acabaron con el obispo admitiese el monasterio; que no fue poco, por ser pobre, sino que era tan amigo de personas, que veía así determinadas a servir al Señor, que luego se aficionó a favorecerle; y el aprobarlo este santo viejo, y poner mucho con unos, y con otros, en que nos ayudasen, fue el que lo hizo todo. Si no viniera a esta coyuntura, como ya he dicho, no puedo entender cómo pudiera hacerse, porque estuvo poco aquí este santo hombre (que no creo fueron ocho días, y esos muy enfermo) y desde ha muy poco le llevó el Señor consigo. Parece que le había guardado su Majestad, hasta acabar este negocio, que había muchos días, no sé si más de dos años, que andaba muy malo.

2. Todo se hizo debajo de gran secreto, porque a no ser así, no sé si pudiera hacer nada, según el pueblo estaba mal con ello, como se pareció después. Ordenó el Señor, que estuviese malo un cuñado mío, y su mujer no aquí, y en tanta necesidad, que me dieron licencia para estar con él, y con esta ocasión no se entendió nada, aunque en algunas personas no dejaba de sospechase algo, mas aun no lo creían. Fue cosa para espantar, y que no estuvo más malo de lo que fue menester para el negocio, y en siendo menester tuviese salud, para que yo me desocupase; y él dejase desembarazada la casa, se la dio luego el Señor, que él estaba maravillado. Pasé harto trabajo en procurar con unos, y con otros que se admitiese, y con el enfermo, y con oficiales, para que se acabase la casa a mucha priesa, para que tuviese la forma de monasterio; que faltaba mucho de acabarse: y mi compañera no estaba aquí (que nos pareció era mejor estar ausente para más disimular) y yo veía que iba el todo en la brevedad por muchas causas: y la una era, por porque cada hora temía me habían de mandar ir. Fueron tantas las cosas de trabajos que

tuve, que me hizo pensar si era esta la cruz; aunque todavía me parecía era poco para la gran cruz, que yo había entendido del Señor que había de pasar.

3. Pues todo concertado, fue el Señor servido, que día de san Bartolomé tomaron el hábito algunas, y se puso el Santísimo Sacramento: con toda autoridad, y fuerza quedó hecho nuestro monasterio del gloriosísimo padre nuestro san José, año de mil y quinientos y sesenta dos. Estuve yo a darles el hábito, y otras dos monjas de nuestra casa mesma, que acertaron a estar fuera. Como en esta que se hizo el monasterio era la que estaba un cuñado (que como he dicho, lo había él comprado por disimular mejor el negocio) con licencia estaba yo en ella, no hacía cosa, que no fuese con parecer de letrados, para no ir un punto contra obediencia, y como veían ser muy provechoso para toda la Orden, por muchas causas, que aunque iba con secreto, y guardándome, no lo supiesen mis preladados, me decían lo podía hacer, porque por muy poca imperfección que me dijieran era, mil monasterios me parece dejara, cuanto más uno: esto es cierto. Porque aunque lo deseaba por apartarme más de todo, y llevar mi profesión, y llamamiento con más perfección, y encerramiento, de tal manera lo deseaba, que cuando entendiera era más servicio del Señor dejarlo todo, lo luciera, como lo hice la otra vez, con todo sosiego, y paz. Pues fue para mí como estar en una gloria, ver poner el Santísimo Sacramento, y que se remediaron cuatro huérfanas pobres (porque no se tomaban con dote) y grandes siervas de Dios; que esto se pretendió al principio, que entrasen personas, que con su ejemplo fuesen fundamento, para que se pudiese el intento que llevábamos de mucha perfección, y oración efectuar, y hecha una obra, que tenía entendido era para el servicio del Señor, y honra del hábito de su gloriosa Madre, que estas eran mis ansias. Y también me dio gran consuelo de haber hecho lo que tanto el Señor me había mandado, y otra iglesia más en este lugar de mi padre glorioso san José, que no la había. No porque a mí me pareciese había hecho en ello nada, que nunca me lo parecía, ni parece, siempre entiendo lo hacía el Señor; y lo que era de mi parte, iba con tantas imperfecciones, que antes veo había que me culpar, que no que me agradecer; mas érame gran regalo, ver que hubiese su Majestad tomádome por instrumento, siendo tan ruin para tan grande obra; así que estuve con tan gran contento, que estaba como fuera de mí con gran oración.

4. Acabado todo, sería como desde a tres, o cuatro horas, me revolvió el demonio una batalla espiritual, como ahora diré. Púsome delante, si había sido mal hecho lo que había hecho; si iba contra obediencia en haberlo procurado, sin que me lo mandase el provincial (que bien me parecía a mí le había de ser algún disgusto, a causa de sujetarle al ordinario, por no se lo haber primero dicho, aunque como él no le había querido admitir, yo no la mudaba, también me parecía no se lo daría nada por otra parte) y si habían de tener contento las que aquí estaban con tanta estrechura, si les había de faltar de comer, si había sido disbarate, que quien me metía en esto, pues yo tenía monasterio. Todo lo que el Señor me había mandado, y los muchos pareceres, y oraciones (que había más de dos años que casi no cesaban) todo tan quitado de mi memoria, como si nunca hubiera sido, solo de mi parecer me acordaba, y todas las virtudes, y la fe estaban en mi entonces suspendidas, sin tener yo fuerza, para que ninguna obrase, ni me defendiese de tantos golpes. También me ponía el demonio, que como me quería encerrar en casa tan estrecha, y con tantas enfermedades, que como había de poder sufrir tanta penitencia, y dejaba casa tan grande, y deleitosa, a donde tan contenta siempre había estado, y tantas amigas, que quizá las de acá no serían a mi gusto, que me había obligado a mucho, que quizá estaría

desesperada, y que por ventura había pretendido esto el demonio para quitarme la paz, y quietud, y que ansí no podría tener oración, estando desasosegada, y perdería el alma. Cosas desta hechura juntas me ponía delante, que no era en mi mano pensar en otra cosa con esto una aflicción, y escuridad y tinieblas en el alma, que yo no lo sé encarecer. De que me vi ansí, fuime a ver el Santísimo Sacramento, aunque encomendarme a él no podía: paréceme estaba con una congoja, como quien está en agonía de muerte. Tratarlo con nadie no había de osar, porque aún confesor no tenía señalado.

5. ¡Oh válame Dios, y que vida esta tan miserable! No hay contento seguro, ni cosa sin mudanza. Había tan poquito, que no me parece trocara mi contento con ninguno de la tierra, y la misma causa dél me atormentaba ahora de tal suerte, que no sabía que hacer de mí. ¡Oh si mirásemos con advertencia las cosas de nuestra vida, cada uno vería con experiencia en lo poco que se ha de tener contento, ni descontento della! Es cierto, que me parece que fue uno de los recios ratos que he pasado en mi vida: parece que adivinaba el espíritu lo mucho que estaba por pasar, aunque no llegó a ser tanto como esto si durara. Mas no dejó el Señor padecer a su pobre sierva; porque nunca en las tribulaciones me dejó de socorrer, y ansí fue en esta, que me dio un poco de luz para ver que era demonio, y para que pudiese entender la verdad, y que todo era quererme espantar con mentiras; y ansí comencé a acordarme de mis grandes determinaciones de servir al Señor, y deseos de padecer por él, y pensé que si había de cumplirlos, que no había de andar a procurar descanso, y que si tuviese trabajos, que eso era el merecer, y si descontento, como lo tomase por servir a Dios, me serviría de purgatorio; que ¿de qué temía?, que pues deseaba trabajos, que buenos eran estos, que en la mayor contradicción estaba la ganancia; que porque me había de faltar ánimo para servir a quien tanto debía. Con estas, y otras consideraciones, haciéndome, gran fuerza, prometí delante del Santísimo Sacramento de hacer todo lo que pudiese para tener licencia de venirme a esta casa, y en pudiéndolo hacer con buena conciencia, prometer clausura. En haciendo esto, en un instante huyó el demonio, y me dejó sosegada, y contenta, y lo quedé, y lo he estado siempre, y todo lo que en esta casa se guarda de encerramiento, penitencia, y lo demás, se me hace en extremo suave, y poco. El contento es tan grandísimo, que pienso yo algunas veces, ¿qué pudiera escoger en la tierra que fuera más sabroso? No sé si es esto parte para tener mucha más salud que nunca, o querer el Señor por ser menester, y razón que llaga lo que todas, darme este consuelo, que pueda hacerlo, aunque con trabajo; mas del poder se espantan todas las personas que saben mis enfermedades. Bendito sea él que todo lo da, y en cuyo poder se puede.

6. Quedé bien cansada de tal contienda, y riéndome del demonio, que vi claro ser él; creo lo permitió el Señor (porque yo nunca supe qué cosa era descontento de ser monja, ni un momento en veinte y ocho años, más que ha que lo soy) para que entendiese la merced grande, que en esto me había hecho, y del tormento que me había librado; y también para que si alguna viese lo estaba, no me espantase, y me apiadase della, y la supiese consolar. Pues pasado esto, después de comer descansar un poco (porque en toda la noche no había casi sosegado, ni en otras algunas dejado de tener trabajo, y cuidado, y todos los días bien cansada) como se había sabido, en mi monasterio, y en la ciudad lo que estaba hecho, había en él mucho alboroto, por las causas que ya he dicho, que parecía llevaban algún color. Luego la prelada me envió a mandar, que a la hora me fuese allá. Yo en viendo su mandamiento, dejó mis monjas harto penadas, y voime luego. Bien vi que se me habían

de ofrecer hartos trabajos, mas como ya quedaba hecho, muy poco se me daba. Hice oración, suplicando al Señor me favoreciese, y a mi padre san José, que me trajese a su casa, y ofrecile lo que había de pasar, y muy contenta se ofreciese algo en que yo padeciese por él, y le pudiese servir, me fui con tener creído luego me habían de echar en la cárcel, mas a mi parecer me diera mucho contento, por no hablar a nadie, y descansar un poco en soledad, de lo que yo estaba bien necesitada, porque me traía molida tanto andar con gente. Como llegué, y di mi descuento a la prelada, aplacose algo y todas enviaron a provincial, y quedose la causa para delante dél; y venido fui a juicio, con harto gran contento de ver que padecía algo por el Señor, porque contra su Majestad, ni la Orden, no hallaba haber ofendido nada en este caso, antes procuraba aumentarla con todas mis fuerzas, y muriera de buena gana por ello, que todo mi deseo era que se cumpliese con toda perfección. Acordeme del juicio de Cristo, y vi cuán no nada era aquel. Hice mi culpa, como muy culpada, y así lo parecía a quien no sabia todas las causas. Después de haberme hecho una grande reprehensión, aunque no con tanto rigor, como merecía el delito, y lo que muchos decían al provincial, yo no quisiera disculparme, porque iba determinada a ello, antes pedí me perdonase, y castigase, y no estuviese desabrido conmigo.

7. En algunas cosas bien veía yo me condenaban sin culpa, porque me decían lo había hecho porque me tuviesen en algo y por ser nombrada y otras semejantes; mas en otras claro entendía que decían verdad, en que era yo más ruin que otras, y que pues no había guardado la mucha religión que se llevaba en aquella casa, como pensaba guardarla en otra con más rigor, que escandalizaba el pueblo y levantaba cosas nuevas. Todo no me hacía ningún alboroto, ni pena, aunque yo mostraba tenerla, porque no pareciese tenía en poco lo que me decían. En fin, me mandó delante de las monjas diese descuento y húbelo de hacer: como yo tenía quietud en mí, y me ayudaba el Señor, di mi descuento de manera, que no halló el provincial, ni las que allí estaban, por qué me condenar; y después a solas le hablé más claro, y quedó muy satisfecho, y prometiome, si fuese adelante, en sosegándose la ciudad, de darme licencia que me fuese a él, porque el alboroto de toda la ciudad era tan grande como ahora diré. Desde a dos, o tres días, juntáronse algunos de los regidores y corregidor y del cabildo, y todos juntos dijeron, que en ninguna manera se había de consentir, que venía conocido daño a la república, y que habían de quitar el Santísimo Sacramento, y que en ninguna manera sufrirían pasase adelante.

8. Hicieron juntar todas las Órdenes, para que digan su parecer, de cada una dos letrados. Unos callaban, otros condenaban; en fin, concluyeron que luego se deshiciese. Sólo un presentado de la Orden de Santo Domingo (aunque era contrario, no del monasterio, sino de que fuese pobre) dijo, que no era cosa que así se había de deshacer, que se mirase bien, que tiempo había para ello, que éste era el caso del obispo, o cosas de este arte, que hizo mucho provecho; porque según la furia, fue dicha no lo poner luego por obra. Era en fin, que había de ser, que era el Señor servido dello y podían todos poco contra su voluntad. Daban sus razones y llevaban buen celo, y así sin ofender a Dios hacíanme padecer, y a todas las personas que lo favorecían, que eran algunas, y pasaron mucha persecución. Era tanto el alboroto del pueblo, que no se hablaba en otra cosa, y todos condenarme, e ir al provincial y a mi monasterio. Yo ninguna pena tenía de cuanto decían de mí, más que si no lo dijeran, sino temor si se había de deshacer: esto me daba gran

pena, y ver que perdían crédito las personas que me ayudaban, y el mucho trabajo que pasaban, que de lo que decían de mí antes me parece me holgaba; y si tuviera alguna fe, ninguna alteración tuviera, sino que faltar algo en una virtud basta a adormecerlas todas: y ansí estuve muy penada dos días que hubo estas juntas que digo en el pueblo, y estando bien fatigada, me dijo el Señor: *¿No sabes que soy poderoso? ¿de qué temes?* y me aseguró que no se desharía. Con esto quedé muy consolada. Enviaron al Consejo Real con su información. Vino provisión para que se diese relación de cómo se había hecho.

9. Hele aquí comenzado un gran pleito; porque de la ciudad fueron a la corte, y hubieron de ir de parte del monasterio, y ni había dineros, ni yo sabía qué hacer: proveyolo el Señor, que nunca mi padre provincial me mandó dejase de entender en ello; porque es tan amigo de toda virtud, que aunque no ayudaba, no quería ser contra ello. No me dio licencia hasta ver en lo que paraba, para venir acá. Estas siervas de Dios estaban solas, y hacían más con sus oraciones, que con cuanto yo andaba negociando, aunque fue menester harta diligencia. Algunas veces parecía que todo faltaba, en especial un día antes que viniese el provincial, que me mandó la priora no tratase en nada, y era dejarse todo. Yo me fui a Dios y díjele: «Señor, esta casa no es mía, por vos se ha hecho, ahora que no hay nadie que negocie, hágalo vuestra Majestad». Quedaba tan descansada, y tan sin pena, como si tuviera a todo el mundo que negociara por mí, y luego tenía por seguro el negocio.

10. Un muy siervo de Dios sacerdote, que siempre me había ayudado, amigo de toda perfección, fue a la Corte a entender en el negocio, y trabajaba mucho; y el caballero santo, de quien he hecho mención, hacía en este caso muy mucho, y de todas maneras lo favorecía. Pasó hartos trabajos, y persecución, y siempre en todo le tenía por padre, y aun ahora le tengo; y en los que nos ayudaban ponía el Señor tanto fervor, que cada uno lo tomaba por cosa tan propia suya, como si en ello les fuera la vida, y la honra, y no les iba más de ser cosa en que a ellos les parecía se servía el Señor. Pareció claro ayudar su Majestad al maestro que he dicho clérigo (que también era de los que mucho me ayudaban) a quien el obispo puso de su parte en una junta grande que se hizo, y él estaba solo contra todos, y en fin los aplacó con decirles ciertos medios, que fue harto para que se entretuviese, mas ninguno bastaba para que luego no tornasen a poner la vida (como dicen) en deshacerle. Este siervo de Dios que digo, fue quien dio los hábitos, y puso el Santísimo Sacramento, y se vio en harta persecución. Duró esta batería casi medio año, que decir los grandes trabajos que se pasaron por menudo, sería largo.

11. Espantábame yo de lo que ponía el demonio contra unas mujercitas, y cómo les parecía a todos era gran daño para el lugar solas doce mujeres, y la priora, que no han de ser más (digo a los que lo contradecían) y de vida tan estrecha; que ya que fuera daño, o yerro, era para sí mismas; mas daño al lugar, no parece llevaba camino, y ellos hallaban tantos, que con buena conciencia lo contradecían. Ya vinieron a decir, que como tuviese renta, pasarían por ello, y que fuese adelante. Yo estaba ya tan cansada de ver el trabajo de todos los que me ayudaban, más que del mío, que me parecía no sería malo hasta que se sosegasen tener renta, y dejarla después. Y otras veces, como ruin, e imperfecta, me parecía que por ventura lo quería el Señor, pues sin ella no podíamos salir con ello, y venía ya en este concierto.

12. Estando la noche antes que se había de tratar en oración (y ya se había comenzado el concierto) díjome el Señor que no hiciese tal, que si comenzásemos a tener renta, que no nos dejarían después que la dejásemos, y otras algunas cosas. La misma noche me apareció el santo fray Pedro de Alcántara, que era ya muerto; y antes que muriese me escribió como supo la gran contradicción, y persecución que teníamos, que se holgaba fuese la fundación con contradicción tan grande, que era señal se había el Señor servir muy mucho en este monasterio, pues el demonio tanto ponía en que no se hiciese, y que en ninguna manera viniese en tener renta. Y aun dos, o tres veces me persuadió en la carta, y que como esto hiciese, ello venía a hacerse todo como yo quería. Ya yo le había visto otras dos veces después que murió, y la gran gloria que tenía; y así no me hizo temor, antes me holgué mucho; porque siempre aparecía como cuerpo glorificado, lleno de mucha gloria, y dábamela muy grandísima verle. Acuérdomme que me dijo la primera vez que le vi, entre otras cosas, diciéndome lo mucho que gozaba, qué dichosa penitencia había sido la que había hecho, que tanto premio había alcanzado. Porque ya creo tengo dicho algo desto, no digo aquí más de cómo esta vez me mostró rigor, y solo me dijo que en ninguna manera tomase renta, y que por qué no quería tomar su consejo, y desapareció luego. Yo quedé espantada, y luego otro día dije al caballero (que era a quien en todo acudía, como el que más en ello hacía) lo que pasaba, y que no se concertase en ninguna manera tener renta, sino que fuese adelante el pleito. Él estaba en esto mucho más fuerte que yo, y holgose mucho; después me dijo cuán de mala gana hablaba en el concierto.

13. Después se tornó a levantar otra persona, y sierva de Dios harto, y con buen celo; ya que estaba en buenos términos, decía se pusiese en manos de letrados. Aquí tuve hartos desasosiegos; porque algunos de los que me ayudaban venían en esto, y fue esta maraña que hizo el demonio, de la más mala digestión de todas. En todo me ayudó el Señor, que así dicho en suma no se puede bien dar a entender lo que se pasó en dos años que se estuvo comenzada esta casa hasta que se acabó. Este medio postrero, y lo primero, fue lo más trabajoso. Pues aplacada ya algo la ciudad, dióse tan buena maña el padre presentado dominico que nos ayudaba, aunque no estaba presente, mas hábale traído el Señor a un tiempo, que nos hizo harto bien, y pareció haberle su Majestad para solo este fin traído, que me dijo él después, que no había tenido para qué venir, sino que acaso lo había sabido. Estuvo lo que fue menester: tornado a ir, procuró por algunas vías, que nos diese licencia nuestro padre provincial para venir yo a esta casa con otras algunas conmigo (que parecía casi imposible darla tan en breve) para hacer el oficio, y enseñar a las que estaban: fue grandísimo consuelo para mí el día que venimos. Estando haciendo oración en la iglesia antes que entrase en el monasterio, estando casi en arrobamiento, vi a Cristo, que con grande amor me pareció me recibía, y ponía una corona, y agradeciéndome lo que había hecho por su Madre.

14. Otra vez, estando todas en el coro en oración, después de Completas, vi a nuestra Señora con grandísima gloria, con manto blanco, y debajo dél parecía ampararnos a todas: entendí cuán alto grado de gloria daría el Señor a las desta casa. Comenzado a hacer el oficio, era mucha la devoción que el pueblo comenzó a tener con esta casa; tomáronse más monjas, y comenzó el Señor a mover a los que más nos habían perseguido, para que mucho nos favoreciesen, e hiciesen limosna, y así aprobaban lo que tanto habían reprobado, y poco a poco se dejaron del pleito, y decían que ya entendían ser obra de Dios, pues con tanta contradicción su Majestad había querido fuese

adelante; y no hay al presente nadie que le parezca fuera acertado dejarse de hacer, y ansí tienen tanta cuenta con proveernos de limosna, que sin haber demanda ni pedir a nadie, los despierta el Señor, para que nos la envíen, y pasamos sin que nos falte lo necesario, y espero en el Señor será ansí siempre; que como son pocas, si hacen lo que deben, como su Majestad ahora les da gracia para hacerlo, segura estoy que no les faltará, ni habrán menester ser cansosas, ni importunar a nadie, que el Señor se terná cuidado como hasta aquí, que es para mí grandísimo consuelo de verme aquí metida con almas tan desasidas. Su trato es, entender cómo irán adelante en el servicio de Dios. La soledad es su consuelo, y pensar de ver a nadie, que no sea para ayudarlas a encender más el amor de su Esposo, les es trabajo, aunque sean muy deudos. Y ansí no viene nadie a esta casa, sino quien trata desto, porque ni las contenta, ni los contenta; no es su lenguaje otro, sino hablar de Dios, y ansí no entienden, ni las entiende, sino quien habla el mismo. Guardamos la regla de nuestra Señora del Carmen, dada por Alberto, patriarca de Jerusalén, y cumplida esta sin relajación (sino como la confirmó el papa Inocencio IV el año MCCXLVIII en el año quinto de su pontificado) me parece serán bien empleados todos los trabajos que se han pasado. Ahora aunque tiene algún rigor (porque no se come jamás carne sin necesidad, y ayuno de ocho meses, y otras cosas, como se ve en la misma primera regla) en muchas aun se les hace poco a las hermanas, y guardan otras cosas que para cumplir ésta con más perfección, nos han parecido necesarias, y espero en el Señor ha de ir muy adelante lo comenzado, como su Majestad me lo ha dicho. La otra casa, que la beata que dije procuraba hacer, también la favoreció el Señor, y está hecha en Alcalá, y no le faltó harta contradicción ni dejó de pasar trabajos grandes. Sé que se guarda en ella toda religión, conforme a esta primera regla nuestra. Plega al Señor sea todo para gloria, y alabanza suya, y de la gloriosa Virgen María, cuyo hábito traemos. Amén.

15. Creo se enfadará vuesa merced de la larga relación que he dado de este monasterio, y va muy corta para los muchos trabajos, y maravillas, que el Señor en esto ha obrado, que hay dello muchos testigos que lo podrán jurar, y ansí pido yo a vuesa merced por amor de Dios, que si le pareciere romper lo demás que aquí va escrito, lo que toca a este monasterio vuesa merced lo guarde, y muerta yo lo dé a las hermanas que aquí estuvieren; que animará mucho para servir a Dios las que vinieren, y a procurar no caya lo comenzado, sino que vaya siempre adelante, cuando vean lo mucho que puso su Majestad en hacerla, por medio de cosa tan ruin, y baja como yo. Y pues el Señor tan particularmente se ha querido mostrar en favorecer para que se hiciese, paréceme a mí que hará mucho mal, y será muy castigada de Dios la que comenzare a relajar la perfección, que aquí el Señor ha comenzado, y favorecido para que se lleve con tanta suavidad, que se ve muy bien es tolerable, y se puede llevar con descanso, y el gran aparejo que hay para vivir siempre en él, las que a solas quisieren gozar de su esposo Cristo. Que esto es siempre lo que han de pretender, y solas con él solo, y no ser más de trece; porque esto tengo por muchos pareceres sabido que conviene, y visto por experiencia, que para llevar el espíritu que se lleva y vivir de limosna, y sin demanda, no se sufre más. Y siempre crean más a quien con trabajos muchos, y oración de muchas personas, procuró lo que sería mejor; y en el gran contento, y alegría, y poco trabajo, que en estos años que ha que estamos en esta casa, vemos tener todas, y con mucha más salud que solían, se verá ser esto lo que conviene. Y quien le pareciere áspero, eche la culpa a su falta de espíritu, y no a lo que aquí se guarda, pues personas delicadas, y no sanas

(porque le tienen) con tanta suavidad lo pueden llevar; y váyanse a otro monasterio, adonde se salvarán conforme a su espíritu.

CAPÍTULO XXXVII

Trata de los efectos que le quedaban, cuando el Señor le había hecho alguna merced: junta con esto harta buena doctrina. Dice cómo se ha de procurar, y tener en mucho ganar algún grado más de gloria, y que por ningún trabajo dejemos bienes que son perpetuos

1. De mal se me hace decir más de las mercedes que me ha hecho el Señor de las dichas, y aun son demasiadas para que se crea haberlas hecho a persona tan ruin; mas por obedecer al Señor, que me lo ha mandado, y a vuestras mercedes, diré algunas cosas para gloria suya. Plega a su Majestad sea para aprovechar a alguna alma, ver que a una cosa tan miserable ha querido el Señor así favorecer, ¿qué hará a quien le hubiese de verdad servido? Y se animen todos a contentar a su Majestad, pues aun en esta vida da tales prendas. Lo primero, hase de entender que en estas mercedes que hace Dios al alma hay más, y menos gloria, porque en algunas visiones excede tanto la gloria, y gusto, y consuelo al que da en otras, que yo me espanto de tanta diferencia de gozar, aun en esta vida; porque acaece ser tanta la diferencia que hay de un gusto, y regalo que da Dios en una visión, o en un arrobamiento, que parece no es posible poder haber más acá que desear, y así el alma no lo desea, ni pediría más contento. Aunque después que el Señor me ha dado a entender la diferencia que hay en el cielo, de lo que gozan unos, a lo que gozan otros; cuán grande es, bien veo que también acá no hay tasa en el dar, cuando el Señor es servido, y así no querría yo la hubiese en servir yo a su Majestad, y emplear toda mi vida, y fuerzas, y salud en esto, y no querría por mi culpa perder un tantico de más gozar. Y digo así, que si me dijese cuál quiero más, estar con todos los trabajos del mundo hasta el fin dél, y después subir un poquito más en gloria, o sin ninguno irme a un poco de gloria más baja, que de muy buena gana tomaría todos los trabajos por un tantico de gozar más de entender las grandezas de Dios; pues veo que quien más le entiende, más le ama, y le alaba. No digo que no me contentaría, y ternía por muy venturosa de estar en el cielo, aunque fuese en el más bajo lugar, pues quien tal le tenía en el infierno, harta misericordia me haría en esto el Señor, y plegue a su Majestad vaya yo allá, y no mire a mis grandes pecados. Lo que digo es que, aunque fuese a muy gran costa mía, si pudiese, que el Señor me diese gracia para trabajar mucho, no querría por mi culpa perder nada. ¡Miserable de mí que con tantas culpas lo tenía perdido todo!

2. Hase de notar también que en cada merced que el Señor me hacía de visión, o revelación, quedaba mi alma con alguna gran ganancia, y con algunas visiones quedaba con muy muchas. De ver a Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura, y la tengo hoy día; porque para esto bastaba sola una vez, cuanto más tantas como el Señor me hace esta merced. Quedé con un provecho grandísimo, y fue éste. Tenía una grandísima falta, de donde me vinieron grandes daños, y era ésta; que como comenzaba a entender que una persona me tenía voluntad, y si me caía en gracia, me aficionaba tanto, que me ataba en gran manera la memoria a pensar en él, aunque no era con intención de ofender a Dios, mas holgábame de verle, y de pensar en él, y en las cosas buenas que le

veía; era cosa tan dañosa, que me traía el alma harto perdida. Después que vi la gran hermosura del Señor, no veía a nadie que en su comparación me pareciese bien, ni me ocupase; que con poner un poco los ojos de la consideración en la imagen que tengo en mi alma, he quedado con tanta libertad en esto, que después acá todo lo que veo me parece hace asco en comparación de las excelencias, y gracias que en este Señor veía: ni hay saber, ni manera de regalo que yo estime en nada, en comparación del que es oír sola una palabra dicha de aquella divina boca, cuanto más tantas. Y tengo yo por imposible, si el Señor por mis pecados no permite se me quite esta memoria, podérmela nadie ocupar, de suerte, que con un poquito de tornarme a acordar deste Señor, no quede libre. Acaeciome con algún confesor, que siempre quiero mucho a los que gobiernan mi alma, como los tomo en lugar de Dios tan de verdad, pareceme que es siempre adonde mi voluntad más se emplea, y como yo andaba con seguridad, mostrábales gracia; ellos como temerosos, y siervos de Dios, temíanse no me asiese en alguna manera, y me atase a quererlos, aunque santamente, y mostrábanme desgracia; esto era después que yo estaba tan sujeta a obedecerlos, que antes no les cobraba ese amor. Yo me reía entre mí de ver cuán engañados estaban, aunque no todas veces trataba tan claro lo poco que me ataba a nadie, como lo tenía en mí, mas asegurábalos, y tratándome más, conocían lo que debía al Señor; que estas sospechas que traían de mí, siempre era a los principios. Comenzome mucho mayor amor, y confianza deste Señor en viéndole, como con quien tenía conversación tan continua. Veía que aunque era Dios, que era hombre, que no se espanta de las flaquezas de los hombres, que entiende nuestra miserable compostura sujeta a muchas caídas, por el primer pecado que él había venido a reparar. Puedo tratar como con amigo, aunque es Señor; porque entiendo no es como los que acá tenemos por señores, que todo el señorío ponen en autoridades postizas, ha de haber hora de hablar, y señaladas personas que les hablen: si es algún pobrecito que tiene algún negocio, más rodeos, y favores, y trabajos le ha de costar tratarlo. O, ¡qué si es con el Rey! Aquí no hay tocar gente pobre, y no caballerosa, sino preguntar quién son los más privados, y a buen seguro, que no sean personas que tengan el mundo debajo de los pies, porque éstos hablan verdades, que no temen ni deben, no son para palacio, que allí no se deben usar, sino callar lo que mal les parece, que aun pensarlo no deben osar, por no ser desfavorecidos.

3. ¡Oh Rey de gloria, y Señor de todos los reyes!, ¡cómo no es vuestro reino armado de palillos, pues no tiene fin! ¡Cómo no son menester terceros para vos! Con mirar vuestra persona, se ve luego que es solo el que merecéis que os llamen Señor, según la majestad mostráis, no es menester gente de acompañamiento, ni de guarda, para que conozcan que sois Rey; porque acá un rey solo, mal se conocerá por sí, aunque él más quisiera ser conocido por rey, no le creerán, que no tiene más que los otros, es menester que se vea por qué lo creer. Y así es razón tenga estas autoridades postizas, porque si no las tuviese, no le ternían en nada; porque no sale de sí el parecer poderoso, de otros le ha de venir la autoridad. ¡Oh Señor mío! ¡Oh Rey mío! ¡Quién supiera ahora representar la majestad que tenéis! Es imposible dejar de ver que sois grande emperador en vos mismo, que espanta mirar esta majestad: mas, más espanta, Señor mío, mirar con ella vuestra humildad, y el amor que mostráis a una como yo. En todo se puede tratar, y hablar con vos como quisiéremos, perdido el primer espanto, y temor de vuestra majestad, con quedar mayor para no ofenderos, mas no por miedo del castigo, Señor mío, porque éste no se tiene en nada, en comparación de no perderos a vos. He aquí los provechos desta

visión, sin otros grandes que deja en el alma, si es de Dios, entiéndese por los efectos, cuando el alma tiene luz, porque como muchas veces he dicho, quiere el Señor que esté en tinieblas, y que no vea esta luz, y así no es mucho tema la que se ve tan ruin como yo.

4. No ha más que ahora que me ha acaecido estar ocho días, que no parece había en mí, ni podía tener conocimiento de lo que debo a Dios, ni acuerdo de las mercedes, sino tan embobada el alma, y puesta no sé en qué, ni cómo, no en malos pensamientos, mas para los buenos estaba tan inhábil, que me reía de mí, y gustaba de ver la bajeza de un alma, cuando no anda Dios siempre obrando en ella. Bien ve que no está sin él en este estado, que no es como los grandes trabajos que he dicho tengo algunas veces; mas aunque pone leña, y hace eso poco que puede de su parte, no hay arder el fuego de amor de Dios; harta misericordia suya es, que se ve el humo, para entender que no está del todo muerto, torna el Señor a encender, que entonces un alma, aunque se quiebre la cabeza en soplar, y en concertar los leños, parece que todo lo ahoga más. Creo es lo mejor rendirse del todo a que no puede nada por sí sola, y entender en otras cosas, como he dicho, meritorias; porque por ventura la quita el Señor la oración, para que entienda en ellas, y conozca por experiencia lo poco que puede por sí.

5. Es cierto que yo me he regalado hoy con el Señor, y atrevido a quejarme de su Majestad, y le he dicho: «¿Cómo, Dios mío, que no basta que me tenéis en esta miserable vida, y que por amor de vos paso por ello, y quiero vivir a donde todo es embarazos para no gozaros, sino que he de comer, y dormir, y negociar, y tratar con todos, y todo lo paso por amor de vos? Pues bien sabéis, Señor mío, que me es tormento grandísimo, y que tan poquitos ratos como me quedan para gozar de vos, os me escondáis. ¿Cómo se compadece esto en vuestra misericordia? ¿Cómo lo puede sufrir el amor que me tenéis? Creo, Señor, que si fuera posible poderme esconder yo de vos, como vos de mí, que pienso, y creo del amor que me tenéis, que no lo sufriríades: mas estáis os conmigo, y veisme siempre; no se sufre esto, Señor mío, suplícoos miréis, que se hace agravio a quien tanto os ama.» Esto, y otras cosas me ha acaecido decir, entendiendo primero cómo era piadoso el lugar que tenía en el infierno para lo que merecía; mas algunas veces desatina tanto el amor, que no me siento, sino que en todo mi seso doy estas quejas, y todo me lo sufre el Señor: alabado sea tan buen Rey. ¿Llegáramos a los de la tierra con estos atrevimientos? Aun ya al rey no me maravillo que no se ose hablar, que es razón se tema, y a los señores que representan ser cabezas; mas está ya el mundo de manera, que habían de ser más largas las vidas, para deprender los puntos, y novedades, y maneras que hay de crianza, si han de gastar algo della en servir a Dios: yo me santiguo de ver lo que pasa. El caso, es que ya yo no sabía cómo vivir cuando aquí me metí; porque no se toma de burla cuando hay descuido en tratar con las gentes mucho más que merecen, sino que tan de veras lo toman por afrenta, que es menester hacer satisfacciones de vuestra intención, si hay, como digo, descuido, y aun plega a Dios lo crean.

6. Torno a decir que, cierto yo no sabía cómo vivir, porque se ve una pobre de alma fatigada. Ve que la mandan, que ocupe siempre el pensamiento en Dios, y que es necesario traerle en él para librarse de muchos peligros. Por otro cabo ve que no cumple perder punto en puntos de mundo, so pena de no dejar de dar ocasión a que se tienten los que tienen su honra puesta en estos puntos. Traíame fatigada, y nunca acababa de hacer

satisfacciones, porque no podía, aunque lo estudiaba, dejar de hacer muchas faltas en esto, que, como digo, no se tiene en el mundo por pequeña. Y es verdad, que en las religiones (que de razón habíamos en estos casos estar disculpados) hay disculpa. No, que dicen que los monasterios ha de ser corte de crianza, y de saberla. Yo cierto que no puedo entender esto. He pensado si dijo algún santo, que había de ser corte para enseñar a los que quisiesen ser cortesanos del cielo, y lo han entendido al revés; porque traer este cuidado, quien es razón lo traya continuo en contentar a Dios, y aborrecer el mundo, que le pueda traer tan grande en contentar a los que viven en él, en estas cosas que tantas veces se mudan, no sé cómo. Aun si se pudiera aún deprender de una vez, pasara, mas aun para títulos de cartas es ya menester haya cátedra adonde se lea cómo se ha de hacer, a manera de decir, porque ya se deja papel de una parte, ya de otra, y a quien no se solía poner magnífico, hase de poner Ilustre. Yo no sé en qué ha de parar, porque aún no he yo cincuenta años, y en lo que he vivido he visto tantas mudanzas, que no sé vivir. Pues los que ahora nacen, y vivieren muchos, ¿qué han de hacer? Por cierto yo he lástima a gente espiritual, que está obligada a estar en el mundo, por algunos santos fines, que es terrible la cruz que en esto llevan. Si se pudiesen concertar todos, y hacerse ignorantes, y querer que los tengan por tales en estas ciencias, de mucho trabajo se quitarían. Mas en qué boberías me he metido: por tratar en las grandezas de Dios, he venido a hablar de las bajezas del mundo. Pues el Señor me ha hecho merced en haberle dejado, quiero ya salir dél, allá se avengan los que sustentan con tanto trabajo estas naderías. Plega a Dios, que en la otra vida, que es sin mudanzas, no las paguemos. Amén.

CAPÍTULO XXXVIII

En que trata de algunas grandes mercedes que el Señor la hizo, así en mostrarle algunos secretos del cielo, como otras grandes visiones, y revelaciones que su Majestad tuvo por bien viese: dice los efectos con que la dejaban, y el gran aprovechamiento que quedaba en su alma

1. Estando una noche tan mala, que quería excusarme de tener oración, tomé un rosario por ocuparme vocalmente, procurando no recoger el entendimiento, aunque en lo exterior estaba recogida en un oratorio; cuando el Señor quiere, poco aprovechan estas diligencias. Estuve así bien poco, y vínome un arrebatamiento de espíritu con tanto ímpetu, que no hubo poder resistir. Parecíame estar metida en el cielo, y las primeras personas que allá vi, fue a mi padre, y madre, y tan grandes cosas en tan breve espacio, como se podría decir un Ave María, que yo quedé bien fuera de mí, pareciéndome muy demasiada merced. Esto de en tan breve tiempo, ya puede ser fuese más, sino que se hace muy poco. Temí no fuese alguna ilusión, puesto que no me lo parecía, no sabía qué hacer, porque había gran vergüenza de ir al confesor con esto; y no por humilde a mi parecer, sino porque me parecía había de burlar de mí, y decir: que, ¿qué san Pablo para ver cosas del cielo, o san Jerónimo? Y por haber tenido estos santos gloriosos cosas destas, me hacía más temor a mí, y no hacía sino llorar mucho, porque no me parecía llevaba ningún camino. En fin, aunque más sentí, fui al confesor, porque callar cosa jamás osaba, aunque más sintiese en decirla, por el gran miedo que tenía de ser engañada. Él como me vio tan fatigada, que me consoló mucho, y dijo hartas cosas buenas para quitarme de pena.

2. Andando más el tiempo, me ha acaecido, y acaece esto algunas veces, íbame el Señor mostrando más grandes secretos; porque querer ver el alma más de lo que se le presenta, no hay ningún remedio, ni es posible, y ansí no veía más de lo que cada vez quería el Señor mostrarme. Era tanto, que lo menos bastaba para quedar espantada, y muy aprovechada el alma, para estimar, y tener en poco todas las cosas de la vida. Quisiera yo poder dar a entender algo de lo menos que entendía, y pensando cómo pueda ser, hallo que es imposible; porque en sola la diferencia que hay desta luz que vemos, a la que allá se representa, siendo todo luz, no hay comparación, porque la claridad del sol parece cosa muy deslustrada. En fin, no alcanza la imaginación, por muy sutil que sea a pintar, ni trazar cómo será esta luz, ni ninguna cosa de las que el Señor me daba a entender, con un deleite tan soberano, que no se puede decir, porque todos los sentidos gozan en tan alto grado, y suavidad, que ello no se puede encarecer, y ansí es mejor no decir más.

3. Había una vez estado ansí más de una hora, mostrándome el Señor cosas admirables, que no me parece se quitaba de cabe mí, díjome: *Mira, hija, que pierden los que son contra mí, no dejes de decírsele.* ¡Ay, Señor mío, y qué poco aprovecha mi dicho a los que sus hechos los tienen ciegos, si vuestra Majestad no les da luz! Algunas personas, que vos la habéis dado, aprovechado se han de saber vuestras grandezas, mas venlas Señor mío, mostradas a cosa tan ruin, y miserable, que tengo yo en mucho, que haya habido nadie que me crea. Bendito sea vuestro nombre, y misericordia, que a lo menos yo conocida mejoría he visto en mi alma. Después quisiera ella estarse siempre allí, y no tornar a vivir, porque fue grande el desprecio que me quedó de todo lo de acá; parecíame basura, y veo yo cuán bajamente nos ocupamos los que nos detenemos en ello.

4. Cuando estaba con aquella señora que he dicho, me acaeció una vez estando yo mala del corazón (porque como he dicho, le he tenido recio, aunque ya no lo es) como era de mucha caridad, hízome sacar joyas de oro, y piedras, que las tenía de gran valor; en especial una de diamantes, que apreciaba en mucho. Ella pensó que me alegraran, yo estaba riéndome entre mí, y habiendo lástima de ver lo que estiman los hombres, acordándome de lo que nos tiene guardado el Señor, y pensaba cuán imposible me sería, aunque yo conmigo mesma lo quisiese procurar, tener en algo aquellas cosas, si el Señor no me quitaba la memoria de otras. Esto es un gran señorío para el alma, tan grande, que no sé si lo entenderá, sino quien lo posee; porque es el propio, y natural desasimiento, porque es sin trabajo nuestro; todo lo hace Dios, que muestra su Majestad estas verdades de manera, que quedan tan imprimidas, que se ve claro, no lo pudiéramos por nosotros de aquella manera en tan breve tiempo adquirir. Quedome también poco miedo a la muerte, a quien yo siempre temía mucho; ahora paréceme facilísima cosa para quien sirve a Dios, porque en un momento se ve el alma libre desta cárcel, y puesta en descanso. Que este llevar Dios el espíritu, y mostrarle cosas tan excelentes en estos arrebatamientos, paréceme a mí conforma mucho a cuando sale un alma del cuerpo, que en un instante se ve en todo este bien. Dejemos los dolores de cuando se arranca, que hay poco caso que hacer dellos, y los que de veras amaren a Dios, y hubieren dado de mano a las cosas desta vida, más suavemente deben morir.

5. También me parece me aprovechó mucho para conocer nuestra verdadera tierra, y ver que somos acá peregrinos, y es gran cosa ver lo que hay allá, y saber a dónde hemos de vivir; porque si uno ha de ir a vivir de asiento a una tierra, esle gran ayuda, para pasar el

trabajo del camino, haber visto que es tierra adonde ha de estar muy a su descanso, y también para considerar las cosas celestiales, y procurar que nuestra conversación sea allá; hácese con facilidad. Esto es mucha ganancia, porque solo mirar el cielo recoge el alma; porque como ha querido el Señor mostrar algo de lo que hay allá, estase pensando, y acaece algunas veces ser los que me acompañan, y con los que me consuelo, los que sé que allá viven, y paréceme aquéllos verdaderamente los vivos, y los que acá viven tan muertos, que todo el mundo me parece no me hace compañía, en especial cuando tengo aquellos ímpetus. Todo me parece sueño, y que es burla lo que veo con los ojos del cuerpo: lo que ya he visto con los del alma, es lo que ella desea, y como se ve lejos, éste es el morir. En fin, es grandísima la merced que el Señor hace a quien da semejantes visiones, porque la ayuda mucho, y también a llevar una pesada cruz, porque todo no la satisface, todo le da en rostro: y si el Señor no permitiese a veces se olvidase, aunque se torna a acordar, no sé cómo se podría vivir. Bendito sea, y alabado por siempre jamás. Plega a su Majestad, por la sangre que su Hijo derramó por mí, que ya que ha querido entienda algo de tan grandes bienes, y que comience en alguna manera a gozar dellos, no me acaezca lo que a Lucifer, que por su culpa lo perdió todo. No lo permita por quien él es, que no tengo poco temor algunas veces, aunque por otra parte, y lo muy ordinario, la misericordia de Dios me pone seguridad, que pues me ha sacado de tantos pecados, no querrá dejarme de su mano, para que me pierda. Esto suplico yo a vuesa merced siempre le suplique. Pues no son tan grandes las mercedes dichas a mi parecer, como ésta que ahora diré, por muchas causas, y grandes bienes que della me quedaron, y gran fortaleza en el alma, aunque, mirada cada cosa por sí, es tan grande que no hay qué comparar.

6. Estaba un día, víspera del Espíritu Santo, después de misa, fui a una parte bien apartada, adonde yo rezaba muchas veces, y comencé a leer en un Cartujano esta fiesta, y leyendo las señales que han de tener los que comienzan, y aprovechan, y los perfectos, para entender está con ellos el Espíritu Santo. Léidos estos tres estados, pareciome por la bondad de Dios, que no dejaba de estar conmigo a lo que yo podía entender. Estándole alabando, y acordándome de otra vez que lo había leído, que estaba bien falta de todo aquello (que lo veía yo muy bien así, como ahora entendía lo contrario de mí, y así conocí era merced grande lo que el Señor me había hecho) y así comencé a considerar el lugar que tenía en el infierno merecido por mis pecados, y daba muchos loores a Dios, porque no me parecía conocía mi alma, según la veía trocada. Estando en esta consideración, diome un ímpetu grande, sin entender yo la ocasión: parecía que el alma se me quería salir del cuerpo, porque no cabía en ella, ni se hallaba capaz de esperar tanto bien. Era ímpetu tan excesivo, que no me podía valer, y a mi parecer diferente de otras veces, ni entendía qué había el alma, ni qué quería, que tan alterada estaba. Arrimeme, que aun sentada no podía estar, porque la fuerza natural me faltaba toda.

7. Estando en esto, veo sobre mi cabeza una paloma bien diferente de las de acá, porque no tenía estas plumas, sino las alas de unas conchicas, que echaban de sí gran resplandor. Era grande más que paloma, paréceme que oía el ruido que hacía con las alas. Estaría aleando espacio de un Ave María. Ya el alma estaba de tal suerte, que perdiéndose a sí de sí la perdió de vista. Sosegose el espíritu con tan buen huésped, que según mi parecer, la merced tan maravillosa le debía de desasosegar, y espantar; y como comenzó a gozarla, quitósele el miedo, y comenzó la quietud con el gozo, quedando en arrobamiento, quedé lo más pascua tan embobada, y tonta, que no sabía qué me hacer, ni cómo cabía en mí tan

gran favor, y merced. No oía, ni veía, a manera de decir, con gran gozo interior. Desde aquel día entendí quedar con grandísimo aprovechamiento en más subido amor de Dios, y las virtudes muy más fortalecidas. Sea bendito, y alabado por siempre. Amén.

8. Otra vez vi la misma paloma sobre la cabeza de un padre de la Orden de Santo Domingo (salvo que me pareció los rayos, y resplandor de las mismas alas que se extendían mucho más) dióseme a entender había de traer almas a Dios.

9. Otra vez vi estar a nuestra Señora puniendo una capa muy blanca al presentado desta mesma Orden, de quien he tratado algunas veces. Díjome, que por el servicio que le había hecho en ayudar a que se hiciese esta casa, le daba aquel manto, en señal que guardaría su alma en limpieza de ahí adelante, y que no caería en pecado mortal. Yo tengo cierto, que así fue, porque ha pocos años murió, y su muerte, y lo que vivió fue con tanta penitencia, la vida, y la muerte con tanta santidad, que a cuanto se puede entender, no hay que poner duda. Díjome un fraile, que había estado a su muerte, que antes que espirase le dijo cómo estaba con él Santo Tomás. Murió con gran gozo, y deseo de salir deste destierro. Después me ha aparecido algunas veces con muy gran gloria, y díchome algunas cosas. Tenía tanta oración, que cuando murió, que con la gran flaqueza la quisiera excusar, no podía, porque tenía muchos arrobamientos. Escribiome poco antes que muriese, que qué medio ternía, porque como acababa de decir misa se quedaba con arrobamiento mucho rato sin poderlo excusar. Dióle Dios al fin el premio de lo mucho que había servido toda su vida. Del retor de la Compañía de Jesús, que algunas veces he hecho dél mención, he visto algunas cosas de grandes mercedes que el Señor le hacía, que por no alargar no las pongo aquí. Acaecióle una vez un gran trabajo, en que fue muy perseguido, y se vio muy afligido. Estando yo un día oyendo misa, vi a Cristo en la cruz, cuando alzaban la hostia; díjome algunas palabras que le dijese de consuelo, y otras, previniéndole de lo que estaba por venir, y poniéndole delante lo que había padecido por él, y que se aparejase para sufrir. Dióle esto mucho consuelo, y ánimo; y todo ha pasado después como el Señor me lo dijo.

10. De los de la Orden deste padre, que es la Compañía de Jesús, toda la Orden junta he visto grandes cosas: vilos en el cielo con banderas blancas en las manos algunas veces; y como digo otras cosas he visto dellos de mucha admiración, y así tengo esta Orden en gran veneración, porque los he tratado mucho, y veo conforma su vida con lo que el Señor me ha dado dellos a entender.

11. Estando una noche en oración, comenzó el Señor a decirme algunas palabras, trayéndome a la memoria por ellas, cuán mala había sido mi vida, que me hacían harta confusión, y pena, porque aunque no van con rigor, hacen un sentimiento, y pena que deshacen, y siéntese más aprovechamiento de conocernos con una palabra destas, que en muchos días que nosotros consideremos nuestra miseria; porque trae consigo esculpida una verdad, que no la podemos negar. Representome las voluntades con tanta vanidad que había tenido, y díjome, que tuviese en mucho querer que se pusiese en él voluntad, que tan mal se había gastado, como la mía, y admitirla él. Otras veces me dijo, que me acordase, cuando parece tenía por honra el ir contra la suya. Otras, que me acordase lo que le debía, que cuando yo le daba mayor golpe, estaba él haciéndome mercedes. Si tenía algunas faltas, que no son pocas, de manera me las da su Majestad a entender, que toda parece me deshago, y como tengo muchas, es muchas veces. Acaeciame

reprenderme el confesor, y quererme consolar en la oración, y hallar allí la reprensión verdadera.

12. Pues tornando a lo que decía, como comenzó el Señor a traerme a la memoria mi ruin vida, a vueltas de mis lágrimas, como yo entonces no había hecho nada a mi parecer, pensé si me quería hacer alguna merced; porque es muy ordinario cuando alguna particular merced recibo del Señor, haberme primero deshecho a mí mesma, para que vea más claro cuán fuera de merecerlas yo soy, pienso lo debe el Señor de hacer. Desde ha un poco fue tan arrebatado mi espíritu, que casi me pareció estaba del todo fuera del cuerpo, al menos no se entiende que se vive en él. Vi a la Humanidad sacratísima con más excesiva gloria, que jamás la había visto. Representóseme por una noticia admirable, y clara, estar metido en los pechos del Padre, y esto no sabré yo decir cómo es, porque sin ver (me pareció) me vi presente de aquella Divinidad. Quedé tan espantada, y de tal manera, que me parece pasaron algunos días que no podía tornar en mí; y siempre me parecía traía presente a aquella majestad del Hijo de Dios, aunque no era como la primera. Esto bien lo entendía yo, sino que queda tan esculpido en la imaginación, que no lo puede quitar de sí, por en breve que haya pasado, por algún tiempo, y es harto consuelo, y aun aprovechamiento.

13. Esta misma visión he visto otras veces: es a mi parecer la más subida visión, que el Señor me ha hecho merced que vea, y trae consigo grandísimos provechos. Parece que purifica el alma en gran manera, y quita la fuerza casi del todo a esta nuestra sensualidad. Es una llama grande, que parece abrasa, y aniquila todos los deseos de la vida; porque ya que yo, gloria a Dios, no los tenía en cosas vanas, declaróseme aquí bien cómo era todo vanidad, y cuán vanos son los señoríos de acá, y es un enseñamiento grande para levantar los deseos en la pura verdad. Queda imprimido un acatamiento, que no sabré yo decir cómo, mas es muy diferente de lo que acá podemos adquirir. Hace un espanto al alma grande de ver cómo osó, ni puede nadie osar ofender una majestad tan grandísima. Algunas veces habré dicho estos efectos de visiones, y otras cosas; mas ya he dicho, que hay más, y menos aprovechamiento, desta queda grandísimo. Cuando yo me llegaba a comulgar, y me acordaba de aquella majestad grandísima que había visto, y miraba que era el que estaba en el santísimo Sacramento (y muchas veces quiere el Señor que le vea en la hostia) los cabellos se me espeluzaban, y toda parecía me aniquilaba. ¡Oh Señor mío! Mas si no encubriéades vuestra grandeza, ¿quién osara llegar tantas veces a juntar cosa tan sucia, y miserable, con tan gran majestad? Bendito seáis, Señor, alaben os los ángeles, y todas las criaturas, que ansí medís las cosas con nuestra flaqueza, para que gozando de tan soberanas mercedes, no nos espante vuestro gran poder, de manera que aún no las osemos gozar, como gente flaca, y miserable.

14. Podríanos acaecer lo que a un labrador, y esto sé cierto que pasó ansí: hallose un tesoro, y como era más que cabía en su ánimo, que era bajo, en viéndose con él, le dio una tristeza, que poco a poco se vino a morir de puro afligido, y cuidadoso, de no saber qué hacer dél. Si no le hallara junto, sino que poco a poco se le fueran dando, y sustentando con ello, viviera más contento que siendo pobre, y no le costara la vida. ¡Oh riqueza de los pobres, y qué admirablemente sabéis sustentar las almas, y sin que vean tan grandes riquezas, poco a poco se las vais mostrando! Cuando yo veo una majestad tan grande, disimulada en cosa tan poca, como es la hostia, es ansí, que después acá a mí me

admira sabiduría tan grande, y no sé cómo me da el Señor ánimo, y esfuerzo para llegarme a él, si el que me ha hecho tan grandes mercedes, y hace no me le diese; ni sería posible poderlo disimular, ni dejar de decir a voces tan grandes maravillas. Pues ¿qué sentirá una miserable como yo, cargada de abominaciones, y que con tan poco temor de Dios ha gastado su vida, de verse llegar a este Señor de tan gran majestad, cuando quiere que mi alma le vea? ¿Cómo ha de juntar boca, que tantas palabras ha hablado contra el mismo Señor, a aquel cuerpo gloriosísimo, lleno de limpieza, y de piedad? Que duele más, y aflige el alma (por no le haber servido) el amor que muestra aquel rostro de tanta hermosura, con una ternura, y afabilidad, que temor pone la majestad que ve en él. Mas ¿qué podría yo sentir dos veces que vi esto que diré? Cierto, Señor mío, y gloria mía, que estoy por decir, que en alguna manera en estas grandes aflicciones que siente mi alma, he hecho algo en vuestro servicio. Ay que no sé qué me digo, que casi sin hablar yo, escribo ya esto, porque me hallo turbada, y algo fuera de mí, como he tornado a traer a mi memoria estas cosas. Bien dijera, si viniera de mí ese sentimiento, que había hecho algo por vos, Señor mío; mas pues no puede haber buen pensamiento si vos no lo dais, no hay qué me agradecer, yo soy la deudora, Señor, y vos el ofendido.

15. Llegando una vez a comulgar, vi dos demonios con los ojos del alma, más claro que con los del cuerpo, con muy abominable figura. Paréceme que los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote; y vi a mi Señor con la majestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos, en la forma que me iba a dar, que se veía claro ser ofendedoras tuyas, y entendí estar aquel alma en pecado mortal. ¿Qué sería, Señor mío, ver vuestra hermosura entre figuras tan abominables? Estaban ellos como amedrentados, y espantados delante de vos, que de buena gana parece que huyeran, si vos los dejáades ir. Diome tan gran turbación, que no sé cómo pude comulgar, y quedé con gran temor, pareciéndome que si fuera visión de Dios, que no permitiera su Majestad viera yo el mal que estaba en aquel alma. Díjome el mismo Señor, que rogase por él, y que lo había permitido, para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la consagración, y como no deja Dios de estar allí por malo que sea el sacerdote que las dice, y para que viese su grande bondad, cómo se pone en aquellas manos de su enemigo, y todo para bien mío, y de todos. Entendí bien cuán más obligados están los sacerdotes a ser buenos, que otros, y cuán recia cosa es tomar este santísimo Sacramento indignamente, y cuán señor es el demonio del alma que está en pecado mortal. Harto gran provecho me hizo, y harto conocimiento me puso de lo que debía a Dios: sea bendito por siempre jamás.

16. Otra vez me acaeció así otra cosa, que me espantó muy mucho. Estaba en una parte, adonde se murió cierta persona, que había vivido harto mal, según supe, y muchos años: mas había dos que tenía enfermedad, y en algunas cosas parece estaba con enmienda. Murió sin confesión, mas con todo esto no me parecía a mí que se había de condenar. Estando amortajando el cuerpo, vi muchos demonios tomar aquel cuerpo, y parecía que jugaban con él, y hacían también justicias en él, que a mí me puso gran pavor, que con garfios grandes le traían de uno en otro: como le vi llevar a enterrar con la honra, y ceremonias que a todos, yo estaba pensando la bondad de Dios, como no quería fuese infamada aquel alma, sino que fuese encubierto ser su enemiga. Estaba yo medio boba de lo que había visto: en todo el oficio no vi más demonio, después cuando echaron el cuerpo en la sepultura, era tanta la multitud que estaban dentro para tomarle, que yo estaba fuera de mí de verlo; y no era menester poco ánimo para disimularlo. Consideraba

qué harían de aquel alma, cuando así se enseñoreaban del triste cuerpo. Pluguiera el Señor que esto que yo vi (cosa tan espantosa) vieran todos los que están en mal estado, que me parece fuera gran cosa para hacerlos vivir bien. Todo esto me hace más conocer lo que debo a Dios, y de lo que me ha librado. Anduve harto temerosa, hasta que lo traté con mi confesor, pensando si era ilusión del demonio, para infamar aquel alma, aunque no estaba tenida por de mucha cristiandad: verdad es, que aunque no fuese ilusión, siempre que se me acuerda me hace temor.

17. Ya que he comenzado a decir de visiones de difuntos, quiero decir algunas cosas que el Señor ha sido servido en este caso que vea de algunas almas. Diré pocas por abreviar, y por no ser necesario, digo para ningún aprovechamiento. Dijéronme era muerto un nuestro provincial, que había sido (y cuando murió lo era de otra provincia) a quien yo había tratado, y debido algunas buenas obras: era persona de muchas virtudes. Como lo supe que era muerto, diome mucha turbación, porque temí su salvación, que había sido veinte años prelado (cosa que yo temo mucho, cierto, por parecerme cosa de mucho peligro tener cargo de almas) y con mucha fatiga me fui a un oratorio: dile todo el bien que había hecho en mi vida (que sería bien poco) y así lo dije al Señor, que supliesen los méritos suyos lo que había menester aquel alma para salir de purgatorio.

18. Estando pidiendo esto al Señor, lo mejor que yo podía, pareciome salía del profundo de la tierra a mi lado derecho, y vile subir al cielo con grandísima alegría. Él era ya bien viejo, mas vile de edad de treinta años, y aún menos me pareció, y con resplandor en el rostro. Pasó muy en breve esta visión, mas en tanto extremo quedé consolada, que nunca me pudo dar más pena su muerte, aunque había fatigadas personas hartas por ella, que era muy bien quisto. Era tanto el consuelo que tenía mi alma, que ninguna cosa se me daba, ni podía dudar en que era buena visión; digo, que no era ilusión. Había no más de quince días que era muerto, con todo no descuidé de procurar le encomendasen a Dios, y hacerlo yo, salvo que no podía con aquella voluntad, que si no hubiera visto esto; porque cuando así el Señor me lo muestra, y después las quiero encomendar a su Majestad, paréceme, sin poder más, que es como dar limosna al rico. Después supe (porque murió bien lejos de aquí) la muerte que el Señor le dio, que fue de tan gran edificación, que a todos dejó espantados del conocimiento, y lágrimas, y humildad con que murió.

19. Habíase muerto una monja en casa, había poco más de día, y medio, harto sierva de Dios. Estando diciendo una lición de difuntos una monja (que se decía por ella en el coro) yo estaba en pie para ayudarla a decir el verso. A la mitad de la lición la vi que me pareció salía el alma de la parte que la pasada, y que se iba al cielo. Ésta no fue visión imaginaria, como la pasada, sino como otras que he dicho, mas no se duda más que las que se ven.

20. Otra monja se murió en mi misma casa, de hasta diez y ocho, o veinte años, siempre había sido enferma, y muy sierva de Dios, amiga del coro, y harto virtuosa. Yo cierto pensé no entrara en purgatorio; porque eran muchas las enfermedades que había pasado, sino que le sobrarian méritos. Estando en las Horas, antes que la enterrasen (habría cuatro horas que era muerta) entendí salir del mismo lugar, e irse al cielo.

21. Estando en un colegio de la Compañía de Jesús, con los grandes trabajos, que he dicho tenía algunas veces, y tengo de alma, y de cuerpo, estaba de suerte, que aun un

buen pensamiento, a mi parecer, no podía admitir: habíase muerto aquella noche un hermano de aquella casa de la Compañía, y estando, como podía, encomendándole a Dios, y oyendo misa de otro padre de la Compañía por él, diome un gran recogimiento, y vile subir al cielo con mucha gloria, y al Señor con él: por particular favor entendí era ir su Majestad con él.

22. Otro fraile de nuestra Orden, harto buen fraile, estaba muy malo, y estando yo en misa, me dio un recogimiento, y vi cómo era muerto, y subir al cielo, sin entrar en purgatorio. Murió a aquella hora que yo lo vi, según supe después. Yo me espanté de que no había entrado en purgatorio. Entendí que por haber sido fraile, que había guardado bien su profesión, le habían aprovechado las bulas de la Orden, para no entrar en purgatorio. No entiendo por qué entendí esto, paréceme debe ser, porque no está el ser fraile en el hábito, digo en traerle, para gozar del estado de más perfección, que es ser fraile.

23. No quiero decir más destas cosas, porque como he dicho, no hay para qué, aunque son hartas las que el Señor me ha hecho merced que vea, mas no he entendido de todas las que he visto, dejar ningún alma de entrar en purgatorio, si no es la deste padre, y el santo fray Pedro de Alcántara, y el padre dominico, que queda dicho. De algunos ha sido el Señor servido, que vea los grados que tienen de gloria, representándoseme en los lugares que se ponen: es grande la diferencia que hay de unos a otros.

CAPÍTULO XXXIX

Prosigue en la mesma materia de decir las grandes mercedes que le ha hecho el Señor: trata de cómo le prometió de hacer por las personas que ella le pidiese: dice algunas cosas señaladas, en que le ha hecho su Majestad este favor

1. Estando yo una vez importunando al Señor mucho, porque diese vista a una persona que yo tenía obligación, que la había del todo casi perdido, yo tenía gran lástima, y temía por mis pecados no me había el Señor de oír. Apareciome como otras veces, y comenzome a mostrar la llaga de la mano izquierda, y con la otra sacaba un clavo grande que en ella tenía metido, parecíame que a vuelta del clavo sacaba la carne: veíase bien el grande dolor, que me lastimaba mucho, y díjome que quien aquello había pasado por mí, que no dudase, sino que mejor haría lo que le pidiese; que él me prometía, que ninguna cosa le pidiese, que no la hiciese, que ya sabía él que yo no pediría, sino conforme a su gloria, y que así haría esto, que ahora pedía. Que aun cuando no le servía, mirase yo que no le había pedido cosa que no la hiciese mejor que yo lo sabía pedir: que cuán mejor lo haría ahora que sabía le amaba, que no dudase desto. No creo pasaron ocho días, que el Señor no tornó la vista a aquella persona. Esto supo mi confesor luego: ya puede ser no fuese por mi oración, mas yo como había visto esta visión, quedome una certidumbre, que por merced hecha a mí, di a su Majestad las gracias.

2. Otra vez estaba una persona muy enferma de una enfermedad muy penosa, que por ser no sé de qué hechura, no la señalo aquí. Era cosa incomportable lo que había dos meses que pasaba, y estaba en un tormento que se despedazaba. Fuele a ver mi confesor, que era

el retor que he dicho, y húbole gran lástima, y díjome, que en todo caso le fuese a ver, que era persona que yo lo podía hacer por ser mi deudo. Yo fui, y moviome a tener dél tanta piedad, que comencé muy importunamente a pedir su salud al Señor: en esto vi claro, a todo mi parecer, la merced que me hizo, porque luego a otro día estaba del todo bueno de aquel dolor.

3. Estaba una vez con grandísima pena, porque sabía que una persona, a quien yo tenía mucha obligación, quería hacer una cosa harto contra Dios, y su honra, y estaba ya muy determinada a ello. Era tanta mi fatiga, que no sabía qué remedio hacer, para que lo dejase, y aun parecía que no le había. Supliqué a Dios muy de corazón que le pusiese, mas hasta verlo no podía aliviarse mi pena. Fuime, estando así, a una ermita bien apartada (que las hay en este monasterio) y estando en una, a donde está Cristo a la columna, suplicándole me hiciese esta merced, oí que me hablaba una voz muy suave, como metida en un silbo. Yo me espelucé toda, que me hizo temor, y quisiera entender lo que me decía, mas no pude, que pasó muy en breve. Pasado mi temor, que fue presto, quedé con un sosiego, y gozo, y deleite interior, que yo me espanté, que solo oír una voz (que esto oído con los oídos corporales) y sin entender palabra, hiciese tanta operación en el alma. En esto vi, que se había de hacer lo que pedía, y así fue, que se me quitó del todo la pena, en cosa que aún no era (como si lo viera hecho) como fue después. Díjelo a mis confesores, que tenía entonces dos, harto letrados, y siervos de Dios.

4. Sabía que una persona, que se había determinado a servir muy de veras a Dios, y tenido algunos días oración, y en ella le hacía su Majestad muchas mercedes, y que por ciertas ocasiones que había tenido la había dejado, y aún no se apartaba dellas, y eran bien peligrosas. A mí me dio grandísima pena, por ser persona a quien quería mucho, y debía: creo fue más de un mes que no hacía sino suplicar a Dios tornase esta alma a sí. Estando un día en oración, vi un demonio cabe mí, que hizo unos papeles, que tenía en la mano pedazos con mucho enojo, a mí me dio gran consuelo, que me pareció se había hecho lo que pedía: y así fue (que después lo supe) que había hecho una confesión, con gran contrición, y tornose tan de veras a Dios, que espero en su Majestad ha de ir siempre muy adelante. Sea bendito por todo. Amén.

5. En esto de sacar nuestro Señor almas de pecados graves, por suplicárselo yo, y otras traídas a más perfección, es muchas veces: y de sacar almas de purgatorio, y otras cosas señaladas, son tantas las mercedes que en esto el Señor me ha hecho, que sería cansarme, y cansar a quien lo leyese, si las hubiese de decir, y mucho más en salud de almas que de cuerpos. Esto ha sido cosa muy conocida, y que dello hay hartos testigos. Luego, luego, dábame mucho escrúpulo, porque yo no podía dejar de creer, que el Señor lo hacía por mi oración (dejemos ser lo principal por sola su bondad) mas son ya tantas las cosas, y tan vistas de otras personas, que no me da pena creerlo, y alabo a su Majestad, y háceme confusión, porque veo soy más deudora, y háceme, a mi parecer, crecer el deseo de servirle, y avívase el amor. Y lo que más me espanta es, que las que el Señor ve no convienen, no puedo, aunque quiero, suplicárselo, sino con tan poca fuerza, y espíritu, y cuidado, que aunque más yo quiero forzarme es imposible, como otras cosas que su Majestad ha de hacer, que veo yo que puedo pedirlo muchas veces, y con gran importunidad, aunque yo no traiga este cuidado, parece que se me representa delante. Es grande la diferencia destas dos maneras de pedir, que no sé cómo lo declarar; porque

aunque lo uno pido (que no deje de esforzarme a suplicarlo al Señor, aunque no sienta en mí aquel fervor que en otras, aunque mucho me toquen) es como quien tiene trabada la lengua, que aunque quiera hablar no puede, y si habla es de suerte, que ve que no le entienden, o como quien habla claro, y despierto, a quien ve que de buena gana le está oyendo. Lo uno se pide (digamos ahora) como oración vocal; y lo otro en contemplación tan subida, que se representa el Señor de manera, que se entiende que nos entiende, y que se huelga su Majestad de que se lo pidamos, y de hacernos merced. Sea bendito por siempre, que tanto da, y tan poco le doy yo. Porque, ¿qué hace, Señor mío, quien no se deshace todo por vos? ¿Y qué dello, qué dello, qué dello, y otras mil veces lo puedo decir, me falta para esto? Por eso no había de querer vivir (aunque hay otras causas) porque no vivo conforme a lo que os debo. ¡Con qué de imperfecciones me veo! ¡Con qué flojedad en serviros! Es cierto que algunas veces me parece querría estar sin sentido, por no entender tanto mal de mí: el que puede lo remedie.

6. Estando en casa de aquella señora, que he dicho, a donde había menester estar con cuidado, y considerar siempre la vanidad que consigo traen todas las cosas de la vida; porque estaba muy estimada, y era muy loada, y ofrecíanse hartas cosas a que me pudiera bien apegar, si mirara a mí, mas miraba el que tiene verdadera vista a no me dejar de su mano. Ahora que digo de verdadera vista, me acuerdo de los grandes trabajos que se pasan en tratar personas a quien Dios ha llegado a conocer lo que es verdad en estas cosas de la tierra, a donde tanto se encubre, como una vez el Señor me dijo, que muchas cosas de las que aquí escribo, no son de mi cabeza, sino que me las decía este mi Maestro celestial, y porque en las cosas que yo señaladamente digo, *esto entendí*, o *me dijo el Señor*, se me hace escrúpulo grande poner, o quitar una sola sílaba que sea; así cuando puntualmente no se me acuerda bien todo, va dicho como de mí, o porque algunas cosas también lo serán. No llamo mío lo que es bueno, que ya sé no hay cosa en mí, sino lo que tan sin merecerlo me ha dado el Señor; sino llamo *dicho de mí*, no ser dado a entender en revelación.

7. ¡Mas ay Dios mío, y cómo aun en las espirituales queremos muchas veces entender las cosas por nuestro parecer, y muy torcidas de la verdad, también como en las del mundo, y nos parece que hemos de tasar nuestro aprovechamiento por los años que tenemos algún ejercicio de oración, y aun parece queremos poner tasa a quien sin ninguna de sus dones cuando quiere, y puede dar en medio año más a uno, que a otro en muchos! Y es cosa ésta que la tengo tan vista por muchas personas, que yo me espanto cómo nos podemos detener en esto. Bien creo no estará en este engaño quien tuviere talento de conocer espíritus, y le hubiere el Señor dado humildad verdadera, que éste juzga por los efectos, y determinaciones, y amor, y dale el Señor luz para que lo conozca; y en esto mira el adelantamiento, y aprovechamiento de las almas, que no en los años, que en medio puede uno haber alcanzado más que otro en veinte; porque como digo, dalo el Señor a quien quiere, y aun a quien mejor se dispone. Porque veo yo venir ahora a esta casa unas doncellas, que son de poca edad, y en tocándolas Dios, y dándoles un poco de luz, y amor (digo en un poco de tiempo que les hizo algún regalo) no le aguardaron, ni se les puso cosa delante, sin acordarse del comer, pues se encierran para siempre en casa sin renta, como quien no estima la vida por el que sabe que las ama. Déjanlo todo, ni quieren voluntad, ni se les pone delante, que pueden tener descontento en tanto encerramiento, y estrechura, todas juntas se ofrecen en sacrificio por Dios. Cuán de buena gana les doy yo

aquí la ventaja, y había de andar avergonzada delante de Dios; porque lo que su Majestad no acabó conmigo en tanta multitud de años, como ha que comencé a tener oración, y me comenzó a hacer mercedes, acaba con ellas en tres meses, y aun con alguna en tres días, con hacerlas muchas menos que a mí, aunque bien las paga su Majestad; a buen seguro que no están descontentas por lo que por él han hecho.

8. Para esto querría yo se nos acordase de los muchos años (a los que los tenemos de profesión, y las personas que los tienen de oración) y no para fatigar a los que en poco tiempo van más adelante, con hacerlos tornar atrás, para que anden a nuestro paso, y a los que vuelan como águilas con las mercedes que hace Dios, quererlos hacer andar como pollo trabado; sino que pongamos los ojos en su Majestad, y si los viéremos con humildad darles rienda, que el Señor, que los hace tantas mercedes, no los dejará despeñar. Fíanse ellos mismos de Dios (que esto les aprovecha la verdad que conocen de la fe) ¿y no los fiaremos nosotros, sino que queremos medirlos por nuestra medida, conforme a nuestros bajos ánimos? No así, sino que si no alcanzamos sus grandes efectos, y determinaciones, porque sin experiencia se pueden mal entender. Humillémonos, y no los condenemos, que con parecer que miramos su provecho, nos le quitamos a nosotros, y perdemos esta ocasión, que el Señor pone para humillarnos, y para que entendamos lo que nos falta, y cuán más desasidas, y llegadas a Dios deben estar estas almas, que las nuestras, pues tanto su Majestad se llega a ellas.

9. No entiendo otra cosa, ni la querría entender, sino que oración de poco tiempo, que hace efectos muy grandes (que luego se entienden, que es imposible que los haya para dejarlo todo, solo por contentar a Dios, sin gran fuerza de amor) yo la querría más que la de muchos años, que nunca acabó de determinarse más al postrero, que al primero, a hacer cosa que sea nada por Dios, salvo sí unas cositas menudas como sal, que no tienen peso, ni tomo, que parece un pájaro se las llevará en el pico, no tenemos por gran efecto, y mortificación; que de algunas cosas hacemos caso, que hacemos por el Señor, que es lástima las entendamos, aunque se hiciesen muchas: yo soy ésta, y olvidaré las mercedes a cada paso. No digo yo que no las terná su Majestad en mucho, según es bueno, mas querría yo no hacer caso dellas, ni ver que las hago, pues no son nada. Mas perdonadme, Señor mío, y no me culpéis, que con algo me tengo de consolar, pues no os sirvo en nada, que si en cosas grandes os sirviera, no hiciera caso de las nonadas. Bienaventuradas las personas que os sirven con obras grandes, si con haberlas yo envidia, y desearlo, se me toma en cuenta, no quedaría muy atrás en contentaros, mas no valgo nada, Señor mío, ponedme vos el valor, pues tanto me amáis.

10. Acaeciome un día destes que, con traer un Breve de Roma para no poder tener renta este monasterio se acabó del todo, que paréceme ha costado algún trabajo, estando consolada de verlo así concluido, y pensando los que había tenido, y alabando al Señor, que en algo se había querido servir de mí, comencé a pensar las cosas que había pasado; y es así, que en cada una de las que parecía eran algo, que yo había hecho, hallaba tantas faltas, e imperfecciones, y a veces poco ánimo, y muchas poca fe; porque hasta ahora que todo lo veo cumplido, cuanto el Señor me dijo desta casa se había de hacer, nunca determinadamente lo acababa de creer, ni tampoco lo podía dudar: no sé cómo era esto. Es que muchas veces por una parte me parecía imposible, por otra no lo podía dudar, digo creer, que no se había de hacer. En fin hallé lo bueno haberlo el Señor hecho todo de su

parte, y lo malo yo, y ansí dejé de pensar en ello, y no querría se me acordase, por no tropezar en tantas faltas mías. Bendito sea el que de todas saca bien cuando es servido. Amén.

11. Pues digo, que es peligroso ir tasando los años que se han tenido de oración, que aunque haya humildad, parece puede quedar un no sé qué de parecer se merece algo por lo servido. No digo yo que no lo merecen, y les será bien pagado, mas cualquier espiritual que le parezca, que por muchos años que haya tenido oración merece estos regalos de espíritu, tengo yo por cierto, que no subirá a la cumbre dél. ¿No es harto que haya merecido le tenga Dios de su mano, para no le hacer las ofensas, que antes que tuviese oración le hacía, sino que le ponga pleito por sus dineros, como dicen? No me parece profunda humildad, ya puede ser lo sea; mas yo por atrevimiento lo tengo, pues yo con tener poca humildad, no me parece jamás he osado. Ya puede ser, que como nunca he servido, no he pedido, por ventura si le hubiera hecho, quisiera más que todos me lo pagara el Señor. No digo yo que no va creciendo un alma, y que no se lo dará Dios, si la oración ha sido humilde, mas que se olviden estos años, que es todo asco cuanto podemos hacer, en comparación de una gota de sangre de las que el Señor por nosotros derramó: y si con servir más quedamos más deudores, ¿qué es esto que pedimos, pues si pagamos un maravedí de la deuda, nos tornan a dar mil ducados? Que por amor de Dios dejemos estos juicios, que son suyos. Estas comparaciones siempre son malas, aun en cosas de acá, pues ¿qué será en lo que solo Dios sabe, y lo mostró bien su Majestad cuando pagó tanto a los postreros, como a los primeros?

12. Es en tantas veces las que he escrito estas tres hojas, y en tantos días, porque he tenido, y tengo, como he dicho, poco lugar, que se me había olvidado lo que comencé a decir, que era esta visión. Vime estando en oración en un gran campo a solas, en derredor de mí mucha gente de diferentes maneras, que me tenían rodeada, todas me parece tenían armas en las manos para ofenderme, unas lanzas, otras espadas, otras dagas, y otras estoques muy largos. En fin, yo no podía salir por ninguna parte sin que me pusiese a peligro de muerte, y sola sin persona que hallase de mi parte. Estando mi espíritu en esta aflicción, que no sabía qué me hacer, alcé los ojos al cielo, y vi a Cristo (no en el cielo, sino bien alto de mí en el aire) que tendía la mano hacia mí, y desde allí me favorecía, de manera, que yo no temía toda la otra gente, ni ellos aunque querían, me podían hacer daño. Parece sin fruto esta visión, y hame hecho grandísimo provecho, porque se me dio a entender lo que significaba; y poco después me vi casi en aquella batería, y conocí ser aquella visión un retrato del mundo, que cuanto hay en él parece tiene armas para ofender a la triste alma: dejemos los que no sirven mucho al Señor, y honras, y haciendas, y deleites, y otras cosas semejantes, que está claro, que cuando no se cata se ve enredada, al menos procuran todas estas cosas enredar más amigos, parientes, y lo que más espanta, personas muy buenas. De todo me vi después tan apretada, pensando ellos que hacían bien, que yo no sabía cómo me defender, ni qué hacer.

13. ¡Oh válame Dios, si dijese de las maneras, y diferencias de trabajos que en este tiempo tuve (aun después de lo que atrás queda dicho) ¡cómo sería harto aviso para del todo aborrecerlo todo! Fue la mayor persecución me parece de las que he pasado. Digo, que me vi a veces de todas partes tan apretada, que solo hallaba remedio en alzar los ojos al cielo, y llamar a Dios: acordábame bien de lo que había visto en esta visión. Hízome

harto provecho para no confiar mucho de nadie, porque no le hay que sea estable, sino Dios. Siempre en estos trabajos grandes me enviaba el Señor (como me lo mostró) una persona de su parte, que me diese la mano, como me lo había mostrado en esta visión, sin ir asida a nada, más de contentar al Señor, que ha sido para sustentar esa poquita de virtud que yo tenía en desearos en servir. Seáis bendito por siempre.

14. Estando una vez muy inquieta, y alborotada, sin poder recogerme, y en batalla, y contienda, yéndoseme el pensamiento a cosas que no eran perfectas, aún no me parece estaba con el desasimiento que suelo: como me vi así tan ruin, tenía miedo si las mercedes que el Señor me había hecho eran ilusiones; estaba en fin con una escuridad grande de alma. Estando con esta pena, comenzome a hablar el Señor, y díjome, que no me fatigase, que en verme así entendería la miseria que era si él se apartaba de mí, y que no había seguridad mientras vivíamos en esta carne. Dióseme a entender, cuán bien empleada es esta guerra, y contienda, por tal premio, y pareciome tenía lástima el Señor de los que vivimos en el mundo; mas que no pensase yo me tenía olvidada, que jamás me dejaría, mas que era menester hiciese yo lo que es en mí. Esto me dijo el Señor con una piedad, y regalo, y con otras palabras en que me hizo harta merced, que no hay para qué decirlas. Éstas me dice su Majestad muchas veces, mostrándome gran amor: *Ya eres mía, y yo soy tuyo*. Las que yo siempre tengo costumbre de decir, y a mi parecer las digo con verdad, son: ¿Qué se me da, Señor, a mí de mí, sino de vos? Son para mí estas palabras, y regalos tan grandísima confusión, cuando me acuerdo la que soy, que como he dicho, creo otras veces, y ahora lo digo algunas a mi confesor, más ánimo me parece es menester para recibir estas mercedes, que para pasar grandísimos trabajos. Cuando pasa, estoy casi olvidada de mis obras, sino un representármeme que soy ruin, sin discurso de entendimiento, que también me parece a veces sobrenatural.

15. Viénenme algunas veces unas ansias de comulgar tan grandes, que no sé si se podría encarecer. Acaeciome una mañana, que llovía tanto, que no parece hacía para salir de casa. Estando yo fuera della, yo estaba ya tan fuera de mí con aquel deseo, que aunque me pusieran lanzas a los pechos, me parece entrara por ellas, cuantimás agua. Como llegué a la iglesia, diome un arrobamiento grande, pareciome vi abrir los cielos; no una entrada como otras veces he visto. Representóseme el trono, que dije a vuesa merced he visto otras veces, y otro encima dél, a donde por una noticia, que no sé decir, aunque no lo vi, entendí estar la Divinidad. Parecíame sostenerle unos animales, a mí me parece he oído una figura destes animales, pensé si eran los Evangelistas, mas cómo estaba el trono, ni qué estaba en él, no vi sino muy gran multitud de ángeles; parecióronme sin comparación con muy mayor hermosura, que los que en el cielo he visto. He pensado si son serafines, o querubines, porque son muy diferentes en la gloria, que parecía tener inflamamiento. Es grande la diferencia, como he dicho, y la gloria que entonces en mí sentí, no se puede escribir, ni aun decir, ni la podrá pensar quien no hubiere pasado por esto. Entendí estar allí todo junto lo que se puede desear, y no vi nada: dijéronme, y no sé quién, que lo que allí podía hacer era entender, que no podía entender nada, y mirar lo no nada que era todo en comparación de aquello; es así, que se afrentaba después mi alma de ver que pueda parar en ninguna cosa criada, cuantimás aficionarse a ella; porque todo me parecía un hormiguero. Comulgué, y estuve en la misa, que no sé cómo pude estar; pareciome había sido muy breve espacio, espanteme cuando dio el reloj, y vi que eran dos horas las que había estado en aquel arrobamiento, y gloria. Espantábame después,

cómo en llegando a este fuego (que parece viene de arriba de verdadero amor de Dios, porque aunque más lo quiera, y procure, y me deshaga por ello, si no es cuando su Majestad quiere, como he dicho otras veces, no soy parte para tener una centella dél) parece que consume el hombre viejo de faltas, y tibieza, y miseria, y a manera de como hace el ave Fénix (según he leído) y de la misma ceniza, después que se quema sale otra: así queda hecha otra el alma después con diferentes deseos, y fortaleza grande; no parece es la que antes, sino que comienza con nueva puridad el camino del Señor. Suplicando yo a su Majestad fuese así, y que de nuevo comenzase a servirle, me dijo: *Buena comparación has hecho; mira no te se olvide para procurar mejorarte siempre.*

16. Estando una vez con la misma duda, que poco ha dije, si eran estas visiones de Dios, me apareció el Señor, y me dijo con rigor: *¡Oh hijos de los hombres, hasta cuándo seréis duros de corazón!* Que una cosa examinase bien en mí, si del todo estaba dada por suya, o no: que si estaba, y lo era, que creyese no me dejaría perder. Yo me fatigué mucho de aquella exclamación; con gran ternura, y regalo me tornó a decir que no me fatigase, que ya sabía que por mí no faltaría de ponerme a todo lo que fuese su servicio, que se haría todo lo que yo quería (y así se hizo lo que entonces le suplicaba) que mirase el amor, que se iba en mí aumentando cada día para amarle, que en esto vería no ser demonio, que no pensase que consentía Dios tuviese tanta parte el demonio en las almas de sus siervos, y que te pudiese dar la claridad de entendimiento, y quietud, que tienes. Diome a entender, que habiéndome dicho tantas personas, y tales, que era Dios, que haría mal en no creerlo.

17. Estando una vez rezando el salmo de *Quicumque vult*, se me dio a entender la manera cómo era un solo Dios, y tres personas, tan claro, que yo me espanté, y consolé mucho. Hízome grandísimo provecho para conocer más la grandeza de Dios, y sus maravillas, y para cuando pienso, o se trata en la Santísima Trinidad, parece entiendo cómo puede ser, y es mucho contento.

18. Un día de la Asunción de la Reina de los ángeles, y Señora nuestra, me quiso el Señor hacer esta merced, que en un arrobamiento se me representó su subida al cielo, y el alegría, y solemnidad con que fue recibida, y el lugar a donde está. Decir cómo fue esto, yo no sabría. Fue grandísima la gloria que mi espíritu tuvo de ver tanta gloria; quedé con grandes efectos, y aprovechome para desear más pasar grandes trabajos, y quedome grande deseo de servir a esta Señora, pues tanto mereció. Estando en un colegio de la Compañía de Jesús, y estando comulgando los hermanos de aquella casa, vi un palio muy rico sobre sus cabezas: esto vi dos veces; cuando otras personas comulgaban no lo veía.

CAPÍTULO XL

Prosigue en la misma materia de decir las grandes mercedes que el Señor la ha hecho. De algunas se puede tomar harto buena doctrina, que éste ha sido, según ha dicho, su principal intento después de obedecer, poner las que son para provecho de las almas. Con este capítulo se acaba el discurso de su vida que escribió: sea para gloria del Señor.

Amén

1. Estando una vez en oración, era tanto el deleite que en mí sentía, que como indigna de tal bien, comencé a pensar en cómo merecía mejor estar en el lugar que yo había visto estar para mí en el infierno, que como he dicho, nunca olvido de la manera que allí me vi. Comenzose con esta consideración a inflamar más mi alma, y vínome un arrobamiento de espíritu, de suerte, que yo no lo sé decir. Pareciome estar metido, y lleno de aquella majestad, que he entendido otras veces. En esta majestad se me dio a entender una verdad, que es cumplimiento de todas las verdades; no sé yo decir cómo, porque no vi nada. Dijéronme, sin ver quién, mas bien entendí ser la misma verdad: *No es poco esto que hago por ti, que una de las cosas es en que me debes, porque todo el daño que viene al mundo, es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad: no faltará una tilde della.* A mí me pareció, que siempre yo había creído esto, y que todos los fieles lo creían. Díjome: *Ay hija, qué pocos me aman con verdad, que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos. ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender, que todo es mentira lo que no es agradable a mí; con claridad verás esto, que ahora no entiendes, en lo que aprovecha a tu alma.* Y así lo he visto, sea el Señor alabado, que después acá tanta vanidad, y mentira me parece lo que yo no veo va guiado al servicio de Dios, que no lo sabría yo decir como lo entiendo, y la lástima que me hacen los que veo con la oscuridad que están en esta verdad, y con esto otras ganancias que aquí diré, y muchas no sabré decir. Díjome aquí el Señor una particular palabra de grandísimo favor. Yo no sé cómo esto fue, porque no vi nada, mas quedé de una suerte, que tampoco sé decir, con grandísima fortaleza, y muy de veras para cumplir con todas mis fuerzas la más pequeña parte de la Escritura divina. Paréceme, que ninguna cosa se me pornía delante, que no pasase por esto.

2. Quedome una verdad desta divina verdad, que se me representó (sin saber cómo, ni qué) esculpida, que me hace tener un nuevo acatamiento a Dios, porque da noticia de su Majestad, y poder, de una manera que no se puede decir; sé entender que es una gran cosa. Quedome muy gran gana de no hablar, sino cosas muy verdaderas, que vayan delante de lo que acá se trata en el mundo, y así comencé a tener pena de vivir en él. Dejome con gran ternura, y regalo, y humildad. Paréceme que sin entender cómo me dio el Señor aquí mucho, no me quedó ninguna sospecha de que era ilusión. No vi nada, mas entendí el gran bien que hay en no hacer caso de cosa que no sea para llegarnos más a Dios: y así entendí, qué cosa es andar un alma en verdad, delante de la misma verdad. Esto que entendí, es darme el Señor a entender, que es la misma verdad.

3. Todo lo que he dicho entendí hablándome algunas veces, y otras sin hablarme, con más claridad algunas cosas, que las que por palabras se me decían: entendí grandísimas verdades sobre esta verdad, más que si muchos letrados me lo hubieran enseñado. Paréceme, que en ninguna manera me pudieran imprimir así, ni tan claramente se me diera a entender la vanidad deste mundo. Esta verdad, que digo se me dio a entender, es en sí misma verdad, y es sin principio, ni fin, y todas las demás verdades dependen desta verdad, como todos los demás amores deste amor, y todas las demás grandezas desta grandeza, aunque esto va dicho oscuro, para la claridad con que a mí el Señor quiso se me diese a entender. ¡Y cómo se parece el poder desta majestad, pues en tan breve tiempo deja tan gran ganancia, y tales cosas imprimidas en el alma! ¡Oh Grandeza, y Majestad mía! ¿Qué hacéis, Señor mío, todo poderoso? Mirad a quién hacéis tan soberanas mercedes, no os acordáis que ha sido esta alma un abismo de mentiras, y piélagos de

vanidades, y todo por mi culpa, que con haberme vos dado natural de aborrecer el mentir, yo mesma me hice tratar en muchas cosas mentira. ¿Cómo se sufre, Dios mío, cómo se compadece tan gran favor y merced, a quien tan mal os lo ha merecido?

4. Estando una vez en las Horas con todas, de presto se recogió mi alma, y pareciome ser como un espejo claro toda, sin haber espaldas, ni lados, ni alto, ni bajo, que no estuviese toda clara, y en el centro della se me representó Cristo nuestro Señor, como le suelo ver. Parecíame en todas las partes de mi alma le veía claro, como en un espejo, y también este espejo, (yo no sé decir cómo) se esculpía todo en el mismo Señor, por una comunicación, que yo no sabré decir, muy amorosa. Sé que me fue esta visión de gran provecho, cada vez que se me acuerda, en especial cuando acabo de comulgar. Dióseme a entender, que estar un alma en pecado mortal, es cubrirse este espejo de gran niebla, y quedar muy negro, y ansí no se puede representar, ni ver este Señor, aunque esté siempre presente dándonos el ser; y que los herejes, es como si el espejo fuese quebrado, que es muy peor que escurecido. Es muy diferente el cómo se ve, a decirse, porque se puede mal dar a entender. Mas hame hecho mucho provecho, y gran lástima de las veces que con mis culpas escurecí mi alma, para no ver este Señor.

5. Paréceme provechosa esta visión para personas de recogimiento, para enseñarse a considerar al Señor en lo muy interior de su alma; que es consideración que más se apega, y muy más fructuosa, que fuera de sí (como otras veces he dicho) y en algunos libros de oración está escrito, a dónde se ha de buscar a Dios: en especial lo dice el glorioso san Agustín, que ni en las plazas, ni en los contentos, ni por ninguna parte que le buscaba, le hallaba como dentro de sí. Y esto es muy claro ser mejor: y no es menester ir al cielo, ni más lejos, que a nosotros mismos, porque es cansar el espíritu, y distraer el alma, y no con tanto fruto. Una cosa quiero avisar aquí, por si alguno la tuviere, que acaece en gran arrobamiento; que pasado aquel rato que el alma está en unión, que del todo tiene absortas las potencias (y esto dura poco, como he dicho) quedarse el alma recogida, y aun en el exterior no poder tornar en sí, mas quedan las dos potencias, memoria, y entendimiento, casi con frenesí, muy desatinadas. Esto digo que acaece alguna vez, en especial a los principios. Pienso si procede de que no puede sufrir nuestra flaqueza natural tanta fuerza de espíritu, y enflaquece la imaginación. Sé que les acaece a algunas personas. Ternía por bueno, que se forzasen a dejar por entonces la oración, y la cobrasen en otro tiempo, aquel que pierden, que no sea junto, porque podrá venir a mucho mal. Y desto hay experiencia, y de cuán acertado es mirar lo que puede nuestra salud.

6. En todo es menester experiencia, y maestro, porque llegada el alma a estos términos, muchas cosas se ofrecen, que es menester con quién tratarlo; y si buscado no le hallare, el Señor no le faltará, pues no me ha faltado a mí, siendo la que soy; porque creo hay pocos que hayan llegado a la experiencia de tantas cosas; y si no la hay, es por demás dar remedio sin inquietar, y afligir. Mas esto también tomará el Señor en cuenta, y por esto es mejor tratarlo, como ya he dicho otras veces, y aun todo lo que ahora digo, sino que no se me acuerda bien, y veo importa mucho, en especial si son mujeres con su confesor, y que sea tal. Y hay muchas más que hombres, a quien el Señor hace estas mercedes, y esto oí al santo fray Pedro de Alcántara, y también lo he visto yo, que decía aprovechaban

mucho más en este camino que hombres, y daba dello excelentes razones, que no hay para qué las decir aquí, todas en favor de las mujeres.

7. Estando una vez en oración, se me representó muy en breve (sin ver cosa formada, mas fue una representación con toda claridad) como se ven en Dios todas las cosas, y como las tiene todas en sí. Saber escribir esto, yo no lo sé, mas quedó muy imprimido en mi alma, y es una de las grandes mercedes que el Señor me ha hecho, y de las que más me han hecho confundir, y avergonzar, acordándome de los pecados que he hecho. Creo, si el Señor fuera servido, viera esto en otro tiempo, y si lo viesen los que le ofenden, que no ternían corazón, ni atrevimiento para hacerlo. Pareciome ya, digo, sin poder afirmarme en que vi nada; mas algo se debe ver, pues yo podré poner esta comparación, sino que es por modo tan sutil, y delicado, que el entendimiento no lo debe alcanzar, o yo no me sé entender en estas visiones, que no parecen imaginarias, y en algunas algo desto debe haber, sino que como son en arrobamiento las potencias, no lo saben después formar, como allí el Señor se lo representa, y quiere que lo gocen. Digamos ser la Divinidad como un muy claro diamante, muy mayor que todo el mundo, o espejo, a manera de lo que dije del alma en estotra visión, salvo que es por tan subida manera, que yo no lo sabré encarecer, y que todo lo que hacemos se ve en este diamante, siendo de manera, que él encierra todo en sí, porque no hay nada que salga fuera desta grandeza. Cosa espantosa me fue en tan breve espacio ver tantas cosas juntas aquí en este claro diamante, y lastimosísima cada vez que se me acuerda, ver que cosas tan feas se representaban en aquella limpieza de claridad, como eran mis pecados. Y es ansí, que cuando se me acuerda, yo no sé cómo lo puedo llevar, y ansí quedé entonces tan avergonzada, que no sabía me parece a dónde me meter. ¡Oh!, quién pudiese dar a entender esto a los que muy deshonestos, y feos pecados hacen, para que se acuerden, que no son ocultos, y que con razón los siente Dios, pues tan presentes a la majestad pasan, y tan desacatadamente nos habemos delante dél. Vi cuán bien se merece el infierno por una sola culpa mortal, porque no se puede entender cuán gravísima cosa es hacerla delante de tan gran majestad, y qué tan fuera de quien él es son cosas semejantes; y ansí se ve más su misericordia, pues entendiendo nosotros todo esto nos sufre. Hame hecho considerar, si una cosa como ésta ansí deja espantada el alma, ¿qué será el día del juicio, cuando esta majestad claramente se nos mostrará, y veremos las ofensas que hemos hecho? ¡Oh, válame Dios, qué ceguedad es esta que yo he traído! Muchas veces me he espantado en esto que he escrito, y no se espante vuesa merced sino cómo vivo, viendo estas cosas, y mirándome a mí. Sea bendito por siempre quien tanto me ha sufrido.

8. Estando una vez en oración con mucho recogimiento, y suavidad, y quietud, parecíame estar rodeada de ángeles, y muy cerca de Dios; comencé a suplicar a su Majestad por la Iglesia. Dióseme a entender el gran provecho que había de hacer una Orden en los tiempos postreros, y con la fortaleza que los della han de sustentar la fe.

9. Estando una vez rezando cerca del santísimo Sacramento apareciome un santo, cuya Orden ha estado algo caída: tenía en las manos un libro grande, abriole, y díjome, que leyese unas letras, que eran grandes, y muy legibles, y decían ansí: «En los tiempos advenideros florecerá esta Orden, habrá muchos mártires.»

10. Otra vez estando en Maitines en el coro, se me representaron, y pusieron delante seis, o siete, me parecen serían desta mesma Orden, con espadas en las manos. Pienso que se

da en esto a entender, han de defender la fe; porque otra vez estando en oración, se arrebató mi espíritu, pareciome estar en un gran campo, a donde se combatían muchos, y estos desta Orden peleaban con gran fervor. Tenían los rostros hermosos, y muy encendidos, y echaban muchos en el suelo vencidos, otros mataban: parecíame esta batalla contra los herejes. A este glorioso santo he visto algunas veces, y me ha dicho algunas cosas, y agradecíome la oración que hago por su Orden, y prometido de encomendarme al Señor. No señalo las Órdenes, si el Señor es servido se sepa, las declarará, porque no se agravien otras; mas cada Orden había de procurar, o cada una della por sí, que por sus medios hiciese el Señor tan dichosa su Orden, que en tan gran necesidad como ahora tiene la Iglesia le sirviesen: dichosas vidas que en esto se acabaren.

11. Rogome una persona una vez, que suplicase a Dios, le diese a entender, si sería servicio suyo tomar un obispado. Díjome el Señor, acabando de comulgar: *Cuando entendiere con toda verdad, y claridad, que el verdadero señorío es, no poseer nada, entonces le podrá tomar*; dando a entender, que ha de estar muy fuera de desearlo, ni quererlo, quien hubiere de tener prelacías, o al menos de procurarlas.

12. Estas mercedes, y otras muchas ha hecho el Señor, y hace muy contino a esta pecadora, que me parece, no hay para qué las decir, pues por lo dicho se puede entender mi alma, y el espíritu que me ha dado el Señor. Sea bendito por siempre, que tanto cuidado ha tenido de mí.

13. Díjome una vez consolándome, que no me fatigase (esto con mucho amor) que en esta vida no podíamos estar siempre en un ser, que unas veces tenía fervor, y otras estaría sin él; unas con desasosiegos, y otras con quietud, y tentaciones, mas que esperase en él, y no temiese.

14. Estaba un día pensando, si era asimiento darme contento estar con las personas que trato mi alma, y tenerlas amor, y a los que yo veo muy siervos de Dios, que me consolaba con ellos, me dijo: que si a un enfermo, que estaba en peligro de muerte, le parece le da salud un médico, que no era virtud dejárselo de agradecer, y no le amar. Que, ¿qué hubiera hecho, si no fuera por estas personas? Que la conversación de los buenos no dañaba, mas que siempre fuesen mis palabras pesadas, y santas, y que no los dejase de tratar, que antes sería provecho, que daño. Consolome mucho esto, porque algunas veces, pareciéndome asimiento, quería del todo no tratarlos. Siempre en todas las cosas me aconsejaba este Señor, hasta decirme cómo me había de haber con los flacos, y con algunas personas. Jamás se descuida de mí; algunas veces estoy fatigada de verme para tan poco en su servicio, y de ver que por fuerza he de ocupar el tiempo en cuerpo tan flaco, y ruin como el mío, más de lo que yo querría.

15. Estaba una vez en oración, y vino la hora de ir a dormir, y yo estaba con hartos dolores, y había de tener el vómito ordinario. Como me vi tan atada de mí, y el espíritu por otra parte queriendo tiempo para sí, vime tan fatigada, que comencé a llorar mucho, y a afligirme: esto no es sola una vez, sino como digo muchas, que me parece me daba un enojo contra mí mesma, que en forma por entonces me aborrezco; mas lo contino es entender de mí, que no me tengo aborrecida, ni falta a lo que veo me es necesario. Y plega al Señor que no tome muchas más de lo que es menester, que sí debo hacer. Esta que digo, estando en esta pena, me apareció el Señor, y regaló mucho, y me dijo, que

hiciese yo estas cosas por amor dél, y lo pasase, que era menester ahora mi vida. Y así me parece, que nunca me vi en pena, después que estoy determinada a servir con todas mis fuerzas a este Señor, y consolador mío, que aunque me dejaba un poco padecer, me consolaba de manera, que no hago nada en desear trabajos; y así ahora no me parece hay para qué vivir, sino para esto, y lo que más de voluntad pido a Dios. Dígole algunas veces con toda ella: Señor, o morir, o padecer: no os pido otra cosa para mí: dame consuelo oír el reloj, porque me parece me llevo un poquito más para ver a Dios, de que veo ser pasada aquella hora de la vida.

16. Otras veces estoy de manera, que ni siento vivir, ni me parece he gana de morir, sino con una tibieza, y escuridad en todo, como he dicho, que tengo muchas veces de grandes trabajos. Y con haber querido el Señor se sepan en público estas mercedes que su Majestad me hace (como me lo dijo algunos años ha que lo habían de ser, que me fatigué yo harto, y hasta ahora no he pasado poco, como vuesa merced sabe, porque cada uno lo toma como le parece) consuelo me ha sido no ser por mi culpa, porque en no lo decir, sino a mis confesores, o a personas que sabían dellos los sabían, he tenido gran aviso, y extremo; y no por humildad, sino porque como he dicho, aun a los mismos confesores, me daba pena decirlo. Ahora ya, gloria a Dios, aunque mucho me murmuraban, y con buen celo, y otros temen tratar conmigo, y aun confesarme, y otros me dicen hartas cosas, como entiendo que por este medio ha querido el Señor remediar algunas almas (porque lo he visto claro, y me acuerdo de lo mucho que por una sola pasara el Señor) muy poco se me da de todo. No sé si es parte para esto haberme su Majestad metido en este rinconcito tan encerrado, y a donde ya como cosa muerta, pensé no hubiera más memoria de mí, mas no ha sido tanto como yo quisiera, que forzado he de hablar algunas personas; mas como no estoy a donde me vean, parece ya fue el Señor servido echarme a un puerto, que espero en su Majestad será seguro. Por estar ya fuera de mundo, y entre poca, y santa compañía, miro como desde lo alto, y dáseme ya bien poco de que digan, ni se sepa, en más ternía se aprovechase un tantico un alma, que todo lo que de mí se puede decir, que después que estoy aquí, ha sido el Señor servido, que todos mis deseos paren en esto. Y hame dado una manera de sueño en la vida, que casi siempre me parece estoy soñando lo que veo; ni contento, ni pena que sea mucha no la veo en mí. Si alguna me dan algunas cosas, con tanta brevedad, que yo me maravillo, y deja el sentimiento, como una cosa que soñó; y esto es entera verdad, que aunque después yo quiera holgarme de aquel contento, o pesarme de aquella pena, no es en mi mano, sino como lo sería a una persona discreta tener pena, o gloria de un sueño que soñó, porque ya mi alma la despertó el Señor de aquello, que por no estar yo mortificada, ni muerta a las cosas del mundo, me había hecho sentimiento, y no quiere su Majestad que se torne a cegar.

17. Desta manera vivo ahora, señor, y padre mío, suplique vuesa merced a Dios, o me lleve consigo, o me dé como le sirva. Plega a su Majestad esto que aquí va escrito haga a vuesa merced algún provecho, que por el poco lugar ha sido con trabajo; mas dichoso sería el trabajo, si he acertado a decir algo, que sola una vez se alabe por ello el Señor, que con esto me daría por pagada, aunque vuesa merced luego lo queme. No querría fuese sin que lo viesen las tres personas que vuesa merced sabe, pues son, y han sido confesores míos, porque si va mal, es bien pierdan la buena opinión que tienen de mí; si va bien, son buenos, y letrados, sé que verán de dónde viene, y alabarán a quien lo ha dicho por mí. Su Majestad tenga siempre a vuesa merced de su mano, y le haga tan gran

santo, que con su espíritu, y luz alumbre esta miserable, poco humilde, y mucho atrevida, que se ha osado determinar a escribir en cosas tan subidas. Plega al Señor no haya en ello errado, teniendo intención, y deseo de acertar, y obedecer, y que por mí se alabase en algo el Señor (que es lo que ha muchos años que le suplico) y como me faltan para esto las obras, heme atrevido a concertar esta mi desbaratada vida; aunque no gastando en ello más cuidado, ni tiempo de lo que ha sido menester para escribirla, sino poniendo lo que ha pasado por mí, con toda la llaneza, y verdad que yo he podido. Plega al Señor, pues es poderoso, y si quiere puede, quiera que en todo acierte yo a hacer su voluntad, y no permita se pierda esta alma, que con tantos artificios, y maneras, y tantas veces ha sacado su Majestad del infierno, y traído a sí. Amén.

El Espíritu Santo sea siempre con vuesa merced. Amén. No sería malo encarecer a vuesa merced este servicio, por obligarle a tener mucho cuidado de encomendarme a nuestro Señor, que según lo que he pasado en verme escrita, y traer a la memoria tantas miserias mías, bien podría; aunque con verdad puedo decir, que he sentido más en escribir las mercedes que el Señor me ha hecho, que las ofensas que yo a su Majestad. Yo he hecho lo que vuesa merced me mandó en alargarme, a condición que vuesa merced haga lo que me prometió, en romper lo que mal le pareciere. No había acabado de leerlo después de escrito, cuando vuesa merced envía por él: puede ser vayan algunas cosas mal declaradas, y otras puestas dos veces, porque ha sido tan poco el tiempo que he tenido, que no podía tornar a ver lo que escribía: suplico a vuesa merced lo enmiende, y mande trasladar, si se ha de llevar al padre maestro Ávila, porque podría ser conocer alguien la letra. Yo deseo hartamente se dé orden en cómo lo vea, pues con ese intento lo comencé a escribir; porque como a él le parezca voy por buen camino, quedaré muy consolada, que ya no me queda más para hacer lo que es en mí. En todo haga vuestra merced como le pareciere; y vea está obligado a quien así le fía su alma. La de vuesa merced encomendaré yo toda mi vida a nuestro Señor, por eso dese priesa a servir a su Majestad para hacerme a mí merced, pues verá vuesa merced por lo que aquí va cuán bien se emplea en darse todo, como vuesa merced lo ha comenzado, a quien tan sin tasa se nos da. Sea bendito por siempre, que yo espero en su misericordia nos veremos a donde más claramente vuesa merced y yo veamos las grandes que ha hecho con nosotros, y para siempre jamás le alabemos. Amén. Acabose este libro en junio, año de 1562.

(Esta fecha se entiende de la primera vez que le escribió la madre TERESA DE JESÚS, sin distinción de capítulos. Después hizo este traslado, y añadió muchas cosas, que acontecieron después desta fecha, como es la fundación del monasterio de san José de Ávila, como en la hoja 277 parece, Fray Domingo Bañes.)

El maestro fray Luis de León al lector

Con los originales de este libro vinieron a mis manos unos papeles, escritos por la santa Madre Teresa de Jesús, en que para memoria suya, o para dar cuenta a sus confesores, tenía puestas las cosas que Dios le decía, y mercedes que le hacía, demás de las que en

este libro se contienen, que me pareció ponerlas en él, por ser de mucha edificación. Y así las puse a la letra, como la Madre las escribe, que dice así:

1. Esto me dijo el Señor un día: ¿Piensas hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar, y en padecer, y en amar. No habrás oído que San Pablo estuviese gozando de los gozos celestiales más de una vez, y muchas que padeció. Y ves mi vida toda llena de padecer, y solo en el monte Tabor habrás oído mi gozo. No pienses cuando ves a mi Madre, que me tiene en los brazos, que gozaba de aquellos contentos, sin grave tormento; desde que le dijo Simeón aquellas palabras, la dio mi Padre clara luz para que viese lo que yo había de padecer. Los grandes santos que vivieron en los desiertos, como eran guiados por Dios, así hacían graves penitencias, y sin esto tenían grandes batallas con el demonio y consigo mismos; mucho tiempo se pasaban sin ninguna consolación espiritual. Cree, hija, que a quien mi Padre más ama, da mayores trabajos, y a estos responde el amor. ¿En qué te le puedo más mostrar, que querer para ti lo que quiso para mí? Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores. Éste es el camino de la verdad. Ansí me ayudarás a llorar la perdición que traen los del mundo (entendiendo tú esto) que todos sus deseos, y cuidados, y pensamientos se emplean en cómo tener lo contrario. Cuando este día comencé a tener oración, estaba con tan gran mal de cabeza, que me parecía casi imposible poderla tener. Díjome el Señor: por aquí verás el premio del padecer, que como no estabas tú con salud para hablar conmigo, he yo hablado contigo y regaládote. Y es ansí cierto, que sería como hora y media, poco menos, el tiempo que estuve recogida. En él me dijo las palabras dichas, y todo lo demás, ni yo me divertía, ni sé a dónde estaba. Y con tan gran contento, que no sé decirlo, quedome buena la cabeza, que me ha espantado, y harto deseo de padecer. También me dijo que trajese mucho en la memoria las que dijo a sus Apóstoles, que lo había de ser más el siervo que el Señor.

2. Un día de Ramos, acabando de comulgar, quedé con gran suspensión, de manera, que aun no podía pasar la Forma, y teniéndomela en la boca, verdaderamente me pareció, cuando torné un poco en mí, que toda la boca se me había henchido de sangre; y parecíame estar también el rostro y toda yo cubierta della, como si entonces acabara de derramarla el Señor; me parece estaba caliente, era excesiva la suavidad que entonces sentía, y díjome el Señor: «Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y gózasla tú con gran deleite como ves; bien te pago el deleite que me inicias este día». Esto dijo, porque ha más de treinta años que no comulgaba este día, si podía, y procuraba aparejar mi alma para hospedar al Señor; porque me parecía mucha la crueldad que hicieron los judíos, después de tan gran recibimiento, dejarle ir a comer tan lejos, y hacía yo cuenta de que se quedase conmigo, y harto en mala posada, según ahora veo. Y ansí hacía unas consideraciones bobas, debíalas admitir el Señor; porque ésta es de las visiones que yo tengo por muy ciertas, y ansí para la comunión me ha quedado aprovechamiento.

3. Había leído en un libro, que era imperfección tener imágenes curiosas, ansí quería no tener en la celda una que tenía. Y también antes que leyese esto, me parecía pobreza tener ninguna, sino de papel, y como después leí esto, ya no las tuviera de otra cosa. Y entendí del Señor esto que diré, estando descuidada de ello: que no era buena mortificación; que cuál era mejor: ¿la pobreza o la caridad? Que pues era mejor el amor, que todo lo que me despertase a él, no lo dejase, ni lo quitase a mis monjas, que las muchas molduras y cosas

curiosas en las imágenes, decía el libro, y no la imagen. Que lo que el demonio hacía con los luteranos, era y quitarles todos los medios para más despertar, y así iban perdidos. Mis fieles, hija, han de hacer ahora más que nunca, al contrario de lo que ellos hacen.

4. Estando pensando una vez, con cuanta más limpieza se vive estando apartada de negocios, y cómo cuando yo ando en ellos, debo andar mal, y con muchas faltas, entendí: «No puede ser menos, hija, procura siempre en todo recta intención, y desasimiento, y mírame a mí, que lo que hicieres conforme a lo que yo hice».

5. Estando pensando, qué sería la causa de no tener ahora casi nunca arrobamiento en público, entendí: «No conviene ahora, bastante crédito tienes para lo que yo pretendo: vamos mirando la flaqueza de los maliciosos».

6. Estando con temor un día de si estaba en gracia, o no, me dijo: «Hija, muy diferente es la luz de las tinieblas, yo soy fiel, nadie se perderá sin entenderlo. Engañarse ha quien se asegurare por regalos espirituales: la verdadera seguridad es el testimonio de la buena conciencia. Mas nadie piense que por sí puede estar en luz, así como no podría hacer que no viniese la noche natural, porque depende de mi gracia. El mejor remedio que puede haber para detener la luz, es entender el alma, que no puede nada por sí, y que le viene de mí: porque aunque esté en ella, en un punto que yo me aparte, verná la noche. Ésta es la verdadera humildad, conocer el alma lo que puede, y lo que yo puedo. No dejes de escribir los avisos que te doy, porque no se te olviden, pues quieres poner por escrito los de los hombres».

7. La víspera de san Sebastián, el primer año que vine al monasterio de la Encarnación a ser priora, comenzando la Salve, vi en la silla prioril, a donde está puesta nuestra Señora, abajar con gran multitud de ángeles a la madre de Dios, y ponerse allí; a mi parecer no vi la imagen entonces, sino esta Señora que digo. Pareciome se parecía algo a la imagen que me dio la condesa, aunque fue de presto el poderla determinar, por suspenderme luego mucho. Parecíanme encima de las coronas de las sillas, y sobre los antepechos muchos ángeles, aunque no con forma corporal, que era visión intelectual. Estuve así toda la Salve, y díjome: «Bien acertaste en ponerme aquí, yo estaré presente a las alabanzas que hicieren a mi hijo, y se las presentaré».

8. Como una tarde se fuese mi confesor con mucha priesa, llamado de otras ocupaciones que tenía más necesarias, yo quedé un rato con pena, y tristeza, y como criatura de la tierra no me parece me tiene asida, diome algún escrúpulo, temiendo no comenzase a perder esta libertad. Esto fue a la tarde, y a la mañana otro día, respondiome nuestro Señor a ello, y díjome que no me maravillase, que así como los mortales desean compañía para comunicar sus contentos sensuales, así el alma desea (cuando hay quien la entienda) comunicar sus gozos, y penas, y se entristece de no tener con quien. Como estuvo algún espacio conmigo, acordóseme que había dicho a mi confesor, que pasaban de presto estas visiones; y díjome, que había diferencia desto a las imaginarias, y que no podía en las mercedes que nos hacía haber regla cierta; porque unas veces convenía de una manera, y otras de otra.

9. Un día después de comulgar, me parece clarísimamente se puso cabe mí nuestro Señor, y comenzome a consolar con grandes regalos, y díjome entre otras cosas: «Vesme aquí

hija, que yo soy, muestra tus manos»; y parecíame que me las tornaba, y llegaba a su costado, y dijo: «Mira mis llagas, no estás sin mí; pasa la brevedad de la vida». En algunas cosas que me dijo entendí, que después que subió a los cielos, nunca abajó a la tierra, si no es en el santísimo Sacramento, a comunicarse con nadie. Díjome, que en resucitando había visto a nuestra Señora, porque estaba ya con gran necesidad, que la pena la tenía tan traspasada, que aun no tornaba luego en sí para gozar de aquel gozo, y que había estado mucho con ella, porque había sido menester.

10. Una mañana, estando en oración, tuve un gran arrobamiento, y parecíame que nuestro Señor me había llevado el espíritu junto a su Padre, y díchole: «Esta que me diste te doy», y parecíame que me llegaba a sí. Esto no es cosa imaginaria, sino con una certeza grande, y una delicadeza tan espiritual, que no se sabe decir: díjome algunas palabras, que no se me acuerdan, de hacerme merced eran algunas. Duró algún espacio tenerme cabe sí.

11. Acabando de comulgar, segundo día de Cuaresma en san José de Malagón, se me representó nuestro señor Jesucristo en visión imaginaria como suele, y estando yo mirándole, vi que en la cabeza, en lugar de corona de espinas, en toda ella (que debía ser a donde hicieron llaga) tenía una corona de gran resplandor. Como yo soy devota deste paso, consolome mucho, y comencé a pensar, que gran tormento debía ser, pues había hecho tantas heridas, y a darme pena. Díjome el Señor, que no le hubiese lástima por aquellas heridas, sino por las muchas que ahora le daban. Yo le dije, que qué podía hacer para remedio desto, que determinada estaba a todo. Díjome: Que no era ahora tiempo de descansar, sino que me diese prisa a hacer estas casas, que con las almas dellas tenía él descanso. Que tomase cuantas me diesen, porque había muchas que por no tener a donde, no le servían, y que las que hiciese en lugares pequeños, fuesen como ésta, que tanto podían merecer con deseo de hacer lo que en las otras, y que procurase anduviesen todas debajo de un gobierno de prelado, y que pusiese mucho, que por cosa de mantenimiento corporal no se perdiese la paz interior, que él nos ayudaría, para que nunca faltase. En especial tuviesen cuenta con las enfermas, que la prelada que no proveyese, y regalase a la enferma, era como los amigos de Job, que él daba el azote para bien de sus almas, y ellas ponían en aventura la paciencia. Que escribiese la fundación destas casas. Yo pensaba cómo en la de Medina, nunca había entendido nada para escribir su fundación. Díjome, que qué más quería de ver que su fundación había sido milagrosa. Quiso decir, que haciéndolo solo él, pareciendo ir sin ningún camino, yo me determiné a ponerlo por obra.

12. El martes después de la Ascensión, habiendo estado un rato en oración, después de comulgar con pena, porque me divertía de manera, que no podía estar en una cosa, quejábame al Señor de nuestro miserable natural. Comenzó a inflamarse mi alma, pareciéndome que claramente entendía tener presente a toda la santísima Trinidad en visión intelectual, a donde entendió mi alma por cierta manera de representación, como figura de la verdad, para que lo pudiese entender mi torpeza, como es Dios trino, y uno; y así me parecía hablarme todas tres personas, y que se representaban dentro en mi alma distintamente, diciéndome, que desde este día vería mejoría en mí en tres cosas, que cada una destas personas me hacía merced: en la caridad, en padecer con contento, en sentir esta caridad con encendimiento en el alma. Entendí aquellas palabras que dice el Señor,

que estarán con el alma que está en gracia las tres divinas personas. Estando yo después agradeciendo al Señor tan gran merced, hallándome indignísima della, decía a su Majestad con harto sentimiento, qué pues me había de hacer semejantes mercedes, que por qué había dejádome de su mano, para que fuese tan ruin. (Porque el día antes había tenido gran pena por mis pecados, teniéndolos presentes.) Vi aquí claro lo mucho que el Señor había puesto de su parte desde que era muy niña, para llegarme a sí con medios harto eficaces, y como todos no me aprovecharon. Por donde claro se me representó el excesivo amor que Dios nos tiene en perdonar todo esto, cuando nos queremos tornar a él, y más conmigo, que con nadie, por muchas causas. Parece quedaron en mi alma tan imprimidas aquellas tres personas que vi, siendo un solo Dios, que a durar así, imposible sería dejar de estar recogida con tan divina compañía. Una vez poco antes desto, yendo a comulgar, estando la Forma en el relicario, que aún no se me había dado, vi una manera de paloma, que meneaba las alas con ruido. Turbome tanto, y suspendiome, que con harta fuerza tomé la Forma. Esto era todo en san José de Ávila, donde también una vez entendí: «Tiempo verná, que en esta iglesia se hagan muchos milagros, llamarla han Iglesia santa». Esto entendí en san José de Ávila, año de mil quinientos y setenta y uno.

13. Estando un día pensando, si tenían razón los que les parecía mal, que yo saliese a fundar, y que estaría yo mejor empleándome siempre en oración, entendí: «Mientras se vive no está la ganancia en procurar gozarme más, sino en hacer mi voluntad». Pareciome a mí, que pues san Pablo dice del encerramiento de las mujeres (que me lo han dicho poco ha, y aun antes lo había oído) que esto sería la voluntad de Dios, y díjome: «Diles, que no se sigan por sola una parte de la Escritura, que miren otras, ¿y qué si podrán por ventura atarme las manos?»

14. Estando yo un día después de la Octava de la Visitación, encomendando a Dios un hermano mío, en una ermita del monte Carmelo, dije al Señor (no sé si en mi pensamiento, porque está este mi hermano a donde tiene peligro su salvación): «Si yo viera, Señor, un hermano vuestro en este peligro, ¿qué hiciera por remediarle? Parecíame a mí no me quedara cosa que pudiera por hacer». Díjome el Señor: «¿Oh hija, hija, hermanas son mías estas de la Encarnación, y te detienes? Pues ten ánimo, mira que lo quiero yo, y no es tan dificultoso como te parece, y por donde piensas perderán estotras cosas, ganará lo uno, y lo otro; no resistas, que es grande mi poder».

15. Estando pensando una vez en la gran penitencia que hacía una persona muy religiosa, y cómo yo pudiera haber hecho más (según los deseos me ha dado alguna vez el Señor de hacerla) si no fuera por obedecer a los confesores, ¿qué si sería mejor no los obedecer de aquí adelante en eso? me dijo: «Eso no, hija, buen camino llevas, y seguro. ¿Ves toda la penitencia que haces?, en más tengo tu obediencia».

16. Una vez estando en oración me mostró por una manera de visión intelectual, cómo estaba el alma que está en gracia, en cuya compañía vi por visión intelectual la Santísima Trinidad, de cuya Compañía venía a aquel alma un poder que señoreaba toda la tierra. Diéronseme a entender aquellas palabras de los Cantares, que dicen: *Dilectus meus descendit in hortum suum*. Mostrome también cómo está el alma que está en pecado, sin ningún poder, sino como una persona que estuviese del todo atada, y liada, y atapados los ojos, que aunque quiere ver, no puede, ni andar, ni oír, y en gran escuridad. Hiciéronme tanta lástima las almas que están así, que cualquier trabajo me parece ligero por librar

una. Pareciome, que a entender esto como yo lo vi, que se puede mal decir, que no era posible querer ninguno perder tanto bien, ni estar en tanto mal.

17. Estando en la Encarnación, el segundo año que tenía el priorato, Octava de san Martín, estando comulgando, partió la Forma el padre fray Juan de la Cruz (que me daba el santísimo Sacramento) para otra hermana: yo pensé que no era falta de Forma, sino que me quería mortificar, porque yo le había dicho, que gustaba mucho cuando eran grandes las Formas; no porque no entendía no importaba para dejar de estar entero el Señor, aunque fuese muy pequeño pedacito. Díjome su Majestad: «No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de mí». Dando a entender, que no importaba. Entonces representóseme por visión imaginaria, como otras veces, muy en lo interior, y diome su mano derecha, y díjome: «Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habías merecido, de aquí adelante, no solo como de Criador, y como de Rey, y tu Dios mirará mi honra, sino como verdadera esposa mía: mi honra es ya tuya, y la tuya mía». Hízome tanta operación esta merced, que no podía caber en mí, y quedé como desatinada, y dije al Señor: que o ensanchase mi bajeza, o no me hiciese tanta merced, porque cierto no me parecía lo podía sufrir el natural. Estuve así todo el día muy embebida. He sentido después gran provecho, y mayor confusión, y afligimiento de ver que no sirvo en nada tan grandes mercedes.

18. Estando en el monasterio de Toledo, y aconsejándome algunos, que no diese el enterramiento dél, a quien no fuese caballero, díjome el Señor: «Mucho te desatinará, hija, si ignoras las leyes del mundo. Pon los ojos en mí pobre, y despreciado dél: ¿por ventura serán los grandes del mundo, grandes delante de mí, o habéis vosotras de ser estimadas por linajes, o por virtudes?»

19. Un día me dijo el Señor: «Siempre deseas los trabajos, y por otra parte los rehúas; yo dispongo las cosas conforme a lo que sé de tu voluntad, y no conforme a tu sensualidad, y flaqueza. Esfuérzate, pues ves lo que te ayudo: he querido que ganes tú esta corona; en tus días verás muy adelantada la Orden de la Virgen». Esto entendí del Señor mediado hebrero, año de 1571.

20. Estando en san José de Ávila, víspera de pascua del Espíritu Santo, en la ermita de Nazareth, considerando en una grandísima merced, que nuestro Señor me había hecho en tal día como éste, veinte años había, poco más, o menos, me comenzó un ímpetu, y hervor grande de espíritu, que me hizo suspender. En este gran recogimiento entendí de nuestro Señor lo que ahora diré: Que dijese a estos padres Descalzos de su parte, que procurasen guardar cuatro cosas, y que mientras las guardasen, siempre iría en más crecimiento esta religión, y cuando en ellas faltasen, entendiesen que iban menoscabando de su principio. La primera, que las cabezas estuviesen conformes. La segunda, que aunque tuviesen muchas casas, en cada una hubiese pocos frailes. La tercera, que tratasen poco con seglares, y esto para bien de sus almas. La cuarta, que enseñasen más con obras, que con palabras. Esto fue año de 1579. Y porque es gran verdad, lo firmé de mi nombre.

TERESA DE JESÚS